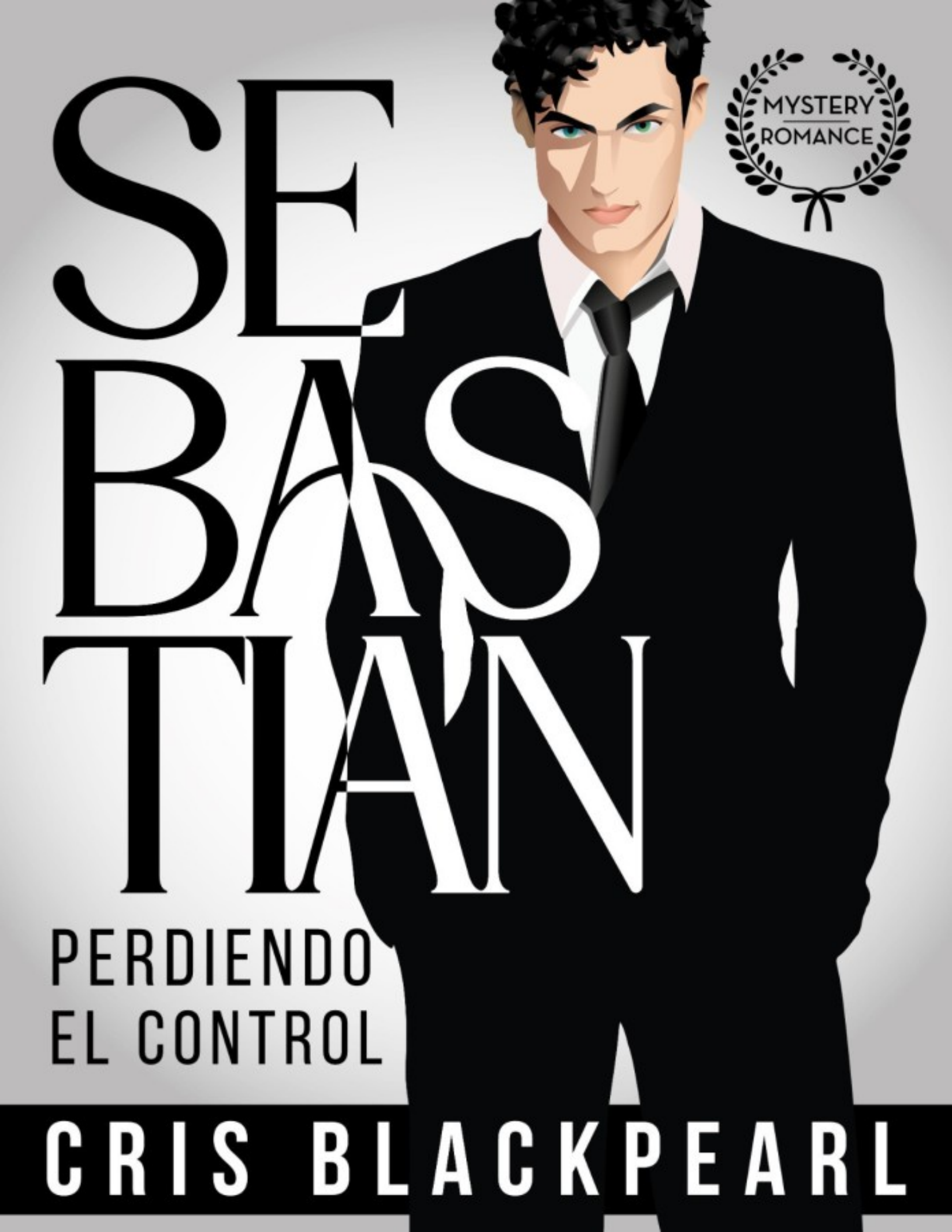


SEBASTIAN

PERDIENDO EL CONTROL

CRIS BLACKPEARL

SEBASTIAN

PERDIENDO EL CONTROL

Copyright © 2026 Cris Blackpearl

ASIN: B0H1FBH5M4
Cubierta: Manu Rodríguez. @portadasmuyilustradas
Primera edición: Junio 2026
Editorial: Independently Published.
www.crisblackpearl.com
RRSS: @crisblackpearl
contacto@crisblackpearl.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización por escrito del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

Ya que mi protagonista en este ocasión es masculino, quiero dedicar esta novela a los hombres, en especial:

A Benjamín, por tantas risas y tanto apoyo desde el minuto uno.

A Nacho, por convertirse en mi primer corrector masculino e incorporarse a mi mundo cuando más lo necesitaba.

Y, por supuesto, a mi Manu, por lo que me da, porque me cuestiona, porque lucha a mi lado incansablemente y porque, increíblemente, aún sigue al pie del cañón. Siempre conmigo.

Gracias por tanto, mi amor.

CAPÍTULO INÉDITO

Te doy la bienvenida al universo de Sebastian.

Gracias por elegir esta novela. Antes de empezar, te invito a conocer un poco más sobre el detective más magnético de Inglaterra. Como regalo especial de bienvenida, tienes la oportunidad de leer un capítulo inédito que te enviaré a tu correo electrónico de forma exclusiva.

Solo tienes que entrar en mi sitio web y dejarme tu dirección. Aquí tienes el enlace:

http://crisblackpearl.com/#newsletter

O sigue este código QR



Pasen y vean, señoras y señores.
Y disfruten. Sobre todo, disfruten.

Cris Blackpearl

CAPÍTULO 1

Sebastian

Por fin había llegado a su apartamento. Olivia Abberline cerró la puerta tras de sí, loca por quedarse a solas después de conocer las noticias que le esperaban en la comisaría al empezar su turno aquel frío día invernal. ¡Un caso! ¡Para ella! ¡Pero si acababa de llegar!

Se dirigió a la pequeña, pero moderna cocina de su piso de alquiler y fue directa al frigorífico. Abrió una botella de vino blanco, que estaba casi helado, se sirvió una generosa copa que dejó a medias de un solo trago y fijó su mirada en la encimera de granito, de un precioso y brillante color gris, que ahora lucía un cerco redondo allí donde había reposado la copa mientras servía la bebida. Reconfortada tras la primera ingesta de alcohol del día, respiró hondo e intentó centrar sus pensamientos.

«Es un caso difícil, demasiado para una principiante», pensaba desazonada. «Estoy segura de que esto es obra de alguien a quien le ha sentado mal que me hayan destinado a este distrito de Londres. No estoy preparada, ni de lejos».

Un poco más relajada a medida que el brebaje iba surtiendo efecto, Olivia entró en su dormitorio, prolijamente ordenado, se

quitó el traje de chaqueta con cuidado y lo colocó sobre el galán de noche que presidía la habitación. Era el único recuerdo que guardaba de su padre, militar de carrera y alto cargo del ejército británico, fallecido en acto de servicio hacía ya varios años.

Pero, por muy bonito que fuese el mueble, ni siquiera reparó en él en aquel instante, ni tampoco cuando se puso el pijama. Su mirada seguía perdida en ninguna parte mientras valoraba las razones de aquel regalo envenenado con el que se había encontrado por la mañana.

«Quizá sea al contrario, quizá algún amigo de mi padre se haya enterado de que he llegado a subinspectora de policía siendo tan joven y haya movido hilos para darme visibilidad e importancia; pero si es así, no podría estar más equivocado».

Preocupada por las más que posibles consecuencias de la decisión irrevocable que había tomado su superior, el inspector jefe Crane, de asignarle un caso relacionado con asuntos de estado, terminó lo que quedaba de su copa de vino y se sentó sobre la cama, aún en penumbra. Cogió el dossier que había traído de la oficina y empezó a leerlo de nuevo, buscando un escalón por el cual empezar, sin éxito alguno.

El breve sumario que le habían proporcionado no daba muchos detalles sobre lo que ocurría, "alto secreto", rezaba en muchos de los párrafos; solo estaba autorizada a saber que un miembro del senado había cambiado de decisión sobre su voto con respecto a la renovación de la Ley del Aborto a última hora y que se sospechaba que ese cambio era inducido, por lo que se le encargaba que investigase, a ver qué averiguaba.

Nada más. Ni siquiera se le informaba de por qué se sospechaba de que hubiera una mano negra, o qué motivos podía tener Scotland Yard para meter las narices en los asuntos de estado, por lo que su misión se le antojaba, además de muy difícil, de poca envergadura. ¿De qué le serviría lo que pudiese averiguar, si no tenía información fehaciente con la que contrastar para sacar una conclusión? ¿Qué iba a aportar? ¿Datos sueltos? ¿Y sobre qué?

Absurdo.

Estaba claro que querían involucrarla en algo gordo, pero tratándola como lo que era: una novata, una aprendiz que no sabría desenvolverse en ese ámbito. Y la idea de quedar como una estúpida le revolvía las tripas.

Empeñada en sacar algo bueno de todo aquello, haciendo gala de su buen talante, se concentró en lo que había aprendido en la academia. Allí le enseñaron que, en muchas ocasiones, no tendría acceso a información clasificada, que su aproximación a datos comprometedores dependería de su rango en el cuerpo de policía, y le explicaron cómo debía actuar en esos casos; pero aún así, no veía el sentido de todo aquello.

Como criminóloga, sabía cómo interpretar indicios, esa era una de las competencias principales que se adquirían durante la carrera; pero sin saber qué era lo que buscaba, difícilmente podría utilizar sus conocimientos y su destreza, así que, ¿qué era lo que se esperaba de ella?

Terminó su segunda copa de vino y, de repente, tuvo una idea, una iluminación inspirada por las clases de investigación

criminalística que habían vuelto inconscientemente a sus recuerdos mientras bebía. Sonrió con picardía, agarró su teléfono móvil y escribió un mensaje:

"¿Cómo estás?".

Olivia pulsó enviar, se sirvió una tercera copa y se preparó para mantener una conversación de lo más interesante y exigente vía Whatsapp. Los *ticks* tardaron un par de minutos en ponerse azules; sin embargo, su interlocutor tardó dos segundos en responder.

"Aburrido".

Olivia sonrió con ganas ante la respuesta.

"Como siempre".

"La vida es una sucesión de eventos causa-efecto, querida, por lo que nada suscita mi interés".

"¿Qué tal llevas la tesis?".

"¿Cuál de ellas?".

Olivia negó con la cabeza, aún sonriendo. Su amigo era poco común en muchos aspectos, y la capacidad de trabajar en modo multitarea era solo uno de ellos.

"¿Desde cuándo no sales a la calle?".

"¿Vas a seguir preguntándome sobre mis rutinas como si te interesaran o vas a ir al grano de una vez?".

Olivia rió esta vez. Su amigo y ex-compañero de universidad no era nada asertivo, pero se vanagloriaba de ello, por lo que las

respuestas cortantes eran parte de su repertorio habitual. De hecho, ella lo agradecía. Adoraba a las personas claras y directas.

"Necesito tu ayuda".

Sebastian no respondió con rapidez, pero ella supo que la razón era que le había encantado leer su mensaje. Se lo imaginó levantándose del sofá sobre el que estaba tumbado, probablemente habría dejado caer el libro que devoraba al suelo, debido a la excitación que le producía saber que ella iba a compartir con él algo relacionado con su trabajo.

Sebastian había terminado Criminología *Summa Cum Laude*, como el resto de los grados que había estudiado, pero aunque la física y la biología eran sus debilidades, le fascinaba la investigación y, desde que ella había solicitado el puesto de subinspectora, no había dejado de insistir en que él podría serle de ayuda cuando estuviera frente a un caso complicado.

Y con aquel mensaje que acababa de enviar, había destapado la caja de Pandora.

"Estoy en tu casa en veinte minutos. Veinticinco si el tráfico es un horror".

Olivia sonrió de nuevo. Si Sebastian decía veinte minutos, tenía unos diecisiete para darse una ducha y cambiarse de ropa. Y mejor que lo hiciese antes de que llegase, porque una velada con él, teniendo en cuenta el tema que se iba a tratar, podría alargarse hasta la madrugada.

***

El paseo, que ya intuyó antes de salir de casa que se alargaría más de lo que pensaba, no le había aportado lo que esperaba. Sin embargo, había plantado semillas y estaba seguro de que obtendría sus frutos más pronto que tarde. Si algo tenía Sebastian Fairchild en el mundo eran contactos, se había ocupado de ello con tenacidad durante su época en Eton y había ampliado su red consistentemente desde que empezó la Universidad. Oxford y Cambridge eran lugares adonde se iba, no tanto a aprender, como a establecer relaciones convenientes para el futuro.

Aquella tarde, una tarde más dedicada a expandir sus tentáculos, Sebastian había vuelto a casa con alguna magulladura de más y sin ninguna expectativa. Al entrar en su precioso apartamento, revisó como cada día si la puerta había sido forzada, si había alguna huella en el suelo distinta de las suyas, o si algún elemento de la recargada ornamentación de su apartamento se había movido un milímetro con respecto a su ubicación anterior; pero no encontró nada extraño, como casi siempre.

Había recibido amenazas, meter la nariz en asuntos ajenos no era algo que le gustase a la mayoría de la gente, así que, desde hacía algún tiempo, extremaba las precauciones al salir de casa. El extravagante y ecléctico conjunto decorativo era solo una forma fácil de averiguar de un solo vistazo si había tenido visitas no deseadas en su ausencia, a lo que también ayudaba el disponer de una serie de pequeñas trampas ubicadas en lugares muy concretos, invisibles para el ojo no educado, pero tan eficaces como una alarma conectada con la comisaría más cercana.

Entonces, lo vio.

Fue solo un reflejo, una pequeña variación en la iluminación que entraba desde la calle a través de la espesa cortina del salón, que había dejado entreabierta solo lo justo para dejar pasar un poco de luz a aquella enorme estancia. Cinco milímetros exactos que le dirían si alguien había intentado entrar por la ventana, y que fueron suficientes para darse cuenta de que estaba bajo vigilancia.

Se asomó a la calle, oculto casi en su totalidad por la colgadura, y se quedó mirando fijamente al segundo piso del edificio de enfrente. No tuvo que hacer nada más, no hizo falta. La mujer que estaba a cargo de informar de sus pasos guardó apresuradamente su objetivo en una maleta, desmontó el trípode y recogió las pocas pertenencias que había traído consigo. En menos de cinco minutos, apareció en la puerta del edificio y subió a un taxi, que convenientemente pasaba por allí, a sabiendas de que había sido fatalmente descubierta. Al verla, Sebastian sonrió para sí y, sintiéndose orgulloso, se preparó para darse una merecida ducha después de un largo día de arduo trabajo.

Con la toalla puesta alrededor de sus caderas, aún con sus amplios hombros salpicados por las gotas más rezagadas que caían desde su pelo negro y ensortijado, se miró al espejo para comprobar si el puñetazo que no había podido esquivar necesitaba algo de atención; pero, rápidamente, descartó la idea, era solo un rasguño lo que ahora adornaba su prominente pómulo izquierdo. Al verlo, sonrió, recordando cómo había quedado su atacante tras los cuatro o cinco puñetazos que él le había propinado, hirviendo de rabia. A Sebastian no le gustaban los abusones, y aquel desalmado se estaba aprovechando de unos jovencitos demasiado inexpertos como para poder reaccionar ante un robo.

Más animado, se dirigió al frigorífico para sacar una cerveza. Su silueta habría ofrecido una deliciosa visión para cualquier mujer: su piel, más tostada desde que empezó a visitar el sur de Inglaterra en verano, lucía húmeda y lustrosa; sus pectorales, bien definidos incluso aunque no era un hombre fornido, se habían ampliado con el ejercicio al que se sometía últimamente, con el único fin de aligerar su tedio vital; y sus larguísimas piernas, esculpidas por el ajetreo diario, se asomaban bajo la minúscula toalla, exhibiendo sus poderosos muslos y gemelos.

La estrecha cintura terminaba en unas gloriosas líneas inguinales que dirigían la mirada inexorablemente hacia su vello púbico, el cual asomaba de forma incipiente por encima del borde de la toalla, incitando a descubrir qué ocultaba aquel esponjoso trozo de tela; pero no había allí nadie que pudiera contemplar semejante espectáculo. Sebastian vivía solo, y así deseaba continuar. No le gustaba la gente, así que no estaba interesado en establecer una relación lo suficientemente íntima como para compartir su lujoso apartamento.

Y tampoco lo necesitaba.

Se sentó en el sofá, listo para relajarse frente a su ordenador mientras revisaba las noticias del día. Sus gráciles dedos abrieron la cerveza con facilidad, y sus profundos y curiosos ojos verdes empezaron a diseccionar los titulares con interés. Pasados unos minutos, recibió un mensaje que tardó en comprobar, tan enfrascado estaba en la lectura de un extraño blog sobre teorías conspiratorias que había descubierto recientemente. Pensaba que el mensaje sería de Richard, molestándose en explicar por qué diablos lo había

puesto bajo vigilancia y quejándose de que hubiese arruinado sus planes una vez más; pero no.

Era de Olivia.

Una sonrisa traviesa se apoderó de sus labios. Su aburrida vida estaba a punto de cambiar.

CAPÍTULO 2

El caso

—¡Vaya! ¿Has crecido desde que no te veo? —Olivia se apartó de la puerta para dejar pasar a su amigo, mirándolo apreciativamente. Sebastian entró con rapidez y se giró para echar un vistazo al pasillo antes de cerrar la puerta con cuidado—. ¿Ya estás otra vez con la paranoia? ¡Nadie te sigue, Sebastian!

—No tienes ni idea. Richard se ha empeñado en creer que puede manejarme, me ha puesto vigilancia en mi apartamento, y no me extrañaría que hubiese más de una persona intentando controlar mis pasos. Nunca se es suficientemente precavido, querida.

—Si dejases de visitar los antros que te empeñas en visitar tan a menudo, tu tío Richard no estaría preocupado y te dejaría en paz.

—Si dejase de visitar los antros que me empeño en visitar, no me habría enterado de que se está creando un movimiento antidemocrático en contra del rey, Olivia —respondió, girándose para mirarla a los ojos con aire de suficiencia.

—¿Y de qué te sirve saber algo así, si puede saberse?

—La información es poder, tú mejor que nadie deberías saberlo.

—Eso solo si puedes dar uso de ella, y que yo sepa, no es tu caso —lo aguijoneó. Sebastian entrecerró sus ojos involuntariamente, mostrando fastidio.

—Parece que eso va a cambiar a partir de hoy, ¿no es así?

—*Touché*. —Olivia bajó la mirada y se encogió de hombros—. Desde luego, como mi trabajo sea siempre como este primer caso que se me ha asignado, tendré que contratarte como detective privado.

—No hará falta. Como siempre, tu altruista y encantador compañero de facultad te brindará sus servicios de forma desinteresada —sonrió Sebastian, mostrando todos sus dientes en una mueca exagerada—. A ver, ¿qué tenemos?

Sebastian se sentó en el sofá sin ser invitado, ante la sorprendida mirada de su amiga, quien se acercó al tresillo situado frente a él.

—¿No crees que sería más cortés preguntarme cómo me va primero?

—Sí, sí, pero creo que sabes que no estaría siendo sincero si demostrase interés, así que mejor no perdamos tiempo. ¿O es que nuestra relación ha cambiado solo por no vernos durante dos meses?

—Tres —puntualizó ella—. Y no, no ha cambiado, pero me gustaría saber de ti, y también contarte algunos avances que…

—Has conocido a una chica que te encanta, se llama Lana y es cajera en un supermercado, pero te preocupa que no sea capaz de seguirte cuando empiezas a disertar y a dar palos de ciego sobre

una idea, disfrazando tus agónicas tentativas de lluvia de ideas. No te va a gustar lo que tengo que decir al respecto, así que podemos continuar.

—¡No se llama Lana! ¡Y no trabaja en un…!

—Mi vida sigue igual que hace tres meses. En cuanto a los estudios, he terminado la tesis de anatomía y estoy totalmente dedicado a la de química orgánica. Mis padres siguen siendo ricos, mi tío sigue empeñado en que deje de probar todo lo que cae en mis manos y de salir por ahí con "gentuza", sin éxito, por supuesto. Y no, no he salido de Londres últimamente porque he descubierto más pistas sobre la trama que se está cociendo en torno a la Casa Real. ¿Algo más?

Olivia no pudo más que soltar una carcajada. Sebastian era exasperante, pero aunque se había equivocado en algún dato en su exposición, aún le sorprendía lo precisas que eran sus conclusiones.

—¿Cómo has sabido lo de Meredith? —insistió, centrándose en lo que le atañía.

—Querida, ya sabes que sé muchas cosas, algunas de ellas no son de interés, pero aún así, las sé. —Al ver que ella no continuaba y no dejaba de mirarle a los ojos asombrada, se explicó mejor—. Mi amigo Fred, ¿lo recuerdas? El repartidor de…

—Sí, ya sé quién es Fred —murmuró Olivia, repentinamente molesta.

—¿Hace falta que siga?

—No, ya me hago una idea —respondió.

Había salido con Fred un par de veces y el pobre chico no parecía haber superado su ruptura; pero ella había olvidado que Fred, además de haberle echado un par de polvos, era el repartidor de paquetería de la zona de Sebastian. Él siempre encontraba la forma de saber cómo estaba ella, aunque ella no estuviese al tanto.

—Deberías alegrarte de que esté pendiente de ti, aunque no te vea tan a menudo como quisiera —añadió burlón.

Olivia se limitó a alzar una ceja y a mostrar su desdén con un movimiento de cabeza.

—¿Y tú? ¿Alguna novedad en ese ámbito, chica o chico?

Sebastian soltó una risotada incrédula mirándola a los ojos fijamente.

—¿En qué te basas para pensar que mi desinterés por las personas haya podido cambiar en tan solo tres meses?

—Si es la persona adecuada, no se tarda más de un par de días —rezongó ella.

—Olivia —Sebastian se levantó del sofá y empezó a caminar a lo largo de la habitación, visiblemente incómodo—, ya te lo he explicado mil veces: yo no soy como tú. Las personas solo son ruido en mi cabeza, no me interesan personalmente, ni sentimentalmente, y mucho menos, sexualmente. Me da igual que sean chicas o chicos, o dinosaurios, ¡o perritos! En mi cabeza solo hay datos, datos contrastables que me producen más placer que ninguna otra cosa.

—Aparte de las drogas —apuntó Olivia con malicia.

—Eeeeh, sabes que solo las tomo cuando suscitan mi curiosidad, pero sí, me produce mucho placer averiguar sus efectos —puntualizó —. Aunque no lo creas, las drogas son solo un vehículo para pensar, pero tranquila, estoy mejorando. En cualquier caso, olvídate de la absurda idea de que alguien pueda postularse como importante a mis ojos. Por supuesto, tú estás exenta de ese criterio, querida.

—Ya, claro —soltó, irónica.

Sebastian sonrió, volvió al sofá, cruzó sus largas piernas y se dispuso a escuchar.

—¿Entonces?

—Se me ha encargado la misión de investigar a un alto cargo del Senado sin saber qué estoy buscando.

—Eso es parte de tu trabajo.

—Lo sé, pero no tengo ni idea de por dónde empezar.

—Empieza por el principio —respondió Sebastian al punto.

—A ver, ¿conoces a *sir* Patrick Clifford?

Sebastian alzó una ceja condescenciente.

—¿Alguien no lo conoce?

—Y supongo que estarás al tanto de la ignominiosa votación del proyecto de Ley que se ha llevado a cabo en el Parlamento para modificar la actual Ley del Aborto.

—Y que se ha saldado con una aprobación mayoritaria, para sorpresa de todos. Está claro que la sección más conservadora ha tomado el Senado, para desgracia del progreso.

—Pues bien. La información de la que dispongo induce a pensar que *sir* Patrick cambió su intención de voto a última hora y que convenció a sus colegas más allegados de que hicieran lo mismo.

—Todo el mundo tiene derecho a cambiar de opinión —susurró Sebastian, mirando a su amiga con expresión cautelosa.

—Por supuesto; pero parece ser que esa modificación sustancial ha sido… inducida.

—O quizá eso es lo que los progresistas quieren creer —arguyó Sebastian.

—Al parecer, no solo los progresistas. Alguien en Scotland Yard debe estar muy convencido de que así es. Como sabes, *sir* Patrick es uno de los miembros más influyentes del gobierno actual, muy respetado en varios sectores políticos precisamente debido a lo inteligentemente que fundamentaba sus opiniones; es de extrañar, por tanto, que alguien que lleva años proclamando su oposición al proyecto de Ley, cambie de repente su voto sabiendo que su decisión significaría dar luz verde al mismo, debido al gran número de simpatizantes que tiene en la cámara.

—Insisto, todo el mundo puede conocer un dato nuevo a última hora que le haga replantearse sus creencias, no veo dónde está el misterio —expuso Sebastian, quitándole importancia al asunto.

—El misterio reside en las extrañas circunstancias que han rodeado al sujeto durante los últimos meses. Por ejemplo, resulta de lo más interesante que *sir* Patrick haya estado en paradero desconocido durante algo más de una semana antes de la votación.

Aquel dato arrojaba luz sobre el caso, Olivia lo sabía y había pospuesto su revelación para ser capaz de captar el interés de su amigo. Ella no era tan avispada con los datos como él, pero sabía manejarlo mejor que nadie. Inmediatamente, Sebastian se incorporó en el sofá y comenzó a prestar atención en serio.

—Me sorprende que la policía no sea capaz de ver más allá de sus narices. *Sir* Patrick es un hombre joven y atractivo, uno de los solteros más codiciados del momento. No es de extrañar que, dado que su privilegiada posición le brinda libertad para viajar sin tener que dar explicaciones, haya decidido tomarse unos días de asueto para reflexionar antes de consolidar su postura frente a la inminente votación, sobre todo teniendo en cuenta lo que esta significará para el futuro de la facción femenina —expuso Sebastian de corrido.

—No es eso lo que cree el comisario jefe —comentó Olivia.

—Ya, imagino. Creerán que ha sido víctima de extorsión —replicó Sebastian con desdén.

—¿Y no lo ha sido?

Sebastian la miró condescendientemente y, tras unos segundos, negó con la cabeza.

—Te aseguro que, si lo estuvieran extorsionando, ya nos habríamos enterado.

—¿A qué te refieres?

—A que el caso entrañaría una serie de detalles más escabrosos que los que te han dado, y no serían información clasificada —concluyó, dejando a Olivia pensativa.

—Te refieres a que…

—A que habría habido chantaje físico, quizá incluso habrían raptado a un familiar o ser querido, y estoy seguro de que eso no ha ocurrido. De todas formas, como Richard está dentro, le haré algunas preguntas al respecto; pero, a priori, descartamos la extorsión.

—Entonces, ¿qué más móviles ves? —preguntó Olivia, alucinada al contemplar la velocidad a la que trabajaba el cerebro de su amigo.

—Sin duda, *sir* Patrick habrá disfrutado de una discreta compañía femenina que, seguramente debido a su posición, no ha querido hacer pública por el momento; de ahí la escapada. Bastaría con ponerlo en seguimiento y observar sus rutinas para verificar si ha habido algún cambio reciente, lo cual imagino que ya se habrá tenido en cuenta, intuyo que sin éxito. Y por eso te han encargado el caso a ti.

—Algo así —gruñó Olivia, exasperada por la exactitud de la exposición de Sebastian.

—La otra alternativa es que haya consumido sustancias ilegales, claro, pero entiendo que ha superado el test de drogas estándar que seguro se habrá solicitado como parte de la investigación.

—Se encargó a un agente de a pie que se acercase a tomar muestras, que se sumaron a la prueba general que se hizo a la entrada de la votación, pero *sir* Patrick estaba limpio como una patena.

—Hmmmm… ¿Qué opinión le merece el sujeto a la policía? —preguntó Sebastian, pensativo.

—Patrick Clifford es uno de los pocos miembros del gobierno que está calificado de fiable dentro del cuerpo. Su habilidad para la estrategia ha sido un factor clave en muchas ocasiones a la hora de encontrar una solución plausible para todos frente a coyunturas irresolubles. Es un hombre inteligente y cabal, además de que jamás se ha visto envuelto en un escándalo, ni tampoco su familia o allegados.

—Y, una vez interrogado, ¿ha mostrado algún indicio que haya llevado a sospechar de un cambio reciente en sus costumbres? Porque hasta ahora, sigo sin encontrar la razón de las sospechas.

—¿Cómo sabes que le hemos interrogado? —inquirió Olivia, de nuevo muy sorprendida.

—Porque si no fuera así, no se le habría encargado a una subinspectora que lo investigara. Si como dices, alguien está muy interesado en saber a qué es debido el cambio de opinión, debe ser seguramente porque "sabe" que ha sido inducido; de lo contrario, no se habría encargado el caso a la policía, básicamente porque no hay caso. Así que, teniendo eso en cuenta, y siendo *sir* Patrick un par del estado, estoy seguro de que Scotland Yard habrá encontrado una excusa plausible para someterlo a un interrogatorio.

Olivia frunció el ceño, sintiéndose derrotada ante la evidente destreza intelectual de su amigo.

—Sí, lo citaron en comisaría para preguntarle sobre la supuesta implicación de un vecino suyo en un caso de tenencia de drogas. Nada importante, solo una mera formalidad, pero consiguieron llevárselo a su terreno —explicó desganada.

—Evidentemente —concluyó Sebastian—. Entonces, ¿no dijo nada relevante?

Olivia sonrió para sí, disfrutando del momento previo a ofrecerle la totalidad de la información a la que había tenido acceso, ansiosa por contemplar su mirada llena de asombro.

—El interrogatorio fue conducido por un experto. Los resultados fueron los esperados, nada fuera de lo común, a no ser…

—¿A no ser? —preguntó Sebastian, intrigado.

—El informe que se extrajo fue poco concluyente, debido a que el transcriptor añadió un detalle que, aunque pasó desapercibido para el policía encargado del cuestionario, nos resultó de lo más curioso en comisaría: *sir* Patrick, al ser preguntado por su estado de salud más reciente, se mostró inseguro sobre la concreción de la información.

—¿Y nadie indagó acerca de ello? —Sebastian fruncía el ceño cada vez más, alucinado ante la ineficacia de Scotland Yard.

—El policía no quiso entrar en detalles, el cuestionario no obligaba a que lo hiciera, por lo que tuvimos que introducir a un tercero, un compañero de instituto de *sir* Patrick que trabaja para la inteligencia británica, Phillip Custard. Phil se hizo el encontradizo en comisaría y, al preguntarle qué diablos hacía él allí, *sir* Patrick, muy molesto por haber tenido que testificar en un caso que no le atañía para nada, insistió en ir a tomar una copa con Phil para relajarse. Fue entonces cuando le refirió que, a lo largo del último mes, había sufrido… pérdidas de memoria.

Aquella información provocó que Sebastian entreabriese los labios y respirase profundamente. Se echó hacia atrás para apoyarse de nuevo en el respaldo del sofá, su mirada fija en los ojos de Olivia, mientras hilaba posibilidades en su mente.

—Pérdidas de memoria… —repitió en voz baja.

—Así es. *Sir* Patrick confesó, visiblemente preocupado, que tenía lagunas sobre las últimas semanas, incluso subrayó que había largos lapsus de tiempo durante los que no recordaba qué había ocurrido, ni lo que había estado haciendo.

—Y esa confesión ha llevado a la policía a pensar que alguien se está tomando muchas molestias para conseguir hacer realidad sus propios deseos a través de un elemento frágil, pero poderoso.

—Exacto —concluyó Olivia.

Sebastian se reclinó en su sofá y paseó las puntas de sus dedos por sus labios, tamborileando sobre ellos de vez en cuando, absorto en sus pensamientos. Aquella información era de lo más intrigante y estaba deseando morder el anzuelo, meterse de lleno a averiguar qué era lo que escondía toda aquella investigación sin fundamento alguno y por qué se le había encargado a la policía, en lugar de a un detective privado. Lleno de decisión, volvió a mirar a su amiga a los ojos y alzó la comisura de sus labios en una sonrisa traviesa.

—Bien. Y, ¿qué es exactamente lo que necesitas de mí? —preguntó.

—Que me digas por dónde empezar a buscar.

Sebastian no retiró su mirada de sus ojos, intentando hacerle entender que él no se limitaría a ofrecerle solamente unas directrices generales. Olivia lo sabía, pero no quería ceder su poder. Al fin y al cabo, ella era la policía.

—Acepto el caso, solo si se me permite investigar.

—Sebas…

—Solo si se me permite investigar —la interrumpió con firmeza—. No pienso decirte qué tienes que hacer, no voy a privarme del placer de descubrir adónde lleva todo esto, querida. Lo tomas o lo dejas.

Olivia sopesó sus opciones y escrutó su mirada atentamente, necesitaba saber hasta dónde podría apretarle las clavijas a su amigo. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que Sebastian tenía todas las de ganar, así que asintió y bajó la cabeza.

—Pero tienes que prometerme que no te extralimitarás. No quiero que me expulsen del cuerpo antes de haber podido resolver mi primer caso, siquiera.

Sebastian sonrió ampliamente, encantado con la aceptación de su amiga.

—Lo único que puedo prometer es que te ascenderán a inspectora cuando todo esto termine.

—Fanfarrón —gruñó Olivia, sonriendo.

—Ese es uno de mis encantos, querida —respondió con una sonrisa pícara—. Aunque creo que el término es incorrecto. Presumido sería más adecuado. La fanfarronería va acompañada de

falacias y nulos resultados, y sabes que eso no va a pasar. No conmigo.

—Fanfarrón y presumido. Eres todo un dechado de virtudes —lo aguijoneó.

Ambos se echaron a reír y, ya más relajados, disfrutaron de la compañía con una copa de vino. Sin embargo, cuando Sebastian se marchó, horas más tarde, su cerebro bullía de actividad. Aquel caso suponía un reto muy especial para él.

¿Cómo se podía inducir una pérdida de memoria a una persona sin que esta fuera consciente?

CAPÍTULO 3

Sir Patrick Clifford

Al día siguiente, bien temprano, Sebastian ya había empezado a investigar. Envió algunos mensajes a primera hora, requiriendo información precisa sobre las rutinas del sujeto para hacerse con la radiografía completa de *sir* Patrick. A medida que transcurría la mañana, los datos iban llegando, aunque con cuentagotas. Y eso le exasperaba. Sabía que hasta que no viese al político con sus propios ojos no sabría con seguridad si había sido víctima de extorsión, de abuso o si, simplemente, había cambiado de opinión por propia voluntad.

Pero no podía salir a la calle así como así, no iba a presentarse en la puerta de *sir* Patrick, al que conocía bien debido a su relación directa con los Fairchild, para preguntarle si se había excedido en el trato con algún maleante, o si había estado visitando burdeles de dudosa reputación en las últimas semanas. No, debía esperar los datos que había pedido antes de actuar.

A juzgar por los primeros informes que recibió, su versión de los hechos parecía la más plausible. Al contrario que los demás políticos que conocía, el tal Clifford era cualquier cosa menos aburrido, algo

que le extrañó sobremanera, dada la excelente reputación de la que gozaba; pero en cuanto tuvo su agenda completa en el móvil, cortesía de una de las criadas de la casa a quien él había ayudado con un problemilla económico en una ocasión, Sebastian quedó aún más sorprendido.

Sir Patrick acudía con estricta puntualidad británica a su despacho de lunes a viernes. Entraba a las siete a trabajar, pero gustaba de tomar un té con leche y azúcar unos minutos antes de sentarse frente a su escritorio, por lo que era las seis y cincuenta minutos la hora exacta de su llegada al Parlamento. Una vez terminada su jornada, almorzaba en Mildred's, un restaurante vegano situado en King's Street, donde tenía mesa permanentemente reservada. A veces, almorzaba con un familiar; otras veces, con algún colega del trabajo.

Sin embargo, ahí terminaba toda la monotonía de su vida.

Entre semana, tras el almuerzo, *sir* Patrick tenía una distracción para cada día: paddle, nutricionista, incluso manicura, pedicura y sesiones de rayos UVA, nada habitual en ese tipo de perfil.

Pero lo más sorprendente, sin duda alguna, eran las noches.

Las reuniones interminables a las que se suponía que acudía, consistían básicamente en juergas organizadas por la persona influyente de turno en *pubs* exclusivos y de lo más sugerente. Reuniones a las que acudían solo algunos privilegiados, que solían terminar de madrugada, y que eran aderezadas con suculentas cenas servidas por los *caterings* de más alto nivel de Londres *in situ*. De esta manera, los afortunados comensales evitaban ser vistos a

horas intempestivas y en actitudes que, casi con seguridad, huían escandalosamente del más estricto decoro.

Y, como era de esperar, los fines de semana eran un espectáculo. *Sir* Patrick estaba invitado a todas las fiestas distinguidas de la ciudad. Juergas hasta altas horas de la noche, repletas de alcohol y estupefacientes, y exquisita compañía femenina, entre las que se contaba tanto con muchachas discretas y bien pagadas, como con las indiscretas hijas de personalidades de la ciudad. Todas ellas dispuestas a satisfacer las necesidades más insignificantes de tan ilustres personajes, anhelando convertirse en algo más que en el pasatiempo de los sábados por la noche.

En definitiva, lo habitual en un caballero acaudalado, soltero e importante, en una ciudad plagada de espectáculos, placeres y vicios, aunque también de sordidez y decadencia.

Pero no en un miembro del Senado.

Sebastian estaba confuso. ¿Cómo alguien como *sir* Patrick podía vivir de ese modo y pasar desapercibido? ¿Cómo un aburrido miembro del congreso se había convertido en un *gigoló*, atractivo, atlético y deseado por todos? *Sir* Patrick no encajaba en el perfil, no siendo un importante miembro de la política, no con la familia que tenía. Algo habría acontecido recientemente en su vida, algo que le había hecho cambiar de forma radical y que le había empujado a entregarse a esa vida disoluta, solo reservada para personas de elevada clase social no relacionadas con la política.

¿Pero qué?

Tenía que salir a investigar.

***

Justo cuando iba a salir a la calle, su móvil empezó a vibrar. Sebastian lo miró ceñudo, a punto estuvo de cortar la llamada entrante; pero se lo pensó mejor. Si Richard no lo localizaba, empezaría a conjeturar y volverían a tener la maldita conversación que tanto detestaba. Miró su reloj, en media hora *sir* Patrick acudiría a Mildred's… Sí, podía atender una llamada de camino.

—Buenas tardes, tío —lo saludó, fingiendo buen talante.

—¡Vaya! ¡Despierto a estas horas! ¿Es que no saliste anoche?

—Dímelo tú. Parece que estás mucho mejor informado que yo mismo sobre mis hábitos de esparcimiento. ¡Oh, no! Espera, que desde ayer no tienes informante…

El gesto de Sebastian cambió de sorprendido a malicioso, a sabiendas del ceño tan pronunciado que se estaría dibujando justo en aquel momento en el rostro de su tío.

—La pobre Sarah salió huyendo cuando se dio cuenta de que la habías descubierto. Te precede tu fama de sinvergüenza, Sebastian —respondió Richard, en tono lúgubre.

—¡Oh, vamos! ¿Creyó que iba a dispararle? —El tono de su voz era displicente y burlón.

—Pensó que tendrías matones apostados en la puerta de su edificio. Es lógico, después de haber presenciado dónde pasas las noches.

—Bueno, puedes estar tranquilo, ahora voy a estar una temporada bastante ocupado con otros menesteres, así que no es

necesario que me pongas escolta.

—¿Y eso? ¿A quién has conseguido embaucar esta vez?

—A nadie. Voy a ayudar a una amiga a resolver un caso.

Sebastian había salido a la calle, paró un taxi con un movimiento resuelto y subió al asiento trasero grácilmente.

—Saint James Street —le dijo al taxista en voz baja—. ¿Qué decías, Richard?

—Cuidado con dónde metes las narices. Si vas a empezar a indagar donde creo, debes ser muy cauteloso. El Senado no es uno de esos *pubs* que tanto te gustan.

Sebastian sonrió con la comisura de sus labios. Sabía que Richard adivinaría rápidamente a qué se refería, precisamente por eso había mencionado el tema. Quería información proveniente de la mejor fuente de la que podría obtenerla.

—Por cierto, ya que estás al tanto de todo, ¿has oído algo sobre si el señor Clifford ha… cambiado de aires últimamente?

Richard se quedó en silencio, lo que suscitó aún más la curiosidad del detective en ciernes.

—Sebastian, apártate del caso. Eso es un nido de víboras —expuso finalmente en voz baja.

—No podrías haber elegido una descripción mejor para alentarme —respondió Sebastian, ampliando su sonrisa—. En serio, ¿no sabes si se ha visto involucrado en algún asunto turbio, o si algún familiar ha tenido contacto con…?

—La familia y amigos siguen siendo los mismos: clase alta. Nada nuevo en sus costumbres, aparte de que hace algo más de seis meses, Patrick empezó a cuidarse un poco. Aunque, teniendo en cuenta que ya no tiene treinta años, es totalmente lógico que lo hiciera.

—Hmmmm, puede, o puede que no. ¿Ese cambio no está relacionado con ninguna mujer? —inquirió con interés.

—A Patrick no se le conocen parejas estables, pero sobre todo, no ha tenido contacto con nadie… nuevo, por así decirlo.

—Lo que no quiere decir que no haya intimado con una chica de su círculo habitual —apuntó Sebastian, intrigado.

—Si así fuera, entiendo que habría dejado de frecuentar las fiestas privadas a las que es tan asiduo últimamente —coligió Richard.

—No, si a ella no le importa lo que él haga en su tiempo libre.

—Bastian —Su tío se dirigió a él por el nombre que utilizaba la familia para llamarle cuando era un niño. El tono de la conversación se había relajado y Richard se sentía más cercano. Sebastian sonrió ante la evidencia, sabiendo que, a partir de entonces, su tío estaría más dispuesto a colaborar—, si conocieses mejor al sexo opuesto, sabrías que ninguna chica de buena familia accedería a mantener relaciones con un hombre que pasa las noches entre copas y chicas.

—Conozco al sexo femenino lo suficiente para saber que, si la susodicha sacase algún beneficio, no le importaría en absoluto lo que él hiciese por las noches, Richard. ¿Es posible que tengamos a

alguna chica un poco desesperada en los círculos en los que se mueve?

—Ninguna —afirmó con determinación.

Sebastian empezó a darle vueltas al asunto, cada vez estaba más seguro de que todo aquello tenía que ver con una mujer, aunque no encontraba la relación directa.

—¿Cuándo dices que empezó a cuidarse? —insistió.

—Hace alrededor de seis meses.

—¿Y sabemos si entonces asistía a esas "reuniones"?

—Mmmm…, no con seguridad, aunque yo diría que no. Creo que empezó a jugar en esa liga hará poco más de un mes.

—Casualmente, el mismo tiempo que hace que advirtió las lagunas de memoria… Puede que todo esté relacionado con el alcohol y no haya conspiración alguna —se aventuró Sebastian en voz baja, aunque consciente de que su tío escuchaba sus deducciones.

—Sea como sea, no tenemos caso, Sebastian. *Sir* Patrick ha votado, ya no hay vuelta atrás.

—Lo que se ha aprobado es solamente el proyecto de Ley, necesitará ser ratificado antes de que se promulgue. Quizá aún estemos a tiempo de cambiar el curso de la historia —zanjó, lleno de entusiasmo.

—Después no digas que no te lo advertí —susurró su tío—. No te conviene meter las narices donde no te llaman, sobre todo después

de tus recientes correrías.

—Yo creo, sin embargo, que un asunto tan interesante como este requiere de toda mi atención. ¿Qué puedo perder?

—La cabeza, eso seguro —respondió Richard—. Sé que harás lo que te venga en gana, como siempre, y yo no soy tu madre, no tengo esa responsabilidad sobre mis hombros; pero si necesitas ayuda…

—Tranquilo, no recurriré a mi tío, Comisionado de Scotland Yard —bromeó—. Prometo mantenerme lejos de toooodo peligro, tío.

Sebastian cortó la llamada con una sonrisa en sus labios. Entendía perfectamente la preocupación de su tío, sobre todo desde que tuvo que sacarle de la cárcel después de participar en una riña callejera en la que se vio envuelto por error; pero ya había madurado, ya no tenía veintiún años, estaba más cerca de los treinta de lo que le gustaba reconocer.

Sabía que su madre se preocupaba mucho por su futuro, insistía una y otra vez en que debía encontrar una ocupación que realmente le proporcionase estabilidad en la vida, por eso cargaba a Richard con el muerto de intentar meter en vereda al cabra loca de su hijo; pero él no quería ni oír hablar del tema. No se veía trabajando en una oficina, teniendo que rendir cuentas ante ningún jefe, y mucho menos, privado de la libertad de poder acudir al lugar que le apeteciera y a la hora que le viniese en gana. No. Su vida era estudiar, aprender, investigar… Y disfrutar.

Aunque quizá, si Olivia conseguía asentar su posición dentro de la policía, él podría servirle de ayuda extraoficialmente…

***

Apostado en la esquina de King's Street con St. James Street, Sebastian esperaba la inexcusable cita de *sir* Patrick con su restaurante favorito. Como estaba casi seguro de que Patrick le reconocería, había ocultado sus bucles oscuros bajo una gorra estilo *Peaky Blinders*, cuya visera le confería, además, privacidad suficiente para observar sin ser visto. Se subió las solapas del abrigo y envolvió su cuello y parte de su rostro en una gruesa bufanda, perfecta para la ocasión, ya que el sol no había hecho acto de presencia aquella mañana, dejando el día aún más frío que de costumbre.

Y justo cuando comprobó en el escaparate de la tienda que tenía frente a sí que estaba irreconocible, el coche de *sir* Patrick se detuvo frente a la puerta del restaurante. El chófer se bajó y abrió la puerta del Rolls Royce negro, del que bajó *sir* Patrick con rapidez. Sebastian aprovechó el escaso tiempo del que disponía para intentar obtener la información que deseaba.

Aunque Patrick vestía un traje gris de raya diplomática impoluto y perfectamente planchado, su pelo lucía alborotado, probablemente porque se había deshecho del gel fijador que habitualmente llevaba a la cámara: para él, la jornada laboral había terminado. Aunque aquel gesto parecía de poca importancia, marcaba una gran diferencia entre su vida profesional y la personal, y a Sebastian le resultó bastante esclarecedor: no era la primera vez que un detalle insignificante como aquel le hablaba alto y claro sobre el carácter de alguien. Probablemente, Patrick hacía eso para desconectar, pero también podría ser un indicio de una conducta aprendida.

Y reciente.

En el asiento trasero, Sebastian alcanzó a ver una bolsa de deporte, que portaba probablemente una muda para el gimnasio y otra de camisa y corbata, dispuesta para la larga noche que el político tenía por delante. Nada relevante, solo detalles que ratificaban lo que ya había averiguado previamente.

Decepcionado, empezó a idear un plan B. Todo parecía normal, al menos normal para un crápula encubierto como aquel, pero tenía que haber algo, algo que se le escapaba…

Sobre la marcha, decidió provocar un encontronazo con Patrick, convencido de que viéndolo de cerca podría hallar alguna pista, algo con lo que al menos poder empezar a trabajar.

—¡Oh, disculpe señor! —exclamó Patrick al tropezar contra él. Sebastian movió la cabeza indicando que no importaba, no podía pronunciar palabra, a riesgo de que Patrick lo reconociese. Sin embargo, el breve acercamiento iluminó las tinieblas en las que se movían sus suposiciones como si fuera una antorcha en la oscuridad.

Efectivamente, Patrick estaba en buena forma física, nada que ver con lo que Sebastian recordaba de la última vez que lo vio. Lucía unas ojeras oscuras, probablemente resultado de los excesos de la noche anterior, e iba bien perfumado, una fragancia cara, sin duda, con matices de cítricos y sándalo. Fresco, pero exótico, nada habitual en un aburrido funcionario del estado.

Justo cuando iba a darse por vencido, Sebastian decidió girarse de nuevo para ofrecerle una segunda oportunidad a su atrevimiento…, y ¡bingo!

Allí estaba, escondida bajo el cuello de la camisa. *Sir* Patrick lucía una extraña marca justo junto a la nuca. Podría parecer una picadura de un insecto o una simple erupción a ojos de un neófito, pero su forma perfectamente circular llamó la atención del avezado Sebastian.

¿Qué era aquella marca? ¿Y por qué la llevaba oculta en la parte trasera del cuello?

***

Olivia acababa de llegar del trabajo, aún más decepcionada que el día anterior. Había solicitado acceso al informe completo del interrogatorio de *sir* Patrick y la habían vuelto a mandar a paseo. Se sentía estúpida, y eso la sacaba de quicio, así que, tal y como cerró la puerta de su minúsculo apartamento, se desplomó sobre el sofá y se quedó mirando a un punto en la pared, intentando centrar sus ideas.

Y justo cuando empezaba a relajarse, alguien golpeó su puerta tres veces.

Toc, toc, toc.

Bien sabía Olivia quién era, la única persona que evitaría tocar el timbre para no llamar la atención. Repentinamente excitada ante la posibilidad de buenas noticias, Olivia dio un salto del sofá y se apresuró a abrir la puerta, encontrándose con la profunda mirada de Sebastian al otro lado.

—Traigo la cena —enunció, a la vez que entraba en el apartamento sin dignarse siquiera a pedir permiso. Sebastian traía un par de pizzas y una botella de vino de buena cosecha, lo puso

todo sobre la mesa del salón y, al ver que Olivia no le seguía, se giró hacia la puerta de nuevo—. ¿Pasa algo? —preguntó, perdido.

—No, nada. Es que te has colado sin… Da igual.

Sebastian sonrió, consciente de que a ella le había molestado su intromisión. Se acercó a ella, la sujetó por los hombros y, dispuesto a animarla, le dedicó una amplia sonrisa.

—Anda, ven, siéntate conmigo. Traigo noticias frescas…

CAPÍTULO 4

Pizza

Tras hacerla partícipe del resultado de sus pesquisas, Sebastian le preguntó a Olivia si podría acompañarlo en determinados momentos, convencido de que cuatro ojos verían más que dos. Su amiga asintió vehementemente, deseaba hacer trabajo de campo. Estaba segura de que les sería más fácil encontrar una pista válida que seguir si iban juntos.

—En realidad, de poco sirvo en comisaría —comentó con tristeza —. Si no van a facilitarme el acceso a nada más, seré de más utilidad sobre el terreno. Tengo que dar señales de vida, eso sí.

—Por eso no te preocupes, podemos vernos a mediodía.

—No recordaba que tú no tienes que levantarte temprano —dijo Olivia, con sorna. Sebastian la miró alzando una ceja, molesto ante las implicaciones de su afirmación.

—Por favor, no empieces tú también.

—¿Qué? ¿Que no empiece con qué? Solo he constatado un hecho. Vives muy bien, ya quisiera yo tener la libertad que tú tienes, guapo.

Sebastian negó con la cabeza, con su mirada clavada en la pared, y suspiró.

—Mi madre sigue pensando que soy un viva la Virgen —comentó, dando los últimos sorbos a su copa de vino—, nunca valorará mis esfuerzos en nada. Menos mal que mi padre pasa de mí por completo, al menos así la tiene entretenida.

—No seas tan duro con ellos, sabes que te adoran.

—No me adoran —sonrió—, me aborrecen.

—Si te aborrecieran, no te permitirían vivir solo y hacer todo lo que te da la gana —continuó con el tono jocoso Olivia—. En serio, Sebastian, no conozco a nadie con tus privilegios, deberías estar agradecido, en lugar de quejarte.

—Sí, soy un auténtico desagradecido —bromeó—. Y un malcriado que no quiere sentar la cabeza, encontrar un trabajo aburrido y formar una familia estándar. —Tras mencionar aquellas palabras, su semblante se entristeció.

—Que no desees seguir la norma no te convierte en un desalmado, y mucho menos, en un mal hijo. Tendrán que aceptarte tal como eres, y lo harán, por su propio bien.

—No tengo hermanos, ese es el problema. Si tuviera una hermana, o un hermano mayor, responsable y anticuado, ellos dejarían de insistir.

—O quizá no. Teorizar sobre lo imposible no aliviará tu pesar, ni el suyo. Además, ¡quién sabe! ¡Quizá encuentres a alguien y te arrepientas de todo lo que has dicho sobre la pareja y el amor!

—¡Ja! —escupió con desdén—. Olivia, yo no…

—Sí, sí, ya sé que no eres como yo, pero árboles más altos han caído.

—Eso no puede pasarme a mí —murmuró Sebastian—, y no lo digo jactándome de nada, que conste. Es que ese sentimiento no está en mi ADN, y mis padres no se ocuparon de inculcármelo.

—Ahora vas a culpar a tus padres también de ser unos frívolos…

—No, no culpo a nadie. Solo intento darte una explicación que te dé que pensar y así dejes el tema de una vez. Quizá sea mejor que me cuentes lo de Meredith, así te olvidas un poquito de mi vida sentimental.

—Vale, te lo cuento, pero antes tengo una pregunta.

—Lo que sea por que cambies de tema —aceptó, volviendo los ojos al cielo.

—¿Nunca? ¿Nadie?

—No sé que quieres decir —fingió.

—¿No te has sentido atraído por nadie? ¿Jamás? Y no temas, no estoy intentando sonsacarte para confesarte entre lágrimas que eres el amor de mi vida, yo soy un poquito más exigente, guapo —zanjó con una sonrisa.

—Sé que yo no soy tu tipo, enana, no hace falta que me menosprecies tan abiertamente —respondió, guiñándole un ojo.

—Bien. ¿Entonces?

—Hubo una chica que llamó mi atención durante el primer año de Medicina. Era lista, muy lista, y supongo que eso la hacía atractiva a mis ojos; pero, respondiendo a tu verdadera pregunta: no. No sentí nada parecido a un pellizco en el estómago, ni un deseo ferviente por poseerla en la cama. Solo me gustaba hablar con ella, pero cuando terminó el semestre, dejamos de vernos.

—Y te olvidaste de ella.

—La verdad es que he tenido que hacer memoria para recordarla, aunque sí te reconozco que, en aquel momento, me habría gustado mucho seguir conociéndola fuera del aula.

Olivia buscaba desesperadamente la manera de hacerle la pregunta que le había rondado desde que lo conoció, una de las pocas dudas que aún le quedaban sobre su persona.

—O sea, que eres virgen.

Sebastian giró su cabeza despacio para mirarla fijamente, asustándola y haciéndola sentir ruin por haberle preguntado; pero entonces una sonrisa maliciosa asomó a sus labios y ella se sonrojó.

—Así que era eso lo que te atormentaba…

—Sí. Mucho —dijo Olivia, volviendo a respirar con normalidad.

—¿Y eso por qué? —preguntó Sebastian tranquilamente.

—Porque no puedo comprender cómo alguien como tú aún no haya tenido la necesidad de probar… eso.

—¿Alguien como yo? —Sebastian soltó una larga risotada—. ¿A qué te refieres con "alguien como yo"?

—A un hombre atractivo e inteligente, muy interesante y con cero problemas económicos. Cualquier chica estaría encantada de pasar una noche contigo, de hecho, conozco a más de una que se llevó una gran decepción mientras estuviste en la Facultad; sin embargo, tú no…

—No me llama la atención, simplemente —alegó, encogiéndose de hombros.

—Pero…, ¡es que es imposible! Frecuentas todo tipo de compañías, estoy segura de que alguna chica, o chico…

—No, Olivia, nadie. Y estás pasando por alto que no soy precisamente sociable, que digamos. Eso es algo que influye mucho a la hora de resultar atractivo, querida.

—Sabes perfectamente que no sería tu caso. Tus virtudes son mucho más valiosas que tus defectos —alegó Olivia, incansable.

—Eso será a tus ojos, y aún así, no te has sentido atraída hacia mí, gracias a Dios. Y será mejor que dejes el tema ya —respondió, repentinamente molesto. Olivia cerró la boca, pero se quedó mirándolo fijamente, con una última pregunta a medio pronunciar. Sebastian frunció el ceño, negó con la cabeza y respiró hondo—. Dilo, anda, no quiero que mueras atragantada por la incertidumbre.

—¿Tú sientes… deseo?

Tal y como hizo la pregunta, Olivia se sonrojó profundamente. Sabía que había vuelto a ir demasiado lejos, pero también sabía que el tema no saldría de nuevo más adelante; así que, en silencio, se quedó mirándolo a los ojos, encogida como si estuviera esperando ser golpeada de repente. Sebastian le sostuvo la mirada durante

algunos segundos más, negó con la cabeza y sonrió con la comisura de sus labios.

—A nivel anatómico, soy perfectamente normal, si es a eso a lo que te refieres. Mis análisis están bien, me alimento adecuadamente…, es cierto que duermo poco, pero eso no implicaría nada malo, a priori. Y sí, a veces mi cuerpo responde por sí solo, pero no de la forma que tú piensas, no como respuesta a un estímulo; simplemente, lo que sobra tiene que salir de alguna manera y…, bueno, a veces hay que ayudar a que eso ocurra.

Olivia se quedó plenamente satisfecha con su respuesta, comprendiendo después de casi siete años que su amigo no tenía ningún problema físico ni ninguna tarita psicológica, aparte de sus rarezas innatas, sino que, simplemente, no estaba interesado en el sexo como tal y no había encontrado a nadie que suscitase en él esa necesidad de rozar la piel de otra persona.

Lo que no lo eximía de que pudiera ocurrirle en el futuro, y esa idea peregrina la hizo sonreír con ganas.

—Gracias por tu sinceridad, y perdona por mi intromisión en tu vida personal. Solo quería estar segura de…

—De que no estoy loco ni soy un depravado… Ya, como todos. Y ahora, cuéntame cómo es que has cambiado de acera tan fácilmente. Creía que solo te interesaban los hombres… —empezó Sebastian, aprovechando la tesitura.

—Mi historia no es nada interesante. No es que me haya cambiado de acera, es que he conocido a una persona fascinante,

que me pone cachonda nivel dios, y resulta que es una mujer. Fin del misterio.

—¿Es la primera vez? —preguntó con interés.

—¿Que me siento atraída por alguien del mismo sexo? Creo que en el instituto me gustaba Celine, una chica rubia muy delicada y elegante, pero como nunca llegó a nada, tampoco le di más importancia. Siempre me he sentido atraída por los chicos, aunque puede que fuese solo por convención social. La verdad es que creo que soy bisexual, aunque hasta hace dos meses pensaba que eso era imposible, que los bisexuales solo eran homosexuales indecisos.

Ante la tosca descripción, Sebastian no pudo evitar una carcajada sincera.

—Supongo que habrá de todo, me parece absurdo intentar encerrar los matices de millones de personas en solo dos categorías —expuso hábilmente—. Sin ir más lejos, nuestro compañero Jack, ¿lo recuerdas? Jack Mild, el chico pelirrojo que siempre perdía las gafas…

—Ah, sí… —asintió Olivia.

—A él le encantaban los pechos de las mujeres, sentía una atracción fuera de lo normal por ellos; sin embargo, no deseaba acostarse con mujeres, incluso llegó a probar con una amiga para estar completamente seguro; pero nada, a él lo que le gustaba era una buena…

—Ya, me hago a la idea, gracias —lo cortó Olivia con recato.

—Perdona, no pensaba que tendrías remilgos a estas alturas —alegó, sorprendido.

—No son remilgos, es que no te concibo pronunciando palabras soeces, no… te pega.

Sebastian alzó una ceja conmiserativa, negó con la cabeza y sonrió descarado.

—Deberías escucharme hablar en los *pubs* de Hackney.

—No me hace falta, me lo puedo imaginar, pero es algo que prefiero que se quede en mi imaginación —zanjó Olivia con una sonrisa.

—Y, ¿has tenido algún avance? Con esa chica, me refiero.

—Alguno, pero nada concreto.

—Pues deberías lanzarte y pasar tus veladas haciendo el amor, no escuchando al rarito de tu amigo desvariar sobre pistas, conspiraciones y chicas de dudosa moralidad.

—Y tú deberías aplicarte el cuento antes de hablar, figura.

Continuaron charlando durante un par de horas más, cómodos, poniéndose al día sobre sus amigos comunes como si fuesen un par de viejos cotillas. Cuando Sebastian se marchó, Olivia no pudo evitar sentirse feliz de tenerlo en su vida. Era un hombre extraño, poco común, pero debajo de todas sus rarezas, Sebastian tenía un corazón de oro.

Lo supo cuando lo vio por primera vez, mientras ayudaba a una compañera a resolver un ejercicio de deducción. No podía evitar

alardear, esa era su principal debilidad, la que le había llevado a meterse en líos demasiado a menudo; pero ella sabía que estaba lleno de bondad, que aunque intentaba esconderla con todas aquellas respuestas fuera de lugar que tanto le gustaba utilizar para ridiculizar a los demás, solo era su ego solitario, intentando abrirse camino a hachazos, el que provocaba que se mostrase tan rebelde la mayor parte del tiempo.

Se fue a la cama contenta de ser amiga de aquel hombre tan poco común, el hombre que, sin proponérselo, había conseguido que olvidase el día de mierda que había tenido en el trabajo. Él tenía razón, le aterraba que Meredith no estuviese a la altura de sus múltiples necesidades intelectuales, por eso no le ofrecía la oportunidad de demostrar si la atracción que sentía por ella sería suficiente para mantener una relación. El sexo era fantástico, el mejor que había tenido en su vida, pero estaba impidiéndole entrar en su mundo precisamente por lo mismo que Sebastian no había dirigido sus miras más allá de sí mismo.

Decidida, se propuso que aquello iba a cambiar. Le pediría a Meredith que viniera a casa, que viese por fin el estilo de vida que ella llevaba, y le hablaría de su ocupación, como ella tanto deseaba. Al fin y al cabo, la relación tendría que avanzar antes o después, así que para qué esperar.

Y mientras caía en un profundo sueño, pensó en lo feliz que sería Sebastian si conociese a alguien afín, a alguien a quien quisiese mostrarle la locura de apartamento en el que vivía, a alguien a quien no le importase que fuese un absoluto desastre con las personas y que, en lugar de sentirse ofendida al escucharlo despotricar contra

todo, sintiese una profunda admiración por aquel hombre magnífico, como le ocurría a ella misma.

Sí, era una privilegiada por poder tenerlo a su lado.

CAPÍTULO 5

El pub

Cuando salió de casa de Olivia, Sebastian no pudo evitar pensar que había estado perdiendo el tiempo. La conversación había derivado por unos derroteros que nada tenían que ver con el caso y habían olvidado centrarse en lo más importante: cuál sería el siguiente hito de su investigación.

Decidió volver caminando a su apartamento, incluso aunque quedaba bastante lejos del de Olivia, para así poder aclarar las ideas. Dejó Islington atrás y, sin darse cuenta, sus pasos le llevaron hasta Camden, en concreto hasta el *Footsteps*, uno de los *pubs* que prefería a la hora de buscar diversión en brazos del éxtasis que podían proporcionarle el alcohol y ciertos estupefacientes.

Se quedó mirando la puerta del garito que frecuentaba, asombrado por no haberse dado cuenta de cómo había llegado hasta allí, tan absorto estaba en sus pensamientos; sin embargo sonrió travieso. No pensaba desaprovechar la oportunidad de dar un tiento al placer y, con suerte, podría matar dos pájaros de un tiro.

—¡Hola Myriam! —Sebastian se acercó a la barra y le lanzó una sonrisa traviesa a una preciosa chica que le daba a su vez la

bienvenida con una cálida sonrisa—. ¿Me pones una cerveza?

—¿Cerveza? ¿Para Sebastian Fairchild? ¿Estás enfermo o qué? —lo espoleó.

—Para nada. Estoy en plena forma. Pero es temprano aún. —Myriam le sirvió lo que pedía y él esperó pacientemente hasta tener su bebida para preguntarle lo que deseaba saber—. ¿No está Miles por aquí?

—Está detrás, como siempre.

—No quiero ir detrás —respondió Sebastian, mirándola fijamente —. Llévale una copa y dile que estoy sentado allí, al fondo. —Sebastian señaló una mesa vacía lejos de la barra con un movimiento de cabeza y Myriam asintió.

No quería entrar en reservado que se encontraba oculto al fondo del *pub*, sabía perfectamente con quién estaría tratando Miles en aquel momento y no estaba de humor para peleas. Quería concentrarse, y llevarse un par de puñetazos a la cama no iba a ayudar en absoluto a ello.

No tuvo que esperar demasiado, en menos de cinco minutos, Miles apareció y tomó asiento junto a él. No dijo nada, solo le lanzó una mirada que pretendía resultar intrigante, pero que en realidad parecía la de un asesino paranoico. La idea arrancó una sonrisa de los labios de Sebastian, pero se cuidó mucho de hacer partícipe a Miles de aquella imagen. Había que tener cuidado con alguien como él, alguien que hoy era tu mejor amigo, pero que mañana te vendería sin dudar un segundo por cinco asquerosas libras.

—¿Qué buscas hoy? —preguntó finalmente Miles, incapaz de sostener la penetrante mirada de Sebastian—. Si quieres colocarte, tengo un producto nuevo que es muy interesante. Verás…

—Hoy no busco evasión, Miles, sino información.

El semblante de Miles mudó rápidamente de pretencioso a asustadizo. Miró a ambos lados, preocupado por que alguien pudiese estar escuchando y se acercó a Sebastian todo lo que pudo.

—No me gusta que la gente sepa que hablo contigo de… ciertas cosas, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. Por eso le he pedido a Myriam que te hiciese venir.

—Me has hecho venir porque sabes que los Johnnesy están ahí dentro —se atrevió, con una mirada aviesa.

—No tengo ganas de bronca esta noche, eso por supuesto, pero ya te he dicho que quería proporcionarte… intimidad. —Decidido a dejar la estúpida riña a un lado, Sebastian continuó—. Necesito que investigues sobre una sustancia.

—Estás con el hombre adecuado —se apresuró a contestar Miles, cambiando su expresión por una de autosuficiencia.

—Pero es una sustancia que puede que… no haya salido aún al mercado —insinuó Sebastian.

—Tío, ninguna de las sustancias con las que trabajo han salido al mercado, al menos no oficialmente —se jactó Miles. Sebastian se acercó aún más a él y bajó mucho su tono de voz.

—Me refiero a que, probablemente, no esté al alcance de nadie, ni siquiera de alguien con tantos tentáculos como tú —lo aguijoneó, atacando directamente a su ego.

—Eso es imposible. Si alguien la ha probado en Londres, yo ya la he probado antes.

—Créeme, esta no.

Sebastian le dio someros detalles sobre lo que buscaba, dejando a Miles sorprendido por la retahíla de reacciones que supuestamente provocaba el narcótico.

—¿Y dices que puede que se haya distribuido solo en círculos exclusivos?

—Según mis fuentes, así es. Quizá te cueste un poco más dar con…

—Mañana por la mañana tendrás noticias —lo cortó con seguridad—. Te mandaré un mensaje en cuanto lo tenga.

—Escucha, Miles, agradeceré generosamente cualquier información relacionada, pero si te topas con una muestra…

—Te reservaré una dosis, después de que yo la haya probado, claro —sonrió, mostrando su repulsiva paleta partida y ennegrecida por el consumo de drogas.

—Yo te diría que no te arriesgases, al menos, no estando a solas —sugirió Sebastian, mirándolo muy serio—. No sé hasta qué punto…

—Sebastian, sería la primera vez que algo así me sorprendiese —interrumpió, alardeando—, pero gracias por la advertencia.

Miles se levantó, dispuesto a ponerse manos a la obra, pero al darse la vuelta, Sebastian lo sujetó del brazo y lo miró a los ojos, imponente en su expresión.

—Necesito saber las impresiones de los consumidores de primera mano. No te centres solo en conseguir una dosis.

—Está bien, no te preocupes.

—Y…

—Que sí, que ya lo sé. Nada de mencionar tu nombre.

Sebastian sonrió y le guiñó un ojo, liberándolo del fuerte agarre de su mano. Miles no se había dado cuenta de cuánta fuerza tenía Sebastian hasta que lo soltó y lo miró sorprendido, detalle que provocó que Sebastian sonriese ampliamente.

—Estaré esperando impaciente —murmuró.

Sebastian terminó su cerveza de un solo trago y volvió a la barra para despedirse de Myriam. Tenía prisa por volver a casa, sobre todo para no caer en la tentación de tomar algo más, realmente quería estar fresco; pero a la preciosa camarera no le pareció tan buena la idea de verlo marchar tan pronto.

—¿En serio no estás enfermo? —preguntó, mirándolo a los ojos traviesa.

Myriam llevaba un tiempo interesada en Sebastian, le llamó la atención desde que lo vio aparecer la primera vez en el *pub*, rodeado de colegas de la universidad, ciegos como cubas; sin embargo, y aunque él también había bebido demasiado, su mirada era limpia y fresca, inteligente y perspicaz. Él era joven, apuesto e

interesante, y ella, decepcionada de los hombres que se le acercaban, la mayoría brutos y analfabetos, llevaba demasiado tiempo buscando una aguja en un pajar, por lo que Sebastian le resultó la cosa más atractiva que había visto en años.

Por si eso no fuera suficiente, el hecho de ver noche tras noche cómo Sebastian se mantenía alejado sistemáticamente de todas las tentaciones femeninas, solo consiguió picarle aún más la curiosidad.

Y por muy extraño que pareciese, ese detalle en concreto le parecía condenadamente *sexy*.

Sebastian la miró a los ojos, sabía perfectamente lo que ella sentía por él, pero, como le ocurría con cualquier otra chica, no estaba interesado. Pensaba que ella era dulce y bonita, que sería una pareja perfecta para un hombre que fuese capaz de valorar sus atractivos, pero corresponderle no entraba en sus planes y se había ocupado de hacérselo saber con cuidado en cada pequeño acercamiento que Myriam se había atrevido a realizar.

Lo que no quitaba que pudiera sacar tajada de su debilidad por él si la situación lo requería.

—Estoy perfectamente. Es solo que estoy, ¿cómo decirlo? De servicio.

—¿Ahora trabajas? —inquirió Myriam con una media sonrisa atrevida.

—Algo así.

—¿Y en qué, si puede saberse?

—Es alto secreto —le respondió guiñándole un ojo—. Aunque puede que, en algún momento, necesite que… me eches una mano.

Sabía que estaba yendo demasiado lejos, pero si sus suposiciones eran correctas, el *Footsteps* podría convertirse en un punto neurálgico en su investigación, y nada mejor que tener a la camarera más veterana de su parte.

—Me encantaría echarte una mano, Sebastian. Cuenta conmigo para lo que necesites.

Su mirada y la forma en la que frunció sus labios, le confirmaron que podía contar con ella, al menos para obtener alguna información puntual. Solo el tiempo diría si también podría confiar en ella. Tendría que ponerla a prueba para valorar su lealtad, si llegase el caso.

Animado ante los buenos resultados de su breve visita, Sebastian tomó el metro para llegar a casa. Un pálpito le decía que la mañana siguiente iba a traer noticias, y que el día sería muy largo.

***

Nervioso. Mirando el móvil cada treinta segundos. Así estaba Sebastian a las ocho de la mañana. Confiaba en Miles, no por su habilidad o su discreción, sino porque tenía demasiado ego como para no cumplir con su presunción. La noche había terminado hacía rato y Sebastian empezaba a pensar que quizá le habría ocurrido algo malo, incluso empezó a sentirse un poco culpable por haberlo enviado a indagar sin avisarle de que la misión que le había encomendado podría llegar a ser muy peligrosa.

Pero justo cuando iba a llamar a Olivia para preguntarle si había llegado algún yonqui a la morgue aquella noche, su teléfono vibró.

"Misión cumplida. Te veo en *Footsteps* esta noche".

Una pequeña sonrisa asomó a sus labios. No pensaba esperar.

"Necesito datos. Ahora. Nos vemos en *Winkers* en veinte minutos".

"En *Winkers* no, demasiado público a esta hora. Mejor nos vemos bajo el puente de la Torre, en la dársena derecha".

"En veinte minutos".

Sebastian dio un salto, salió a la calle y pilló un taxi al vuelo, aún sabiendo que llegaría en mucho menos tiempo. Quería estar seguro de que el pillo de Miles no iba a tenderle una trampa, así que una vez que se bajó del taxi, descendió las escaleras aledañas al majestuoso puente y echó una ojeada rápida, lo justo para asegurarse de que estaba todo despejado.

Más tranquilo, se encendió un cigarrillo y se apoyó contra la pared del puente, dispuesto a esperar; pero Miles apareció por el mismo sitio que él había llegado dos minutos después. Lucía ojeroso, el cansancio hacía cada vez más mella en sus facciones, y el consumo de drogas estaba logrando que su físico disminuyese de volumen poco a poco. Aquella mañana, Sebastian se dio cuenta de que Miles ya se había convertido en un adicto, que había dejado de controlar lo que consumía. Y que, casi con seguridad, ya no era digno de su confianza.

—¿Tienes algo para mí? —preguntó, tendiéndole una mano enguantada.

—Depende de cuánto ofrezcas.

Sebastian movió los dedos y, sin saber cómo, Miles vio aparecer un par de cientos de libras de la nada. Sonrió contento y, con la misma habilidad, intercambió un pequeño frasco con él por el dinero que se le ofrecía.

—Genial. ¿La has probado? —preguntó Sebastian, intrigado.

De repente, Miles se puso muy serio y se acercó a Sebastian. Parecía asustado, miraba a ambos lados una y otra vez, como había hecho en el *Footsteps* la noche anterior. Sebastian frunció el ceño, preocupado, y pensó que lo mejor sería terminar con aquel encuentro lo antes posible.

—No lo he probado, básicamente porque si lo hubiera hecho, no podría traerte la información que te traigo.

—No… comprendo —dijo Sebastian, ceñudo.

—Verás. El compuesto no es alucinógeno, lo cual me resulta de lo más extraño. Ya sabes que eso es lo primero que busca ofrecer una droga de diseño para atraer al consumidor más joven; sin embargo, esta ha sido creada, no para provocar subidón, sino para hacer que se te olviden "específicamente" los malos rollos.

—¿Cómo? —Sebastian lo escuchaba incrédulo.

—Al parecer, una pequeña dosis te deja colgado, pero el efecto que provoca no es de euforia, sino de paz. No tiene efectos secundarios, es bastante inocua a nivel físico, parece que solo actúa

a nivel del sistema nervioso central. Es como probar un pedacito de cielo, Sebastian.

—Hombre, eso será si quieres pasar un par de horas de tu vida en blanco —bromeó, incapaz de concebir que alguien pudiese desear vivir esa sensación.

—No. Eso puede conseguirlo otro compuesto cualquiera. La particularidad, lo que la hace tan especial, es que te hace olvidar… lo que quieres olvidar.

Sebastian entreabrió sus labios, profundamente sorprendido. "Lo que quieres olvidar o lo que te inducen a olvidar", pensó inmediatamente. No dijo nada, no quería desvelar sus sospechas delante de Miles, pero agarró con fuerza el pequeño bote que le había facilitado, sabiendo que tendría que probarlo lo antes posible para saber su alcance real.

—Has sido de gran ayuda, amigo mío.

—Hay más.

Sebastian valoró aquellas palabras. Miles había dejado parte de la información para el final adrede, y eso solo podía significar que quería más dinero. Se entretuvo un poco más de lo que Miles esperaba, pero finalmente metió su mano en el bolsillo de su abrigo y le entregó otras cien libras, que Miles aceptó sonriendo ampliamente.

—Suelta —gruñó.

—El compuesto se llama BPCP, al menos así es como se le llama en la calle, y sale de una planta química de la zona norte.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Sebastian, sorprendido.

—Porque, como dijiste anoche, mis tentáculos son muy largos —se pavoneó Miles, sonriendo.

Al norte de Londres solo había una planta química importante, y al pensarlo, a Sebastian se le erizó el vello del cuello.

—¿Sabes el nombre?

—Si me ayudas a recordar…

Fastidiado, Sebastian soltó otras doscientas libras más y miró a los ojos a Miles con rabia.

—Dímelo.

—La sustancia sale de la planta de Boosting Chemistry —murmuró Miles con voz grave.

—¿Estás totalmente seguro? —preguntó Sebastian, abriendo mucho los ojos.

—Absolutamente. Lleva en circulación poco tiempo, parece que la distribuye un grupo reducido y solo bajo estricta supervisión de los consumidores.

—¿Y cómo diablos hacen eso?

Miles se acercó de nuevo, dándose aires de grandeza, y bajó su tono de voz al mínimo.

—Porque las administran en recintos privados a los que ni yo mismo tengo acceso. Buena suerte, compañero.

Miles se dio la vuelta y se marchó tan rápido como había aparecido. Sebastian se quedó allí de pie unos instantes más, maldiciendo la hora en la que se le ocurrió al jefe Crane encargarle aquella misión a Olivia. No estaba preparada, por supuesto que no lo estaba. Boosting Chemistry era la gallina de los huevos de oro de la familia Pearl.

Y nadie en Londres quería meterse con la familia Pearl. Ni siquiera Sebastian Fairchild.

CAPÍTULO 6

BPCP

Se sentó frente a la mesa de análisis del amplio laboratorio en el que había convertido el dormitorio de invitados, excitado ante la idea de probar algo nuevo. No estaba preocupado, había aprovechado su tesina en química para ahondar en las cantidades exactas que de un compuesto debían administrarse a una persona para obtener el efecto deseado. Había incluido valores muy variados, como su masa corporal, o lo acostumbrado que estuviese el sujeto a la sustancia en cuestión, y había comprobado los resultados en sí mismo en más de una ocasión para poder extraer datos precisos. Sintió que todo el trabajo del último año lo había preparado especialmente para aquel momento y la impaciencia se apoderó de él.

Pero primero, tenía que analizarla.

Tardó casi todo el día en obtener resultados, pero cuando descubrió que la base de la droga sintética era el propanolol, sustancia que conocía bastante bien, no tuvo ningún reparo en utilizar la mitad del producto que había llegado a sus manos en sí mismo. Decidió ingerirlo en lugar de inyectárselo, no quería que los efectos fuesen demasiado prolongados. Tomó un generoso vaso de

agua para poder tragar el fino polvo blanco y, nervioso, se sentó en su espacioso salón a esperar los efectos que seguro aparecerían casi instantáneamente.

Cinco minutos después, se levantó de un salto, enfadado. ¿Cómo podía haberse equivocado? Lo único que sentía era cansancio, nada de visión borrosa, ni siquiera una breve euforia, solo el deseo de dormir. ¿Y ese era el atractivo que poseía? ¡No encontrarían a ningún comprador que desease sufrir ese efecto soporífero y aburrido! ¿Qué sentido tenía todo aquello?

Volvió a la mesa de análisis para comprobar en qué se había equivocado, pero justo antes de sentarse frente a ella, algo llamó su atención: el reloj que reposaba sobre la repisa de la chimenea debía haberse quedado parado, ya que no marcaba las ocho de la tarde, sino las cinco de la mañana.

Rápidamente, se lanzó sobre su móvil, y comprobó horrorizado que el reloj del laboratorio no se equivocaba: el cansancio no se debía al nulo efecto del compuesto, sino a que habían pasado más de ocho horas desde que lo había ingerido, aunque, en su mente, solo habían transcurrido unos minutos.

Sebastian abrió la boca, profundamente sorprendido, y aún se sorprendió más cuando vio la enorme cantidad de notificaciones de mensajes y llamadas perdidas que aparecían en la pantalla. ¡Ni siquiera había escuchado las llamadas! ¿Cómo era eso posible?

Abrumado por la magnitud de los efectos de la BPCP, se dejó caer en la silla y se quedó mirando el pequeño bote de cristal fijamente: aquel polvo era muy potente, imposible averiguar cómo afectaba a

cada usuario o hasta qué punto sería capaz de influir en la memoria. Necesitaría meses de estudios y pruebas para estar seguro de hasta dónde se podría llegar con aquel producto, y no disponía ni del tiempo ni del equipo necesario para tener siquiera una ligera idea del alcance real, o de los usos que se le podía dar a aquella arma química única y extremadamente poderosa.

«Eso es lo que está haciendo Boosting Chemistry, pruebas», pensó con acierto. Pero, ¿por qué *sir* Patrick? Si no estaban seguros aún de cómo funcionaba aquella droga, ¿por qué la habían usado en alguien tan importante?

Algo chirriaba estrepitosamente en sus suposiciones, pero aunque se devanó los sesos durante el resto de la noche, Sebastian no llegó a ninguna conclusión, aparte de que necesitaba ahondar mucho más en aquel caso. Ya no era el deseo de ayudar a su amiga su única motivación, ahora necesitaba saber a qué se estaba enfrentando la sociedad londinense y, sobre todo, necesitaba saber cómo funcionaba aquel compuesto a todos los niveles. Había quedado profundamente fascinado y solo había ingerido una dosis minúscula…

Agotado, Sebastian se fue a la cama incluso aunque eran ya las ocho de la mañana. Cayó en un sueño agitado en el que la policía se cernía sobre él para quitarle la muestra de BPCP que él se afanaba en esconder celosamente. Y en medio de todo aquel embrollo, una figura se alzó entre las demás. Se acercó despacio, dejándolo inmóvil, profundamente intimidado y muy asustado, mientras él servía de barrera entre aquella silueta espectral y la pobre Olivia, que no cesaba de gritar:

"¡No podemos hacer nada! ¡No contra la familia Pearl!

***

Olivia no podía parar de caminar arriba y abajo de su despacho de la comisaría. Sebastian no había dado señales de vida desde que se marchó de su casa y la preocupación que empezó a invadirla antes de irse a dormir la noche anterior, se había convertido en un grillete que atenazaba su garganta. Sabía que él tenía intención de buscar información en sitios peligrosos, moverse en el lumpen era su especialidad, pero dos noches completas sin haber recibido noticias de su amigo le parecían demasiado. Volvió a marcar su número con el mismo éxito que las treinta veces anteriores y, empezando a caer en la desesperación, decidió ir a buscarlo a su casa.

Pensó en tomar un coche patrulla, pero enseguida descartó la idea. Si Sebastian estaba bien, y esperaba que así fuera, seguro que se molestaría mucho si ella se presentaba en su puerta con un coche de policía, así que se decidió a tomar un taxi, por lo que pudiera pasar.

—A Farringdon Street, esquina con St. Bride Street —le indicó al taxista.

Como no podía ser de otra manera, Sebastian vivía en una de las calles más céntricas de Londres, muy cerca de St. Paul, para poder sentir la ciudad en todo su esplendor; pero no era esa la única razón. El apartamento del número trece de St. Bride Street en el que vivía su amigo, tenía, además, muchísimo encanto.

El edificio de ladrillo rojo poseía una estética especial, tanto que era imposible que no destacase entre el resto de construcciones que

lo rodeaban. Constaba de tres plantas, siendo la última la elegida por Sebastian como refugio, y una cuarta altura, una buhardilla reformada con concepto *loft*, coronaba el edificio. La ventana principal de esa última planta tenia forma de arco apuntado, detalle que le confería ese aire melancólico y señorial que tanto les gustaba a ambos.

Esa buhardilla tan especial albergaba el inefable laboratorio de Sebastian.

El apartamento en sí era amplio, con una decoración muy masculina y cuidada, aunque un poco recargada para su gusto. La primera vez que entró en el salón, Olivia se sorprendió de la gran cantidad de objetos que salpicaban cada mueble, pero al manifestar su disgusto, Sebastian le explicó que todo aquello servía a su peculiar idea de la seguridad. Aunque entonces no entendió a qué se refería, a lo largo de los años fue testigo de lo útiles que podían llegar a ser todos aquellos objetos que, según su opinión, se organizaban sin orden y concierto, para detectar posibles intrusiones en su hogar.

Al menos, para los entrenados ojos de su compañero.

Bajó del taxi y pulsó el botón del portero electrónico, pero como ya se temía, no obtuvo respuesta alguna. Insistió un par de veces más, sin éxito; entonces recordó que Sebastian solía desconectar el timbre del interfono para no ser molestado si no lo deseaba y, fastidiada, maldijo su acérrimo afán de privacidad.

Esperó casi veinte minutos hasta que un vecino tuvo a bien salir a la calle, cosa que aprovechó Olivia para colarse disimuladamente en

el edificio, mientras rogaba que Sebastian no hubiese desconectado el timbre de la puerta también. Subió las escaleras a toda prisa, no tenía paciencia para esperar al ascensor, y cuando estuvo frente a su puerta, accionó el pulsador del timbre repetidamente, decidida a despertarlo si es que aún estaba dormido.

Rogaba por que así fuera.

Un minuto más tarde, la puerta se abrió despacio, y por primera vez, Sebastian no se asomó para comprobar que nadie la había seguido, sino que se limitó a mirarla a los ojos con los suyos inyectados en sangre.

—¿En serio? ¿Te fuiste de juerga anoche? —le reprendió, iracunda. Pero Sebastian no contestó, se limitó a volver adentro, dejando la puerta abierta para que ella pasase.

Preocupada por el repentino e inaudito desinterés por su seguridad, Olivia cerró la puerta y se apresuró a seguirle hasta el salón, donde Sebastian se desparramó sobre el sofá, con sus dedos apoyados sobre su tabique nasal y una mueca horrible en su rostro.

—No me fui de juerga —dijo en voz baja.

—¡Pues tienes pinta de no haber dormido nada!

—Eso es porque no he dormido casi nada —murmuró con fastidio —. Anoche tuve la oportunidad de avanzar bastante en mis pesquisas, pero la investigación se alargó más de lo que esperaba. Y si quieres que te ponga al día, te ruego que me prepares un té, o volveré a quedarme dormido en cinco minutos.

Exasperada por la parsimonia con la que hablaba, Olivia hizo lo que le pedía. Puso a hervir el agua y preparó dos servicios de té a una velocidad pasmosa, deseando increparle de nuevo, pero sobre todo, loca por saber qué había ocurrido. Una vez que el té estuvo servido, Sebastian se incorporó, tomó un par de sorbos de la bebida y empezó a relatarle hasta el más mínimo detalle de sus averiguaciones.

—¿No te acuerdas de nada? —preguntó Olivia cuando él terminó de hablar, asustada y preocupada a partes iguales.

—Ya te digo que, según mis cálculos, habían pasado a lo sumo quince minutos. Eso te deja K.O. por completo, Olivia, y eso que tomé una dosis muy pequeña. No me puedo hacer una idea de los usos que se le puede dar a esa droga, pero todos los que se me ocurren implican muchísimo riesgo. Por eso no comprendo cómo pueden haberse atrevido a probarlo en alguien con tanta visibilidad y poder.

—La familia Pearl tiene un historial intachable —empezó Olivia—, siempre han trabajado enfocándose en la medicina preventiva, en la cura de enfermedades raras o en la mejora de síntomas de las irresolubles. Ese tipo de compuesto no casa con su línea de investigación habitual.

—Eso, que se sepa, querida. Recuerda que es una empresa, y las empresas se crean para ganar dinero en última instancia. Se puede ser altruista hasta cierto punto y, si como me temo, la BPCP está destinada a controlar individuos, puede que una sección de la compañía sí que esté destinada a objetivos más lucrativos que los que has mencionado —zanjó Sebastian con firmeza.

—Puede ser —admitió, cabizbaja—. Hoy en día no se puede poner la mano en el fuego por nadie.

—No voy a entrar en la ética de la entidad, pero sí que me preocupa bastante el futuro de la nación, independientemente de cuál sea la amenaza. Así que ahora sí que creo que tenemos un caso, Olivia, y pienso tomármelo de forma muy personal ya que me atañe como ciudadano londinense.

—¿Estás totalmente seguro entonces de que *sir* Patrick fue… inoculado? —inquirió temerosa de su respuesta—. ¿No podría ser otra la razón de sus repentinos cambios?

—Todavía es pronto para decirlo, puede que haya más de una variable en este caso que pudiera influir en su toma de decisiones, pero con más razón, necesitamos llegar al meollo de todo este asunto —dijo convencido—. Pensaba que te ayudaría a asentar tu posición en Scotland Yard, pero cuando resolvamos esto, vas a convertirte en la estrella del cuerpo —añadió con una pícara sonrisa.

—Esto va a llevarnos siglos…

Sebastian alzó una ceja y la miró sugerente.

—Querida, no me subestimes, por favor.

Olivia sonrió cómplice, sabía que él tenía razón.

—Bien, y, ¿tenemos algún plan?

—Por supuesto. Deja que me dé una ducha, quiero estar presentable para la tarea que se nos presenta a continuación, de la que nos ocuparemos inmediatamente.

—¿Que es?

—Visitar la planta de Boosting Chemistry, por supuesto —dijo con tranquilidad.

—Sebastian, nadie puede entrar a investigar en una planta química sin ser visto —expuso Olivia, mirándolo como si le faltase un tornillo.

—Por supuesto que no. Por eso vamos a entrar los dos por la puerta principal.

—¿Qué? ¿Pero qué dices? ¿Te has vuelto loco? ¡Jamás nos dejarán entrar allí, mucho menos a meter las narices en sus asuntos!

Sebastian se acercó a ella, bajó su cabeza para poner sus ojos a la altura de los de Olivia y le sonrió con descaro.

—Claro que lo harán; es más, nos mostrarán sus instalaciones con gusto.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Decirles que crees que están produciendo una sustancia ilegal y que vienes a descubrir el pastel con un miembro del cuerpo de policía? —preguntó con un tono de reproche en su voz.

—No, por supuesto que no —respondió misterioso—. Voy a demostrarte que soy digno de tu confianza.

—Allí solo se puede entrar con una orden de registro, Sebastian, y no estamos ni de lejos en posición de obtenerla —insistió, tozuda.

—Pues vas a ser testigo de lo equivocada que estás. Van a abrirnos las puertas, nos van a tratar como a la realeza y van a

contarnos todo lo que queremos saber… sin cita previa.

—Pues como no tengas una carta del mismísimo rey, no sé cómo piensas lograrlo.

—Muy sencillo. Haciéndonos pasar por inspectores de sanidad.

CAPÍTULO 7

La planta química

Olivia miraba a Sebastian cada vez más nerviosa mientras se acercaban a la puerta de la planta química. Al contrario que ella, Sebastian caminaba con resolución, casi con indiferencia, convencido de que no les iba a costar nada acceder. Olivia pensó que esa seguridad se debía al hecho de estar acostumbrado a ser recibido sin problema en cualquier sitio, debido a su apellido, a su fortuna o a su descaro. O a una mezcla de todo ello. Pero ella no estaba acostumbrada a un trato especial, más bien al contrario, todo lo que había conseguido en la vida había sido a base de esfuerzo y un poco de suerte.

Bueno, todo, excepto aquel ascenso fulgurante que la había llevado a convertirse en subinspectora tan solo un mes atrás, la razón del cual aún no sabía con seguridad.

—¿Podemos repasar lo que vamos a decir otra vez? —casi tartamudeó.

—Que somos inspectores de sanidad —respondió Sebastian en voz baja, con una seguridad aplastante.

—Es que, por mucho que me lo expliques, no me entra en la cabeza. Es una empresa privada, tendrán controles de seguridad de última generación para evitar que gente como tú se cuele a husmear. ¿Por qué crees que nos van a abrir las puertas?

—Porque he hecho mi trabajo —le respondió, esta vez con una traviesa sonrisa cómplice—. Es una empresa privada, pero también realizan labores de investigación, por lo que se benefician de subvenciones del estado. Tienen que rendir cuentas ante el gobierno, ¿entiendes? —añadió, al ver la cara de estupefacción de Olivia—. Tú solo relájate y sígueme el rollo.

Sebastian empujó la puerta principal para dejar pasar a su amiga y se dirigió a la larga mesa de la recepción, colocada estratégicamente en el centro de la amplia estancia a la que se accedía desde la calle. La planta era una mole inmensa de hormigón, lo suficientemente aislada del bullicio del centro como para mantener alejados a curiosos. Solo había una puerta de entrada y dos de salida en la parte trasera, según los planos a los que Sebastian había tenido acceso, supuso que con el fin de tener un control máximo sobre las personas que allí trabajaban y sobre los que entraban y salían para realizar las consabidas e incontables labores de mantenimiento. A menor número de agujeros, mayor posibilidad de éxito al intentar atrapar a una rata descarriada.

Pero a Sebastian esto le traía sin cuidado. No era la primera vez que entraba en un sitio en el que no se le esperaba.

—Buenos días. —Sebastian sonrío a la joven recepcionista, quien levantó la mirada de su ordenador con desdén, pero que,

inmediatamente, imitó el gesto de Sebastian con sus labios, para sorpresa de Olivia—. ¿El encargado, por favor?

—¿Tenían cita? —preguntó la recepcionista con voz melosa, cautivada por la perturbadora mirada de aquellos preciosos ojos verdes.

—Señorita… —Sebastian entrecerró los ojos para leer el apellido de la acreditación prendida en el pecho de la muchacha— …Banks, mi nombre es Chuck Limpstein y ella es mi segunda, la señorita Aliana Brightfield, del servicio de control del Ministerio de Sanidad. Esta mañana, en el sorteo de inspecciones aleatorias, ha salido el nombre de esta planta química —añadió en tono cómico—, así que aquí nos tiene, dispuestos a realizar una inspección rutinaria.

En ningún momento había dejado de mirar a los ojos a la chica ni había borrado su sonrisa de sus labios. La chica, levemente sonrojada, separó su mirada con dificultad de los ojos de Sebastian para consultar en su ordenador, pero después de unos instantes, negó con la cabeza.

—No tengo ninguna inspección agendada, señor Limpstein —dijo contrariada.

—¡Oh! ¡Pues claro que no! —exclamó Sebastian, divertido—. ¿Cómo una persona tan importante en una empresa como una recepcionista puede sorprenderse de que no tengamos cita?

—¿Importante? —inquirió la muchacha con voz queda, visiblemente halagada.

—Por supuesto. La persona que decide quién entra y sale del edificio, la encargada de organizar y comprobar que toda la

maquinaria que rodea al buen funcionamiento de una organización tan compleja como esta esté perfectamente engrasada, es una de las personas más importantes de una empresa —la aduló—. Por eso me extraña tanto que usted no sepa que una inspección gubernamental aleatoria es, por defecto, inesperada.

—Eeeh… Bien, si me permiten que… —empezó la chica, aturullada. Sebastian se apresuró a sacar un documento del bolsillo de su abrigo y se lo mostró con rapidez a la recepcionista, provocando que ella volviese a quedarse encandilada con su mirada.

—Esta es mi acreditación, señorita Banks. Si fuera tan amable de mostrarnos el acceso a las instalaciones, se lo agradecería enormemente. No disponemos de demasiado tiempo, como comprenderá. Tenemos que entregar un informe antes de que acabe el día y ya casi es la hora del almuerzo —la instó Sebastian—. Es más, si fuera tan amable de acompañarnos… Para mí sería un placer extra el tenerla como guía —terminó, con una sonrisa que habría derretido los polos y una mirada tan profunda que a la señorita Banks le fue imposible no quedarse embobada, prendada de aquel rostro cautivador.

La chica volvió a sonrojarse, esta vez intensamente, y sonrió, bajando su mirada. Comprobó un par de cosas en su ordenador, provocando incertidumbre en la pareja de detectives en prácticas, pero finalmente se levantó de su asiento y se dirigió hacia una de las puertas laterales de la sala.

—Si son tan amables de seguirme…

—Muchísimas gracias, señorita Banks. Le aseguro que no le robaremos mucho tiempo —aseguró Sebastian, pasando delante de ella.

—No me puedo creer que hayas conseguido disuadirla de… —susurró Olivia.

—Eeeeh… Bueno, ¿por dónde empezamos? —dijo Sebastian en voz muy alta para distraer la atención.

La señorita Banks los acompañó durante unos minutos, caminando junto a Sebastian mientras lo miraba embelesada, pero cuando él se detuvo por cuarta vez junto a las máquinas expendedoras para hacer fotos, la recepcionista fue requerida por los altavoces. Sebastian se incorporó y la miró a los ojos fijamente y, al comprobar la indecisión en su rostro, le sonrió con galantería.

—No quisiéramos distraerla de sus quehaceres, señorita Banks. No se preocupe, nos queda aquí un buen rato, y después iremos a la cafetería, que según tengo entendido está justo en la habitación de al lado. Puede ir a atender sus deberes con total tranquilidad. —Olivia notó que Sebastian había utilizado su tono de voz más grave y volvió los ojos al cielo disimuladamente ante el descarado intento de coqueteo de su amigo.

—Voy a buscar a alguien que se ocupe de usted, señor Limpstein —respondió la azorada secretaria.

—No tenga ninguna prisa.

Olivia abrió la boca, sorprendida y también molesta ante la evidencia de que ella no existía en absoluto para aquella muchacha. A punto estuvo de soltar una impropiedad, pero se contuvo a

tiempo. En su lugar, se giró para seguir revisando las máquinas expendedoras, como si aquello fuese lo más importante del mundo, esperando a que la señorita Banks desapareciese. Cuando Olivia comprobó con el rabillo del ojo que estaban solos, se giró hacia Sebastian para increparle en voz baja.

—¿Es que te has vuelto loco? ¿Qué era eso que le has enseñado? ¿Y desde cuándo te has convertido en un galán del Hollywood de mediados del siglo XX?

—Tener un tío Comisionado sirve, entre otras muchas cosas, para ver todo tipo de acreditaciones, querida —respondió Sebastian con una sonrisa traviesa—. En cuanto a tu otra pregunta, me sorprende que olvides tan fácilmente mi encanto natural.

—¿Encanto natural? ¡Te has comportado como un seductor! —exclamó horrorizada—. ¡O sea! ¡Que además de ser un caradura, también eres un falsificador experto y un calientabragas!

—Esta acreditación no es falsa —respondió Sebastian despreocupadamente, mientras miraba a un lado y a otro para intentar descubrir qué puerta era la que los llevaría a la zona de investigación—. Y yo no caliento nada, solo me aprovecho de mis virtudes innatas.

—¿Que no es falsa? ¡Entonces eres un ladrón! —A Olivia se le habían empezado a enrojecer las mejillas de ira y obvió intencionadamente el tema de sus supuestas virtudes innatas, centrándose en sus evidentes defectos—. ¡Sebastian! ¿Has olvidado que soy policía?

—¡Shhhh! ¿Quieres ascender en el cuerpo o vamos a esperar a que venga alguien con más autoridad y nos invite a marcharnos, o algo peor? —la interrumpió, haciéndola callar de inmediato—. Es por ahí, sígueme. Y mantén esa bocaza cerrada, por Dios.

Se adentraron en el edificio a través de un pasillo lateral y, tal y como Sebastian había previsto, tras abrir una puerta en la que rezaba "no pasar", el aire cambió, volviéndose más denso. Los efluvios de los compuestos químicos impregnaban el ambiente, señalando claramente el camino a seguir.

—Acabamos de colarnos en un espacio restringido —gruñó Olivia, agarrotada por los nervios.

—No me digas…

Avanzaron unos metros y, al girar una esquina, se dieron de bruces con un empleado que estaba revisando las regurgitantes bombas donde se mezclaban los diferentes elementos químicos. El hombre frunció el ceño y los escrutó con extrañeza.

—¿Qué hacen ustedes aquí? ¿Quiénes son?

Sebastian repitió su retahíla al desconocido, esta vez, en tono severo, para terminar solicitando al señor que los miraba ceñudo que los guiase a través del área de preparado de compuestos. El hombre dudó unos instantes, pero finalmente se encogió de hombros e inició el *tour* a través de la zona de químicos, dando escasos datos de lo que tenían a izquierda y derecha.

Sebastian fue tomando nota mental de todo lo que veía, pero no fue hasta que llegó al final de la enorme sala que algo llamó su atención: las instalaciones se habían vuelto mucho más sofisticadas

a medida que avanzaban, pero allí, justo al fondo de la sala, el número de probetas y bombas se había multiplicado, y la maquinaria parecía muy reciente y mucho más avanzada.

Entonces la vio: BPCP, rezaba en una de las gigantescas bombas.

—¿Para qué se utiliza este compuesto en concreto? —preguntó intrigado. El hombre se giró hacia Sebastian y, cuando iba a abrir la boca para contestarle, una figura surgió desde detrás de un enorme tanque, llamando la atención de todos.

—Buenas tardes, caballeros. He sido informado de su inesperada visita y estoy aquí para servirles de ayuda en todo lo que necesiten. Tim, ya puedes seguir con lo tuyo. —El recién llegado despidió al hombre ceñudo con un ademán y se acercó a Sebastian y a Olivia con una sonrisa preciosa en los labios—. ¿Puedo saber exactamente para qué departamento trabajan?

—Damos cuenta directamente al Ministerio, señor…

—Bloodworth, Charles Bloodworth. ¿Y ustedes son?

—Inspectores Limpstein y Brightfield —respondió Sebastian—. ¿Es usted el responsable de la planta, señor Bloodworth?

—No, ojalá —respondió risueño el señor Bloodworth—. Solo me ocupo de un par de investigaciones. Digamos que aquí no hay un encargado como tal, aparte de la señorita Pearl, por supuesto. Pero ella no suele dejarse caer por el área de químicos, señor Limpstein.

—Entonces, ¿no hay nadie que esté al tanto de los distintos proyectos que se llevan a cabo en la planta? ¿Alguien que pueda

darnos una información sucinta y concreta de qué es lo que se está desarrollando aquí y ahora?

—No entre los trabajadores, lo siento. Las investigaciones que se llevan a cabo en este área son muy amplias y complejas, sería imposible que alguien tuviera información precisa de todo lo que se hace aquí al mismo tiempo, señor Limpstein. Solo la dirección es la que está informada de los detalles de cada una de las investigaciones.

—*Lady* Pearl, entonces —apuntó Sebastian.

—Bueno, *lady* Pearl es la madre de la señorita Pearl, y ella jamás se ha involucrado en los asuntos de la planta química —respondió el señor Bloodworth con condescendencia—. Hasta hace solo un par de años, era *lord* Pearl quien gestionaba la sección de investigación, pero él ya se ha retirado, dejando la ardua tarea de administrar una empresa como esta a la adorable señorita Pearl —puntualizó Charles.

—Debe ser una mujer fascinante —comentó Sebastian.

—No se hace usted una idea —reconoció Charles con una sonrisa —. La señorita Pearl es licenciada en Dirección de Empresas y tiene un máster en química avanzada. Es una rara joya, haciendo honor a su apellido.

—Ya veo —dijo Sebastian—. Entonces, ya que entiendo que es usted quien se encarga de este proyecto que tenemos delante, ¿podría decirme para qué se utiliza este compuesto en concreto? Me ha llamado mucho la atención el nombre…

—¿Está usted versado en química, señor Limpstein? —preguntó Charles con agudeza.

—Estoy terminando mi tesis. —Charles alzó una ceja apreciativa y sonrió con desgana.

—Lamentablemente, no puedo darles información al respecto. Los compuestos de este área en concreto forman parte de un proyecto muy novedoso que, si da sus frutos, salvará muchísimas vidas a nivel mundial. Como comprenderán, no está permitido el acceso a esta zona bajo ningún concepto, y mucho menos me es posible explicarles su naturaleza, aunque me gustaría, debo decir. Disfruto mucho de una buena conversación sobre química con alguien familiarizado con el tema. Pero el espionaje industrial está cada vez más avanzado y uno de mis deberes es mirar por el futuro de Boosting Chemistry, señor Limpstein —terminó Charles, alzando una ceja suspicaz.

—Lo comprendo, señor Bloodworth —dijo Sebastian, observando con detenimiento cada recipiente. Al ver que Sebastian no se movía, Charles fue un poco más allá.

—Baste decir que estamos rodeados de nuevos compuestos casi milagrosos, de los que sabrá el mundo a su debido tiempo; así que, si son tan amables de seguirme, me ocuparé personalmente de ilustrarles sobre los grandes logros que hemos conseguido en los últimos meses. No queremos que el gobierno se disguste con nuestra empresa. ¿Me acompañan?

Sebastian iba a argüir alguna disculpa, pero al mirar a Charles, detectó una firme determinación en la mirada del enigmático

caballero. Con aquella expresión, acababa de confirmar sus sospechas: Charles Bloodworth estaría encantado de hablar de sus avances si el proyecto fuese completamente legal, así que era la empresa la que no deseaba que se supiera nada sobre el compuesto, y no precisamente por temor al espionaje industrial. El brillo en los ojos del señor Bloodwoth le indicó a Sebastian que este sospechaba de ellos, así que le dirigió una sonrisa concesiva y se limitó a seguirle, sin añadir nada más.

El resto de la visita transcurrió sin ningún interés y, en cuanto vio la oportunidad, Sebastian fingió que lo llamaban por teléfono y se excusó con el señor Bloodworth, quien se molestó en acompañarlos hasta la misma puerta de salida.

—¡Qué mala suerte, joder! —exclamó Olivia cuando se vieron libres de ojos y oídos curiosos—. El señor Bloodworth nos ha estropeado la diversión en el mejor momento. Lo único que hemos sacado en claro es que tienen un montón de compuestos en desarrollo, todos con nombres indescifrables e imposibles de recordar. ¡Qué aburrido, por Dios! —Sin embargo, Sebastian caminaba en silencio y con la cabeza alta hacia la carretera principal. Olivia, que lo conocía bien, notó inmediatamente que había algo que se le escapaba, pero como era habitual, a su amigo no—. A ver, ¿qué me he perdido? —preguntó, dispuesta a escucharlo disertar, no sin antes burlarse de sus cortas entendederas.

—La sustancia estaba ahí dentro, justo frente a nuestras narices, y Charles Bloodworth ha salido desde detrás del tanque principal del experimento, es decir, que está a su cargo. Está claro que esconde

algo, lo que no sé es hasta qué punto podría estar involucrado en el asunto de la distribución ilegal de la BPCP.

—A mí me ha parecido que el señor Bloodworth simplemente nos ha sacado de allí para que dejásemos de husmear, no tiene por qué estar relacionado con el caso.

Sebastian se detuvo, la miró a los ojos alzando una ceja conmiserativa y frunció los labios en señal de disgusto.

—Vamos a tener que trabajar muy duro si quieres mantener el puesto de subinspectora, querida —soltó con un toque de desprecio en su voz—. El señor Bloodworth ha eludido deliberadamente mi pregunta directa escudándose en la absurda idea del espionaje industrial. Lo que quería era desviar la atención sobre el compuesto, imagino que porque él se ha dado cuenta de que ni tú ni yo tenemos nada que ver con el gobierno, Olivia.

—¡Oh! ¡Entonces, despedirá a la señorita Banks! —murmuró Olivia, preocupada.

—Eso por descontado —dijo Sebastian despreocupadamente—. Probablemente, lo esté haciendo en este preciso instante.

Ambos siguieron caminando en silencio hacia la carretera, intentando llegar a una conclusión clara sobre lo que habían visto en la planta. Sebastian pidió un Uber para que los recogiese un poco más adelante, mientras pensaba a toda velocidad cuál iba a ser el siguiente paso de su investigación, y cuando estuvieron sentados dentro del vehículo, empezó a hablar.

—Necesitamos saber dos cosas: en primer lugar, es preciso conocer a alguien que haya tenido contacto con el compuesto,

necesitamos información sobre los receptores.

—Tengo un contacto en narcóticos —dijo Olivia.

—Perfecto. Llámalo, dile que queremos hablar con él.

—Bien. ¿Y después? —preguntó Olivia, inquieta de repente.

—Tenemos que averiguar hasta qué punto el desarrollo de este proyecto, como ha tenido a bien llamarlo el señor Bloodworth, está apoyado por la familia Pearl. Si los Pearl están al tanto de lo que está ocurriendo, estaríamos frente a un escándalo que haría tambalear a toda la alta sociedad londinense. En el momento en que se sepa que una familia acaudalada y con poder utiliza los fondos del gobierno para desarrollar una droga experimental, estallaría un revuelo del que es imposible saber las consecuencias, así que tendremos que llegar al fondo de este asunto antes de que eso ocurra. Es imperativo que nos demos tanta prisa como podamos, voy a necesitar que estés disponible las veinticuatro horas.

—He quedado esta noche con Meredith —se dolió Olivia.

—Bien. Pues hazle el amor con ganas, porque me da la impresión de que vas a verla muy poco durante lo que queda de mes.

CAPÍTULO 8

Cena romántica

Aquella noche, Olivia decidió hacerle caso a su amigo. Había quedado con Meredith, pero esta vez, decidida a contarle algunos detalles sobre su investigación. Quería empezar a hacerla partícipe de su vida, aquellos dos últimos meses que había pasado conociéndola habían marcado un antes y un después en su manera de entender las relaciones y, dado que Meredith no dejaba de insistir sobre el tema, Olivia pensó que ya era hora de dar un paso adelante en su relación.

Meredith había sido madre hacía solo unos meses, era algo mayor que Olivia y había tomado la decisión consciente de quedarse embarazada, utilizando el esperma de un banco de semen. Ese era uno de los motivos por los cuales Olivia no había querido contarle que estaba investigando acerca de lo ocurrido con la votación sobre el proyecto de ley antiabortista, sabiendo de antemano que el tema le tocaba muy de cerca.

Pero, al contrario de lo que había pensado, Meredith no entró en cólera, sino que se mostró sensibilizada con el tema, pero arguyó sobre él con inteligencia. Olivia quedó muy sorprendida por la

imparcialidad con la que Meredith habló sobre los derechos de la mujer y pensó que había sido una tonta al perder tanto tiempo en abrirse con ella.

—Entiendo tu preocupación —dijo Meredith, cuando Olivia le refirió sus dudas con respecto a su capacidad para resolver el caso —, a mí también me parece que la envergadura de este primer caso es demasiado amplia, pero creo que la policía no es tan tonta como para encargar algo así a alguien incapaz, ¿no crees?

—Yo ya no sé qué creer. Cuando escucho a Sebastian crear castillos de conclusiones basándose en una conversación en la que yo también he estado presente, conclusiones a las que yo habría tardado en llegar días, me siento muy pequeña —confesó Olivia—. Él debería ser el policía y no yo.

—Creo que confundes términos, cariño. Él podrá ser todo lo inteligente que sea, pero no tiene la autoridad de la que tú disfrutas, probablemente porque no se la ganaría si tuviese que competir contigo. Ser subinspectora de policía no solo va de investigar y sacar conclusiones, al menos según lo entiendo yo; tu trabajo mezcla responsabilidad, compromiso e integridad, y me parece que de eso tu Sebastian no va sobrado, que digamos.

Olivia la escuchaba embobada y, cuando terminó, sonrió y besó a Meredith con ganas.

—Me encanta escucharte hablar de mí como si fuese alguien importante —susurró Olivia, prendida de sus labios.

—Eres una mujer de veinticinco años con dos carreras, alguien que ha llegado a ocupar un cargo en la policía por sus propios

medios, además de ser independiente y muy *sexy*, debo decir —añadió, con una sonrisa pícara—. Creo que a los ojos de cualquiera, eres muy importante, pero para mí, lo eres aún más.

Olivia no pudo evitar que su corazón se ablandase y, ansiosa por tenerla, dio por terminada la cena, pagó la cuenta y agarró de la mano a su pareja, orgullosa de haberla encontrado. Al salir, solo podía pensar en llegar a su casa, pero antes de hacerse ilusiones, quiso preguntarle hasta qué hora podría quedarse.

—Bueno… Ya que me dijiste que ibas a estar muy ocupada durante varios días, y que quizá no podríamos vernos tan a menudo, he conseguido que la pequeña Bianca se quede a dormir con mis padres, así que tengo toda la noche para escuchar tus lamentos sobre la inteligencia sobrenatural del señor Sebastian Fairchild —bromeó Meredith. Olivia sonrió y, avergonzada, se mordió el labio inferior con ganas.

—Lo siento, debo resultar de lo más pesada cuando me pongo así —se disculpó—. Pero es que ahora mismo no puedo sacármelo de la cabeza.

—¿A Sebastian?

—No. A este caso, a todo lo que implica.

—Puedes hablar todo lo que quieras, me encanta escucharte elucubrar —le sonrió.

—Te aburro, ¿verdad?

—¡No, en serio! Me gusta pensar que yo también estoy en el caso de alguna manera. Quién sabe, lo mismo se me ocurre alguna

fantástica idea en la que nadie haya caído hasta que yo la saque a la luz —dijo con una sonrisa traviesa—. ¿No es eso lo que hace tu amigo?

Olivia notó un toque de irritación en su voz, pese a la sonrisa que Meredith lucía; entonces se dio cuenta de que debía aclarar su situación a su compañera, para evitar futuros ataques de celos.

—Meredith, Sebastian es muy inteligente, pero es un poco capullo también. Y sí, es mi amigo, pero solo es mi amigo, ¿entiendes?

—Entiendo. De todas formas, estoy deseando conocerle, quiero saber si tengo que preocuparme o no por él.

—¿Basándote en qué? —preguntó Olivia, preocupada.

—Pues, no sé. En lo bueno que esté, en el *feeling* que tenga contigo… Ya sabes, esas cosas que solo detectamos las mujeres cuando estamos enamoradas.

Olivia se detuvo en seco y se quedó mirando a su pareja boquiabierta.

—¿Estás… enamorada de mí? —preguntó casi tartamudeando.

—Estoy enamorada de ti, Olivia, creía que te habías dado cuenta.

—Eeeeh, bueno, yo… —empezó Olivia, abrumada—, había señales, pero…

Meredith se acercó a Olivia, la rodeó con sus brazos y la obligó a mirarla a los ojos fijamente.

—Sé que te ha costado un poco, aún no te conozco lo suficiente para saber qué ha estado pasando por esa cabecita imparable que

tienes sobre los hombros durante estos dos meses, pero me enamoré de ti la primera vez que te vi. ¡Y eso que tenía las hormonas revolucionadas con la lactancia!

Meredith iba a continuar hablando, pero Olivia no se lo pensó dos veces. La sujetó por los pómulos, la besó apasionadamente y, al separarse de ella, le confesó sus sentimientos.

—Yo también te amo, Meredith. Eres una mujer muy especial.

Los besos arreciaron, la pasión se desbocó y, tal y como llegaron al apartamento de Olivia, el amor recién descubierto se hizo carnal entre ambas. Olivia se dedicó incansablemente a adorar el cuerpo de aquella mujer maravillosa que decía que le había entregado su corazón, sintiéndose por primera vez la persona más afortunada de la tierra al tener a alguien especial entre sus brazos. Besó cada centímetro de piel con devoción, deteniéndose en los rincones que más deseaba, arrancando pequeños suspiros de los labios de su pareja.

Aunque llevaban dos meses juntas, solo habían tenido breves escarceos sexuales, calentones que habían saciado con rapidez debido a la urgencia del deseo más visceral; pero aquella noche no había prisa ninguna. Cuando Olivia se colocó entre los muslos de Meredith, dispuesta a darle placer oral, se entretuvo en hacer que ella se derritiera de necesidad antes de ofrecerle compensación. Meredith se aferraba a su pelo, intentando que ella terminara con aquella larga espera que se había empeñado en infligirle, pero cada vez que sus caderas se alzaban en busca de los labios de su compañera, Olivia se alejaba con una sonrisa concupiscente y un brillo de superioridad en sus ojos.

—Por favor, no me hagas esperar más —jadeó Meredith, cuando creía que se desmayaría de impaciencia.

—Me gusta verte así, deseosa, entregada a mí —susurró Olivia, sintiéndose poderosa.

—Haré lo que tú me pidas, pero por favor, bésame ya…

Olivia acalló sus ruegos con su lengua y sus labios, que se ocluyeron en torno al delicioso botoncito que palpitaba de anticipación. Meredith susurró una maldición al sentirla, separó aún más sus piernas y se entregó al placer más sublime durante los escasos dos minutos que pudo soportar sin sucumbir. Entre exclamaciones de gozo, Meredith le confesó de nuevo su amor en voz alta, y Olivia sintió que su corazón también iba a estallar de felicidad.

—Eres preciosa —susurró, cuando su pareja volvió a descansar sobre el colchón—. Quiero que sepas que me has hecho muy feliz esta noche.

Meredith levantó la cabeza para mirarla a los ojos, alzó una ceja y sonrió traviesa.

—Pues prepárate, aún no has visto lo mejor.

Meredith se lanzó sobre ella para demostrarle lo bien que se le daba satisfacer a su cuerpo de mujer. Ella tenía mucha más experiencia que Olivia, no solo con las mujeres, sino en el sexo en general. Así que, cuando su boca desapareció bajo su monte de venus, deseosa de regalarle miles de besos a su húmedo centro, los dedos de Meredith no dejaron de explorar el precioso cuerpo de

Olivia, descubriéndole rincones desconocidos para ella misma hasta entonces.

Su curiosidad empezó por acariciar la suave piel de sus pechos, circundando su areola despacio. Sus dedos se movían sin prisa alguna por coronar en aquellas puntas, de un rosado tan pálido como la flor del almendro, que se erguían sin pudor ante la enorme cantidad de estímulos. Tampoco se apresuraron al pasearse por la curva de su cintura hasta sus caderas, o cuando se deslizaron hacia arriba de nuevo para rozar descuidadamente sus pezones, haciéndola gritar al contacto.

Sin embargo sus labios eran incansables. Aferrados al centro de su femineidad, acariciaban y besaban el pujante deseo de Olivia con veneración, sirviendo placer a diestro y siniestro, guiados por los suspiros de su pareja; pero, cuando empezaron a succionarlo con ganas, alternando con lánguidos lametones y firmes aleteos de su lengua sobre su clítoris, Olivia creyó que acababa de llegar a las puertas del cielo.

—Meredith… voy a… Estoy a punto… —susurró encendida.

Su pareja la escuchó, se introdujo en su cuerpo sin dejar de succionar entre sus labios gentilmente, encontró con facilidad ese punto delicioso que se esconde bajo la pelvis y le aplicó pequeños golpes rítmicos con extrema delicadeza. Con su mano libre, pellizcó por fin ambos pezones y, embriagada de puro éxtasis, Olivia alcanzó un orgasmo tan intenso que casi se olvidó de respirar.

—Dios… —susurró, al relajar sus músculos por fin.

—No, Meredith —bromeó su pareja en el mismo tono dulce y suave.

Olivia sonrió, aún con los ojos cerrados, y extendió sus brazos para que Meredith se colocase entre ellos. Se acariciaron despacio, entre besos húmedos y llenos de sentimiento, y se susurraron palabras de amor, de ese amor que, hasta entonces, ninguna de las dos había conocido.

De ese amor que asegura que estará ahí, pase lo que pase.

***

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo Meredith, un rato más tarde.

—Claro que sí, las que quieras.

—¿Por qué no te sientes atraída por Sebastian?

Olivia se separó de la frente de Meredith, donde tenía apoyados sus labios, y la miró a los ojos con sinceridad.

—No entiendo por qué debería sentirme atraída hacia él.

—Corrígeme si me equivoco —empezó Meredith—. Él es un hombre, y a ti te gustan los hombres.

—Sí, ¿y?

—Pues que me has dejado entrever que es un hombre apuesto y atractivo, que además tiene un cerebro privilegiado, que te aprecia muchísimo y que pasa horas y horas a tu lado porque también aprecia tu compañía y tus aportaciones a su desarrollo intelectual.

—Mmmm…, sí, podría decirse que es así —confirmó Olivia—, pero eso no tiene nada que ver con la atracción, Meredith.

—De hecho, lo tiene todo que ver. En la mayoría de los casos, esa confianza de la que disfrutáis, esa cercanía con la que os tratáis, suele desembocar en atracción; por eso no comprendo que no la hayáis sentido ninguno de los dos.

—En su caso, digamos que él no es una persona sexual, como tal…

—¿Perdón? —preguntó Meredith, sorprendida.

—Es complicado. Dejémoslo en que no le ha dedicado tiempo a hacer florecer el deseo en su cuerpo, aunque estoy segura de que eso cambiará cuando conozca a la persona adecuada; sin embargo, esa empresa es harto difícil, ya que Sebastian no se siente cómodo con las personas.

—¿Ves? Razón de más para que se hubiese sentido atraído por ti —la interrumpió.

—Pero él sabe que estoy contigo.

—No os conocisteis ayer, precisamente —apuntó Meredith, logrando que Olivia respirase hondo y se incorporase sobre el colchón.

—Si lo que quieres averiguar con todo esto es si debes sentirte amenazada por la relación que tenemos él y yo, te aseguro que no tienes nada que temer. A mí nunca me ha gustado como hombre, solo como compañero. Es mi amigo, Meredith, independientemente de que sea hombre o mujer, atractivo o desagradable, solo puedo

verlo como un amigo, y supongo que a él le ocurrirá lo mismo conmigo.

—Hmmm…, está bien, te creo. No me pondré celosa cuando te pases las noches enteras por ahí a su lado —bromeó con intención.

—Ya te he dicho que es un poco capullo y, a veces, bastante insufrible, así que no pienses ni por un segundo que puede haber algo más entre nosotros —añadió Olivia—. Pero no quiero hacerte mala sangre sobre cómo es él, ya decidirás por ti misma cuando lo conozcas.

—Espero que esa oportunidad llegue algún día —suspiró Meredith, volviendo a besar a Olivia.

—Te aseguro que eso ocurrirá antes de lo que te imaginas.

CAPÍTULO 9

Presentaciones

Abrió sus ojos temprano, algo la había sobresaltado, pero al mirar alrededor de la cama no pudo localizar la fuente de su inquietud. Olivia giró sobre sí misma y, al ver a Meredith, no pudo evitar que una sonrisa iluminase su rostro. Se deleitó en sus preciosas facciones mientras ella descansaba a pierna suelta, estuvo tentada de acariciarla, pero decidió dejarla dormir un poco más.

Dispuesta a preparar un desayuno contundente para paliar las pocas horas de sueño, se giró hacia la mesita de noche para comprobar la hora en su teléfono.

Entonces fue cuando se dio cuenta de que no estaban solas.

Había dejado la puerta cerrada, estaba segura de ello, pero ahora estaba abierta. Alguien había entrado en el dormitorio mientras ellas dormían, y se le erizó el vello del cuello al pensarlo.

Asustada, se deslizó fuera de la cama, cogió su revólver reglamentario y, tras amartillarlo, se dirigió al salón sin hacer ningún ruido. Se escondió en las sombras, conteniendo el aliento, dispuesta a disparar si era necesario, empujó la puerta del salón con fuerza…

—Soy yo, no me dispares.

—¡Maldita sea, Sebastian! —exclamó, al escuchar su voz—. ¿Estás loco? ¿Cómo se te ocurre entrar a hurtadillas en casa de un policía? ¡He estado a punto de matarte!

Olivia encendió la luz y se encontró con la sorprendida mirada de su amigo que, sentado en el tresillo, la esperaba con las piernas cruzadas y las manos en alto, mirándola sorprendido.

—¡Perdón! He entrado a buscarte porque no quería hacer ruido llamando al timbre y…

—¿Cómo diablos tienes una llave de mi apartamento? —preguntó histérica.

—La tengo desde que te mudaste, sabía que algún día tendría que entrar sin tu ayuda, ya fuese para despertarte o para traerte a casa. Sabes que la bebida a veces te sienta mal…

—¡Y una mierda! ¡Es solo que, en comparación con tu aguante, el mío se ve ridículo! —exclamó, temblando por la adrenalina que corría desbocada por sus venas.

—Ella es preciosa —la cortó Sebastian con voz dulce—, me alegro de que te haya hecho feliz esta noche.

Furiosa por la interrupción y por las deducciones no deseadas, Olivia estalló.

—¡Tú no puedes saber si…!

—Querida, tu rostro lo dice todo —alegó Sebastian, sonriendo—. Está clarísimo que has gozado de una noche muy especial, en todos

los sentidos. Me alegro sinceramente por ti.

Indefensa ante la realidad más aplastante, Olivia bajó el arma finalmente y suspiró, entrando al salón.

—No vuelvas a hacer eso, ¿me oyes? Me gusta mi privacidad —arguyó, ya con un tono de voz normal.

—Lo siento. A partir de ahora me cuidaré mucho de interrumpir tus noches de amor y pasión —bromeó Sebastian—. Y por cierto, ¿no tendríamos que estar en narcóticos ahora mismo? —cambió de tema con rapidez.

—Te mandé un mensaje ayer por la tarde, hemos quedado con mi colega, Cillian Glover, a las once en punto.

—Lo sé, por eso estoy aquí. No quiero esperar hasta las once, así que haz el favor de avisarle de que vamos para allá. Imagino que sus horarios son parecidos a los tuyos, así que te acompaño a comisaría para que fiches la entrada y nos vamos a ver a tu amigo Cillian de inmediato.

—Pero Meredith está…

—Encantada de conocerte. —Meredith, ya vestida, apareció en el umbral del salón con una sonrisa en sus labios, sorprendiéndolos a ambos. Sebastian la miró a los ojos, intentando descubrir antes de que ella hablase si era una persona de fiar, pero quedó completamente convencido al ver la sinceridad que emanaba de su mirada—. Cuando dijiste anoche que iba a tener la oportunidad de conocer a Sebastian antes de lo que imaginaba, no creía que sería tan pronto, cariño.

—Meredith, él es mi amigo y compañero Sebastian Fairchild —empezó Olivia, protocolariamente. Sebastian se levantó del asiento y se acercó para estrecharle la mano, provocando una sonrisa de comprensión en Meredith—. Sebastian, ella es Meredith Sanders, mi pareja.

—Un placer, señorita Sanders. —Sebastian giró la mano que ella le tendía con una floritura y se inclinó para besarla, sacando una sonrisa de regocijo de los labios de Meredith—. Señorita, lamento que nuestro encuentro vaya a ser breve, pero estoy seguro de que mi querida amiga le habrá puesto al corriente de la urgencia de nuestra investigación.

—No tanto como yo quisiera, pero algo me ha dicho —confirmó Meredith, sonriendo.

—En cualquier caso, espero tener la oportunidad de tomar una taza de té en otras circunstancias menos apremiantes, tengo mucha curiosidad por conocer a la mujer que ocupa las noches de Olivia desde hace meses.

Con aquella afirmación, Sebastian terminó de ganarse la simpatía de Meredith. Halagada, asintió y sonrió.

—Si todo se desarrolla como deseo, tendremos oportunidad de conocernos mejor, Sebastian. Cariño, yo me marcho ya. Bianca entra a la guardería dentro de un rato y tengo que recogerla aún de casa de mis padres.

Sebastian la miró profundamente desconcertado. Repasó rápidamente el cuerpo de aquella joven, buscando signos de un embarazo anterior, pero no pudo encontrar ninguno de los que

pensaba que eran habituales; muy al contrario, apreció la belleza de las curvas de su cuerpo como hombre, sorprendido por lo bien tonificados que lucían sus músculos.

—Vale, te diría que vinieses con nosotros, pero necesito ducharme antes de ir a la comisaría —dijo Olivia.

—No pasa nada. Voy a recoger mis cosas.

Meredith y Olivia volvieron al cuarto, a despedirse, supuso Sebastian, dejándolo en el salón a solas. Una vez que Meredith se marchó y Olivia salió de la ducha, Sebastian empezó a pedirle que se apresurase, impaciente por continuar con la investigación. No quiso preguntarle su opinión con respecto a que Meredith fuera madre, ya habría tiempo para eso en otro momento.

***

Habían quedado en una cafetería ubicada a un par de manzanas de la comisaría en la que trabajaba Cillian. Sin embargo, a Olivia le extrañó que se mostrase tan inseguro, incluso estando tan lejos de sus dominios. Una vez que le presentó a Sebastian, Olivia observó que Cillian no dejaba de mirar hacia la puerta de salida, cada vez más nervioso.

—¿Qué es lo que necesitas? —preguntó en voz baja el agente de narcóticos.

—¿Has oído hablar de una sustancia catalogada como BPCP? —preguntó Olivia sin dilación.

La reacción no se hizo esperar. Si antes de hacer la pregunta Cillian parecía nervioso, cualquiera diría que acababa de escuchar su

propia sentencia de muerte, a juzgar por cómo se abrieron sus ojos. Volvió a mirar hacia la calle, visiblemente asustado, pero al comprobar por enésima vez que nadie le había seguido, se acercó a ambos detectives y empezó a susurrar.

—Casualmente, me tope de bruces con ella hace un par de noches —susurró Cillian.

—Hmmm…, parece que está más extendida de lo que creíamos —murmuró Sebastian.

—Tengo entendido que es una droga nueva, pero parece que se está haciendo viral, sobre todo entre toxicómanos pijos con pasta —confirmó Cillian en voz baja, volviendo a mirar hacia la puerta.

—¿Te ocurre algo, Cillian? Pareces nervioso —apuntó Sebastian, incapaz de mantener la farsa ni un segundo más.

—Creo que me han puesto vigilancia —barruntó—. Desde lo de la otra noche, siento que alguien me persigue, pero nunca hay nadie. Puede que esté sugestionado, pero no lo creo.

—¿Qué pasó la otra noche? —preguntó Olivia, empezando a pensar que su compañero sufría de paranoia.

—Se nos encargó una redada en una discoteca, una de esas en las que se supone que la poli no debería entrar, ya sabes, clubes exclusivos llenos de gente importante —explicó—. Al principio parecía que sería una noche más, lo normal, la rutina de siempre; pero todo se complicó.

—¿A qué te refieres? —preguntó Olivia con interés.

Cillian se acercó más a ambos amigos, enterró el cuello entre sus hombros y bajó aún más la voz.

—Diría que nos estaban esperando, creo que nos tendieron una trampa. Yo casi no lo cuento —relató, aún con los ojos abiertos de par en par.

—¿Una trampa? ¿Por qué piensas eso?

—La noche se saldó con tres cadáveres, uno de ellos, el de mi compañero. —Cillian bajó la mirada, visiblemente afectado por el suceso.

—Lo siento mucho —dijo Olivia, comprendiendo su pesar.

—Pero aunque me duele mucho haberlo perdido, debo alegrarme, porque parece que la idea era que terminásemos los dos "fiambre". Por eso creo que me siguen, están esperando a que me descuide para terminar con su misión.

—Pero, ¿el inspector jefe no estaba al tanto de la operación? ¿No previó los riesgos?

—Para nada. De hecho, está que se sube por las paredes. Los otros dos hombres ya estaban muertos cuando llegamos, pero quieren cargárnoslos a los de narcóticos. Tendremos que esperar a que se resuelva la investigación interna para que se limpie el nombre de nuestro departamento, pero mientras que eso ocurre, estoy en peligro de muerte porque soy testigo de lo que aconteció —terminó Cillian, volviendo a girarse hacia la puerta.

—Hmmmm… ¿Fue en esa redada en la que escuchaste hablar de la BPCP? —preguntó Sebastian, intentando focalizar la situación en

lo que les interesaba.

—Sí, y no era la primera vez que oía las siglas —confirmó Cillian.

—¿No era la primera vez? —insistió Sebastian, intrigado.

—No. Hace solo un par de semanas, tuvimos que ocuparnos de un ajuste de cuentas que terminó con un par de camellos muertos. Al practicarles la autopsia, el informe reveló una alta concentración de esa sustancia en sangre.

—Interesante —murmuró Sebastian—. Supongo que ambos estarán ya bajo tierra…

—Sí, pero tengo acceso a sus informes —aclaró el policía.

—¿Estás seguro de que era la misma sustancia de la discoteca? —insistió Sebastian.

—Aún no, pero estoy en ello. Aprovechando la confusión que se creó en la redada, me las apañé para conseguir un par de muestras. Las envié al laboratorio ayer a primera hora, así que supongo que tendré más información mañana por la mañana. La verdad es que aún no sé qué tiene de especial la maldita sustancia, pero nos ha costado muy cara a todo el departamento —se lamentó.

—La sustancia influye directamente sobre la memoria, parece que sobre la más reciente, pero aún tengo que indagar un poco más sobre ese punto —desveló Sebastian para que Cillian continuase hablando.

—¿No te importaría facilitarnos la información cuando la tengas? —preguntó Olivia, preocupada—. No querríamos empeorar tu situación en el departamento…

—Si estáis investigando sobre esa mierda, estoy dispuesto a ayudar en lo que sea —respondió Cillian, ansioso—. Sospecho que lo que ocurrió hace un par de noches tiene que ver de alguna manera con esa droga, y haría cualquier cosa por salvar el honor de mi compañero muerto y del resto de mi equipo. Hay mucho en juego, Olivia.

—¿En el informe de los cadáveres que os encontrasteis en el club también aparece la sustancia? —inquirió Sebastian astutamente.

—Eeeeh, no lo sé, no he estado atento a los resultados debido al temor por mi propia vida. Casi no he dormido estas últimas cuarenta y ocho horas —se excusó Cillian, avergonzado.

—Si los camellos muertos están relacionados con la droga, puede que los que os encontrasteis en la discoteca fueran también traficantes que corrieran la misma suerte y por el mismo motivo —apuntó Sebastian con una sonrisa triunfal—. Necesito acceder a los informes de las cuatro muertes, estoy seguro de que nos aclararán un par de cosas, como mínimo.

—Es más —intervino Olivia—, si los cadáveres los encontrasteis hace dos noches, todavía deben de estar…

—En la morgue —completó Cillian, con un brillo de entusiasmo en sus ojos—. Están en la morgue.

—¿Podríamos verlos? —preguntó Sebastian, lleno de excitación.

Cillian lo miró a los ojos y sonrió ampliamente.

—De hecho, es el mejor momento del día.

CAPÍTULO 10

Una visita a la morgue

Lo sentía en la punta de los dedos. Mientras se acercaban a buen paso a la morgue, Sebastian se consumía, presa de la anticipación. Estaba seguro de que la visita daría una nueva perspectiva al caso y eso lo llenaba de impaciencia, tanto que daba las zancadas más largas que de costumbre, dejando de cuando en cuando a sus compañeros atrás; al darse cuenta, se detenía, los miraba con un reproche en su gesto y continuaba avanzando a grandes zancadas.

—¿Siempre es así de nervioso? —preguntó Cillian a Olivia en voz baja.

—No te haces una idea…

—Espero que sea tan espabilado como impaciente.

—Eso te lo puedo confirmar. Si tenemos suerte, y creo que la tendremos, vas a presenciar cómo hila datos para sacar conclusiones a la velocidad del rayo. Y te aseguro que es un espectáculo digno de ver.

Una vez dentro de la morgue, Cillian saludó a su colega Morgan, que ya los estaba esperando. Sebastian le tendió la mano a Morgan

en silencio, colocándose muy derecho y con un rictus serio en los labios.

—¿Qué te pasa? —le susurró Olivia, mientras Morgan los conducía escaleras abajo.

—Demasiada gente nueva —murmuró con disimulo.

—Pues imagina que estás en el *pub*, borracho como una cuba y rodeado de tus colegas de universidad, ¡joder!

—No te preocupes, mis capacidades no se ven disminuidas solo porque no soporte tanto saludo protocolario —señaló fastidiado.

Al llegar al sótano, Morgan abrió la puerta del depósito de cadáveres y encendió la luz. Sebastian arrugó el entrecejo, cegado momentáneamente, pero cuando se acostumbró a la potente fuente de iluminación, vio que Morgan ya se les había adelantado.

—Aquí están los de la otra noche, Cill, como me pediste. —Cillian asintió y se acercó al centro de la estancia, donde reposaban los cuerpos desnudos de dos hombres. Cuando Olivia y Sebastian empezaron a avanzar, Morgan les cortó el paso—. Cill me ha dicho que son ustedes de fiar, espero que comprendan que esta visita es totalmente extraoficial.

—Por supuesto, señor —afirmó Sebastian, muy serio—. La inspección visual nos será de gran ayuda para avanzar en el caso que nos atañe, pero le aseguro que no nos referiremos en ningún momento a lo que hemos visto en esta sala.

—Nosotros tampoco estamos aquí de forma oficial, Morgan, así que estamos en el mismo barco —aseveró Olivia, mirándolo a los

ojos. Su expresión llena de seguridad pareció convencer del todo al guarda del depósito y, finalmente, se apartó para que ellos se acercasen a los cuerpos.

—Tengo aquí también el informe de los otros dos cadáveres, los de hace un par de semanas. —Morgan le tendió unos documentos a Cillian, pero él negó con la cabeza y señaló a Sebastian.

—Dáselos a él, yo ya los vi en su momento.

—Muchas gracias. —Sebastian cogió el dossier de documentos y empezó a leer a toda velocidad mientras que Olivia se acercaba a examinar los cadáveres.

—Parece que la causa de la muerte fue un golpe contundente en la cabeza —apuntó Olivia, impresionada ante la crudeza de la imagen que se mostraba frente a sí. Aquellos dos hombres eran demasiado jóvenes para estar en aquella sala.

—Traumatismo craneoencefálico, igual que los otros dos —comentó Morgan con naturalidad.

Sebastian cerró de un golpe el dossier, satisfecho con lo que había leído, y se acercó despacio a ambos cuerpos. Los observó durante unos segundos y, de repente, se acercó a uno de ellos.

—Otra vez —susurró y sonrió con complacencia—. Lo sabía.

—¿A qué te refieres? —inquirió Olivia.

—La misma marca que tenía *sir* Patrick en la nuca. —Sebastian señaló una zona enrojecida que tenía el cadáver número uno detrás de la oreja—. Esto confirma mis sospechas, él también fue inoculado con la misma sustancia que estos dos.

—Eso podría ser la picadura de un insecto —apuntó Cillian, que se había acercado a ver lo que Sebastian señalaba.

—Sí, podría, pero no lo es —profirió Sebastian con aire de suficiencia—. Y lo corroborará una marca exactamente igual que encontraremos en un examen más minucioso del otro cuerpo —. Olivia, que se encontraba más cerca del otro hombre, fue quien la descubrió.

—¡Aquí! ¡En el brazo!

Sebastian rodeó la mesa y se acercó para comprobar donde ella le señalaba y, al verla, sonrió de nuevo.

—¿Tendría a mano una lámpara de luz ultravioleta? —preguntó enigmáticamente.

—¿Para qué? —respondió Morgan, aún boquiabierto.

—Para que no quede duda alguna sobre mi teoría de que esta reacción ha sido provocada por la inoculación de una sustancia muy particular, y no por la picadura de un insecto —expuso Sebastian con altanería. Ceñudo, Morgan asintió y salió un momento de la sala.

—¿Y qué tiene eso que ver con…? —empezó Olivia.

—Ahora lo verás.

Cuando Morgan volvió con la lámpara, Sebastian expuso ambas marcas a la radiación de la misma, la cual reveló que, justo en el centro de la "picadura", se veía una especie de mancha de color negro, también perfectamente circular.

—¿Podría indicarme si se encontraron restos de una sustancia catalogada como BPCP en el informe de la autopsia de estos dos cadáveres? —le preguntó Sebastian a Morgan, sin levantar su mirada de los cuerpos.

—En grandes cantidades —confirmó el interpelado—, aunque aún no entendemos cómo funciona…

—Claro que no —lo interrumpió Sebastian, dando por terminado el examen visual. Levantó la cabeza sonriendo complacido, pero al ver los rostros de desconcierto de sus compañeros, decidió explicarse. Se irguió en toda su estatura y, mirando a los cadáveres despreocupadamente, empezó a hablar en voz alta.

—En el año dos mil cinco se descubrió que el propanolol tenía efectos directos sobre la memoria y se empezó a utilizar en salud mental. Combinándolo con otros compuestos, se creó una familia de fármacos que cosechó grandes éxitos en pacientes con estrés postraumático o traumas infantiles; sin embargo, el prometedor descubrimiento dejó de utilizarse de repente ante la presión de la comunidad psiquiátrica, que consideraba que el trauma debía manejarse con una familia diferente de fármacos, más tolerables a nivel fisiológico, y no con sustancias psicotrópicas que podían producir una dependencia muy peligrosa.

—¿De dónde has sacado esa información? —preguntó Olivia, claramente sorprendida. Sebastian la miró de reojo con condescendencia y no respondió, sino que continuó con su disertación.

—Más tarde, se descubrió que el compuesto que se había desarrollado tenía efectos secundarios en el cerebro que no eran admisibles en la comunidad científica, por lo que quedó relegado al olvido.

—¿Efectos secundarios? —preguntó Cillian—. ¿Aparte del consabido daño sobre la memoria?

—En efecto, aún peores —respondió Sebastian—. Uno de esos efectos secundarios, que no se tuvo en cuenta a la hora de señalarlo como peligroso, puesto que era meramente estético, fue que el compuesto dejaba marcas imborrables en la piel al ser inoculado, unas marcas oscuras y perfectamente circulares que quedaban a la vista de cualquiera. Evidentemente, este "defectillo" provocó rechazo entre aquellos pacientes que no deseaban que sus allegados descubrieran que se estaban sometiendo a una especie de… terapia.

—Las marcas de los cuerpos… —musitó Olivia, a lo que Sebastian asintió con firmeza.

—Parece ser que alguien ha decidido retomar el desarrollo de la sustancia para algún fin que, de momento, desconozco, y está claro que están investigando, porque han avanzado bastante. Prueba de ello es que las marcas ya no son tan evidentes. Aún no lo han perfeccionado del todo, sigue existiendo un rastro, aunque la mejora es sustancial. Deduzco que el producto debe estar en la fase final de su desarrollo, y de ahí que se esté probando ya en seres humanos.

—¿Insinúa usted que estos cuerpos han sido utilizados como conejillos de indias? —preguntó Cillian, desconcertado.

—Exacto. Y también que los sujetos piloto son personas de poca relevancia social, de ahí la coincidencia tanto en edad como en "profesión" de nuestros cuatro amigos muertos —gruñó Sebastian, molesto por tantas interrupciones.

—¿Profesión? —preguntó Olivia, ceñuda.

—En el dossier que acabo de leer queda muy claro que los otros dos hombres pertenecían a una red de narcotráfico, al igual que estos que tenemos aquí —le aclaró Sebastian a Olivia.

—Dios mío… —murmuró Morgan, apabullado.

—Esto es una práctica ilegal y completamente amoral, pero además estamos ante un posible caso de asesinato en primer grado —zanjó Sebastian, orgulloso—. Necesito información, toda la que podamos obtener sobre quiénes son los líderes de la organización para la que trabajaban estos chicos, porque supongo que será la misma para la que trabajaban los otros dos. Tendremos que interrogarlos para confirmar cuál es la fuente de distribución, aunque ya me hago una ligera idea.

—Boosting Chemistry —murmuró Olivia, ganándose una mirada reprobatoria de su amigo. Se giró para mirar a sus compañeros, preocupada por haber sido tan poco cuidadosa, pero ambos estaban tan sorprendidos que no escucharon su comentario—. ¿Y cómo es posible que nadie de narcóticos se haya dado cuenta de esto? —preguntó de nuevo Olivia, mirando a Cillian con extrañeza.

—La causa de la muerte de los cuatro jóvenes es fractura craneal por un golpe contundente en la cabeza —continuó Sebastian, adelantándose—. Está claro que debieron extralimitarse en sus

atribuciones de una manera u otra, convirtiéndose en objetivos dentro de su propia corporación. Para lograr que pareciese que la muerte era debida a una riña entre drogadictos, los remataron con un disparo *post-mortem.* —Sebastian movió ligeramente el cuello de uno de los cadáveres y luego del otro, mostrando los orificios de bala, que quedaban ocultos bajo las señales del brutal asesinato—. El asesino sabía que, tratándose de delincuentes de poca monta, la policía no indagaría, ataría un cabo con el otro, aunque no tuvieran nada que ver, y cerraría el caso.

—Así fue —confirmó Cillian—. ¡Maldita sea! ¡Qué ciegos hemos estado!

—No, Cillian —intervino Sebastian—. Alguien se está tomando realmente muchas molestias para encubrir todo esto. Era prácticamente imposible unir los puntos, estando tan dispersos entre sí, para formar el mapa.

—Tú lo has hecho —murmuró Olivia, profundamente impresionada.

—Solo porque conocía los datos pertinentes —dijo Sebastian, intentando quitarse importancia, aunque encantado con el reconocimiento.

—También había que saber dónde buscar —insistió Olivia.

—Me gusta hacer bien mi trabajo —respondió Sebastian, guiñándole un ojo.

En cuanto salieron a la calle, Sebastian comenzó a caminar de nuevo a paso ligero, haciendo muy difícil para Olivia ponerse a su

altura; pero cuando lo logró, él empezó a hablar como si hubiese estado esperando a que ella apareciese para hacerlo.

—Yo tenía razón, *sir* Patrick fue inoculado. Estoy seguro de que si pudiera ponerlo bajo una luz ultravioleta, veríamos la misma marca oscura en su cuello —dijo Sebastian, muy excitado.

—No tengo ninguna duda sobre ello. ¡Pero no comprendo por qué él! Si como dices, los sujetos tipo son personas que poco importan, ¿por qué utilizar la droga con *sir* Patrick?

—Para obtener una respuesta a tu pregunta, me temo que vamos a tener que hacerle una visita a *lady* Christine Pearl. —Sebastian sonrió, su mirada perdida en el horizonte mientras caminaba.

—Pero, Sebastian, yo no tengo autoridad para pedir una orden de registro.

—No pensaba pedírtela —respondió al punto.

—Entonces, ¿cómo piensas hacerle una visita a *lady* Pearl?

—Desde luego, no citándola en comisaría para interrogarla sobre la posible implicación de un vecino en un tema de drogas —escupió Sebastian, mofándose abiertamente de los métodos de Scotland Yard.

—Puede que *lady* Pearl concierte visitas, puede que así nos atienda…

—En serio, Olivia, ¿crees que si *lady* Pearl está involucrada en este caso, nos abrirá las puertas de su despacho y nos responderá diligentemente a todas las preguntas que le hagamos? De verdad, ¿es que tengo que explicártelo todo?

—¡Pues parece que sí! —explotó indignada—. ¡Siento no tener un cerebro privilegiado y ocioso como el tuyo, Sebastian!

Sebastian se detuvo en seco en medio de la calle, miró a Olivia a los ojos y la agarró fuerte por los hombros.

—Tú eres mucho más lista que yo, de eso no tengas duda —le dijo con sinceridad.

—Eso solo lo dices para que deje de gritarte.

—Eso también —bromeó—. No, lo digo en serio. Muchas veces, eres tú quien me pone sobre la pista con tus preguntas. Tú haces que me detenga a contemplar detalles que se me podrían haber pasado por alto estando solo.

—¿En serio? —preguntó Olivia, mirándolo a los ojos, aún abochornada. Sebastian se encogió de hombros con una cómica mueca de indecisión en su rostro.

—Eeeh… Normalmente, tus preguntas no tienen orden ni concierto, pero no sé cómo, enfocan el camino que debo seguir. —Sebastian se zafó hábilmente del puñetazo que su amiga le lanzó directo a su hombro, riendo con ganas—. No, ahora en serio, por ejemplo, no se me habría ocurrido investigar sobre la utilización de la BPCP en años pasados si no hubieras dicho que sería imposible que la familia Pearl estuviese implicada, debido a su historial intachable. Enseguida me vino a la cabeza que podría existir un vínculo entre la empresa y la sustancia desde hace tiempo y… ¡bingo!

—¿Ese compuesto del que hablabas fue desarrollado por Boosting Chemistry? —preguntó Olivia, aún más impresionada.

—No, pero *lord* Pearl participó en la investigación inicial —desveló Sebastian con una mirada triunfal—. Él sabía que los fármacos funcionaban y sospecho que retomó la investigación para perfeccionarla en el momento en que fue desestimada por la comunidad científica. Intuyo que habrá dedicado mucho tiempo a esa sustancia, Olivia, no pensaba permitir que se relegase al olvido tan fácilmente… Y parece que su hija tampoco.

—Increíble… —murmuró Olivia mirándolo embobada.

—Gracias, no es para tanto —bromeó Sebastian.

—Pero, ¿cómo has…? ¿Cómo sabías dónde buscar?

—¡Gracias a ti! ¡Es lo que intento decirte! Tú me señalaste el camino con tus apreciaciones. Por eso estaba tan seguro de que todo tenía que estar relacionado entre sí, además de con la BPCP.

Olivia sonrió, sintiéndose orgullosa de haber aportado su granito de arena a la investigación. Sebastian le tocó la punta de la nariz con dulzura y continuaron caminando calle arriba.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? ¿Vamos a llamar a *lady* Pearl por teléfono para pedirle que nos conceda una entrevista, o algo así? —bromeó Olivia.

—Algo mucho mejor. Vamos a ir a su casa.

CAPÍTULO 11

El objetivo

La mente de Sebastian hervía. Sentado a oscuras en su salón, con las piernas cruzadas y sus dedos paseándose sobre sus labios, no dejaba de intentar atar cabos, aunque sabía que le faltaban suficientes piezas del puzzle como para que nada tuviera sentido aún.

Una droga nueva. Una serie de muertes, aparentemente desconectadas, pero claramente relacionadas entre sí. Un alto cargo del gobierno británico implicado, que podría incluso estar en peligro en aquel mismo instante, y una sola fuente demoníaca que se alzaba como principal sospechoso: la planta química de los Pearl.

Aunque Olivia le había dicho que no tenía sentido sospechar de la familia, Sebastian dedicó buena parte de la noche a investigar sobre ellos. *Lord* Pearl inició su andadura cincuenta años atrás y su éxito fue fulgurante. Químico brillante, tuvo la suerte de casarse con una mujer de buena familia, muy bien posicionada y con un talento especial para las finanzas. Teniendo tan buena materia prima, su asociación resultó de lo más beneficiosa para ambos, creciendo en la industria tanto en expansión como en relevancia social.

Pero, más allá de la conveniencia de su matrimonio, fue un profundo amor y admiración mutuos lo que los unió. Y de ese amor tan profundo, había nacido una sola hija: Christine Pearl.

Christine había demostrado aptitudes en diversas competencias desde su más tierna infancia, convirtiéndose a sus dieciocho años en una digna sucesora de sus padres al elegir ingeniería química como carrera principal y completando su formación al mismo tiempo con un grado en dirección de empresas.

Aquel dato sorprendió especialmente a Sebastian, amante del conocimiento *per se* y de las capacidades intelectuales en general. Al parecer, la joven *lady* Pearl continuó formándose al terminar ambas carreras, realizando sendos máster en química orgánica y administración general del estado, con la firme idea de tomar las riendas de Boosting Chemistry en cuanto sus padres decidieran que ya habían trabajado suficiente.

Ese hito había ocurrido dos años atrás. *Lady* Christine era ahora la única responsable de la empresa, y eso la convertía también en la principal sospechosa en la investigación de Sebastian. En el momento en que comprobó su historial, Sebastian descartó la posibilidad de que no estuviera al tanto de la producción de la planta con exactitud, siendo tan dotada como era; sin embargo, como buen criminólogo, Sebastian decidió que no llegaría a ninguna conclusión precipitada sin haber tenido la oportunidad de cruzar al menos unas palabras con ella. Sabía de primera mano que muchos casos, llevados a cabo en la línea de investigación correcta, habían terminado con resultados desastrosos porque se habían basado desde el principio en conclusiones erróneas, decididas a la ligera.

Eso no iba a ocurrirle a él, tenía que hablar con ella. Sebastian sabía que, tal y como había ocurrido cuando tuvo el encontronazo con *sir* Patrick, el detalle más insignificante o la frase menos interesante serían los encargados de iluminar su camino.

El problema radicaba en cómo obtener acceso a aquella mujer.

Acostumbrada a moverse en las altas esferas, *lady* Pearl no era una persona con la que Sebastian podría forzar un encuentro casual. No iba a cruzarse con ella accidentalmente en el supermercado, ni tenía forma alguna de averiguar sus rutinas ya que gozaba de un férreo servicio de seguridad. Debido a los numerosos intentos de robo y atentados contra la integridad física que había sufrido su familia desde que era pequeña, *lady* Christine Pearl había mantenido su vida personal celosamente en el anonimato, y valoraba muchísimo su privacidad.

De hecho, Sebastian ni siquiera estaba seguro de cuál era su residencia habitual en Londres. La familia poseía una mansión en Notting Hill, conocida por todos puesto que era la que utilizaban cuando querían celebrar algún evento social, ya fuera una colecta, una gala benéfica o la presentación de un nuevo fármaco. Sebastian sabía que *lord* y *lady* Pearl hacía tiempo que se habían mudado a Italia de forma permanente, por lo que la mansión Pearl bien podría ser la vivienda de *lady* Christine, pero no estaba seguro de ello. Investigó en esa línea durante horas, pero al no encontrar información fidedigna al respecto, Sebastian tuvo que conformarse con empezar por la única propiedad que conocía.

Pero aunque no encontró lo que pretendía, su búsqueda exhaustiva le facilitó un dato de lo más relevante en aquel momento:

una noticia reciente en *The Times* anunciaba que *lady* Christine Pearl celebraría una pequeña reunión en su mansión para agasajar a un célebre químico que estaba de visita en la ciudad.

Emocionado ante la perspectiva de poder acercarse a ella lo antes posible para salir de dudas sobre su implicación, leyó la breve reseña del tabloide con rapidez. Por lo que pudo intuir, la "pequeña reunión" sería más bien una fiesta fastuosa donde se reuniría la *crème de la crème* de la alta sociedad londinense, y si bien la razón oficial del evento era la visita de Mijail Chevroj, Sebastian coligió que la familia Pearl pretendía establecer relaciones con las empresas químicas rusas a través de su máximo representante. De ahí la gran recepción, que tendría lugar aquel mismo sábado.

Justo la noche siguiente.

Evidentemente, durante un acto de semejante calado, Sebastian no podría interrogarla, pero al menos tendría la oportunidad de verla, de hacerse una idea concreta de cómo era aquella mujer. Y qué mejor manera de hacerlo que viendo cómo se desenvolvía en su ambiente, estableciendo relaciones comerciales valoradas en millones de libras mientras ejercía de impecable anfitriona.

«Esto va a ser de lo más divertido», pensó, disfrutando de la anticipación que produce la expectativa.

En cuanto dieron las ocho de la mañana, Sebastian hizo una llamada.

***

—Entonces, ¿Richard no sabe nada?

Mientras se tomaba el café en la comisaría, Olivia escuchaba a Sebastian por teléfono.

—Mi tío se ha limitado a confirmar lo poco que he averiguado en Google durante la noche, así que la única opción que tengo de poder hablar con *lady* Pearl pronto es yendo a ese evento.

—Sebastian, no sé si lo sabes, pero a ese tipo de fiestas solo se accede por invitación.

—Por invitación directa de *lady* Christine Pearl, en este caso —puntualizó Sebastian.

—Invitación que no se nos ha ofrecido —aclaró Olivia, por si a su compañero se le había pasado por alto el detalle.

—Y que no voy a necesitar para entrar en esa casa —añadió Sebastian en tono travieso.

—¿Vas? ¿No "vamos"?

—Olivia, ya va a ser bastante difícil conseguir colarme, imposible si somos dos.

—Discrepo. Llamarás mucho menos la atención si vas acompañado de una preciosa dama que si entras solo a una fiesta a la que los invitados van con pareja.

—Tú lo que quieres es meter las narices en el evento…

—Por supuesto, pero esa solo es una razón secundaria —disimuló Olivia, sonrojándose—. De igual modo, tengo razón en mi deducción.

—No me servirá de nada ir con una preciosa dama del brazo si ninguno de los dos tenemos invitación, ¿no crees?

Olivia iba a responder, pero no pudo objetar nada a la lógica de su amigo. Entonces empezó a imaginar el escenario: un montón de personalidades londinenses reunidas en una mansión, todos se conocerían entre sí, y de repente aparecería Sebastian con su expresión de superioridad, solo, y sabiendo lo poco que le gustaban las multitudes…

—Sebastian, es una mala idea.

—Es una idea excelente —la contradijo al punto.

—Saldrá mal —insistió.

—Es la única oportunidad que tenemos.

—Mira, si fuese otro tipo de evento, te lo compraría; pero una fiesta de alto copete…

—¿Insinúas que no estaré a la altura? —inquirió, algo molesto.

—A ver, no eres precisamente el paradigma de la caballerosidad…

—Eso es porque no me has visto en las reuniones familiares, querida —respondió displicente.

—No te veo capaz de comportarte bien sin llamar la atención, y además te sentirás incómodo entre tanta gente.

—Insisto, tú lo que quieres es meter las narices en el evento —repitió burlón. Olivia iba a responder de nuevo, pero se dio por vencida al no tener nada más que objetar.

—Mmmm… Está bien. Al menos, déjame ayudarte.

—¿A qué?

La pregunta habría sonado impertinente a oídos de cualquiera, pero Olivia, que lo conocía, sabía que lo preguntaba de corazón.

—Pues no sé, a elegir traje, por ejemplo.

—Mmmmm…, bueno, si te hace ilusión… Pensaba que preferirías aprovechar la noche libre para salir con tu chica a cenar.

—Tranquilo, eso lo haré luego. No me quedaré tranquila si no compruebo cómo vas. Además, si consigo dejarte deslumbrante, seguro que será más difícil que los demás se den cuenta si metes algún patazo —bromeó.

—En serio, me subestimas demasiado. Llevo toda la vida rodeado de petimetres de clase alta, estirados y aburridos, te aseguro que me moveré como pez en el agua.

Olivia volvió a su imagen mental del desempeño de Sebastian en la fiesta. Lo vio intentando entablar una conversación insustancial y fracasando estrepitosamente; lo vio haciendo preguntas indiscretas a diestro y siniestro sin tener en cuenta el interés de los posibles receptores del mensaje; lo vio intentando bailar…

—Por cierto, ¿qué tal se te da el baile en pareja? —preguntó, asustada de repente.

—De maravilla. He dado clases toda mi vida —respondió Sebastian.

—¿Lo dices de broma?

—¡No! Ya te he dicho que mis padres también son unos estirados aburridos que siempre han hecho gala de su estatus en sociedad.

—No te imagino bailando, Sebastian —murmuró Olivia, sorprendida.

—¡Pero bueno! ¿Y eso por qué?

—Porque eres un pelín zoquete caminando —lo picó—. Con esas piernas absurdamente largas que tienes y dando zancadas de un metro, resultas de todo menos armonioso, cariño.

—¡Huh! —exclamó indignado—. Pues que sepas que soy una gran pareja de baile y que te vas a quedar con las ganas de comprobarlo —escupió pueril, provocando una risotada al otro lado del teléfono.

—¡Qué crío eres!

—Sí. Pero te hago reír.

—Solo de vez en cuando, tonto —convino Olivia, sonriendo dulcemente.

—Pues con eso me vale. Ahora te dejo, voy a dormir todo lo que no he dormido esta noche. Te veo mañana aquí a las cinco.

—Querrás decir esta tarde…

—Para mí, el día acaba de terminar.

CAPÍTULO 12

La fiesta

Aunque aún hacía frío, el invierno había decidido dar una tregua, cosa que la incipiente primavera había aprovechado aquella mañana para darse el gusto de explotar fugazmente, dejando una noche con una temperatura espectacular que permitió mover la fiesta a los jardines.

Rodeada de personas influyentes, *lady* Christine Pearl se movía como pez en el agua. Reía con unos, brindaba con otros y charlaba sobre política o sobre negocios con soltura, como buena emprendedora que era. Se había preparado a conciencia para la ocasión, su empresa se jugaba mucho aquella noche y ella era la cara visible de la misma, así que debía lucir impresionante.

Su larga melena dorada caía suelta, terminando en bucles que cubrían su espalda casi desnuda. El diseño de Versace moldeaba su perfecta figura, cayendo desde la ceñida cadera hasta el suelo limpiamente. El pronunciado escote trasero de su ajustado vestido color champán llegaba casi hasta el nacimiento de su columna vertebral, ofreciendo una imagen deliciosa de su cuerpo. Aunque la espalda quedaba al descubierto, el resto de su vestido era de lo más

recatado, a excepción de una larguísima abertura que empezaba casi al principio de su muslo izquierdo para perderse en sus altísimos tacones de aguja.

Su cuello, largo y esbelto, quedaba oculto aquella noche por una joya en forma de hojarasca que trepaba desde el llamativo vestido hasta el lóbulo de su oreja izquierda, enroscándose a su paso. Christine Pearl no solo estaba deslumbrante, era una exquisitez incluso para el más exigente de los paladares.

Mientras alternaba con sus invitados, algo llamó poderosamente su atención. Un individuo, que no estaba segura de conocer, se paseaba resueltamente entre los distintos grupos reunidos en el jardín. Inmediatamente, perdió el hilo de la conversación que mantenía, intrigada por la inesperada irrupción de aquel hombre que había logrado burlar la estrecha vigilancia a la que estaba sometido el acceso a la mansión. Aquella noche, con motivo del evento, Christine había duplicado el número de guardaespaldas para garantizar la seguridad de sus invitados, y se sintió tan ofendida como interesada al descubrir que alguien había conseguido colarse en su fiesta sin invitación.

Y ese logro no estaba al alcance de cualquiera.

Aquel hombre no se encontraba en la exclusiva selección que Christine había diseñado tres semanas atrás, de eso estaba segura. Era alto, bien parecido, con un suave y precioso cabello oscuro y rizado que le caía casi hasta los ojos, de un imposible color verde azulado. Su penetrante mirada, conferida por unos iris tan duros que parecían cincelados en piedra, se detenía curiosa aquí y allá. El

intruso no había entrado allí por casualidad, sabía perfectamente dónde estaba y a lo que venía.

Profundamente interesada, Christine dio un par de pasos para alejarse del grupo en el que participaba activamente y así poder observar al recién llegado con tranquilidad. No desentonaba en absoluto con su atuendo hecho a medida, que dibujaba su esbelta figura entallándose solo un punto por debajo de la obscenidad, facilitando que la mirada de la anfitriona se solazase con el atractivo cuerpo masculino: pecho amplio, hombros anchos y bien definidos y unas poderosas y larguísimas piernas que ceñían con devoción los pantalones de aquel fabuloso traje de Armani. Incluso los zapatos estilo Oxford, impecablemente lustrados, gritaban elegancia y estilo, si es que no quedaba suficientemente claro al contemplar el delicioso conjunto que ofrecía aquel fabuloso ejemplar; pero fue su porte, casi aristocrático, lo que más llamó la atención de Christine.

Cada vez más intrigada, se acercó despacio a la barra más cercana, la más pequeña de las tres que se habían dispuesto en torno a los jardines, para interceptar a su guardia de seguridad personal. No le quitó la vista de encima a aquel hombre en ningún momento, no hubiera podido aunque quisiera. Su forma de moverse era absolutamente hipnótica y le alteraba el pulso como hacía tiempo que no le ocurría.

—Jack, ¿quién es ese hombre? —preguntó, señalando disimuladamente con la cabeza.

El jefe de seguridad desapareció unos instantes para averiguar de quién se trataba, tiempo que la anfitriona aprovechó para pedir un

cóctel y dar instrucciones precisas sobre la música que debía sonar durante la siguiente media hora.

—Sebastian Fairchild —le susurró su guardia personal al oído.

Una sonrisa perversa se dibujó en sus labios mientras recorría lascivamente una vez más las líneas de aquel rostro magnífico que la había cautivado. «¡Oh! ¡Pues claro! ¡Qué grata sorpresa!», pensó. Por eso le resultaba vagamente familiar. ¡Había cambiado tanto desde la última vez que se vieron! Desde luego, la mejora era sustancial y bastante evidente.

—Disculpe la negligencia, señorita Pearl, le aseguro que no se volverá a repetir —se excusó profusamente Jack, avergonzado—. Ahora mismo me ocuparé de sacarlo de aquí a patadas.

—No —ordenó Christine con decisión—. Dejad que se quede, al menos, de momento; pero vigiladlo, quiero saber qué ha venido a buscar. Y si se pasa de la raya, avísame inmediatamente.

Jack asintió varias veces antes de marcharse y desaparecer. Con un plan en mente, Christine alzó la cabeza para localizar a sus dos mejores amigas entre los invitados. Se aproximó a ellas con paso sereno y una sonrisa preciosa en sus labios, deteniéndose momentáneamente al pasar junto a alguno de los invitados más ilustres y, cuando llegó junto a ellas, se acercó para hablarles en voz baja:

—Chicas, necesito crear un poquitín de expectación, por favor. Hay alguien aquí esta noche que tiene que saber con quién está tratando, así que esmeraos a fondo.

Bárbara y Amanda sonrieron con picardía, gesto que Christine se apresuró a imitar.

—¿Has pedido que cambien la música? —preguntó Bárbara.

—Por supuesto —respondió Christine, en tono sugerente—. Acabo de pedir que nos pongan algo más "movidito", justo lo que necesito para que el caballero en cuestión se fije en nosotras.

—¿Es alguien que conozcamos? —preguntó Amanda.

—No, pero eso está a punto de cambiar.

En aquel momento, empezaron a sonar los primeros compases de la canción *Fuego*, de Eleni Foureira. Las tres mujeres se miraron con intención, entraron a la pista de baile, que había estado ocupada hasta aquel momento por las parejas de mayor edad, e iniciaron una danza que demostraría lo bien compenetradas que estaban, para deleite de los invitados. Todos empezaron a girarse para contemplar al trío de muchachas, que se movía de una forma tan sugerente que era imposible no quedarse mirando embobado…

***

Después de someterse al criterio estético de su querida amiga Olivia, Sebastian sabía que pasaría desapercibido sin ningún tipo de problema. Muy a su pesar, tuvo que reconocer que él no habría sido capaz de lograr por sí solo un resultado final a la altura, para regocijo de la subinspectora. Así que su apabullante *look* no hizo más que aumentar su ya de por sí alta estima, llenándolo de una seguridad que, quizá en otras circunstancias, le habría costado conseguir.

Lleno de decisión, bajó del taxi que lo había llevado hasta la deslumbrante mansión Pearl. Eran las ocho y diez, la hora más conveniente según sus cálculos, pues cualquier invitado de clase alta que se preciase no llegaría puntual a una cita como aquella. Disimuladamente, se mezcló con los invitados que iban llegando y que caminaban hacia la verja que daba paso al jardín principal, charlando animadamente entre sí.

Solo necesitó una ojeada para detectar a una chica que, aunque venía acompañada por un numeroso grupo de amigos, no tenía pareja. Ocultó su ansiosa mirada tras su sonrisa más seductora y se acercó a la joven, pillándola por sorpresa.

—¡Qué suerte hemos tenido! —Sebastian comenzó a caminar a su lado sin mirarla directamente a los ojos.

—¿Y eso por qué? —preguntó la chica, aparentemente encantada con la atención que él le prestaba.

—La primavera se ha asomado esta mañana a su balcón para quitarse las telarañas y nos ha dejado una noche preciosa —soltó pomposamente, haciendo las delicias de la muchacha. Al notar que ella sonreía, Sebastian se giró para mirarla directamente a los ojos, utilizando los suyos como el arma mortífera que sabía que eran—. Soy Sebastian —se limitó a decir, iluminando su mirada con su preciosa sonrisa.

—Yo Marge. —La chica le devolvió la sonrisa, añadiendo un toque travieso a la suya.

—¿Me haría el honor de concederme el primer baile de la noche, bella dama? —continuó Sebastian, manteniendo el aire pomposo en

su forma de hablar—. Es usted la chica más bonita de todas las que van a reunirse aquí esta noche y me encantaría ser su pareja de baile antes de que el resto de los hombres solteros se den cuenta de mi descubrimiento.

La chica se sonrojó intensamente, bajó la mirada y sonrió.

—No puede usted saber cómo son las demás mujeres de la fiesta, Sebastian —murmuró avergonzada.

—¿Sabe qué? Tiene toda la razón. Entremos, así podremos probar mi teoría.

Marge sonrió, encantada con la chispeante conversación. Se agarró del brazo que tan gentilmente aquel apuesto galán le ofrecía y entró con él a la fiesta. Una vez dentro, Sebastian se excusó con ella, alegando que iba a pedir unas copas, y aprovechó para mezclarse entre la multitud.

Saludó a algunas caras conocidas, entre las que se encontraba, como era de esperar, la de *sir* Patrick Clifford, y se abrió paso hasta la barra, la mejor ubicación para observar sin llamar demasiado la atención. Tenía que descubrir la identidad de la anfitriona, así que pidió dos *whiskies* al camarero y, oculto tras el cristal del vaso, empezó a otear el horizonte.

Entonces, la vio.

Era imposible equivocarse. Estaba de perfil, enzarzada en lo que parecía una conversación súper interesante con un grupo de hombres que la miraban con admiración. Sonreía a cada uno de ellos, Sebastian incluso pensó que flirteaba, con el claro fin de metérselos en el bolsillo.

Inmediatamente, su interés en *lady* Christine Pearl pasó al siguiente nivel. Se la veía elegante y resuelta, pero su extraordinaria belleza oscurecía el resto de sus encantos, que a juzgar por lo que Sebastian podía apreciar desde lejos, eran bastantes. Christine era alta, esbelta pero bien formada, debía practicar deportes de contacto, a juzgar por la definición de la musculatura de sus gemelos, que quedaban al descubierto cuando ella se movía.

Porque no dejaba de moverse al son de la música que flotaba como marco perfecto a lo largo de todo el jardín. Aunque ella estaba totalmente enfrascada en la conversación, su cuerpo no podía evitar sumarse al ritmo que marcaban el trombón y el bajo del tema en cuestión.

Sebastian sonrió al darse cuenta de aquel detalle, pero su sonrisa se esfumó cuando, en un giro suave que Christine ejecutó, su muslo quedó al descubierto, provocando que un calor desconocido se iniciase en lo más profundo de su estómago. A Sebastian se le antojó de repente que la piel de aquella zona tan íntima debía ser tersa y suave, como la de un melocotón, y se encontró imaginándose deslizando sus dedos sobre ella sin pudor alguno.

Intimidado por sus propios pensamientos, Sebastian se acercó al grupo que charlaba y reía a escasos metros de donde ella se encontraba, para poder observarla mejor. Sin embargo, la conversación que se estaba desarrollando en aquella pequeña reunión pronto lo obligó a tener que intervenir, instado por los contertulios, impidiéndole recrearse como deseaba en el resto de los detalles de aquel cuerpo magnífico que lo había dejado profundamente afectado.

Acostumbrado a alardear de su verborrea, Sebastian dio una respuesta muy elocuente, hecho que le permitió volver a centrarse en la joven Christine para intentar captar esa esencia única y personal que, aunque el sujeto quisiera ocultar, era evidente a sus ojos. Necesitaba encontrar esos detalles que tanto le habían ayudado a la hora de realizar deducciones en otras ocasiones.

Sin embargo, no le era posible concentrarse. Si desde lejos le había parecido hermosa, de cerca le resultó adorable, y no podía dejar de admirar a aquella fuerza de la naturaleza que se movía de aquella forma tan deliciosa frente a sus ojos.

Alentado por la cercanía y el anonimato, se permitió recorrer su rostro despacio, deteniéndose en sus labios carnosos, en su nariz pequeña y respingona, para terminar en sus preciosos ojos, tan verdes como el jade, que miraban a sus interlocutores como si lo que ellos le contaban fuese lo más importante del mundo. Y por primera vez en su vida, Sebastian sintió celos. Se sintió celoso de no tener la atención de aquella mujer tan especial.

Entonces, se dio cuenta: no estaba extrayendo detalle alguno de aquella minuciosa inspección, estaba disfrutando de ella.

El descubrimiento fue como una fuerte bofetada que lo dejó atónito. Esa sensación que acababa de descubrir era totalmente desconocida para él y lo desconcertaba hasta lo indecible. Desesperado por darle un nombre, intentó equiparar esa nueva sensación con alguna otra parecida que hubiese sentido anteriormente, pero no fue capaz de hallar ninguna.

Su infalible intelecto flaqueaba, y la culpa la tenía aquella diosa impía de ojos verdes.

Abrumado, se obligó a salir de su ensimismamiento, y entonces descubrió que *lady* Pearl era quien lo estaba observando a él. Se sintió avergonzado y desprotegido al saberse descubierto, pero en lugar de comportarse de forma abierta y descarada, como era habitual cuando lo pillaban *in fraganti* perpetrando alguna de sus gamberradas, Sebastian formuló una torpe disculpa a sus compañeros de grupo y se retiró lo más rápidamente que pudo.

Durante su apresurada huida, vio como *lady* Pearl se dirigía a su equipo de seguridad, muy probablemente para darle instrucciones de que lo echasen inmediatamente de allí. Se le acababa el tiempo y no había podido deducir nada, debía esconderse para poder continuar con su misión. No pensaba desperdiciar una oportunidad como aquella después de todo lo que había tenido que hacer para lograr acercarse a su principal sospechosa.

A duras penas, logró escabullirse de los sabuesos de *lady* Pearl escondiéndose dentro de un espeso matorral que quedaba cerca de la gran edificación que era la casa. Desde allí podría colarse dentro en un santiamén y, quizá con un poco de suerte, podría también acceder al despacho de Christine antes de que lo localizaran. Si como sospechaba, aquella era su verdadera residencia, debía haber un ordenador con información sobre la empresa, y por tanto, sobre la maldita BPCP, que estaba a punto de conseguir que lo metieran en la cárcel por allanamiento.

Decidido, empezó a salir de su improvisado escondite, pero volvió a verse interrumpido por una imagen que lo dejó totalmente

anonadado, obligándole a detenerse a contemplar la sugerente escena que se estaba desarrollando en el pequeño escenario que presidía la selecta reunión.

Allí, en el centro del escenario, estaba ella, rodeada por dos mujeres que le hacían de cuerpo de baile.

Y bailó.

Casi se olvidó de respirar. No podía quitarle la vista de encima, hipnotizado por aquella visión solo reservada a los dioses. !Las caderas de aquella mujer echaban fuego! ¡Y le estaba mirando…!

¿A él?

Era evidente. Mientras se movía de aquella forma indescriptible, Christine lo miraba con una intensidad que lo dejó clavado al suelo. Ocasionalmente, ella dirigía miradas cómplice a sus compañeras, pero tras cada contoneo de cadera, Christine volvía a clavar su mirada en él.

Y la escena se volvía cada vez más fascinante.

Y muuuuy erótica.

Sebastian se sentía aturdido, incómodo ante aquella nueva sensación que causaba estragos en su cerebro y que le hacía arder de una forma desconocida. Al notar la rigidez que había tomado posesión de su entrepierna, Sebastian se obligó a dejar de mirarla, profundamente avergonzado de su reacción, y salió disparado hacia la casa mientras hacía lo posible por recomponerse.

Sabía que no dispondría de mucho tiempo, a lo sumo, lo que durase aquella canción; así que, fingiendo que buscaba el aseo de

caballeros, entró con sumo cuidado en la casa y, guiado por su instinto, encontró en unos segundos la puerta de lo que suponía que sería el despacho de *lady* Pearl, rogando que esta estuviese abierta.

Pero no tuvo tanta suerte. Nervioso, miró a un lado y a otro del pasillo para comprobar que seguía solo, sacó una pequeña ganzúa de su cartera y, apoyando una rodilla en el suelo, se afanó en hacer saltar la cerradura del despacho, agradeciendo interiormente que *lady* Pearl solo se hubiese molestado en poner un sencillo cerrojo que no tuvo que romper. Estaba claro que confiaba en la honestidad de sus invitados.

Quizá demasiado.

Se deslizó entre las sombras y accedió con facilidad al ordenador que reposaba sobre el escritorio, incluso aunque estaba protegido con contraseña. Pulsó una serie de comandos y entró al directorio principal, desde donde no le fue difícil encontrar la carpeta que contenía los distintos proyectos que Boosting Chemistry tenía en marcha en aquel momento; sin embargo, ninguno de ellos tenía el nombre de la sustancia.

Ofuscado, Sebastian se esforzó un poco más. Leyó cada uno de los nombres dos veces, pero nada, ninguno que tuviera nada que ver con la BPCP. Volvió al directorio principal para indagar desde un punto de vista más amplio y empezó a valorar otras opciones. *Lady* Pearl era lista y muy avispada, si el proyecto era secreto, era posible que no lo tuviese almacenado junto al resto de proyectos.

Entonces, el nombre de una carpeta llamó poderosamente su atención:

"Marcados".

¡Claro! ¡Por supuesto! ¡Eso era lo que tenían *sir* Patrick y aquellos cuerpos de la morgue! ¡Marcas! ¡Una forma de identificarse frente al resto! ¿Quizá esa marca era una especie de rito que debían pasar los elegidos? ¿O quizá se trataba de una forma especial de identificación? Y si era así, ¿por qué los camellos también la tenían? ¿Y por qué ellos estaban muertos, pero *sir* Patrick no…?

Absurdo. Todo aquel galimatías de preguntas no llevaba a ninguna parte. Tenía que haber algo más…

Inquieto ante la perspectiva de poder confirmar alguna de sus conjeturas, Sebastian hizo doble clic sobre la carpeta, pero su deseo de seguir investigando quedó truncado cuando sintió el frío acero del cañón de un arma apoyado contra su cabeza, acompañado del inconfundible clic que emite un revólver al ser amartillado.

CAPÍTULO 13

Descubierto

Buenas noches, señor Fairchild. —La voz femenina no pertenecía a la persona que encañonaba a Sebastian, provenía de la puerta del despacho, que quedaba a su espalda—. Le doy la bienvenida a mi casa. Es todo un honor recibir al miembro más joven de la familia Fairchild, aunque no recuerdo haberle invitado, la verdad.

—Eso será probablemente porque no lo hizo —respondió Sebastian alzando una ceja, aunque profundamente sorprendido de que la anfitriona conociese su identidad—. *Lady* Christine Pearl, si no me equivoco…

—Había oído hablar de su carácter rebelde, pero no sabía nada de su falta de respeto por las fuerzas de seguridad —apuntó Christine, mordaz.

—Al contrario, *madame*, me causan muchísimo respeto; es más me sentiría mucho más cómodo si le pidiera a su lacayo que dejase de apuntarme a la cabeza, así podría girarme para saludarla como se merece —respondió Sebastian, arrogante.

—Baja el arma, Jack —ordenó Christine en tono autoritario.

—¿Está segura, *lady* Pearl? —preguntó su guardaespaldas, preocupado.

—Estoy segura de que el señor Fairchild no va a atacarme, ¿no es así, señor Fairchild?

—Puede estar tranquila, *milady* —dijo Sebastian, girándose hacia la anfitriona en el momento en que dejó de sentir el arma sobre su cráneo—. Solo estoy aquí por… trabajo.

Sebastian entrecerró los ojos, la única iluminación de la inmensa habitación era la pequeña lámpara de escritorio que él había encendido al entrar y le costaba ver el rostro de Christine; pero no se atrevía a acercarse, no estaba seguro de qué podría hacer Jack si creía que él resultaría una amenaza para su jefa.

—¿Necesita gafas, señor Fairchild? —bromeó Christine, divertida.

—Creo que no tengo el placer de conocerla y me gusta ver bien a la gente con la que hablo —respondió, insolente.

—Creo que ha tenido tiempo suficiente para mirarme mientras estaba en el jardín, de hecho, no me quitaba usted la vista de encima… —Sebastian sintió un repentino calor en las mejillas, otra nueva sensación con la que no estaba familiarizado y que, por tanto, no sabía controlar, y agradeció que la escasez de luz ocultase su rubor—; pero se equivoca. Sí que nos conocemos, pero ha pasado mucho tiempo desde entonces.

Sebastian frunció el ceño, extrañado. Si conociese a aquella imponente criatura, estaba seguro de que lo recordaría. ¿O quizá estaba empezando a afectarle al cerebro aquel torbellino de

reacciones físicas en el que su cuerpo había estado nadando durante la última media hora?

—Creo que es usted la que está equivocada, señorita Pearl. Estoy seguro de que recordaría un hito semejante.

Christine sonrió, contenta al darse cuenta de que tenía la situación bajo control.

—Jack, déjanos solos —volvió a ordenar, esta vez en voz baja y calmada. Jack asintió y, sin hacer ruido, desapareció en la oscuridad. Christine se acercó despacio a Sebastian, lo justo para entrar en la zona iluminada por la lámpara y dejarse ver—. ¿Así está mejor, señor Fairchild?

—Mucho mejor, señorita Pearl —respondió Sebastian, devanándose los sesos para poder ubicarla en su memoria.

—Si no recuerdo mal —continuó ella—, nos conocimos en una reunión parecida a esta. Yo asistí acompañando a mis padres, a quienes su tío Richard había invitado, pero en aquella ocasión no despertó usted mi interés —expuso, enarcando una ceja.

—Supongo que le resulto más llamativo apareciendo sin avisar, señorita —respondió, dándose importancia—. Estoy seguro de que, en aquella ocasión, me dediqué a aburrirme en un rincón, como es habitual cuando acudo a ese tipo de eventos familiares.

—¡Oh, no! —Christine soltó una carcajada de superioridad—. Nada de en un rincón. Estuvo enganchado a su teléfono durante largo rato, soltando inconveniencias cuando sus padres le reprendían. No me llamó usted la atención entonces porque era… demasiado joven. —Si Sebastian estaba ya desconcertado por las

maneras de Christine, aquella afirmación lo dejó totalmente fuera de juego—. Ahora, por lo que veo, ha madurado usted, señor Fairchild, como el buen vino.

Sebastian venció su ofuscación con dificultad y se centró en sus ojos, tratando de recordar aquel encuentro anterior; pero de poco le sirvió el intento. La forma de mirar que tenía aquella mujer le afectaba demasiado y no atinó a encontrar nada sobre ella en su disco duro.

—He madurado un poco, aunque no crea que demasiado —respondió al azar, intentando desembarazarse de aquella incómoda sensación de insignificancia que ella le hacía sentir.

—Dejémonos ya de jueguecitos. ¿Qué está haciendo aquí, señor Fairchild? —El tono de voz de Christine pasó de meloso y sugerente a frío y amenazador en solo un instante.

—El motivo de mi irrupción en su impresionante mansión es que estoy colaborando con la policía en un caso en el que, lamentablemente, puede que esté usted involucrada de alguna manera. Aún no puedo concretar hasta qué punto, pero todo llegará.

—¿Perdón? —Esta vez fue el turno de Christine de quedarse sorprendida.

—Estoy sobre el rastro de una sustancia que, según tengo entendido, se produce en el laboratorio de Boosting Chemistry, su empresa, si mis fuentes no me fallan —dijo con ironía—. Parece que dicha sustancia puede haber estado utilizándose para manipular la toma de decisiones de ciertos miembros influyentes de este país y, tras venir aquí y comprobar a las personas a las que usted y su

familia tienen acceso, estoy cada vez más inclinado a pensar que su empresa está relacionada de alguna manera con esas manipulaciones —soltó con descaro—. Así que he decidido allanar su despacho en busca de alguna pista que me desvelase en qué está trabajando exactamente, *lady* Pearl; pero, aunque he accedido sin dificultad alguna a su ordenador, desgraciadamente me he visto interrumpido antes de poder llegar siquiera a echar un vistazo, razón por la cual estoy bastante molesto, si me permite el atrevimiento —terminó genialmente, dejándola boquiabierta.

—Creo que esto es lo más absurdo que me ha ocurrido en una fiesta —murmuró Christine.

—No cante victoria, la noche acaba de empezar —añadió Sebastian con una mueca sarcástica.

—¿Así que piensa usted que yo estoy "drogando" de alguna forma a mis amigos para influir en sus decisiones? ¡Qué ocurrente, señor Fairchild! —Christine empezó a avanzar hacia él para mirarlo aún más de cerca, desafiándole—. Si lo que deseaba era investigar mi trabajo, solo tenía que solicitarlo, así se habría ahorrado tantas molestias.

—Claro, seguro que me abriría las puertas de su oficina de par en par si se lo pidiera —bufó Sebastian con una media sonrisa.

—Podría haberlo intentado, no tenía nada que perder —lo cortó limpiamente—. Y para demostrarlo, si le parece, puedo invitarle formalmente a mi casa, lugar desde donde normalmente dirijo mi empresa y donde tengo toda la documentación que pueda precisar para… "echar un vistazo" —zanjó Christine, parafraseándolo.

—Que yo sepa, ya estamos en su casa, *lady* Pearl.

—No en esta casa, en mi hogar —apuntó Christine—. Esta mansión es la tarjeta de presentación de la familia, la que empleamos para determinados asuntos, como por ejemplo, agasajar a nuestros amigos; pero no es aquí donde resido habitualmente.

Sebastian se quedó mirándola fijamente, feliz al confirmar sus sospechas y disfrutando de la chispeante conversación al mismo tiempo.

—Me parece bien —respondió con una media sonrisa—. ¿Y a cambio de qué recibo esta cordial invitación? Porque no me creerá tan tonto como para pensar que su ofrecimiento es meramente altruista, *lady* Pearl. Mucho más, no siendo yo un miembro de la policía ni teniendo poder alguno sobre el caso.

—Está claro que creció usted rodeado de disciplina —comentó Christine con ironía. Sebastian entrecerró los ojos y sonrió.

—Es la experiencia lo que me hace pensar que nada se regala, *lady* Pearl. ¿Puedo llamarla Christine? Este trato cortés pasivo-agresivo resulta de lo más agotador —soltó con desdén.

—Mmmm… Así que un *quid pro quo* es lo que usted propone… Bien. Le permitiré que me llame por mi nombre de pila si acepta mi oferta. —El tono de su voz cambió de nuevo. Ahora Christine sonaba intrigada y desafiante.

—¿Y en qué consiste su oferta?

—Le ofrezco ese *quid pro quo* por el que clama su cerebro, los términos del cual descubrirá solo si accede a participar… Sebastian.

—Sebastian sonrió travieso y ella lo imitó al punto—. Un intercambio justo en el que usted podrá obtener lo que necesita… y yo lo que deseo.

Sebastian movió la cabeza exagerando su expresión más sorprendida, divertido ante las insinuaciones que escondía aquella última afirmación. En aquel momento le quedó claro que estaba jugando en primera división, Christine Pearl era una digna adversaria que hacía honor a su fama de mujer inteligente y poderosa.

—Está bien, juguemos —respondió Sebastian.

—Bien. Enviaré a mi chofer el martes para que te recoja.

—Puedo ir en taxi, no necesito que…

—Mis reglas, Sebastian; si no, no hay partida.

Sebastian respiró hondo y se dispuso a acatar órdenes como el pobre Jack.

—Supongo que no deseas que conozca la ubicación de tu… "hogar".

—Así es. De hecho, tendré que pedirte que te sometas a un requerimiento extra: tendrás que entregar tu móvil antes de subir al coche —Sebastian frunció el ceño y abrió la boca para protestar, pero ella continuó de inmediato—, no te preocupes, te lo devolveremos en cuanto llegues a mi casa; y aunque puede que te resulte demasiado excéntrico, deberás permitir también que mi chofer te vende los ojos hasta que finalice el trayecto. Valoro mucho mi privacidad, como creo que comprenderás. —Sebastian asintió despacio, sopesando sus posibilidades.

—¿Quieres mi número de teléfono? —preguntó, con su voz cargada de intención.

—¿Para qué?

—No sé, para concretar la hora, o por si finalmente decides cambiar de opinión, cosa que no me extrañaría en absoluto, debo decir —explicó, socarrón.

—Gracias, pero no será necesario. Creo que seré capaz de encontrar tu contacto por mí misma—escupió Christine, molesta—. Y ahora que hemos llegado a un acuerdo, te ruego que abandones mi fiesta.

Sebastian no estaba dispuesto a rendirse ni aunque lo hubiesen pillado con las manos en la masa. Aún no había obtenido lo que había ido a buscar, y además aquella mujer pedía a gritos que alguien la pusiese en su sitio; así que decidió lanzar un órdago a la desesperada.

—No suelo aceptar "invitaciones" de este tipo, no me fío de nadie al que no conozca desde hace tiempo, mucho menos, si me obliga a vendarme los ojos para llevarme a quién sabe dónde y me obliga a ceder mi único medio de comunicación; así que, antes de tomar una decisión, debo comprobar si puedo fiarme de ti, Christine.

—Dijo el hombre que acaba de saltarse mi seguridad a la torera para forzar la puerta de mi estudio y mi ordenador personal —respondió Christine como un látigo. Sebastian sonrió de nuevo.

—Me disculpo humildemente —dijo con una exagerada reverencia —, no volverá a ocurrir. Me marcharé en el momento en que esté seguro de que no has inventado toda esa historia de tu casa para

deshacerte de mí, y para ello necesito que me concedas un baile antes de abandonar tu exuberante reunión.

—¿Un baile? —preguntó sorprendida—. ¿Cómo vas a asegurarte de mis intenciones con un baile?

—¡Oh! Es solo un baile, por supuesto; pero para mí es mucho más. Permíteme solo esta licencia y prometo que desapareceré con la misma presteza que Jack y sin oponer resistencia alguna. Además, creo que ambos sabemos que estoy en desventaja, después de demostrar tu destreza en el apasionante mundo del contoneo de cadera delante de todos tus invitados.

—¿Es que tú no bailas, Sebastian? —preguntó Christine, volviendo a utilizar su tono más meloso.

—Oh, sí, pero no esa clase de baile. Me gustaría comprobar si eres capaz de seguirme… en un tango.

Christine sonrió ampliamente, encantada con la sugerencia, excitada de repente al pensar en las implicaciones de esa danza en particular. Podría abrazarlo, pegarse a su cuerpo sin disimulo alguno, incluso podría dejarse atontar por su perfume que, incluso a la distancia a la que se encontraba en aquel momento, la atraía sin remedio hacia su portador.

—Acepto, Sebastian. Pediré que pongan un tango solo para nosotros.

—De ninguna manera —la interrumpió—. Seré yo quien elija la música, si no tienes inconveniente.

Sebastian estiró su brazo, mostrando el camino hacia la salida para que ella fuese delante. La acompañó hasta el centro del jardín sin alejarse demasiado de ella, disfrutando de la anticipación de lo que iba a ocurrir y de la cercanía de su cuerpo. La dejó en el centro de la pista, dedicándole una mirada llena de intención al separarse de ella, se acercó a la orquesta, les pidió lo que quería y volvió junto a ella con paso decidido.

Estaba convencido de que, observando su comportamiento en un baile tan personal, podría averiguar qué clase de mujer era, si estaba involucrada en la trama de narcotráfico o si solo era una empresaria que dejaba todo en manos de sus personas de confianza. Lo había logrado siempre, fuera cual fuera el objetivo. Lo único con lo que no contaba en aquella ocasión era con la ventaja de conocer todos los escenarios posibles que podrían plantearse durante el saludable ejercicio, debido a la falta total de datos sobre su oponente; pero decidió correr el riesgo.

Cuando empezaron a sonar los primeros acordes de *Por una cabeza*, los asistentes se retiraron de la pista al comprobar que la anfitriona iba a bailar un tango. Sebastian se acercó a Christine, la agarró por la cintura y la apretó posesivamente contra sí, clavando su mirada en la de ella.

Christine se sobresaltó, de repente la cercanía de aquel hombre le resultó tremendamente turbadora. Se quedó prendida de su mirada, fría y analítica, dejó que su aroma penetrase su nariz y casi cerró los ojos al hacerlo, disfrutando intensamente. Guiada por sus sentidos, empezó a moverse, acompasándose con las caderas de su pareja de baile.

Sebastian no le iba a la zaga. Sorprendido de nuevo al comprobar lo que el cuerpo de aquella mujer despertaba en el suyo, se dejó llevar. Imágenes de seducción y de satisfacción colmada se sucedían en su imaginación, protagonizadas por aquella figura que se movía con él, que lo miraba seductora, pero también dulcemente, sumiéndole en un desconcierto absoluto.

A medida que el apasionado baile avanzaba, Sebastian hacía intentos desesperados por tomar las riendas de su cabeza, recordándose que debía "leer" en Christine, no disfrutar de ella; pero, impotente por completo, fue sumergiéndose en la sensualidad que emanaba del ritmo que él mismo había sugerido, presa de su propia trampa.

Sincronizados como un reloj, despertaron la admiración del público, que los observaba expectante, disfrutando de aquel vigoroso espectáculo. Se bebían con los ojos, sus alientos, agitados por el brío de los movimientos de sus cuerpos embriagaban los sentidos del otro, haciendo casi imposible que no se acercasen sus labios para fundirse en un beso ardiente y furioso…

Cuando el tango terminó, Sebastian tenía a Christine reclinada hacia atrás sobre su brazo, sus labios a escasos cinco centímetros de los de ella. Se sentía tremendamente excitado y superado por la situación. La enderezó despacio, manteniendo su mirada casi sin pestañear mientras ambos recuperaban el aliento, escuchando el caluroso aplauso de los invitados, que habían quedado encantados por la demostración.

Sebastian recuperó la cordura al escuchar la ovación, esbozó una sonrisa traviesa y volvió a hacer una reverencia para ocultar aquellos

extraños sentimientos que habían tomado posesión de su persona. Abrumado, tomó la mano de Christine con la suya para besarla con devoción, sin dejar de mirarla a los ojos, volvió a erguirse en toda su estatura, en un titánico esfuerzo por volver a recuperar la compostura y, acercándose a su oído, le susurró:

—Nos vemos el martes, estaré esperando ansioso; pero no me subestimes: si eres culpable, acabaré llevándote a la cárcel yo mismo.

Con una sonrisa enigmática, Sebastian se separó de ella y, como había prometido, desapareció entre la multitud. Christine no dejó de mirarlo hasta que salió de su campo de visión y, por primera vez, se arrepintió de haber expulsado a un intruso de su casa.

Aquel hombre la había hecho sentir indefensa y poderosa al mismo tiempo, la había hecho estremecer al sentir el roce de sus largos dedos sobre la piel de su espalda y había creado expectativas en su mente, expectativas que solo podría cumplir en la intimidad de una habitación. Estaba furiosa, excitada, y también loca por que acabase aquella noche y llegase el martes lo antes posible.

Tenía que idear un plan, uno muy elaborado que terminase con Sebastian enredado en las sábanas de su cama.

CAPÍTULO 14

Resaca

—¿Un tango? ¿Cómo que bailaste un tango con ella?

Olivia lo miraba crispada, no daba crédito a la estupidez de su compañero. Meredith, sentada a su lado con su bebé en brazos, no dejaba de reír con ganas.

—¡Qué quieres que te diga! ¡No se me ocurrió otra manera mejor de poder acercarme a ella, después de la extraña e incómoda conversación que acabábamos de mantener en el despacho! —exclamó Sebastian con el ceño fruncido.

—¡Se suponía que ibas a investigar, Sebastian! ¡No a ligar con la anfitriona!

—¡Yo no estuve ligando con nadie! ¡En todo caso fue ella la que tonteó conmigo!

—Desde luego, tonteó —comentó Meredith, muerta de risa—. Ya te digo yo que si una mujer se pone a bailar en plan *sexy* con sus amigas, y te mira a los ojos, es que te está buscando, Sebastian.

—¡No te rías! ¡No tiene gracia! —Olivia se giró para reprender a Meredith, pero ella, al ver su expresión de enfado, aún se reía más.

—No sé por qué te enfadas —dijo Meredith—. Mira la carita que se le ha quedado al pobre Sebastian…

Efectivamente, Sebastian estaba confundido, contrariado. Sentía de repente que había sido el conejillo de indias de *lady* Pearl, en lugar del apuesto y arrogante caballero que había conseguido desestabilizarla.

—Así que jugó conmigo…

—Bueno, no veo que jugar sea nada malo. De hecho, y pensándolo mejor, ahora tienes un poco de ventaja en esta situación. Si le atraes, es probable que esté dispuesta a bajar sus defensas si… Bueno, tú ya me entiendes —explicó Meredith, ante la atenta mirada de Sebastian.

—¡Oh! Quieres decir… —Sebastian se sonrojó un poco al comprender a qué se refería.

—Si te la llevas a la cama, puede que tengas más libertad para merodear por la casa y obtener pistas —dijo Meredith.

—Aunque lograse dejarla tan agotada como para quedarse dormida —discrepó Olivia—, dudo que *lady* Pearl permitiera que Sebastian acceda a sus archivos, mucho menos, ahora que sabe que la está investigando. ¡Es que no entiendo por qué se te ocurrió descubrir tus cartas tan a la ligera! —lo reprendió—. ¿Tan atontado te dejó con su vestidazo de marca?

—Olivia, esos son mis métodos, y siempre funcionan —respondió enfadado.

—Pues con ella, no —respondió Olivia.

—Dime algo que no sepa —escupió Sebastian, moviéndose nervioso en su asiento.

Ambos se quedaron en silencio, cada uno de ellos mirando en una dirección distinta, ante la asombrada mirada de Meredith.

—Pero bueno, ¿queréis dejar de hablar sobre lo mal que fue todo anoche y centraros en lo que Sebastian ha conseguido? —exclamó Meredith—. ¿Es que no lo veis? ¡Tiene una oportunidad maravillosa de confraternizar con el enemigo y vosotros solo os centráis en nimiedades! —Sebastian y Olivia la miraron, asombrados ante su arranque, y se quedaron en silencio, dispuestos a que continuara—. El martes vas a su casa, cenas con ella, la seduces y…

Sebastian frunció el ceño y bajó la cabeza. Meredith lo miraba sin entender nada y, al ver su gesto abatido, miró a Olivia con un interrogante en su expresión. Olivia le devolvió la mirada y negó con la cabeza.

—Sebastian no es de esos —se limitó a responder.

—¿De esos? ¿De esos que se acuestan con cualquiera? ¿O… de esos que se acuestan con chicas? —preguntó Meredith, confundida. Olivia miró a Sebastian buscando su complicidad, sin saber cómo responder a su pareja. Él levantó su mirada y se apresuró a aclarar el asunto.

—Yo nunca he seducido a nadie, no tengo experiencia en el terreno, y no, no soy de esos que se acuestan con cualquiera, básicamente porque no me acuesto con nadie —añadió, bajando su mirada—. ¡Y sí! Si tuviera que elegir, sería con una mujer con quien probaría.

—¡Oh! ¿Y ese cambio? —exclamó Olivia, mirándolo anonadada.

—A raíz de nuestra última conversación sobre el tema, he estado dándole vueltas al asunto y…

—¡Te ha gustado! ¡*Lady* Pearl te ha hecho tilín! —Olivia gritó más que habló al mencionarlo, logrando que Sebastian enrojeciese aún más y que Meredith se echase a reír como una descosida.

—Entonces…, ja, ja, ja… aún será más sencillo —decía Meredith, intentando hablar sin ahogarse—, aunque, a juzgar por lo que me habéis contado, esa mujer no debe ser fácil de complacer…

—De hecho, no podrías haber elegido ejemplar más magnífico… ni más difícil —añadió Olivia, uniéndose a Meredith en la burla sobre su compañero.

—¡Callaos ya! —exclamó Sebastian, avergonzado—. No voy a… En serio, ¿queréis parar? —se interrumpió, al ver que ambas mujeres no dejaban de reírse a su costa—. Me pareció interesante, solo es eso. Sabes que yo no soy de los que se deja llevar por ese tipo de cosas, así que dejad ya el tema. Iré a la cena e intentaré emborracharla o algo por el estilo. Lograré acceder a la información que necesito, cueste lo que cueste.

—Lo que no entiendo es por qué accedió *lady* Pearl a compartir sus secretos contigo —dijo Olivia, redirigiendo la conversación—. Si está involucrada, no creo que vaya a contarte nada; o sea, que lo que ella quiere, mucho me temo, es llevarte a la cama, Sebastian.

—Ella puede querer lo que le parezca, eso no significa que yo vaya a complacerla —respondió muy serio.

—No, complacerla me temo que no vas a poder… —Meredith soltó el comentario en voz baja, suscitando de nuevo la risa entre las chicas con sus alusiones. Sebastian se enfurruñó aún más y se levantó del sofá para ir a la cocina. Necesitaba alejarse de aquellas dos mujeres que se empeñaban en mofarse de él, y aclarar las ideas.

Entonces, sonó su teléfono.

—Sebastian —respondió, al aceptar la llamada.

—He conseguido información. —La voz de Cillian lo sorprendió, no esperaba que lo llamase a él directamente. Volvió al salón, silenció la llamada un instante y le preguntó a Olivia si ella le había dado su número; al obtener su confirmación, Sebastian pulsó el botón de altavoz en su móvil—. Cillian, Olivia está aquí conmigo. Puedes hablar.

—Hemos interrogado a los líderes de la red que se ocupa de la distribución del compuesto —empezó Cillian—. Como dijiste, los cadáveres de mi redada compartían distribuidor con los de la semana anterior. No nos costó mucho dar con la organización, es una de las más activas del centro de Londres; pero no hemos podido establecer la fuente del suministro.

Sebastian levanto su comisura izquierda en una media sonrisa, convencido de que él sí que podría establecerla en breve.

—¿No habéis intentado presionarlos un poquito? —preguntó Olivia —. Ya sabes, familiares y demás.

—La cuestión es compleja. Ninguno de ellos ha tenido contacto directo con el productor. Todos coinciden en que la sustancia ha

llegado a sus manos, pero no son capaces de recordar cómo, ni en qué momento. Es como si hubiesen olvidado ese detalle en particular; sin embargo, las instrucciones para su distribución las pueden citar de forma muy precisa, diría que casi de memoria, y no son sencillas, precisamente.

—Los inoculan con la propia sustancia en el momento en que se la suministran —murmuró Sebastian, atando cabos—. Así, los distribuidores se aseguran de que no se verán comprometidos y de que conseguirán la difusión del compuesto en el grupo elegido.

—Probablemente, esos cuatro hombres recordaron algo de repente, o puede que el químico no surtiese el efecto deseado —añadió Olivia, pensativa—; por eso los liquidaron.

—Están haciendo pruebas… —Sebastian, que estaba mirando a Olivia, asintió con la cabeza, levantó su mirada y la centró en un punto de la pared mientras hilaba la trama en su cabeza.

—Siento no haber podido ser de más ayuda —se excusó Cillian—. De todas formas, continuaré investigando.

—Has sido de una ayuda inestimable —dijo Sebastian en voz alta, lleno de decisión—. Mantenme informado de tus avances.

—Descuida, Sebastian —respondió Cillian—. Y gracias por vuestro interés. Aquí en el departamento todo es un puto caos.

Cuando colgó el teléfono, el cerebro de Sebastian era un hervidero. Había algo más, algo que se le escapaba. Necesitaba hablar en voz alta para obtener la fotografía completa.

—Sentaos —ordenó a ambas mujeres. Meredith, que ya estaba sentada, cogió a su hija en brazos y Olivia se sentó junto a ellas, mirando a Sebastian con atención.

—Ahora es cuando se obra la magia —le susurró Olivia a Meredith. Esta asintió y puso toda su atención en Sebastian, deseando escucharle hacer deducciones. Olivia le había hablado muchas veces sobre su extraordinaria destreza, por eso Meredith se sentía celosa al principio; pero tal y como Sebastian empezó, comprendió la enorme admiración de su pareja por aquel hombre.

—Como sospechaba, el compuesto no está finalizado, de ahí los errores y las consecuentes muertes. Las pruebas en el laboratorio puede que ya no den más de sí, así que han… "ampliado sus horizontes"; pero claro, no habrá voluntarios para eso, así que se están tomando la libertad de probarlo en personas que, como ya dijimos, tienen tendencia a la adicción y son de escasa importancia en la sociedad.

—Excepto en el caso de *sir* Patrick —apuntó Olivia.

—Exacto —corroboró Sebastian.

—Pero dijisteis que la distribuían en clubes pijos y en discotecas —añadió Meredith.

—No, ahí nos equivocamos. Supusimos, por lo que nos dijo Miles, que se distribuían a los clientes de esos círculos, basándonos en que *sir* Patrick era uno de ellos; pero ahora veo que lo dimos por sentado. Miles dijo: "en grupos cerrados a los que ni él mismo tenía acceso"; bien, a la luz de la información que vamos obteniendo, me da la impresión de que son grupos controlados, pero no tienen por

qué ser de la alta sociedad. Es más, creo que *sir* Patrick es el único que pertenece a esa categoría.

—Eso fue un error —dijo Olivia—. Es de primero de Crimonología: no te bases en suposiciones, solo en hechos.

—Bueno, es nuestro primer caso juntos, querida. Creo que es normal que cometamos errores —dijo Sebastian—. La cuestión es que, al ser grupos controlados, proveen de información directa al distribuidor. Y si mueren, al ser camellos y drogadictos, los casos se cierran sin incriminar a nadie más. Es lógico que un drogadicto muera de una sobredosis, o que un camello se vea involucrado en una pelea nocturna con un final fatídico.

—Scotland Yard no perderá el tiempo investigando esas muertes —corroboró Olivia—, y a los interesados no les supone ningún problema, porque siguen obteniendo información, incluso aunque los sujetos de control mueran.

—Es brillante —murmuró Sebastian, con su mirada clavada en la mesa de centro—. Pero hay algo más, algo que me ha venido a la cabeza al escuchar lo que ha dicho Cillian.

—¿Te refieres a lo de que no recuerden quién les suministró el compuesto? —dijo Olivia.

—Precisamente. Me ha sonado muy extraño eso de que casi parecía que recordaban las instrucciones de cómo administrar la droga de memoria, ¿y sin embargo ninguno tiene ni la más remota idea de dónde proviene? Me parece que esa sustancia no solo borra los recuerdos, creo que, de alguna manera, permite manipular al sujeto en cuestión.

—¿Manipularlo? ¿Quieres decir que podría modificarse su comportamiento de alguna forma? —preguntó Olivia. Sebastian asintió, mirándola a los ojos muy serio, mientras Meredith los miraba a ambos asombrada, como si estuviese presenciando un partido de tenis intelectual.

—Si es así, sería la prueba definitiva de que *sir* Patrick fue inducido a cambiar de opinión. ¡Tendríamos el caso resuelto, Olivia! —exclamó Sebastian, excitado.

—Bueno, eso solo en teoría. Aún quedarían bastantes flecos, Sebastian, como por ejemplo, obtener pruebas —soltó Olivia, condescendiente.

—Sí, sí, claro. Y no solo eso. Tendríamos que conseguir una confesión de *lady* Pearl, explicando por qué ha permitido que la droga haya salido de la planta química si aún está en fase experimental. Y por qué diablos ha tomado a *sir* Patrick como conejillo de indias.

—Eeeeh, eso no lo sabemos seguro, Sebastian. Estás presuponiendo de nuevo.

Sebastian clavó sus iris verdes sobre Olivia, fríos como el hielo.

—Esa mujer está involucrada, estoy seguro. Si no, ¿por qué tendría una carpeta en su ordenador personal que se llama "Marcados"? ¿Eh?

Olivia se quedó mirándolo unos instantes, y después negó con la cabeza.

—Insisto, estás presuponiendo, probablemente porque esa mujer te ha afectado más de lo que crees.

La mera idea de que Olivia tuviera razón soliviantó su ego. Sebastian frunció el ceño y negó enérgicamente con la cabeza.

—Tengo razón, y voy a demostrarlo. Voy a ir a esa cena y volveré con las pruebas que necesito.

CAPÍTULO 15

La otra casa

Sebastian se pasó todo el día nervioso. Estaba dispuesto a conseguir su objetivo aquella noche fuera como fuese, pero también era consciente de sus limitaciones con respecto a Christine. Si ella, como había dicho Meredith, se proponía seducirle, quizá podría sacar tajada de la situación; pero después de cómo se sintió cuando la vio por primera vez, después de descubrir cómo su cuerpo respondía a aquel estímulo tan desconocido como excitante para él, sabía que no las tenía todas consigo.

Se arregló a conciencia, listo para deslumbrarla tanto con su intelecto como con su atractivo personal. Eligió un traje casual, no quería que pareciese que le daba más importancia de la necesaria a aquel encuentro, pero dedicó especial cuidado a su aseo personal, así como a su pelo, el cual roció con un producto activador de rizos para después alborotarlo descuidadamente. Sabía que eso gustaba a las chicas porque todas las que se le habían insinuado lo habían comentado.

O directamente, habían intentado acariciarlo.

Cuando se dio el aprobado, tras mirarse treinta veces en el amplio y alargado espejo de su dormitorio, Sebastian se sentó en el salón a esperar, aunque aún quedaban más de dos horas para que el coche de Christine llegase. "Mi chofer le recogerá a las cuatro en punto, señor Fairchild", rezaba el mensaje que había recibido en su correo electrónico, y que le solicitaba que le facilitase una dirección como punto de encuentro. Sorprendido ante la destreza de Christine para localizarle, Sebastian le indicó la dirección de su casa, no tenía interés alguno en poner las cosas más difíciles.

Mientras esperaba, su cabeza no dejaba de darle vueltas a lo que había sentido al bailar con ella. No se reconocía a sí mismo. Él, que siempre había sido un hombre cerebral y analítico, siempre con las riendas de la situación en sus manos, se había visto desbordado por los acontecimientos de una forma vergonzosa. Aquella visita, que pretendía ser solo una excusa para avanzar en la investigación, se había convertido en la fuente de algo nuevo, algo desconocido y ajeno a su forma de ser que, sin embargo, resultaba muy intenso e incitante.

Algo tan intenso e incitante que le estaba llevando a perder el control.

No había podido dejar de pensar en ella en ningún momento desde que abandonó la mansión de Camden. Aquella noche, de vuelta en su apartamento, intentó dormir, pero le fue totalmente imposible; por eso se presentó en casa de Olivia tan temprano, encontrándose con la preciosa estampa familiar que empezaba a conformarse en la vida de su amiga. Sebastian sonrió al recordar cuan dulce le resultó verla junto a Meredith y su hija, un bebé

adorable, sin duda, porque se quedó en silencio mirándolo fijamente mientras él no paraba de hablar y hablar.

Pero incluso entonces, la imagen de Christine no abandonaba su cabeza. Aquel muslo largo y fuerte que se asomó momentáneamente a través de la abertura de su vestido; sus enormes ojos verdes que lo miraban con interés, incluso con deseo; las doradas ondas de su cabello mecidas por el vigoroso baile que ejecutó a la perfección con las chicas o rozando sus dedos más tarde, mientras la sujetaba por la cintura para guiarla en el tango que bailaron juntos…

De repente, Sebastian tuvo una revelación: esas sensaciones no le eran ajenas, solo habían estado dormidas en lo más profundo de su ser hasta aquella noche. Nadie había conseguido despertar ese ansia que los demás relacionan con el deseo sexual, pero que, para él, eran fruto de la admiración por otra persona, del deseo de llamar su atención. Desde que la vio, solo quiso que ella se fijase en él, que solo tuviera ojos para él, y supo que ya no querría compartir esa ardiente mirada que lo acariciaba despacio con nadie.

Aunque no podía negar que aquel cuerpo lleno de curvas también lo encendía de una forma absurda y visceral.

Dedicó unos minutos a decidir cómo tomarse aquella novedad, y finalmente llegó a la dolorosa conclusión de que debía aceptar que las chicas tenían razón: la deseaba. Deseaba tocarla, besarla, contemplarla durante horas, y puede que también deseara hacerle el amor apasionadamente. Si no reconocía esa debilidad recién descubierta, jamás podría avanzar en la investigación, así que, en

lugar de negarla y enviarla a un rincón olvidado de su mente, Sebastian decidió dejarle paso y prepararse para ella.

Y ese desafío le llevó casi el resto de su tiempo a solas.

Cinco minutos antes de que dieran la cuatro, bajó las escaleras del edificio donde vivía, despacio, sin apresurarse ni un poco. Había logrado conciliar su cuerpo con su mente y volvía a sentirse seguro de sí mismo, así que estaba decidido.

Iba a encontrarse con el diablo, pero este no iba a cogerlo por sorpresa.

***

—Buenas tardes, señor Fairchild. Siento incomodarle, pero mi jefa me obliga a pedirle que me entregue su teléfono móvil y a vendarle los ojos, así que, si no es mucha molestia…

—En absoluto —respondió Sebastian, diligente—. Es más, insisto.

Una vez dentro del fabuloso Jaguar, Sebastian se acomodó, dispuesto a pasar un buen rato con los ojos vendados. Al principio, el chofer tomó las avenidas principales para salir del centro, en dirección al norte de Londres; pero, tras poco más de quince minutos, Sebastian se dio cuenta de que el conductor tomaba direcciones sin sentido, llegando a desandar el camino en ocasiones con la clara intención de despistarlo. Profundo conocedor de su ciudad, a la que adoraba, Sebastian sonrió para sí. Si esa era la mejor estrategia que se le había ocurrido a Christine para aventajarle, probablemente conseguiría mucho más de ella de lo que esperaba aquella tarde.

Casi una hora después, el coche se detuvo. Sebastian salió resuelto del mismo, se quitó el pañuelo de los ojos y lo intercambió con el chófer por su dispositivo móvil con una sonrisa.

—La señorita Pearl le espera en el jardín trasero —dijo el conductor, mostrándole el camino hacia la entrada a la finca—. Siga el camino de baldosas hasta la puerta principal, allí le indicará el servicio.

Sebastian se giró al escuchar cómo la puerta metálica, que ocultaba celosamente el interior de lo que desde fuera le pareció una finca inmensa, se abría lentamente. Una vez que pudo vislumbrar la gran mansión que ocupaba el centro de la parcela, se olvidó de comprobar si su móvil estaba en perfecto estado, o si siquiera era el suyo, tal fue su asombro.

Cruzó boquiabierto la verja de acceso a los jardines y se encontró frente a una suntuosa mansión victoriana, imponente y hermosa como su dueña. Había sido renovada recientemente, pero el proyecto aún lucía inacabado, a juzgar por las diferentes tonalidades de los ladrillos y de algunas asimetrías en las cubiertas de las ventanas. Se quedó parado al llegar a la puerta, disfrutando de la maravillosa arquitectura, hasta que una joven del servicio se acercó para darle la bienvenida y acompañarlo hasta el jardín trasero, donde se encontraba la piscina, y donde también le esperaba Christine, sentada a una pequeña mesa con una taza de té entre sus manos.

Y tal y como se fijó en ella, su corazón empezó a latir más rápido.

—Buenas tardes, señor Fairchild —lo saludó Christine con una sonrisa preciosa en sus labios—. Le agradezco enormemente su puntualidad. ¿Me acompaña?

—Será un placer. —Sebastian no pudo evitar darse cuenta de que Christine había vuelto a llamarle "señor", supuso que porque quería establecer cierta distancia con él de nuevo. Se acercó a la mesa y tomó asiento en la silla que habían dispuesto frente a ella, teniendo especial cuidado en utilizar la tercera persona también al hablarle—. Tiene usted una casa preciosa, y se ha reformado con muy buen gusto, respetando la arquitectura original. ¿Se ha ocupado usted misma del diseño?

—En gran parte, sí —respondió halagada—, pero mi trabajo no me ha permitido supervisar tanto como deseaba, lamentablemente. Aún así, estoy orgullosa del resultado, aunque aún quedan algunos retoques.

—La casa dice mucho de usted, así como los jardines y el terreno. Está claro que valora mucho su privacidad —apuntó, señalando a los altísimos árboles que crecían alrededor de la finca y que privaban de la vista del interior al transeúnte casual, y del exterior al propietario de la misma.

—No en vano le pedí que accediera a mi "pequeña excentricidad" de traerle con los ojos vendados. Veo que ya ha recuperado su teléfono… —comentó Christine, señalando el móvil que Sebastian aún tenía entre las manos.

—Así es. Aunque no llego a comprender la razón de privarme de mi móvil —comentó, desbloqueando la pantalla por primera vez—.

De todas formas, puedo averiguar dónde estamos a través de mi GPS… —Sebastian enmudeció de repente, al darse cuenta de que no tenía cobertura alguna. Ceñudo, clavó su inquisitiva mirada en Christine, y se encontró con una sonrisa de autosuficiencia en sus labios.

—Inhibidores de señal —aclaró ella, provocando el asombro en el detective en ciernes—. Disculpe que me tome ciertas licencias, pero he recibido más amenazas de las que me gusta reconocer. Quizá, ahora que usted colabora con la policía, podría ser de gran ayuda para diseñar los sistemas de seguridad de la casa —terminó, alzando una ceja provocativa.

—Creo que su equipo de seguridad está mucho más cualificado que Scotland Yard —afirmó Sebastian alzando ambas cejas, estupefacto.

Christine sonrió y se reclinó sobre el respaldo de su silla, tomó un sorbo de su taza de té y se quedó mirándolo a los ojos fijamente. Sebastian la imitó enseguida intentando concentrarse, midiendo a su rival con su mirada.

—Espero que su estancia aquí sea tan placentera como lo es para mí —dijo Christine, sorprendiéndolo de nuevo.

—¿Estancia?

—He dispuesto una habitación para usted, señor Fairchild, para que pueda descansar si lo necesita, pero sobre todo, para que pueda cambiarse de ropa para la cena.

—¿Perdón? ¿Ha dicho cambiarme de ropa? —Sebastian empezó a sentirse extraño de nuevo. Todos sus esfuerzos por mantenerse

lúcido eran fútiles cada vez que aquella mujer intervenía, sorprendiéndolo con una idea más ingeniosa y descabellada que la anterior.

—Exacto —sonrió Christine—. Verá, no he querido comentarle nada porque no me parecía oportuno hacerlo por correo, pero yo jamás acudo a una cena de negocios sin la etiqueta apropiada, y no consiento que mis invitados vistan de manera informal; por eso me he tomado otra licencia, otra "pequeña excentricidad", si me lo permite. He encargado un *smoking* para usted, que encontrará debidamente colgado en el armario de su habitación. Espero no haberme equivocado con la talla, aunque, sinceramente, lo dudo mucho —terminó, paseando lascivamente su mirada por los hombros de Sebastian.

—Podría haberme avisado de sus normas antes de venir y le habría ahorrado la molestia. Tengo un *smoking* en casa, aunque usted no lo crea —respondió Sebastian, firmemente decidido a no mostrar su confusión frente a aquella mujer.

—¡Oh! No lo dudo, conozco el protocolo de su familia; aún así, he preferido no hacerlo —añadió ella, con una media sonrisa descarada.

Sebastian alzó las cejas como única respuesta y volvió a tomar un sorbo de su té para ocultar su incomodidad; pero tan pronto como tragó el dulce líquido, se recompuso, aceptó una vez más que estaba frente a una más que digna adversaria y empezó a trabajar.

—Y bien, ¿qué hago aquí exactamente?

—Le he hecho venir hasta aquí para que se sienta libre de preguntar lo que necesite para llevar a cabo su investigación, incluso

para acceder a mi ordenador personal, si es necesario —respondió Christine con retintín—. Supuse que se sentiría más a sus anchas aquí, donde Jack no está merodeando para encañonarle con un arma.

—Estoy seguro de que habrá muchos "Jacks" en esta casa. —Sebastian tomó otro sorbo de su taza de té, mirándola fijamente.

—Alguno que otro, pero quedan bastante más alejados de nosotros —se apresuró a aclarar Christine, con un toque sugerente en su voz.

—Si es cierto que me va a permitir total libertad para investigar, no debería llevarme mucho tiempo, sobre todo si me dice usted por qué punto de esta enorme mansión debería empezar. Es más, sería aún más rápido si se limitase a contestar mis preguntas con la verdad, así podría marcharme cordialmente por donde he venido y nos ahorraríamos la incomodidad de tener que fingir que estamos encantados de estar aquí, perdiendo el tiempo. La pena sería el *smoking*, que se quedaría sin estrenar —expuso Sebastian con un punto de ironía.

—Oh, no sea aburrido, señor Fairchild. Por supuesto que, si lo prefiere, puede limitarse a escuchar mis respuestas, las cuales le brindaré encantada; pero no puede negarme que a ambos nos gusta la diversión. Además, por si no lo recuerda, esto es un *quid pro quo*, del cuál aún no he desvelado los términos. No pretenderá conseguirlo todo sin que yo obtenga nada a cambio, ¿verdad?

—Realmente no, pero tenía que intentarlo. —Sebastian esbozó una falsa sonrisa que escondía una mueca de fastidio, provocando

que Christine sonriera para sí misma, triunfante.

—En cuanto al tema de la incomodidad, baste como ejemplo lo que le he dicho hasta ahora para hacerle saber que, al menos en mi caso, esta reunión no es para nada incómoda, y que no pienso que estemos perdiendo el tiempo en absoluto. Y por el *smoking* no se preocupe, lo devolvería sin problema alguno, en caso de que eligiera marcharse sin estrenarlo —añadió con picardía—; aunque me atrevería a decir que eso no va a ocurrir, ya que a usted le resulto tan intrigante como usted a mí, ¿me equivoco?

Sebastian se inclinó sobre la mesa para mirarla a los ojos de cerca. Christine, encantada con la jugosa conversación, notó cómo se ruborizaban sus mejillas al volver a sentir a aquel hombre tan cerca, y casi ardió al mirar aquellos preciosos ojos verdes que, llenos de deseo contenido, luchaban desesperadamente por no perderse en los suyos.

—La partida va a resultar de lo más interesante —confirmó Sebastian. Christine sonrió, y se permitió relajarse durante un instante.

Había estado pensando en él desde que se marchó de su casa, deseando que llegase el maldito martes para tenerlo en sus dominios, bajo su influjo y su poder. Se había extralimitado con sus requerimientos, pero solo lo había hecho para llamar la atención de aquel hombre magnífico, convencida de que tendría que mostrarse ocurrente y sofisticada, ya que intuía que sería un hueso difícil de roer. Un hombre de su valía, al que precedía su fama de crápula, aunque también de intelectual de extraordinaria agudeza mental, estaría acostumbrado a tener que quitarse a las chicas de encima.

Por eso decidió empezar aquella deseada reunión impactándolo desde el principio.

No quería perder la oportunidad de pasar aquella noche con él.

—¿Y qué es lo que necesita de mí exactamente, señor Fairchild? —preguntó Christine, insinuante.

—Estoy interesado en conocer todos los detalles sobre una sustancia que está desarrollando en su planta química, sé que se produce allí porque tuve la suerte de poder visitar Boosting Chemistry hace poco y la vi con mis propios ojos.

—La BPCP —apuntó Christine, apenada al comprobar el interés real de Sebastian en aquella cita.

—Exacto. Tengo motivos para sospechar que su investigación se está filtrando, o está siendo boicoteada; la respuesta a si está usted o no involucrada en ello, llegará con el tiempo. Ahora mismo, prefiero centrarme en datos y hechos, dejaré las deducciones para cuando sepa exactamente dónde me muevo.

—Creo que ya tiene una idea bastante aproximada de dónde se mueve, señor Fairchild —apuntó Christine en voz baja, preocupada por los derroteros que acababa de tomar el tema. Sebastian alzó la comisura de sus labios, complacido ante la evidente desazón de su contendiente.

—No crea, soy aún más arrogante de lo que se me atribuye —soltó con gracia—. Necesitaría información detallada sobre quiénes son las personas que se encargan de la planta y, en última instancia, del desarrollo de la BPCP, así como que me iluminase sobre su conocimiento e implicación en dicha investigación, tanto en lo que

atañe a la producción como a la distribución del compuesto —explicó con brillantez—; pero, como imagino que usted no va a satisfacer mis deseos, creo que toda esta parafernalia del té, la cena y los juegos de palabras con doble sentido son una absoluta pérdida de tiempo.

Christine se quedó en silencio, escrutando su mirada minuciosamente. Ni por asomo iba a contarle a aquel hombre todo lo que quería saber, y mucho menos iba a permitir que conociese las implicaciones de sus experimentos, que tantos años y dinero le habían supuesto; sin embargo, tenía que conseguir despertar su interés, tenía que ofrecerle algo que él pudiera morder para llevar a cabo su plan.

—Está bien, señor Fairchild —dijo, después de unos instantes de reflexión—. Estoy dispuesta a proporcionarle información sobre la BPCP y sobre todo lo demás que me ha pedido. —Sebastian abrió los ojos, profundamente sorprendido—. Pero eso será durante la cena. Ahora, si me lo permite, le mostraré su habitación y el resto de la casa. Si es tan amable de seguirme…

CAPÍTULO 16

La cena

La siguió al interior de la casa sintiéndose estúpido e indefenso, pero esa sensación le duró poco, ya que quedó impresionado por la estructura de la impresionante mansión. Lujosas telas colgaban sobre las enormes ventanas con herrajes en forma de panal, maravillosas alfombras persas casi tapaban por completo la visión del suelo de mármol, que brillaba con los reflejos de la luz vespertina en los estrechos márgenes que quedaban a la vista. Sebastian se detuvo especialmente en contemplar la miríada de curiosos objetos de distintas culturas que salpicaban el espacio, conformando una decoración fascinante y ecléctica que solo podría haber atesorado un apasionado del arte.

—Veo que le gusta viajar —comentó, mientras seguía a Christine escaleras arriba.

—Es una de mis pasiones —respondió Christine.

—Además de bailar y de encargar ropa para sus invitados…

El comentario de Sebastian se ganó una mirada cómplice de la dueña de casa, mirada que él se apresuró a devolverle con la misma intención, acompañada de una sonrisa traviesa.

—Esa puerta de la derecha es mi dormitorio —dijo Christine, cuando llegaron a la primera planta—, y aquella, la que queda al principio de ese pasillo, es la puerta del suyo. Le veré en el salón dentro de media hora. Sea puntual, mi cocinera es maravillosa, pero jamás me perdonaría si dejásemos que se enfriase el menú que ha preparado con tanto mimo.

—Estaré abajo en veinte minutos, a lo sumo.

—Si hay alguna cosa que no sea de su agrado, por favor, hágamelo saber.

—Tocaré su puerta sin dudar, si se diera el caso —añadió Sebastian, juguetón.

Christine desapareció tras la puerta de su dormitorio, no sin antes lanzarle una última mirada de reojo y una pícara sonrisa. Sebastian dudó, no tenía muy claro si debía continuar con la farsa o si sería mejor escabullirse de nuevo a la planta baja para intentar encontrar el despacho de Christine. Como respuesta, un mayordomo apareció por las escaleras, terminando con sus diatribas. La casa estaba llena de ojos, sería absurdo intentarlo de nuevo.

Abrió la puerta que ella le había indicado y entró en un amplio dormitorio, exquisitamente decorado en tonos azules y grises, que podría medir lo mismo que la mitad de su apartamento. Lleno de curiosidad, se asomó al cuarto de baño, donde encontró perfectamente dispuestos diversos productos de higiene y cosmética específica para hombres de una marca muy reconocida, así como zapatillas de baño, un albornoz y una gran cantidad de toallas, que se le antojaron de lo más suave.

El baño contaba con una ducha ultramoderna que dudó que supiese encender por sí mismo, en cuyo interior había espacio suficiente para albergar fácilmente a tres o cuatro personas, y que contaba con un sistema de hidromasaje oculto tras la pared, que entendió que se accionaba pulsando uno de los botones que tenía a su derecha. Desde luego, aquella mujer sabía muy bien cómo ganarse a sus invitados.

Volvió al dormitorio para abrir el armario en busca del famoso traje y encontró varias prendas, que a primera vista parecían de su talla, todas perfectamente planchadas y colgadas. Y como pieza principal, un elegante *smoking* de Prada que parecía hecho a medida. Por mucho que intentó no darle importancia a aquello, no pudo evitar pensar que aquella mujer no estaba en sus cabales, aunque, contrariamente a la lógica de cualquiera, eso le atraía aún más.

Acató sus órdenes y se enfundó el formidable *smoking* que, efectivamente, le quedaba como un guante. Sebastian se permitió la vanidad de mirarse al espejo con detenimiento, admirando cómo el impecable patronaje ceñía su figura. Contento con el resultado, sonrió con intención a su reflejo y se preparó para vencer.

Cuando cerró la puerta del dormitorio, comprobó en su reloj que no habían pasado más de quince minutos, así que, sin saber si debía avisar a Christine o no, decidió bajar las escaleras para charlar con los empleados, decidido a aprovechar cualquier oportunidad de obtener información; sin embargo casi tropezó en su apresurada escapada con una de las sirvientas, que subía para avisarle de que

lady Pearl había dispuesto la cena en el jardín, y que lo esperaba abajo.

«Es ella la que no me da tregua a mí», pensó, mientras seguía a la camarera escaleras abajo. «Está acostumbrada a salirse con la suya, pero eso se va a terminar esta noche».

***

La encontró de espaldas a la puerta de acceso al jardín. Christine contemplaba la luna llena mientras lo esperaba, con su brazo apoyado levemente sobre el respaldo de una de las dos fastuosas sillas que se habían dispuesto en torno a la enorme mesa de jardín, la una junto a la otra.

Había elegido un precioso vestido largo de satén en color azul noche que resaltaba su privilegiada figura incluso a la débil luz de las velas que los acompañarían durante la cena. Su estudiada postura obligaba a detener la mirada en la curva de su cadera y subir por ella hasta su cuello, adornado únicamente por una delicada gargantilla de pequeños diamantes que lanzaban destellos brillantes cuando la luz los alcanzaba, cosa que ocurría constantemente porque ella había decidido recoger aquella noche su dorada melena, a sabiendas de lo hipnótico que resultaría su cuello bajo la sugerente atmósfera nocturna.

Sebastian tragó saliva con dificultad, completamente paralizado ante la visión de aquella mujer que había conseguido embrujarlo por completo, y sintió cómo su pulso echaba a correr desbocado mientras la admiraba a placer, aún a riesgo de que ella lo descubriese.

Sus ojos vagaron por todo su cuerpo hasta sentirse satisfechos y, al darse cuenta de que llevaba demasiado tiempo observándola en silencio, levantó su mirada, avergonzado por sus instintos; pero aún le resultó más embarazoso toparse con la penetrante mirada felina de aquellos ojos verdes, que lo desafiaban con una intensidad abrumadora.

Satisfecha con el efecto que estaba segura de haber causado en él, decidió romper el silencio:

—Espero que no le moleste que cenemos en el exterior, hace una noche magnífica —lo saludó Christine con voz dulce.

Sebastian se recompuso y se sintió halagado por la evidente intención de Christine de crear un ambiente milimétricamente diseñado para el romance y la seducción.

—Yo no habría elegido un escenario mejor para nuestra primera…

Automáticamente, Sebastian enmudeció, asombrado de lo que había estado a punto de decir; sin embargo, Christine le lanzó una irresistible sonrisa y terminó la frase por él.

—¡Vaya! ¡No sabía que esto era una cita, señor Fairchild! Tenía entendido que iba a ser un interrogatorio…

***

La cena transcurría casi en silencio, interrumpido solamente por comentarios breves sobre la excelente añada del vino, sobre el potente sabor de los entrantes o sobre el delicado toque especiado de la salsa que acompañaba al pescado. Se escudriñaban el uno al otro cuando pensaban que no eran vistos, pero apartaban la mirada

en el momento en que su compañero de mesa levantaba la suya, suscitando huidizas sonrisas y nerviosos golpeteos de cubiertos sobre los platos.

Sebastian estaba inquieto, deseando encontrar un resquicio por el que meter los dedos para empezar a tratar el tema que le interesaba, pero incapaz de hallarlo. El encanto que Christine emanaba mientras tomaba un sorbo de su copa, o cuando comentaba cualquier menudencia sobre los jardines o sobre la comida, lo tenía subyugado.

Decidió recrearse en la dueña de la preciosa finca, intentando extraer información como deseaba, pero solo para conocerla mejor. A sus ojos, Christine era una joven instruida, vivaz y muy segura de sí misma. Era lista, eso le había quedado muy claro desde que tuvieron su primera conversación, pero tuvo que reconocer para sí mismo que el descaro con el que ella había mostrado sus intereses hacia él, le excitaba. Christine había ideado aquel encuentro solo para poder estar a solas con él, incluso estaba dispuesta a contarle los entresijos de su empresa para que él se quedase con ella, y eso resultaba increíblemente satisfactorio para su ego.

Christine, sin embargo, estaba disfrutando de lo lindo. Conoció a Sebastian en lo que para ella era otra época, una fase de su vida que en aquel momento veía muy lejana, aunque solo habían transcurrido un puñado de años. Entonces estaba enfrascada en sus estudios, en labrarse el futuro al que sabía que podía aspirar. Ella sería la líder de la empresa de su familia en cuanto su padre decidiese ceder el control, pero no pensaba limitarse a mantener lo logrado. Christine tenía grandes aspiraciones para Boosting

Chemistry, pretendía elevar la empresa a nivel internacional gracias a su trabajo y a sus conocimientos, tanto químicos como empresariales. Así que, cuando coincidió con Sebastian en aquella reunión, le pareció insignificante.

Pero la situación había cambiado.

Christine había experimentado, se había adentrado en el delicioso mundo de la seducción y había disfrutado de él; sin embargo, a sus treinta y un años, empezaba a necesitar algo más que encuentros furtivos y vana promiscuidad. Deseaba encontrar una persona con la que poder conversar, alguien en quien poder confiar, un compañero que estuviese a su altura y al que ella también pudiera admirar; entonces, Sebastian se coló en su fiesta, y ella no había podido dejar de darle vueltas a aquella casualidad.

Verlo sentado a su mesa aquella noche la trastornaba deliciosamente, dificultándole la titánica labor que se había impuesto de no desvelar nada que él no debiera saber. Sebastian decía que solo estaba allí para obtener respuestas, pero ambos sabían que había algo más, que él había acudido a la cita porque también se sentía atraído por ella.

Pero a diferencia de Sebastian, ella no estaba incómoda. Estaba eufórica.

—¿Está todo a su gusto, señor Fairchild? —preguntó melosa.

—¿Hasta cuándo vamos a estar llamándonos de usted? Si no recuerdo mal, el trato era que, si aceptaba su propuesta, podríamos tutearnos.

—Se ve que te crea ansiedad el tema… —respondió Christine, mordaz—, pero tienes razón. A partir de ahora, no tengo inconveniente en que apartemos a un lado las formalidades. Y también debo responder a tu pregunta de esta tarde.

—¿A cuál de ellas? Porque tengo una lista —respondió Sebastian al punto—. Hasta ahora no he recibido más que silencios o absurdas excusas para no facilitarme lo que te he pedido, aún asegurándome por activa y por pasiva que lo harías sin rechistar.

—Está bien. —Christine se incorporó en su asiento para acercarse, ahora que él se había expuesto, iría directa a su yugular—. No voy a andarme con rodeos, en realidad no es mi estilo, ni creo que sea el tuyo tampoco. La razón de que estemos aquí esta noche y de que haya estado dándote largas sobre el tema, es que quería pasar tiempo contigo para… conocerte mejor.

Sebastian alzó una ceja, visiblemente sorprendido.

—¿Y cuál es la razón de ese deseo?

—Has llamado poderosamente mi atención, y créeme, eso no es sencillo, ni habitual. Yo tengo información que al parecer tú necesitas, así que me estoy tomando la libertad de abusar de tu tiempo a cambio.

—Pues hasta ahora, has abusado de mi tiempo, pero yo no he obtenido nada a cambio —respondió Sebastian, intentando controlar la situación.

—Bueno, yo creo que sí —dijo Christine, alzando una ceja seductora—. Has obtenido mi compromiso de contarte lo que deseas, aunque tengo una duda al respecto. Aún no estoy segura de

si quieres mi ayuda para resolver un caso policial, o si en realidad el empeño en sonsacarme información, después de tener la cara dura de colarte en mi casa sin ser invitado, se debe, más que a la investigación en sí, a una enorme necesidad de castigarme por no haberte invitado nunca a ninguna de mis reuniones —terminó, juguetona.

—Christine, yo solo he venido aquí para obtener información porque tú me propusiste un intercambio en el que estoy cooperando, aunque me parezca de lo más absurdo. No tengo ningún interés en acudir a una de esas fiestas tuyas plagadas de *snobs* que se dedican a alardear de sus logros sin escuchar los de los demás —soltó de corrido, suscitando una sonrisa en los labios de Christine al comprobar que había dado en el clavo—; en cuanto a lo de castigarte… Se me ocurren varias formas de hacerlo, pero todo dependerá de cómo avance la noche…

El resto de la frase quedó silenciada al darse cuenta de lo que acababa de decir. ¿Se me ocurren varias formas de hacerlo? ¿En serio había dicho aquello en voz alta? Sebastian maldijo internamente a aquella mujer que le hacía perder el control hasta ese extremo. La situación se le escapaba de las manos sin que pudiese hacer nada para evitarlo. Sus deseos, inexistentes hasta hacía solo unos días, le estaban jugando una mala pasada.

Sin embargo, Christine estaba pletórica. Sintió un vuelco en el estómago al oír aquella insinuación directa, pero en lugar de mostrarse sorprendida, decidió aprovechar la coyuntura.

—Yo no habría escogido mejores palabras para entrar en materia, Sebastian.

—¿P-para entrar en materia? —tartamudeó.

—En realidad, estamos aquí porque tú me… atraes, mucho más de lo que me permitiría aceptar delante de nadie.

Sebastian se sobresaltó, empezó a sentir una desazón desconocida en su interior, pero su acostumbrado desdén para con los sentimientos de aquella índole estaba allí para ayudarle en aquel lance, listo para ofrecer una respuesta a la altura.

—Me parece que esta velada se está convirtiendo en una encerrona —murmuró, mirándola fijamente a los ojos—, y no me gusta que me tomen el pelo.

—Lo único que me gustaría hacer con tu pelo sería enredar mis dedos en él. —Sebastian no pudo evitar entreabrir sus labios al escuchar aquella confesión, su pulso se había duplicado y necesitaba respirar más rápidamente. Christine bajó su tono de voz y se acercó todo lo que pudo a aquellos ojos verdes que la miraban echando chispas—. Me encantaría contarte punto por punto qué es lo que más me atrae de ti, es más, estaría dispuesta a enumerar con detalle cómo me afecta tu atractivo natural si supiera que con ello conseguiría que bajases la guardia un instante.

Demasiado, aquello era demasiado tentador para negarse, demasiado difícil de ignorar para no sucumbir. Sebastian tragó saliva disimuladamente para evitar ponerse a toser de la impresión, pero mantuvo su fachada tan dignamente como pudo.

Pero solo su fachada; sus palabras volaron libres.

—¿Te encantaría… enumerar… con detalle? —Su voz se agravó al pronunciar las palabras que ella acababa de decir, tomada por el

incipiente deseo del que era presa; sus pupilas se habían dilatado y su pulso ya corría como un caballo desbocado, pero muy a su pesar, continuó—. Hazlo. No seré yo quien se oponga…

Sorprendida por su respuesta, Christine esbozó una media sonrisa llena de intención, se levantó de su silla, dando por terminada la cena, y se acercó a Sebastian, que permanecía sentado intentando desesperadamente volver a tener control sobre sí mismo. Despacio, Christine cogió su mano con suavidad, esperando a que él se levantase para acompañarla. Sebastian no pudo evitar alzar su mirada para buscar sus ojos, encandilado por el roce de sus dedos sobre los suyos, y tragó saliva de nuevo. De repente, una música suave y envolvente empezó a salir desde algún punto del jardín, impregnando el ambiente con su cadencioso compás.

—Ven, baila conmigo de nuevo.

CAPÍTULO 17

Baila conmigo

Sebastian se dejó llevar hasta un fragante rincón, desde donde la música se escuchaba aún mejor. Se colocó frente a ella, la tomó por la cintura y la acercó hacia sí, ejerciendo una incitante presión contra su cuerpo. Christine empezó a moverse al ritmo de la música y él la siguió, preguntándose qué era aquello que tenía pensado decirle.

Y por qué él estaba tan interesado en escucharlo.

—Estoy expectante… —no pudo evitar susurrar, acercándose a su oído.

Contra todo pronóstico, aquel gesto provocó que las rodillas de Christine temblasen. Quería vencerle, deseaba tenerlo a su merced, pero cuando sintió los varoniles dedos sobre su espalda, cuando comprobó la excitación que manaba de su voz, sabiendo que era ella el origen de la misma, sus defensas se derrumbaron sin remedio.

Y se dejó llevar.

—No me gustaría ser demasiado evidente, estoy segura de que estarás cansado de escuchar maravillas sobre tu elocuencia…

—No creas, no me alaban tan a menudo como piensas —la interrumpió—. Normalmente, la gente piensa que soy un bicho raro, no que soy agudo o inteligente, y la mayoría de ellos no soportan que alardee de mis capacidades.

Christine rió con ganas al oír aquella confesión y aprovechó que la tensión se había relajado para lanzarle una mirada llena de intención.

—De acuerdo. Entonces, te diré que es absolutamente cautivador escucharte hablar, rebatir y deducir a la velocidad que lo haces, e imagino que debe ser hipnótico ver cómo desgranas una fórmula química o cómo analizas la escena de un crimen.

—Mmmm…, gracias. Lo mismo digo, *mademoiselle*.

—Además…, tienes un exquisito sentido del humor y unos modales excelentes, siempre que no te da por infringir la ley, claro —apuntó traviesa—. Desde luego, contigo debe ser imposible aburrirse.

—Eso mismo dice mi compañera, Olivia —sonrió. Christine se preguntó a quién se refería con la palabra "compañera", pero dejó la duda para otro momento.

Sebastian la miraba a los ojos con avidez. Se sentía halagado, pero no dejaba de pensar que aquel juego de seducción no era más que una maniobra para evitar hablar de lo que en realidad importaba. Sin embargo, ansioso como estaba por saber hasta dónde les llevaría aquel devaneo, siguió bailando, cada vez más pegado a ella.

—¿Eso es todo? —se atrevió para provocarla.

—No te conozco demasiado, es lo que he podido apreciar durante las pocas horas que hemos compartido.

—A juzgar por lo acertado de tus comentarios, entiendo que me has investigado…

—A fondo —ronroneó Christine—, me gusta saber con quién voy a cenar.

—Entonces, no hace falta que corrobore lo que tú ya sabes, aunque imagino que, además de cerebro, tienes ojos —la instó, osado.

—Sí, tengo ojos, Sebastian, aunque no sé si debería…

—Estoy deseando comprobar tus dotes de observación.

Christine se humedeció los labios, empezaba a ponerse nerviosa. Se estaba exponiendo demasiado, pero aquella música, el aroma de los jazmines y la voz grave y varonil de su pareja la empujaban a aventurarse un poco más. Su mirada se volvió más intensa, se paseó de los ojos de Sebastian a sus labios, donde se detuvo durante unos instantes; entonces, se atrevió.

—Tu boca es un pecado. —Sebastian expulsó todo el aire de sus pulmones al oírla. No esperaba que fuese aquel tipo de análisis el que ella iba a hacer. Sus pantalones, que ya lucían un poco abultados debido a la cercanía de aquella increíble mujer, cobraron vida de repente, recolocándose para poder dejar paso a su pujante erección. Christine no lo notó, no estaba tan cerca, pero sí que apreció la ardiente reacción de su cuerpo en la deliciosa presión que los dedos de Sebastian infligieron a su espalda—. Tienes unos labios

gruesos y dibujados que resultan tan llamativos como tus ojos, sobre todo cuando miran como lo están haciendo… ahora mismo…

Christine empezó a deslizar las yemas de sus dedos por los hombros de Sebastian y bajó por sus brazos, erizando su piel al paso. Con sus labios entreabiertos debido a la excitación, Sebastian se dejó tocar, disfrutando cada roce con una intensidad desconocida. Cuando ella llegó a sus manos, aquella simple caricia le pareció sin embargo el contacto más erótico del mundo, y dejó escapar un jadeo al sentir los dedos femeninos sobre los suyos.

—Y tus dedos…, esos dedos largos y varoniles de pianista experimentado, suscitan toda clase de imágenes en mi mente. No puedo más que imaginar lo que conseguirán despertar en una mujer…

Sus dedos se enredaron con los de ella, y Christine, atrevida, se permitió acariciarlos provocativamente, encendiendo la mente de Sebastian con nuevas imágenes con las que obsesionarse. Él no podía quitarle los ojos de encima, cada vez más excitado, vacilando entre solazarse con la visión de aquellos labios tentadores o con la de aquellos ojos verdes que lo consumían.

—Y… qué… más… —susurró, en trance, todo su cuerpo sensibilizado, alerta.

—Tus piernas. —Christine rozó con la tela de su vestido los pantalones de Sebastian, empezando a contonearse de nuevo—. Largas, fuertes, y tan masculinas que invitan a buscar la confirmación un poco más arriba… Y ese culito respingón…, Dios, no debo… Será mejor que…

Christine suspiró, avergonzada de repente. Se había dejado llevar demasiado, había estado a punto de deslizar sus dedos hasta aquellos glúteos perfectos y supo que el juego se le había ido de las manos; pero Sebastian ya se había embarcado en él y no estaba dispuesto a que terminase de aquella forma. La apretó fuerte, muy fuerte contra su cuerpo, tanto que ella por fin fue consciente de lo que sus palabras habían despertado en él. Orgullosa, sonrió provocativa, rodeó su cuello con sus brazos y, rendida por completo, empezó a acariciar los bucles que casi cubrían su nuca, ensimismada con la mirada abrasadora que él le lanzaba.

Sebastian cerró los ojos al sentir cómo los dedos de Christine se enredaban en sus rizos, suscitando una sensación inaudita de bienestar en su cuerpo, y exhaló un pequeño gemido de satisfacción. Por mucho que intentaba mantenerse frío, en lo único en lo que podía pensar en aquel instante era en arrancarle el vestido y hacerla suya allí mismo, en medio de su jardín, solo para darle el gusto de que obtuviera lo que estaba buscando.

—¿Qué quieres de mí? —suspiró abrumado, rendido por completo al momento.

—Quiero probarte, Sebastian.

Con una determinación vertiginosa, él la miró a los ojos, decidido a acabar con aquella tortura, y cuando ella se dio cuenta de lo que él estaba pensando, no pudo evitar morderse el labio inferior, loca por que continuase.

En respuesta a su provocativo gesto, Sebastian emitió un gruñido gutural que salió de lo más profundo de su pecho. Y, por primera vez

en su vida, abandonó los dictados de su cerebro para entregarse a los de sus sentidos.

—Pruébame.

Con un movimiento firme, agarró a Christine por el cuello y atrajo aquellos anhelantes labios hacia los suyos, fundiéndose con ellos en un beso lleno de pasión. Su lengua se adentró con vehemencia en la boca de su pareja, caliente, exigente, mientras que ella se dejaba invadir con sumisión. Sebastian recorrió con sus manos los hombros femeninos, deleitándose con el tacto de la piel de aquella tentación hecha mujer, bajó por sus brazos y llegó de nuevo a su cintura para atraerla aún más hacia su cuerpo, respondiendo a la urgencia con la que el suyo rugía mientras devoraba sus labios.

Christine, encendida de pasión, dejó que sus manos deambularan por la espalda del hombre que la besaba como si le fuera la vida en ello, trazando excitantes círculos hasta llegar a sus glúteos, a los que se aferró con fuerza. El movimiento provocó que su vientre se apretase contra la evidente excitación de Sebastian, que dejó escapar un gemido de satisfacción al sentirla, y profundizó aún más en su boca, cegado por sus sentidos.

—Me encanta el sabor de tus besos… —susurró Christine, completamente entregada.

—Yo… Dios, eres tan excitante…

Volvieron a enredarse el uno en el otro, más despacio, saboreándose con cuidado. Sus manos aflojaron su agarre, dedicadas a acariciar, deseosas de descubrir; pero la música cambió, dando paso a una nueva melodía que los devolvió dolorosamente a

la consciencia de la realidad. Separaron sus labios y se miraron a los ojos con millones de dudas flotando a su alrededor, pero se mantuvieron cerca mientras recuperaban el aliento, aún abrazados, luchando contra la situación que pretendía imponerse a sus deseos.

Christine no se atrevió a decir nada, inmersa por completo en lo que había sentido durante aquel momento mágico en brazos de Sebastian. Se limitó a mantener su mirada, a intentar explicarle con la suya cuánto deseaba que aquello continuara, que la noche se alargase hasta el alba a su lado; sin embargo, Sebastian se sentía increíblemente vulnerable. No era capaz de ordenar sus pensamientos, mucho menos, sus sentimientos recién descubiertos. Se sentía mareado, impotente, le faltaba el aire y notaba cómo el sudor corría por su espalda, tal era su estado de ansiedad. Totalmente desorientado, se agarró a lo único de lo que podía estar seguro en aquel momento, que no era otra cosa que su afilada elocuencia.

—Ha sido un descuido imperdonable por mi parte —murmuró, turbado.

—¿Perdón?

—No dejo de pensar que me escondes algo, y eso me excita mucho, Christine; pero antes de dejarme llevar, quiero comprender cuál es tu juego, quiero saber qué mano llevas para poder decidir con criterio si quiero o no quiero jugar.

Christine entrecerró sus ojos, intentando comprender a qué se refería Sebastian con aquella frase.

—He sido completamente sincera, Sebastian, no hay dobleces, me he mostrado tal y como soy.

—Creo que estás utilizando tus armas conmigo para distraerme de mi objetivo, que te has aprovechado de mi interés en ti para llevarme a tu terreno, o algo parecido; pero desde luego, no creo que estés siendo sincera.

—Siento que pienses así, probablemente estás acostumbrado a que las mujeres te halaguen para conseguir tu favor, pero te has equivocado conmigo. Yo no necesito fingir para conquistar, no soy mujer de medias tintas —respondió Christine en voz baja, separándose de él.

Su tono había cambiado, ya no era dulce ni sensual. Se había dado cuenta de cuál era la verdadera situación. Ella había sido explícita en su exposición, le había contado sus deseos tal y como los sentía, pero él estaba convencido de que todo era una artimaña para no hablar sobre la BPCP.

Al notar el cambio en su tono de voz, Sebastian se arrepintió de haber hablado en voz alta. El momento se había roto, e hiciera lo que hiciese a continuación, no lograría conseguir nada más de aquella reunión; así que, para no parecer más estúpido aún, decidió escudarse en lo que mejor se le daba: ser insoportablemente desagradable y mezquino.

—El servicio ya ha recogido los restos de la cena. Intuyo que ahora intentarás que sucumba por completo para que, preso de tu encantamiento, abandone la investigación; pero eso no va a ocurrir, Christine. El sexo no es más que una distracción, una bagatela

efímera que provoca que el cerebro abandone su parte racional para centrarse en la visceral. Y eso, lamento desilusionarte, no me causa ningún interés. —Aunque no le costó nada soltar aquel discurso que tenía aprendido, por haber tenido que utilizarlo en numerosas ocasiones, no lo sintió como cierto. Muy al contrario, su cuerpo clamaba por volver a unirse con el de ella, por descubrir hasta dónde podría llevarle aquella boca que había despertado sus deseos más íntimos.

—Vuelves a equivocarte —escupió Christine, enfadada—. De hecho, empiezo a pensar que tu famosa agudeza mental es solo una quimera.

—No creo que me haya equivocado en ningún momento, siento decir —respondió consternado.

—El sexo no entra en mis planes esta noche, y mucho menos, con semejante propósito; es más, después de escuchar tus absurdas deducciones, serías el último hombre con el que me iría a la cama.

Sus ojos ardían, pero de ira, no de pasión como hacía tan solo unos minutos. Sebastian respiraba agitadamente, sintiéndose aún más aturdido que después de separarse de su abrazo, pero aquella última afirmación hirió su ego y provocó su ira también.

—Por supuesto, eso solo lo harías con nuestro común conocido, *sir* Patrick Clifford, ¿no es así? —escupió con desdén.

—¿Qué? —Christine abrió la boca, profundamente impactada—. ¿De qué estás hablando?

—Esa es la razón de mi interés en tu empresa, Christine, lo que has hecho con *sir* Patrick. Seguro que tuviste que utilizar todo tu

arsenal para hacer lo que te viniese en gana con él, pero al final lo lograste, ¿verdad? ¡Tú fuiste la que lo convenció para que cambiase su voto en el senado!

—¿Para que cambiase su voto en…? ¿Pero qué dices? ¡Eso es absurdo! ¡Si me conocieras, sabrías lo estúpida que es esa conclusión! —añadió misteriosa—. ¿Cómo te atreves a acusarme de manipular a Patrick? ¿Y se puede saber con qué fin? ¿Qué es lo que se supone que obtendría yo con ello?

—Eso aún no lo sé, pero tranquila, pienso averiguarlo.

Christine lo miró a los ojos, incrédula. Esbozó una mueca de disgusto con sus labios y negó con la cabeza, profundamente arrepentida.

—Y pensar que te he dicho todo lo que te he dicho hace unos minutos… Dios, qué vergüenza —murmuró.

—No debes avergonzarte de nada, en todo caso, de que me haya dado cuenta a tiempo de tus verdaderas intenciones —respondió Sebastian.

—Estás tremendamente equivocado —replicó Christine con desdén.

—No lo creo. Después de comprobar cuán convincente eres cuando te lo propones, me queda muy claro que estabas mintiendo descaradamente solo para llevarme a la cama. Por eso no me dejo llevar por ese tipo de placeres: el sexo debilita la mente y hace vulnerables a las personas. Lo que has hecho con *sir* Patrick es la confirmación.

—Pues tú eres el ejemplo perfecto de que no es necesario tener sexo para que la mente se debilite —respondió Christine, mofándose una vez más de sus deducciones.

—No confundas incertidumbre con vulnerabilidad —se defendió.

—No me subestimes, Sebastian. —Christine se acercó de nuevo a él, mucho más de lo que él podía soportar sin que su pulso se acelerase, y lo miró rabiosa a los ojos—. Sé perfectamente lo que ha pasado entre nosotros esta noche, y tú no estabas indeciso en absoluto; es más, creo que te sobraba decisión mientras me besabas, y es porque estoy segura de que estabas disfrutando tanto como yo que no voy a echarte a patadas de mi casa, después de lo que acabas de insinuar sobre mí.

—Ese es el error imperdonable que he cometido, dejarme llevar por lo que me haces sentir —confesó, susurrando jadeante, totalmente embaucado por aquel bello rostro femenino ardiendo de furia. Sebastian separó sus labios para poder respirar, se ahogaba de deseo al volver a tenerla tan cerca. En un arrebato, se acercó de nuevo a aquellos labios tentadores, a punto de atraparlos entre los suyos para que callaran de una vez; pero se contuvo.

—El sexo no es ningún error, Sebastian, es la esencia de nuestra naturaleza. Y lo siento, pero tú no estás por encima del resto de los mortales, acabas de demostrármelo ahora mismo —lo zahirió—; simplemente, no has tenido la suerte de dar con la persona que te deje explorar lo que, salta a la vista, no has sido capaz de deducir por ti mismo. Como decía, tu fama no es más que eso, fama. Qué decepción…

Christine se separó de él, lo miró de arriba a abajo para mostrar su repulsa y se giró hacia la casa. Desesperado por tener la última palabra, Sebastian elevó la voz.

—¡Estoy lo suficientemente instruido en lo que me interesa, y el sexo no es una de esas cosas!

Su confesión provocó que Christine se volviese de nuevo para mirarlo a los ojos sorprendida. ¿Qué había querido decir exactamente con aquella frase? ¿Era lo que ella creía?

—Deja que lo ponga en duda. A mí me parece que eres un niño que no está a la altura de la empresa en la que se ha embarcado, que está acostumbrado a salirse con la suya porque ha estado peleando como un gallito en corrales pequeños, pero que no tiene tablas para medirse con un rival que se precie. Y como muestra, un botón: has destruido en cinco segundos el clima que llevaba fraguándose entre nosotros durante días, aún sabiendo que era tu mejor baza para obtener lo que querías de mí. Ese ha sido tu error, Sebastian, no dejarte llevar por lo que tu cuerpo demanda. Y ahora, si me disculpas, me retiro. De repente, la noche se ha vuelto demasiado fría para mi gusto.

Sebastian se quedó en blanco. Ella le había golpeado donde más dolía y no encontraba una respuesta adecuada a su elocuencia, como bien acababa ella de señalar. A sabiendas de que lo mejor que podría hacer era desaparecer lo antes posible para lamerse las heridas a solas, buscó una forma brillante de salir airoso de aquella desastrosa situación.

—El que se marcha soy yo —afirmó con decisión—. Llamaré a un taxi ahora mismo.

—¿Ah, sí? ¿Y adonde le dirás que venga a recogerte, si no sabes dónde estás? —exclamó Christine, con una mueca de superioridad.

—En eso, te equivocas —afirmó con seguridad, provocando el asombro en su ahora adversaria—. ¿Creías que un pañuelo en los ojos y una vueltas al azar me iban a engañar? Conozco mi ciudad como la palma de mi mano, siempre sé dónde estoy, y solo es cuestión de tiempo que sepa también con quién. Y ahora, si me permites usar la línea terrestre, dejaré de molestarte inmediatamente.

Christine le lanzó una mirada que echaba fuego, dio media vuelta y entró a la casa, dejando la puerta abierta tras de sí, y desapareció escaleras arriba, dejando a Sebastian con una erección que no sabía cómo gestionar y con una sensación de pesadumbre que estaba seguro que le impediría dormir aquella noche.

Mientras hacía la llamada, Sebastian se preguntó cómo había podido ser tan estúpido. Estaba besando a la mujer más increíble que había tenido el placer de conocer, con el aliciente de poder tenerla toda la noche para sí, y sin embargo lo había echado todo a perder al querer ridiculizarla en una pugna sin sentido. Christine tenía razón. Había sido un estúpido de libro, y puede que, aunque no quisiera reconocerlo, también había sacado conclusiones equivocadas. Y eso lo sacaba aún más de quicio.

Christine se asomó a la ventana de su dormitorio, rogando internamente que Sebastian solo se hubiese tirado un farol y tuviese

que pasar la noche forzosamente en su casa, lo que constituiría una humillación de proporciones bíblicas; pero, minutos más tarde, el claxon de un taxi se escuchó junto a la verja de entrada y ella apretó los labios con fuerza.

¡Maldito Sebastian Fairchild!

CAPÍTULO 18

Confundido

Se fue directo a comisaría, no deseaba hablar con Olivia por teléfono, así que cuando ella llegó a su puesto a las ocho de la mañana, se encontró con su amigo sentado en la sala de espera. Inmediatamente se preocupó, al ver su rostro desencajado por la falta de sueño, la seriedad de su semblante y, sobre todo, el *smoking* que llevaba puesto. Algo grave había ocurrido, muy grave.

—Vamos a mi despacho —lo urgió para que la siguiera.

Sebastian asintió en silencio y la siguió hasta su despacho, que no era muy grande, pero sí bastante cómodo. Tomó asiento frente al escritorio y fijó su mirada en él, sin decir una sola palabra. Olivia sirvió café para ambos y se lo acercó, quedándose de pie a su lado.

—Toma, me da que te hace falta.

—Gracias —se limitó a decir Sebastian, aún con la mirada fija sobre la mesa.

—No has dormido.

—Es evidente.

—¿Me vas a contar qué ha pasado o voy a tener que sacártelo con cucharilla? —preguntó Olivia, empezando a impacientarse.

—No sé por dónde empezar, no he sido capaz aún de hilar mis ideas. —Sonaba apesadumbrado, y eso la preocupó aún más.

—Empecemos por que me expliques por qué estás vestido de esa manera.

Sebastian miró a Olivia, abrió mucho los ojos y echó un vistazo a su indumentaria.

—¡Joder! ¡Me olvidé de mi traje! —respondió. Frunció el ceño, molesto, y enseguida empezó a maquinar—. Aunque quizá sea una ventaja, así tendré una excusa para volver a ir a esa maldita casa.

—¿Cómo que te olvidaste de tu traje? ¿Te desnudó? Sebastian, vas a tener que empezar a hablar o me va a dar un ataque.

Sebastian se reclinó en su asiento, respiró hondo y se dispuso a explicarse.

—No conseguí nada. Christine me enredó en un juego en el que no me manejo bien y no supe reconducir la situación, no estuve a la altura.

—¿En un juego? ¿Qué juego implica que te olvides de tu traje? —preguntó Olivia, asustada.

—Se suponía que ella iba a responder a mis preguntas si accedía a cenar con ella según sus términos, pero durante la cena, ella empezó a… decirme las cosas que le gustaban de mí.

—¿Perdón? —Olivia lo miraba boquiabierta, incapaz de entender cómo habían llegado a aquel punto en tan solo unas horas.

—Ella me dijo que yo le había llamado la atención, y yo, como un estúpido, caí en la trampa y dejé que se explicara.

—Así que… te sedujo… —Olivia estaba muy sorprendida, no esperaba ver a Sebastian en aquella tesitura, mucho menos, con una sospechosa.

—Supongo que sí, porque acabé besándola en medio del jardín.

Aquello fue demasiado para Olivia. Alucinada, se agachó junto a la silla para poder mirar a Sebastian a los ojos.

—¡Repite eso! —exclamó, emocionada e indignada a partes iguales.

—Lo sé, es sorprendente, para mí también lo es —respondió taciturno—. Me dejé llevar, ella me hizo sentir algo… distinto, algo que no fui capaz de reconocer en aquel momento, y cuando quise darme cuenta, sentí deseos de… —Sebastian calló, profundamente avergonzado.

—De ir más allá —completó Olivia, comprendiendo—. ¡Vaya! Sí que ha debido impresionarte…

—¡No! —exclamó Sebastian, levantando la cabeza por fin—. ¿Impresionarme? ¡Jugó conmigo! ¡No estoy impresionado! ¡Estoy muy enfadado! ¡Me he comportado como un imbécil! ¡Permití que hiciese conmigo lo que le apeteció y no conseguí absolutamente nada!

—Bueno, conseguiste un beso —dijo Olivia, sonriendo.

—¡Algo que no sirvió para nada, excepto para dejarme aún más en ridículo!

—Sebastian, esto no se trata de quién venció a quién. En un caso no vence quien gana una batalla, sino quien descubre la verdad y gana la guerra. Si la batalla implicaba dejarse llevar, y con ello has acercado posturas con la principal sospechosa, es un paso adelante.

—No he acercado posturas, al contrario, la he alejado de mí —aclaró avergonzado.

—¿A qué te refieres?

—A que me sentí tan perdido al separarme de ella que no pude evitar ser…

—¡Oh! —exclamó Olivia, comprendiendo—. Así que ni siquiera con la guardia baja pudiste reprimir tu ego…

—La acusé directamente —se lamentó—. Fui muy desagradable con ella y prácticamente me echó a la calle —resumió en voz baja.

—De verdad, eres un crío —concluyó Olivia con un toque de desdén en su voz.

—¿Qué esperabas que hiciera? —saltó, molesto—. ¿Dejar que se saliese con la suya?

—Si con ello hubieras avanzado en el caso, sí, por supuesto.

Sebastian la miró como si estuviera loca.

—O sea, que según tu excelso criterio, tendría que haberme dejado engatusar para obtener información.

—Sí, exacto —respondió Olivia con aire displicente.

—Eso no sería honesto —murmuró confundido.

—¿Y? ¿Desde cuándo tienes tú remilgos con eso?

—¡Yo soy claro como el agua! No me gustan los jueguecitos.

—¡Oh! Vamos, Sebastian, no me hagas reír. Reconoce que has perdido una oportunidad de oro de avanzar en el caso por tu falta de práctica en lo que a mujeres se refiere.

—No voy a permitir que nadie me deje en ridículo —respondió obstinado.

—Según me lo has contado, no veo que ella quisiese dejarte en ridículo, más bien quería… llevarte a la cama.

—Contra mi voluntad.

—No creo que eso sea verdad —aclaró Olivia, buscando su mirada —. Creo que te sentiste vulnerable y lo único que se te ocurrió fue tirar de lo que sabes hacer a la perfección; pero me temo que fue un paso en falso. En cualquier caso, ahora ya no importa.

—A mí me importa. Tengo que encontrar una manera de volver a verla y que me confiese toda la verdad, tengo que demostrarle que puedo con ella y…

—Olvídalo. Estás fuera, amigo. A partir de ahora, me ocuparé yo misma de continuar con la investigación. Te agradezco mucho todo lo que me has ayudado…

—¿Cómo que continuarás tú la investigación? —la interrumpió, indignado.

—Ya no eres objetivo. Si Christine Pearl está involucrada, y tú sientes algo por ella, puede que no seas capaz de mantenerte firme llegado el momento.

—¡Soy perfectamente capaz de continuar con el caso y de desenmascarar a esa mujer! ¡Sabes que soy capaz de separar mi vida personal de todo esto!

—No en esta tesitura, no si ni tú mismo sabes a lo que te enfrentas. Tu intervención está comprometida, Seb…

—¡He dicho… que soy perfectamente capaz de continuar! —Bajó el tono en las últimas palabras, intentando demostrar un autocontrol del que carecía por completo, con el fin de que Olivia lo creyese—. Olivia, estoy seguro de que tenemos que continuar investigando en esa línea. No sé hasta qué punto pueda estar involucrada Christine, pero estoy totalmente seguro de que ella puede aclararnos muchas cosas. Por eso estoy aquí y no en tu casa, bueno, por eso y porque no quería interrumpir tu… descanso —dijo con intención, refiriéndose a Meredith.

—Por Dios bendito…

Olivia volvió los ojos al cielo en señal de desesperación mientras Sebastian maquinaba a toda velocidad, loco por encontrar una forma de que ella cambiase de opinión. Empezó a tamborilear con sus dedos sobre sus rodillas, moviendo la cabeza de lado a lado rápidamente, sus ojos recorrían la mesa de escritorio arriba a abajo, casi sin pestañear. De repente, sus movimientos cesaron y abrió mucho los ojos, tanto que a Olivia le pareció que le iba a dar un ataque.

—¡Ya está! ¡Ya lo tengo! Tenemos que conseguir traerla a comisaría para interrogarla formalmente.

—¿Tú estás bien de la cabeza? —explotó Olivia—. ¿A santo de qué va Scotland Yard a interrogar a *lady* Pearl sin pruebas?

Sebastian se puso de pie y, por primera vez aquella mañana, miró a Olivia con decisión.

—Olivia, tenemos que conseguir que hable. Si no quieres citarla en comisaría, pide una orden de registro o lo que te parezca, pero tenemos que actuar ya, hoy mismo. Si ella está involucrada, y después de saber que la policía sospecha de ella, moverá ficha. Puede que incluso esté ahora mismo deshaciéndose de pruebas incriminatorias y…

—¡Sebastian, para! No podemos hacer eso y no pienso jugármela con una de las familias de más prestigio de la ciudad solo porque tú estés siguiendo una corazonada que te ha llevado a encontrarte con la horma de tu zapato en versión femenina. Y no, no creo que puedas separar lo que ella ha despertado en ti, sea lo que sea, de una investigación policial.

—Vosotros lo hacéis —la aguijoneó, intentando desviar el tema.

—A nosotros se nos retira de un caso por mucho menos, no se permite implicación alguna con los sospechosos, y lo sabes.

—¡Yo no estoy implicado, maldita sea! ¡Además, yo no soy policía! Puedo hacer esto, solo necesito que me eches un cable. Habla con Cillian, seguro que él encuentra una excusa.

—No voy a hacer tal cosa —respondió Olivia con voz grave—, mucho menos, para satisfacer tu ego. No tenemos ninguna evidencia de que ella esté involucrada, aparte del hecho de que la sustancia se produce en su planta, ¡y eso lo sabemos porque nos colamos en ella como dos maleantes! ¡Algo que, por si no lo recuerdas, es ilegal! ¡Y no quiero que me echen del cuerpo!

—¡Cuando resuelvas el caso y desenmascares a los culpables, serás la estrella del cuerpo! ¿No lo ves? Además, ¿te parece poca evidencia encontrar la prueba del delito en su propia planta química? ¡Da igual cómo lo hayamos averiguado! ¡Sabemos que se está produciendo allí! ¿No es esa razón suficiente para, al menos, interrogar a la representante de la marca?

Olivia se quedó mirándolo pensativa mientras intentaba dilucidar cuántas normas policiales infringiría si citaba a Christine a declarar, pero finalmente asintió.

—Está bien, creo que podemos hacerlo. Buscaré en las publicaciones científicas, en algún lugar debe haber algún artículo en el que se mencione la sustancia y quién la produce, con eso será suficiente para citarla.

—¡Fantástico! —exclamó Sebastian, eufórico.

—Hablaré con Cillian para que se ocupe de ello; pero Sebastian…

—¿Qué?

—Tendrás que asegurarme que tus capacidades no están comprometidas.

—No lo están —aseguró sin pensar.

—No, no va a ser tan sencillo. Necesito que seas sincero al cien por cien: ¿sientes algo por Christine Pearl?

La pregunta lo cogió desprevenido. Sebastian respiró hondo, era incapaz de mentirle a su amiga, así que pensó cuidadosamente su respuesta.

—Me parece una mujer muy inteligente, una digna adversaria para mí —respondió.

—¿Te atrae? Me refiero a si serías capaz de…

—Jamás permitiría que lo que pueda afectarme una persona fuese un obstáculo para la justicia. Si ella es culpable, y creo que lo es, la llevaré ante los tribunales.

Olivia lo miró a los ojos para cerciorarse de que era sincero, pero como siempre, no encontró ni rastro de falsedad en ellos. Aún así, insistió.

—¿Estás seguro de que tu juicio no se nublará ante sus… encantos?

Sebastian suspiró hondo. Sabía que esa era una posibilidad, ya que no tenía experiencia en aquel nuevo campo que se había abierto frente a sí. Valoró de nuevo su respuesta antes de negar con la cabeza.

—No estoy seguro, pero lo estaré antes de volver a intervenir. Te lo prometo.

—¿Y cómo vas a hacer eso?

—Necesito pensar —respondió ensimismado—. Necesito descansar un poco y pensar. Te daré una respuesta mañana. Mientras tanto, te ruego que inicies los trámites para la citación.

—Está bien. Pero quiero que sepas que, si lo consigo, no podrás estar presente.

—Lo sé.

***

Sebastian durmió todo el día gracias a las bondades del lorazepam. Sin embargo, su sueño no llegó a reconfortarle por completo y, cuando se despertó, seguía cansado. Pero lo peor era que aún no tenía una respuesta que ofrecerle a su amiga. Necesitaba desesperadamente recuperar el control de sí mismo, necesitaba volver a encontrarse con aquella mujer para demostrarle un millón de cosas que habían quedado en entredicho durante su excitante encuentro. Estaba dispuesto a descubrirla, a demostrarle que él era igual de inteligente que ella, o incluso más, y que su intento de distraerle con sus atractivos había sido en vano.

Aunque de aquello último no estaba tan seguro.

Consultó la hora, eran más de las nueve de la noche. Con repentina determinación, se metió en la ducha, se arregló lo más rápido que pudo y salió a la calle apresuradamente, con un propósito claro en su cabeza:

Tenía que ir al *Footsteps*. Necesitaba aclarar las ideas.

CAPÍTULO 19

Afrontando cambios

Salgo del metro y me dirijo a mi *pub* favorito, decidido a ahogar mis diatribas en alcohol. La noche es fría, pero yo no siento más que calor dentro de mí, un calor abrasador que no sé de dónde sale, ni mucho menos, cómo gestionar.

Mi cabeza no ha parado desde anoche. Aún no comprendo cómo me dejé embaucar tan fácilmente. No es propio de mí, sobre todo teniendo en cuenta el tema de conversación. ¡Lo que le gustaba de mí! ¿Cómo se me ocurrió dejarla hablar sobre lo que le gustaba de mí? ¡Estúpido! ¡Absurdo! Pero, como me dice Olivia muchas veces, mi ego me pudo. ¡Claro que quería saber lo que se le estaba pasando por la cabeza! ¿Quién se negaría a que le regalasen un poco el oído?

Yo. Yo debería haberlo hecho; pero caí como un tonto, deseando saber si yo le resultaba tan interesante como ella a mí.

Porque ella es… deliciosamente indescifrable.

Sus ojos miran con una inteligencia fuera de lo común, pero también con una sensualidad que desconocía hasta

ahora. Quizá sea el sentimiento de rivalidad que despiertan en mí lo que me resulta tan atractivo, aunque no puedo negar que son preciosos, que me encienden porque siento que me miran de verdad, que escrutan mi interior sin invadir mi espacio vital, como si esperasen con ansia que yo les permitiera pasar, pero no quisieran sobrepasarse para no provocar que me encierre en mi coraza.

Me habría encantado ser tan capaz como ella, haber respondido a cada uno de sus cumplidos con otro, en lugar de con una frase mordaz o banal. Le habría dicho que sus labios me supieron a miel, a chocolate y a fresas, que me parecieron la cosa más deliciosa de la tierra y que me habría llevado horas libando de ellos. Le habría dicho que sentir su piel bajo mis dedos erizó la mía, que cada roce de la tela de su vestido contra mis piernas me descubrió un universo completamente nuevo y excitante, que sus manos en mi espalda despertaron un sinfín de sonidos en mi pecho que me negué a permitir que mi garganta contara, solo por vergüenza, por esa falta de control que sentí pegado a ella.

Le habría dicho que me había cautivado solo con invitarme a su casa.

Pero no, Sebastian Fairchild no sabe hablar de admiración, ni de sentimientos, ni de pasión. Sebastian Fairchild se comportó como un crío mimado al que le han regalado el juguete más interesante del mundo y pretende demostrar que, por mucho que le haya impactado, él está por encima de ello. Sebastian Fairchild no sabe bajar la

guardia, está demasiado acostumbrado a tener que demostrar que nada le afecta, que es superior a cualquiera.

Es lo que ocurre cuando te han mirado como si fueses un bicho raro toda tu vida.

No puedo evitarlo. Odio sentirme débil, aborrezco la idea de que alguien me lleve ventaja, sea cual sea el tema en cuestión. Y ella se mostró tan resuelta, tan natural, que me dejó totalmente fuera de juego. No estaba cómodo, ella se ocupó de ello a conciencia con el único fin de lograr desviar mi atención. Jugó conmigo para no tener que cumplir con su parte del trato: no se sentía atraída por mí, simplemente estaba intentando que yo me sintiese atraído por ella.

Y lo logró, con creces.

Debe haberse reído a mi costa innumerables veces desde que me marché. ¡El hombre que se vanagloria de ser infalible, de no tener nada que ver con los sentimientos románticos, vencido por una mujer en un abrir y cerrar de ojos! Ella se había informado sobre mí, sabía cuáles eran mis puntos fuertes, me lo dejó muy claro mientras bailábamos; así que urdió un plan para dejarme fuera de juego en el que me dejé enredar. Me dio cebo como si fuera un pez y yo piqué, quedando escandalosamente en ridículo. Y para colmo, me fui con las manos vacías.

Sí, debe estar pletórica.

Obviamente, todas esas artimañas que utilizó conmigo la hacen aún más culpable a mis ojos. Ella es la responsable de

la muerte de esos chicos, de la inconcebible votación de *sir* Patrick y de Dios sabe cuántas desgracias más, estoy convencido. Así que tengo que conseguir su confesión, tengo que terminar con esta red de narcotráfico sea como sea, pero para lograrlo, necesito volver a ser yo, tan frío y distante como siempre.

Necesito olvidarme de lo que esos ojos suscitan en lo más profundo de mi ser.

Entro en el *Footsteps* y me siento en la barra. Tal y como Myriam me ve, se acerca despacio, contoneando sus caderas para provocarme, como siempre. Lo que ocurre es que ella no sabe que esas tretas no surten efecto, no en mí.

Al menos, no hasta hace solo unas horas.

—Buenas noches, cariño —me saluda con una sonrisa deslumbrante—. ¿Lo de siempre?

—No. Hoy me apetece beber en serio.

Myriam me mira extrañada, pero no dice nada. Me sirve una copa de whisky doble con hielo que me termino de un trago, mirándola a los ojos. Pongo la copa sobre la barra y ella vuelve a rellenarla para mí.

—Solo hay dos razones por las que un hombre viene a un *pub* para "beber en serio": problemas de dinero o decepciones amorosas.

—De dinero sigo bien, no te preocupes —respondo mientras vacío el vaso por segunda vez.

—¡Oh! Así que una mujer…

—Yo no he dicho eso.

—Me sorprende, no te lo voy a negar —continúa, ignorando mi afirmación—. Aunque me alegra saber por fin que no eres ajeno a las armas femeninas.

—Al parecer, no —admito, sarcástico.

Vuelvo a poner la copa delante de Myriam, quien me la rellena presta, respiro hondo y vuelvo a vaciarla de un golpe bajo la atenta mirada de mi camarera favorita.

—¿Y? ¿Cuál es el problema? ¿Ella no se siente atraída por ti?

—No estoy seguro. No tengo experiencia en ese campo.

Myriam sonríe, saca otra copa y se sirve un whisky, después de rellenar la mía por cuarta vez.

—A ver, Sebastian, explícate. Creo que será mucho mejor que me cuentes lo que te ronda por la cabeza, en lugar de emborracharte como un imberbe universitario.

La miro a los ojos, no sé si debería hablar con ella de mi condición, pero ahora no tengo a Olivia y, por desgracia, tampoco tengo a nadie más.

—He conocido a alguien que… me saca de quicio —empiezo.

—¡Uy! Con eso ya me has contado el setenta y cinco por ciento de la historia, cariño. —Cuando Myriam ve mi

expresión de desconcierto, se apresura a aclararse—. Cuando alguien nos saca de quicio es porque nos ha calado hondo, Sebastian.

—Puede que así sea —reconozco, bajando la cabeza—. La cuestión es que también me parece una persona muy atractiva, es muy avispada e inteligente, y solo puedo pensar en cómo demostrarle que estoy a su altura. Quiero que me vea, quiero…

—Deslumbrarla —completa Myriam, dejándome estupefacto—. Estoy segura de que eso ya lo has logrado sin necesidad de artimañas. Tienes una personalidad arrolladora, Sebastian, y eres muy inteligente y atractivo.

Así que no era solo mi cuerpo lo que ella deseaba…

—Gracias por el cumplido —me apresuro a añadir.

—No me hagas reír. De sobra sabes lo que despiertas en las mujeres. Yo misma lo he visto aquí, cuando has traído a chicas con tus amigos.

—Yo no me he… fijado —respondo con sinceridad—. Nunca me ha interesado nadie en ese sentido.

—Define "nunca". —Myriam me mira extrañada, está claro que no se lo esperaba.

—Digamos que he tenido la cabeza en otras cosas, cosas que me resultaban mucho más interesantes que mis… reacciones naturales como hombre —respondo, con cuidado de no sonar aún más rarito de lo que ya parezco.

—¿Nunca has tenido un romance?

—No he tenido tiempo para eso, demasiadas incógnitas por resolver, demasiados temas que requerían mi atención absoluta.

—¡Oh! —exclama, abriendo mucho los ojos—. Ahora entiendo entonces por qué no respondías a mis indirectas.

—No, de eso sí que me he dado cuenta —me apresuro a responder, provocando que se sonroje; e inmediatamente, me arrepiento de mi respuesta.

¡Joder! ¡Tendría que haberme callado!

—¡Vaya! ¡No sabía que era tan evidente! —añade, no sé si con pesar.

—No eres tan evidente, es que yo soy tremendamente observador —me apresuro a aclarar—. Pero no es por ti, Myriam, es que nadie llama nunca mi atención. De hecho, hasta hace unos días, yo mismo pensaba que era, ¿cómo decirlo? Asexual, o algo por el estilo, así que no pienses que no eres atractiva, es solo que yo no soy hombre de dejarme llevar por mis instintos.

—Hasta ahora —me interrumpe, con una sonrisa—. Reconozco que es muy raro que, siendo tan popular entre las mujeres, no hayas sentido curiosidad al respecto, ya no eres precisamente un jovencito; pero bueno, tus razones tendrás. ¿A ti te gusta la chica? —Me quedo callado, incapaz de verbalizar la verdad, pero gritándola con mi mirada al parecer, porque Myriam sonríe inmediatamente—. Si tu duda

es si resultas atractivo, la respuesta en un rotundo sí. Y estoy segura de que ella piensa lo mismo.

—Creo que ella se siente atraída por mí, o al menos eso fue lo que quería que creyera. No lo sé, y odio no saber.

—Te hace falta experiencia —añade, mirándome con lástima.

—Yo creo que está jugando conmigo para que desvíe mi atención sobre un caso en el que estoy colaborando con la policía, y lo malo es que lo está consiguiendo.

—¡Oh! ¡Así que ese era el nuevo "trabajo"! —dijo Myriam, sorprendida. Sebastian frunció el ceño y la miró a los ojos, preocupado por haber desvelado más de lo que debería, pero Myriam negó con la cabeza y continuó—. Sí, ya sé que es alto secreto. No te preocupes, no tengo intención de contárselo a nadie ¿Ella es una sospechosa?

—Puede que sí —respondo de manera sucinta.

—¿Y estás seguro que no está realmente interesada en ti, que solo ha intentado llevarte al huerto para divertirse contigo?

—No me ha llevado al huerto, y no se ha divertido conmigo, más bien, a mi costa —admito con amargura.

—Entonces, sácatela de la cabeza, no conviene involucrarse con el enemigo. Si sientes que te ha utilizado será mucho más fácil olvidarte de ella. Tu orgullo te ayudará a apartarla de tu mente.

—No creo que sea tan sencillo, Myriam, sobre todo para mí. Jamás me he sentido así, ella me provoca ganas de callarla, de agarrarla fuerte para que deje de lanzar su hechizo sobre mí y me temo que mi juicio está comprometido. Pero eso resulta muy inconveniente, porque necesito estar lúcido para poder avanzar en la investigación.

—Entonces, céntrate en el caso. Si es culpable, llevarla a los tribunales será tu venganza personal, y en cuanto compruebes que estabas en lo cierto, la olvidarás con facilidad.

—O sea, que solo tengo que lograr desenmascararla para desencantarme por completo —murmuro—. En el momento en que pueda demostrar que mis sospechas son ciertas, la atracción que siento por ella se volverá aversión y podré librarme de esta sensación que me atormenta.

—Hombre, quizá no se volverá aversión exactamente, pero si ella es culpable de un caso grave, te aseguro que te será mucho más fácil olvidar que existe —confirma Myriam.

—Hmmmm, puede que tengas razón. Brindemos —le pido, con una amplia sonrisa en mis labios—. Has sido de gran ayuda, Myriam.

Ambos vaciamos nuestras copas de un golpe y nos sonreímos. Me siento un poco mejor, al menos, tengo un plan; pero entonces…

—No has respondido a mi pregunta —me dice Myriam—. ¿Estás seguro de que no está interesada en ti, sea o no sea

culpable?

—Eeeeh… No —admito.

—Entonces, ¿por qué no le das una oportunidad?

—¿Una oportunidad de qué? ¿Para qué?

—A ver, Sebastian. Me has dicho que nunca te has sentido así, para mí está claro que te encantaría dejarte arrastrar a su puerto para descubrir lo que hay en él, metafóricamente hablando. Pienso que, si lo hicieras, ganarías un poco de esa experiencia que necesitas, y además conseguirías estar totalmente seguro de si ella está involucrada o no.

—¿Y eso por qué? —pregunto, totalmente inocente.

—Porque una mujer se abre cuando está en… intimidad con un hombre. En todos los sentidos.

Me quedo mirándola, apabullado por todo lo que sus palabras implican. Así que Olivia tenía razón, si me dejase llevar, además de disfrutarlo como un condenado, podría averiguar mucho más sobre ella…

No, no puedo hacer eso. ¿Y si me gusta tanto lo que descubro que no puedo separar lo que siento de la verdad?

Pero me gustaría tanto… Dios, tanto…

—No sé qué voy a hacer —digo en voz alta—, no me gusta moverme en aguas desconocidas.

—No tienes que tomar una decisión ahora mismo. Continúa investigando, deja que las cosas lleguen. Solo te

aconsejo que estés abierto a todo, porque, si ella no es finalmente culpable…, bueno…, creo que merecería la pena que probases, aunque solo fuera por explorar.

Esa última afirmación reaviva mi resolución de repente. ¡Pues claro! ¡Es un tema totalmente desconocido para mí porque me era ajeno hasta ahora! Puede que me resulte útil adentrarme un poco en el sutil manejo de la seducción, aunque solo sea para mejorar mi percepción del entorno…

—Hmmm… Interesante —me limito a decir. Sin embargo, mi expresión ha cambiado, una sonrisa asoma a la comisura de mis labios y mis cejas han dejado de estar alineadas con mis ojos. Myriam sonríe con picardía, rellena las copas de nuevo y alza la suya para hacer un brindis.

—Por el amor, Sebastian.

—Por la guerra —respondo, alzando una ceja sugerente.

—¿Hoy no vas a ver a Miles? Está ahí detrás, con los…

—No quiero saber nada de nadie más hasta que logre avanzar en el caso, aunque puede que necesite que Miles me aclare ciertos detalles dentro de unos días, pero no antes de haber descartado un par de cosas. Hechos, eso es lo único que quiero.

—Eres muy raro, Sebastian, pero eso te aporta encanto —me dice Myriam, mirándome como si estuviese hablando con un extraterrestre.

—No sabes cuánto te agradezco todo lo que me has dicho. Ahora sé perfectamente cómo debo actuar con esa chica.

—¿Y cómo, si puede saberse?

—Derrotándola en su propio terreno. Esa será la mejor manera de vengarme de ella.

CAPÍTULO 20

Interrogatorio

¡Así que el señor Fairchild se ha venido arriba después de lo que pasó la otra noche! ¡Un interrogatorio! ¿Pero qué se ha creído este hombre? ¡Qué descaro! ¿No tuvo suficiente con lo que ocurrió entre nosotros que ahora se propone dejarme en ridículo, llevándome a comisaría? Pues no pienso darle ese gusto.

—Lo siento, señor Glover, pero no pienso someterme a un interrogatorio en comisaría. No voy a dejarme ver entrando en sus dependencias como si fuese una sospechosa, solo porque creen que tienen algo contra mí —respondo, agarrando con fuerza el auricular del teléfono.

—Comprendo su renuencia, señorita Pearl, pero no vendría en calidad de acusada. Solo necesitamos que nos aclare una serie de puntos sobre su investigación —dice el tal Cillian Glover de narcóticos, al otro lado del teléfono.

—Pues para eso no es necesario que me lleven a comisaría. Entiendo de leyes, señor Glover, tengo un máster en derecho empresarial. Si desea interrogarme sobre mi trabajo, puede venir a visitarme a la planta y estaré encantada de atenderle.

El agente finalmente cede a mi petición, así que termino la llamada con rapidez y me dispongo a salir inmediatamente hacia mi despacho. Pero esto no va a quedar así.

¿Quién se ha creído Sebastian que es? Primero se cuela en mi planta a meter las narices donde no le llaman, por no mencionar que también se coló en mi fiesta para acusarme de envenenar a Patrick y, no contento con eso, después de dejarme en ridículo en mi propia casa, ¡me lanza a sus sabuesos! ¿Pero qué es lo que se le ha pasado a ese hombre por la cabeza? ¡Envenenar a Patrick, por Dios! ¡Si supiera la verdad! ¡Si supiera lo que Patrick quería…!

No puedo permitir que descubra nada más, no quiero verme envuelta en un lío. Lo que debería hacer es denunciarlo por allanamiento, tendría todas las de ganar y lograría que dejase de perseguirme; pero no, no voy a hacerlo.

No voy a hacerlo porque… no puedo quitármelo de la cabeza.

Dios… Es tan *sexy*, tan inteligente, ¡tan locuaz! Irresistible, esa es la mejor palabra para definirlo. Pero claro, se ha empeñado en meterme en la cárcel, así que es imposible que se sienta atraído por mí. Solo puede verme como a una criminal, como a una asesina o qué sé yo. Aunque tengo que reconocer que esa "pequeña" dificultad lo hace aún más atractivo a mis ojos.

Deseo con todas mis ganas que sucumba a lo que empezó a sentir mientras bailábamos, porque estoy segura de que sintió muchas cosas entre mis brazos. Lo sé, sé cuándo despierto interés en un hombre, y Sebastian estaba completamente entregado. Sus besos hablaron más alto y más claro que sus palabras, la forma en

la que me tocaba me encendía, pero a él lo encendía aún más, y sé que estaría dispuesto a llevarme a su cama sin dudar… Si no estuviese tan empeñado en demostrar que lleva razón.

No la lleva, al menos no como él cree…

¡Maldito Sebastian Fairchild!

***

Sentado en comisaría, Sebastian no dejaba de tamborilear con sus dedos sobre el escritorio. Cinco minutos después, se levantó de un salto, asustando a Olivia, y empezó a caminar arriba y abajo de su despacho, nervioso como un estudiante antes de un examen importante.

—Acaban de llegar, no tendremos noticias hasta dentro de un rato —dijo Olivia, intentando que se calmase.

—¡Ya lo sé! —exclamó enfadado—. ¡No soy idiota!

—Pues si lo sabes, deberías intentar calmarte.

—¡No puedo calmarme! No puedo calmarme porque estoy seguro de que el interrogatorio va a ser una pérdida de tiempo y solo va a servir para ponerla a ella aún más en guardia. Además, con lo que habéis tardado en conseguir la aceptación del departamento, seguro que ella ya se ha deshecho de toda evidencia. Tendremos que empezar de cero, eso si es que aún hay algo por lo que empezar…

—¡Hemos tardado dos días! ¿Qué esperabas? —alegó Olivia en su defensa.

—¡Nada! —Sebastian se giró hacia ella con sus ojos ardiendo de rabia—. No esperaba nada. Por eso prefiero hacer las cosas a mi manera, Scotland Yard es como una tortuga, con tantos protocolos y papeleo que rellenar. ¡Si fuera detective privado, no se me escaparía ni un solo criminal!

—Pues mira por dónde, quizá hayas encontrado por fin una vocación —lo cortó Olivia—. Así dejarías de incordiarme a mí y le darías una alegría a tus padres.

Sebastian entrecerró los ojos, dolido por el ataque frontal.

—Pues quizá lo haga, solo para demostrarte que llevo razón.

La pugna no continuó. Ambos permanecieron en silencio durante lo que les pareció una eternidad. Más tarde, un sargento trajo café para ambos e indicó que aún no había noticias, suscitando una desesperación aún mayor en Sebastian. Sin embargo, se mantuvo en silencio, no quería que Olivia continuase soliviantándolo con sus comentarios incisivos. Se limitó a continuar yendo de arriba a abajo del despacho, asomándose a la ventana de vez en cuando para intentar relajar su inquietud.

En vano.

—Me cuesta tanto creer que una mujer consiga sacarte de tus casillas tan fácilmente —apreció Olivia, quien también estaba nerviosa ante las consecuencias de aquel atrevido movimiento.

—A mí también. Por eso necesito saber el resultado del interrogatorio, necesito estar seguro por completo de que ella es la persona que buscamos; solo entonces podré actuar en consecuencia.

—No vas a hacer nada, no puedes intervenir…

El resto de su alegato se vio interrumpido por el sonido de su teléfono. Olivia se apresuró a agarrar su móvil, deseando salir de dudas.

—Ponlo en manos libres, quiero oír de primera mano lo que sea que Cillian haya averiguado.

Olivia asintió, aceptó la llamada y pulsó el botón de altavoz.

—Abberline —respondió.

—Acabamos de salir de la planta química —se escuchó la voz de Cillian al otro lado.

—¿Y bien?

—Esa mujer está totalmente limpia, Olivia.

Sebastian respiró hondo, frunció el ceño aún más de lo habitual y se giró para mirar por la ventana y así evitar que Olivia fuese consciente de su frustración.

—¿Estás seguro? ¿Habéis entrado en los archivos?

—Lo hemos registrado todo, los experimentos están en regla y las partidas de producto, controladas. Nada ha salido de ahí sin autorización, y mucho menos, la BPCP. Los resultados hasta ahora mismo son inciertos, así que la producción ha sido desechada. He interrogado también al encargado de la investigación del compuesto, un tal Charles Bloodworth, y ha sido especialmente puntilloso a la hora de explicar cómo va avanzando el proceso de investigación y

cómo se han eliminado todos los residuos de la sustancia. Está todo en orden, me temo.

—Eso es porque no veis más allá de vuestras narices —dijo Sebastian en voz baja, aunque lo suficientemente clara para que Cillian lo oyese.

—Sebastian, yo soy el primer interesado en encontrar una pista para resolver mi situación y te aseguro que hemos sido muy minuciosos —apuntó Cillian.

—Tendré que ir yo mismo —murmuró Sebastian.

—¡Tú no vas a hacer nada! —gritó Olivia.

—¡Tenemos que hacer algo! ¿No lo veis? —exclamó Sebastian, exasperado—. La BPCP se está distribuyendo, ¡es un hecho! ¿Vais a esperar a que muera más gente? ¿O a que las decisiones del estado queden en manos de cualquier indeseable otra vez?

—Puede que alguien haya copiado la fórmula y esté distribuyéndola sin que Boosting Chemistry lo sepa —se aventuró Olivia.

—¡Por favor, no seas inocente! —escupió Sebastian con desdén—. Has estado allí conmigo, has visto cuánta seguridad había…

—Seguridad que no sirvió para detenerte.

Sebastian enarcó una ceja y la miró con condescendencia.

—Es mucho más probable que nuestros cadáveres fueran inoculados con ese mismo químico que vimos allí en grandes

cantidades que pensar que haya alguien emulando la investigación, Olivia.

—¿Entonces me estás diciendo que *lady* Pearl miente? —preguntó Olivia.

—¿Habéis encontrado la carpeta que os pedí? ¿Esa que se llamaba "Marcados"? —preguntó Sebastian a Cillian, que se había quedado en silencio mientras los escuchaba.

—En ningún equipo, ni siquiera en el ordenador personal de *lady* Pearl —respondió Cillian, apesadumbrado.

—¿Lo ves? ¡La ha eliminado de su portátil! ¡Pero esa carpeta existe, yo la he visto, y solo puede estar en un sitio! —exclamó Sebastian, dirigiéndose a la puerta a toda velocidad.

—¡No puedes volver a entrar en su casa, Sebastian! ¡Acabarás en la cárcel, o algo peor! —exclamó Olivia, corriendo tras él.

—Es ella o yo —respondió Sebastian, deteniéndose de golpe—. Y te aseguro que no tengo ninguna intención de dormir entre rejas.

CAPÍTULO 21

Mentiras

Salió a la calle apresuradamente, loco por sorprenderla. Sebastian estaba desquiciado, sentía que el caso se les escapaba entre los dedos debido a la lentitud e ineptitud de la policía, debido también a su propia incapacidad para lidiar con la principal sospechosa. Tomó un taxi, le dio la dirección de la casa de Christine y se sentó en el asiento trasero, cada vez más nervioso.

Durante la media hora larga que duró el trayecto, Sebastian siguió atando cabos, y de repente, una duda le asaltó. Por primera vez desde que conoció a Christine pensó que quizá se había precipitado, que se había obcecado en centrarse en ella debido a lo indefenso que se había sentido frente a aquella magnífica mujer, y que había descartado otros factores que podrían ser también una opción plausible.

«Quizá es que, ahora que voy a encontrarme con ella, ahora que sé que la policía no ha encontrado ninguna prueba incriminatoria en la planta, estoy dando prioridad a la esperanza de que sea inocente. Quizá no estoy siendo objetivo porque me encantaría que ella no estuviese involucrada para poder adentrarme en ese huerto al que

no me dejé llevar», pensó en primera instancia; pero entonces recordó su visita a la planta, recordó que el comportamiento de Charles Bloodworth le había parecido de lo más inusual, que se había negado abiertamente a hablar sobre la investigación de la BPCP en concreto, distrayéndolos con temas que no venían al caso. Teniendo en cuenta esa información que había relegado a un segundo plano, se permitió valorar otras opciones.

Estaba claro que la sustancia salía de la planta de Boosting Chemistry, pero era posible que Christine no fuese conocedora de lo que estaba ocurriendo en ella; sin embargo, a Sebastian le resultaba extraño que la directora de la empresa no estuviese al corriente de todo. Aunque, por otra parte, también era factible que algún trabajador de la empresa, que tuviese acceso al compuesto, lo hubiese robado para venderlo al mejor postor, incluso el propio Charles Bloodworth podría haberlo hecho.

En realidad, y pensándolo mejor, había muchos trabajadores implicados, demasiados. No podría investigarlos a todos, no sin pruebas, así que descartó lo menos probable y se centró en las figuras principales, las que realmente podrían tener acceso a personas como *sir* Patrick.

Pero claro, para llegar al fondo de todo el asunto, tendría que averiguar si el señor Bloodworth estaba tan bien relacionado como Christine, tendría también que investigar a toda la plantilla con acceso directo al compuesto, verificar sus cuentas, sus viajes más recientes…, ¿pero cómo? ¡Él no tenía poder para hacer eso! Y después del desastre de aquella tarde, Scotland Yard no volvería a

facilitar una irrupción en la actividad de la empresa bajo ningún concepto…

Demasiadas incógnitas, demasiadas opciones. Lo único que podía hacer para llegar a alguna conclusión válida con rapidez era conseguir la información directamente de la fuente principal. Tenía que detener lo que estaba ocurriendo antes de que muriera alguien más.

Tenía que conseguir que Christine le contase lo que sabía.

De nuevo, la duda de si sus sentimientos influirían en su juicio lo asaltó. Rogó internamente que ella le ofreciese una explicación lo suficientemente convincente para quedar totalmente fuera de sospecha, porque, a juzgar por el estado de tensión en el que estaba sumido en aquel momento, con solo pensar que iba a volver a verla después de cómo se habían despedido hacía unos días, Sebastian supo que no estaba al cien por cien de sus cualidades deductivas.

La deseaba demasiado.

Decidido, empezó a urdir una forma de entrar en su casa en primer lugar, y de conseguir que ella bajase la guardia en segundo. Después de haber enviado a Scotland Yard a su planta, y sabiendo que ella habría deducido que estaban allí por su culpa, Christine debía estar muy enfadada con él. Momentáneamente, se deleitó con ese pequeño triunfo, imaginando la expresión de sorpresa y disgusto que habría puesto Christine cuando recibió la llamada de Cillian, y ese pensamiento fue el que le dio la idea:

«Le ofreceré mis disculpas, fingiré que estoy desolado por haberme obstinado en culparla a ella, pero insistiré en que hay alguien implicado en su empresa. Así le estaré facilitando que me cuente una historia, que espero que sea verdad, pero que independientemente de su veracidad, me proporcionará la información que necesito para descartarla por completo como sospechosa o para enviarla definitivamente a la cárcel. Cuando me explique su versión, podré tomar una decisión. Y espero que sea la correcta».

Sebastian recorrió el último tramo del viaje mucho más animado, ahora que tenía un plan. Cuando el taxi se detuvo frente a la verja que ya conocía, se bajó presuroso y se preparó para sorprenderla; pero algo llamó su atención, algo con lo que no contaba y que lo puso inmediatamente en alerta.

«Demasiada luz para estar sola», pensó preocupado.

De repente, un torrente de imágenes vino a su mente. Primero pensó que podría estar dando una fiesta, con lo que su irrupción no causaría el efecto deseado; pero rápidamente descartó esa idea y sus pensamientos se volvieron más lúgubres: si como sospechaba, alguien más en Boosting Chemistry estaba involucrado, ese alguien podría haberse puesto nervioso tras la visita de Scotland Yard aquella misma tarde, podría haberse citado con Christine para amenazarla, o incluso podría intentar tomar represalias…

Sebastian cruzó la verja, que inesperadamente se abrió a su paso sin necesidad de tener que llamar, y cubrió los más de veinte metros de baldosas que le separaban de la casa con largas zancadas,

apremiado por una urgencia abrumadora. Algo no iba bien, estaba seguro de ello.

Llamó a la puerta insistentemente, presa del pánico, y cuando el ama de llaves salió a recibirle, él entró al vestíbulo, ignorando sus palabras.

—Señor Fairchild, no puede pasar, la señorita Pearl está reunida…

—¿Dónde está? —exclamó, visiblemente preocupado—. ¡Está en peligro!

—Pero señor Fairchild, ella no…

No escuchó el resto, no podía. Deseaba irrumpir en el jardín trasero, donde claramente se estaba desarrollando la acción, a juzgar por la iluminación que entraba a la casa desde allí. Quería sorprender a quien fuera que estuviera con ella, tenía que ayudarla…

Abrió las puertas francesas que daban paso desde el salón al jardín, listo para pillar a quien fuese por sorpresa, pero fue él quien quedó profundamente sorprendido al contemplar la escena que discurría frente a sus ojos en aquel lugar idílico donde la había besado hacía solo unos días.

Christine estaba de pie, vestida con un vaporoso traje rosa pálido que contrastaba armoniosamente con su bronceada piel. Iba maquillada como si fuese a asistir a una de sus fiestas, con su dorada melena recogida en un moño italiano que dejaba algunos mechones sueltos en torno a su rostro, ofreciendo una imagen profundamente impactante a ojos de Sebastian. Sostenía una esbelta copa del cristal más fino entre sus dedos, llena de vino

blanco, según pudo apreciar a la distancia que se encontraba, y lo miraba a los ojos sorprendida y visiblemente molesta.

La honda impresión que causó aquella arrebatadora figura en Sebastian se esfumó de inmediato para dar paso a un descomunal desengaño al darse cuenta de que, evidentemente, ella no se había vestido así para él, como había ocurrido algunas noches atrás, sino que había elegido aquel *look* tan atractivo y rompedor para tener una cena a solas… con Charles Bloodworth.

Charles estaba sentado en un amplio sofá que se había dispuesto en el jardín para favorecer un encuentro más íntimo, con una copa idéntica a la de Christine en su mano, y lo miraba con desinterés, aparentemente poco sorprendido con su aparición. De hecho, parecía no importarle en absoluto que él estuviera allí, puesto que un segundo después, tomó un largo trago de su copa con una calma envidiable.

—¿Cómo te atreves a venir a esta casa después de todo lo que has inventado sobre mí? —preguntó Christine. Su tono de voz, aunque impasible, no conseguía ocultar del todo su irritación.

—Buenas noches, *milady* —empezó Sebastian, intentando ganar tiempo para recuperar su compostura—. Pues, en realidad venía a disculparme por el tremendo error que creía haber cometido al enviar a Scotland Yard a investigarla; sin embargo, a la luz de los nuevos acontecimientos que estoy presenciando, me temo que he de reprimir mi deseo de hacer las paces con usted. Debo volver a dudar de mis deducciones una vez más, no deja usted de sorprenderme.

Sebastian volvió a hablarle de usted, incapaz de tutearla en aquella situación tan embarazosa, y delante de otro posible sospechoso. Estaba rígido, buscando la mirada de ambos con avidez a la espera de algún tipo de reacción, deseando tener una base sobre la que conjeturar; sin embargo, un silencio atronador fue lo único que obtuvo por respuesta, además de la mirada encendida de furia que Christine le lanzaba ante su descaro.

—Está claro que todo lo que la rodea es una farsa, señorita Pearl —continuó, intentando forzar alguna respuesta—. Se esconde tras un telón desde el que maneja a todos los demás, convirtiéndonos en marionetas con las que usted puede jugar a su antojo, acostumbrada como está a conseguir todo lo que se propone. Aunque lamento decirle que conmigo ha dado usted con la horma de su zapato, yo no suelo hacer lo que se espera de mí —terminó con aire de superioridad.

—¿Se puede saber de qué estás hablando, Sebastian? —preguntó Christine, cada vez más confusa.

—¿Quiere saber de qué hablo? Hablo de la función que montó el otro día su esbirro, aquí presente, intentando en todo momento obstaculizar mis pesquisas, gracias a Dios, sin éxito. Hablo de la pantomima que representó usted conmigo, no hace ni una semana, haciéndome creer que se sentía atraída por mí solo para desviar mi atención sobre el caso, cosa que, evidentemente, la hace aún más culpable a mis ojos. Aunque ahora veo que no estaba sola en esto, ha encontrado usted al cómplice ideal, *lady* Pearl, al encargado de la producción de la BPCP, a quien seguro habrá seducido, como a tantos otros —escupió Sebastian con desdén.

—Sebastian, creía que ya habías ido demasiado lejos esta mañana, pero veo que tu estupidez no tiene límites —respondió Christine, mirándolo con un profundo odio en sus ojos—. Está claro que tu fama, como dije, es solo eso: fama. Y ahora debo rogarte que te marches a casa, antes de que te conviertas en el hazmerreír de la noche.

Sebastian contuvo sus deseos de responder a sus insultos, de gritarle para lograr que se callase, de agarrarla y zarandearla para que confesase de una vez la verdad; en su lugar, alzó el mentón y se preparó para asestar el golpe final.

—Había venido hasta aquí para averiguar, de una vez por todas, el papel que juega usted en todo este asunto, pero como acabo de confirmar mis sospechas, no tengo nada más que añadir. Me voy, por supuesto que me voy, pero no a casa, sino directamente a Scotland Yard para presentar una denuncia contra usted y el señor Bloodworth por distribución ilegal de sustancias estupefacientes. Caso resuelto.

Sebastian giró sobre sus talones y empezó a caminar de vuelta a la casa, desconsolado por las innegables implicaciones que conllevaba aquella reunión a la luz de las velas; pero no se había alejado más de diez metros cuando la voz del señor Bloodworth interrumpió sus pasos.

—Caballero, no diga tonterías —empezó Charles—. Aquí nadie está distribuyendo sustancias de ninguna índole, mucho menos, ilegalmente. Ya le expliqué a la policía esta tarde que toda la producción de la BPCP, que parece que es la sustancia de la discordia, se ha eliminado conforme a los más rigurosos y

específicos métodos de tratamiento de residuos y que sigue en desarrollo porque aún no está terminada. Ninguna dosis ha salido de la planta sin autorización, así que haga el favor de calmarse y de dejar de lanzar conclusiones sin fundamento a diestro y siniestro.

Sebastian volvió a acercarse a la pareja, encantado con la provocación.

—¿Hay alguna otra afirmación en la que me haya equivocado, señor Bloodworth? —preguntó con sarcasmo en su voz.

—Sebastian, estás poniéndote en evidencia —murmuró Christine, pero Sebastian hizo caso omiso de su advertencia.

—Yo no soy cómplice de *lady* Pearl, ni ninguna otra cosa más que el gerente de la planta de Boosting Chemistry. Aunque a usted le parezca increíble, un hombre y una mujer pueden reunirse para tener una conversación sin que ello implique… algo más —apuntó Charles, dejando claro que él estaba al corriente de sus devaneos con Christine—. Aunque, a la vista de su evidente ataque de celos, creo que esa opción no entra en su imaginario personal.

—Yo no estoy diciendo que…

—Señor Fairchild, aunque ha resultado ser usted un astuto embaucador, como detective deja muchísimo que desear. Soy amigo de la familia Pearl desde hace años, y además trabajo codo con codo con la señorita Pearl en sus investigaciones, de las que creo que sí está usted al tanto. Quizá, si hubiese hecho mejor su trabajo, no estaría tan sorprendido de encontrarme tomando una copa con mi jefa un jueves por la noche.

Abrumado por el evidente ridículo en el que estaba quedando, Sebastian frunció el ceño y miró a Christine, deseando que ella dijese algo para resolver aquella incómoda situación.

—No puedo creer que pongas mi integridad o la de mi gerente en entredicho con tanta ligereza —pronunció Christine finalmente—, aunque no sé de qué me sorprendo. Has irrumpido en mi casa una vez más sin ser invitado, demostrando el poco respeto que me tienes; pero siento decirte que, de nuevo, estás equivocado.

—Así que vuelvo a equivocarme… —Sebastian se giró hacia ella, dejando de prestar atención al señor Bloodworth, loco por obtener algún tipo de confirmación de que estaba en lo cierto. Empezó a avanzar hacia donde ella estaba de pie, muy despacio, intentando resultar imponente; pero por dentro hervía de rabia… Y de deseo—. Según tú, no dejo de cometer errores desde que te conocí…

—Las deducciones que has hecho sobre mí son todas erróneas —respondió Christine, altanera.

—¡No mientas! —explotó Sebastian de repente—. ¡Estás defendiendo a este hombre descaradamente! ¿Eso qué quiere decir? ¿Que estáis juntos en esto? ¿O es que lo estás utilizando para tus propios planes, Christine? —escupió Sebastian, lleno de furia—. ¿A cuántos hombres necesitas seducir para salir airosa y seguir adelante con tus maquinaciones? ¿Cuántos hemos pasado una encantadora velada en esta mansión, a solas contigo?

Sebastian seguía avanzando hacia ella fuera de control, totalmente cautivado por su mirada, por la fragancia que emanaba de su cuello, por cómo aquel vestido casi transparente ceñía sus

voluptuosas curvas sin pudor. Ya se había olvidado de que había otro hombre presente, solo tenía ojos para ella.

—¿Cuántos hemos caído rendidos a tus pies anhelando un beso de tus labios? —Su voz bajó de tono dramáticamente al sentirla tan cerca. Sebastian intentaba desesperadamente sonar amenazante, pero su ardiente deseo por ella dejaba al descubierto su debilidad—. ¿Qué eres tú, Christine? ¿Una viuda negra tejiendo su red en torno a mí? ¿Una mantis religiosa, dispuesta a devorarme en cuanto me descuide?

—Estás… celoso —susurró Christine para que Charles no la oyera —. No puedo creerlo, pero estás celoso.

Sebastian abrió los ojos, sintiéndose aún más vulnerable de lo que ya lo estaba. ¡Ella tenía razón! ¡Eran sus celos los que hablaban! ¿Pero por qué? ¿Celoso él? ¿Solo porque había compartido unas horas con aquella mujer enigmática y maravillosa que le había hecho sentir… especial?

—Yo no estoy celoso de nadie —gruñó a la desesperada.

—No es lo que piensas, te lo aseguro —continuó Christine en voz baja—. Charles está aquí por otro motivo… —Christine, segura de repente de lo que haría a continuación, desvió su mirada de los ojos ardientes de Sebastian para mirar a Charles—. Charles, querido, te ruego que nos dejes solos. Terminaremos nuestra reunión en otro momento, ahora hay un asunto que requiere de mi inmediata atención.

Charles masculló una débil excusa y se escabulló con prisa a través de la puerta del salón, dejándolos por fin a solas. Sebastian ni

siquiera se giró para comprobar si se había marchado, no podía quitar los ojos de Christine. Estaba enfadado, herido, pero también tremendamente excitado.

En el momento en que Christine se aseguró de que estaban solos, volvió a mirar a los ojos a Sebastian. Estaba disfrutando enormemente de los celos de aquel hombre que la hacía sudar incluso en aquella noche tan fresca. A sabiendas de que tenía la partida ganada, Christine decidió explicarle a Sebastian lo que ocurría, deseando que se rindiera a sus sentidos de una vez por todas.

—Charles viene una noche a la semana a visitarme, ya sabes que jamás mantengo una reunión de negocios si no es de etiqueta, por eso voy vestida así —empezó—. Él es mi persona de confianza en la empresa, quien me pone al día de cómo se desarrollan nuestros experimentos y sobre todos los detalles químicos, de los que no te voy a hablar, a riesgo de aburrirte hasta la desidia. Charles no es ninguna conquista, Sebastian, no me dedico a conquistar hombres, y lamento profundamente que te hayas llevado esa impresión de mí.

Mientras ella hablaba, Sebastian se había ido acercando cada vez más, sopesando cada una de sus palabras con esmero para poder dilucidar si mentía o decía la verdad. Muy a su pesar, se dio cuenta de que su mente había sucumbido hacía un buen rato a los encantos de Christine, por lo que sus afirmaciones solo retumbaban en su cabeza como palabras sueltas sin sentido.

Cuando se encontraba a menos de medio metro de ella, irremisiblemente atraído por aquella voz preñada de sensualidad, seguía escuchándola conteniendo su ira, pero hipnotizado por sus

labios, y solo podía pensar en apoderarse de ellos y hacerla callar de una vez. Christine había ido retrocediendo poco a poco, intentando que él la escuchase, hasta que su espalda chocó contra el helado cristal de la puerta del invernadero, provocando que diese un respingo de sorpresa.

—Sebastian, por favor, créeme —le rogó, mirándolo a los ojos con sinceridad—. Yo no tengo nada que ver con la distribución ilegal de ninguna sustancia, soy una empresaria, no una narcotraficante.

—No puedo creerte —murmuró Sebastian, prácticamente sobre sus labios—, no puedo porque no dejas de jugar conmigo. Mírame, mira cómo me tienes. Has permitido que me hiciera ilusiones, y sin embargo…

—He sido completamente honesta contigo —lo interrumpió en un murmullo—. No creo que sea necesario que vuelva a explicarte cuáles han sido mis intenciones desde el principio…

—Quizá, sí —se atrevió, exhalando su aliento sobre los labios de Christine, provocando que ella se consumiese de deseo en un par de segundos.

Obnubilada por la mirada de su adversario, por el dulce aroma de su aliento sobre sus labios, Christine decidió que ya era hora de olvidarse de su estúpida rivalidad.

—Yo… quería… Me resultas increíblemente atractivo, solo quería conocerte mejor antes de…

—¿Antes de qué, Christine? —Su voz sonó rasposa, gutural, como si saliese de lo más profundo de su garganta. El deseo afloraba sin contención alguna a través de sus labios, por mucho que él se

empeñaba en evitarlo. Rendido ante la evidencia, Sebastian se acercó un poco más, tanto que a ambos les fue imposible no jadear ante el inminente y deseado choque de sus labios—. ¿Antes de besarme?

Y ya no pudo más.

CAPÍTULO 22

El invernadero

Sin pensarlo dos veces, Sebastian la agarró por las muñecas y la empujó contra la cristalera del invernadero. Su respiración agitada se fundió con la de Christine mientras se devoraban con los ojos, sus labios entreabiertos, enormemente necesitados de sentir los del otro.

—Me estoy volviendo loco —susurró Sebastian, totalmente entregado—, no soy yo mismo desde que te conocí. Bésame, ahora, o acabaré perdiendo la razón.

Cautivada por aquel derroche de fervor, Christine acercó sus labios a los de Sebastian y se fundió en un ardiente beso con él. Apremiante, Sebastian dejó escapar un gruñido de su pecho y la besó con furia, desatando toda la pasión que había mantenido a raya con dificultad desde que la tuvo por última vez entre sus brazos. Ella respondió indefensa a aquel ataque tan excitante, abriendo su boca para que la lengua del hombre que tanto anhelaba pudiese explorarla a placer. Y aquel gesto de rendición lo hizo hervir de impaciencia.

Sebastian soltó sus muñecas despacio para poder tomarla por los pómulos y así profundizar aún más en su boca, poseído por el deseo más elemental. Sus manos se deslizaron más tarde hacia los hombros femeninos, acariciando sus brazos descubiertos con avidez hasta llegar a su cintura, a la que se aferró para atraerla hacia sí, mientras continuaba besándola con fruición.

Completamente rendida a sus caricias, Christine se olvidó de dónde estaban, se olvidó del servicio, de Charles y de todo lo que no fueran los besos de Sebastian. Sus brazos se enlazaron tras su cuello, sus dedos se enredaron en su oscuro y rizado cabello, acercando aún más su cabeza hacia sí. No quería que él se separase de ella, no quería que aquel momento tan deseado terminase nunca.

—Sebastian… —susurró en trance—, llévame dentro.

Aturdido, se separó de sus labios con dificultad para mirarla a los ojos y terminar de entender qué pretendía ella con aquella petición. Al comprobar que el anhelo brillaba en sus ojos, Sebastian la alzó en brazos y, sin dejar de besarla, entró en el invernadero. Ella se acurrucó contra su pecho, como si de un animalillo indefenso se tratase, pero se ocupó de morder aquellos labios divinos con fervor para mantener viva la pasión.

Sebastian esperó unos segundos a que sus ojos se acostumbrasen a la penumbra, dio un rápido vistazo alrededor y enseguida localizó un amplio sofá que ocupaba una gran parte del interior de la balaustrada ornamental que rodeaba la preciosa construcción. Sin dudar, se dirigió con ella hacia él y la depositó en el suelo frente a sí. Al volver a contemplar sus ojos encendidos de

deseo, Sebastian tragó saliva, separó sus labios y se acercó a su oído.

—Christine, te… necesito —musitó—. Necesito tenerte ahora mismo, necesito volver a ser dueño de mí mismo… No sé qué me has hecho, solo sé que no puedo seguir así… No puedo esperar más…

Christine se derritió al escuchar aquella voz tan varonil deshecha de necesidad y, sin mediar palabra, le quitó el abrigo, que dejó caer al suelo, y empezó a desabrochar su chaqueta botón a botón, mirándolo desafiante. Cuando la estructurada prenda salió de la ecuación, ella pudo regodearse en la impresionante visión de los amplios hombros masculinos, ceñidos por una camisa que dejaba poco a la imaginación. Se retiró un paso para poder contemplar el cuerpo de Sebastian mientras él se quitaba la corbata. La visión provocó un incendio en su interior y se mordió los labios para intentar controlar su deseo y no lanzarse sobre él de inmediato. Quería que él tomase la iniciativa, así que, con sus ojos oscurecidos por la lujuria, Christine se dio la vuelta para dejar la cremallera de su vestido al alcance de sus manos.

—Desnúdame —murmuró.

Sebastian gimió ante la sugerente petición y, sin dudar un segundo, deslizó la larguísima cremallera que llegaba desde el escote de su espalda hasta el principio de sus glúteos, dejando a su paso una estela de deliciosas caricias que recorrieron la espalda ya desnuda de Christine, haciéndola suspirar. Bajó los tirantes con delicadeza, rozando con sus dedos los hombros femeninos, hasta

que el vaporoso vestido cayó al suelo y, sujetándola por la cintura, la obligó a girarse hacia él.

Durante unos segundos, Sebastian se recreó en su esbelta figura, en el exquisito conjunto interior de seda casi transparente, y no pudo evitar volver a gemir ante aquella paradisíaca visión.

—Dios mío…, eres preciosa —susurró sin darse cuenta, profundamente excitado.

Christine ardía bajo aquella mirada escrutadora, deseaba que él la tomase inmediatamente y lo miraba insinuante, provocativa. Para agilizar el proceso, se desabrochó el sujetador con rapidez, dejando sus pechos desnudos a la vista del inexperto detective. Sebastian no pudo evitar abrir los ojos y la boca, admirando el erótico espectáculo que se desarrollaba frente a él y, cegado por la pasión, se lanzó sobre su cuerpo para volver a besarla con una avidez casi animal.

Sin separarse ni un solo milímetro, se deshizo de su camisa, la cual lanzó lejos con prisa, y volvió a acariciar el cuerpo femenino, empezando por la cintura, pudoroso, para ir subiendo palmo a palmo hasta aquellos pechos tentadores que se erguían desafiantes contra el suyo. Consumido por la anticipación, llegó con sus dedos hasta el codiciado objetivo y, con un sollozo de impaciencia, los tomó con delicadeza entre sus manos.

—Oh, señor… —masculló entre sus labios—. Christine, eres deliciosa…

—Necesito piel, Sebastian, quiero tocarte…

—Tócame —gruñó—, haz lo que quieras conmigo.

Christine se apresuró a desabrocharle el cinturón, el botón del pantalón y empezó a bajar también su cremallera; momentáneamente, Sebastian se tensó, pero enseguida se olvidó de su pudor para pegarla a su cuerpo. Christine gimió al sentir la piel caliente sobre la suya y apretó sus caderas contra su pujante erección, arrancando un suspiro de placer de los labios de su amante.

Entonces, Sebastian se detuvo.

—Yo… Christine, yo nunca…

—¿Nunca has estado con una mujer? —preguntó con la mayor naturalidad, besándolo despacio. Sebastian negó con la cabeza para confirmar sus dudas.

—Nunca he estado con nadie, de ninguna forma —confesó, profundamente avergonzado, ahogando su angustia con desesperación en la boca de ella.

—Pues me alegra saber que yo voy a ser la primera —susurró Christine, intentando reconfortarle con sus caricias a lo largo de su espalda—. No te preocupes, déjate llevar.

Sebastian asintió con sus ojos cerrados y, para mostrar su conformidad, deslizó sus dedos a lo largo de los costados de Christine hasta llegar a sus braguitas, de las que empezó a tironear con un movimiento rápido de sus dedos. Acompañó la delicada prenda a lo largo de los muslos femeninos hasta que esta alcanzó sus tobillos y se deshizo de ella mientras besaba sus piernas con devoción, rememorando en su mente la primera vez que las vislumbró a través de la abertura de su vestido color champán. Al

volver a erguirse, fue Christine la que se ocupó de eliminar con presteza el resto de su ropa y, tras desnudarlo por completo, ella se reclinó en el sofá, no sin antes deleitarse con el escultural cuerpo de Sebastian.

—Me gustas mucho, Bash —admiró sin vergüenza, provocando que Sebastian enrojeciese. Entonces, Christine se detuvo en su erección, que se elevaba dura y desafiante, y no pudo evitar lanzarle una mirada incendiaria, loca por sentirlo dentro de sí—. Ahora soy yo la que no puede esperar. Ven aquí.

Sebastian dudó un instante, volvía a sentirse incapaz ante aquella mujer tan decidida, así que se centró en sus ojos. El deseo de Christine seguía intacto en ellos y fue lo que lo ayudó a decidirse por fin. Aquella mirada ardorosa consiguió que apartase su inseguridad de su mente para entregarse al fascinante descubrimiento que se le ofrecía tan explícitamente. Se acercó despacio, se reclinó sobre ella y hundió sus labios en su cuello. Christine gimió de contento y, mientras él mordisqueaba su piel despacio, sus dedos se dedicaron a deambular con interés sobre el cuerpo de ella, primero dibujando sus clavículas, luego retozando sobre sus pechos, erizando sus pezones con una habilidad que desconocía que tuviera.

Al oírla exclamar un "¡Aah!" encendido, Sebastian bajó sus labios hasta donde sus dedos jugueteaban, intercambiando posiciones. Lleno de expectación, metió uno de los blandos pechos en su boca, mientras jadeaba desaforado, sorprendido ante su dulce y cálida suavidad. Sus dedos pasearon a lo largo del abdomen femenino sin saber dónde parar, hasta que alcanzaron su monte de venus. Curiosos, se adentraron tentativamente en su humedad y, al

comprobar que ella estaba empapada, lista para él, Sebastian rugió de deseo. Sus caderas empezaron a moverse sin control, acercándose al cuerpo de ella rítmicamente, buscando desesperadamente un roce, un poco de fricción; pero fueron los sollozos de dicha de su amante al sentir cómo él la tocaba lo que provocó que abandonase su seno para volver a hundirse en su boca, ardiendo de necesidad.

—Ash… —murmuró Christine con la voz tomada por la excitación —, por favor…

—Quiero…, quiero…, ¿tú… también quieres? —susurró torpemente.

—Quiero que me pruebes tú en primer lugar, quiero que descubras por ti mismo qué es lo que te gusta. No te preocupes, estoy tomando anticonceptivos y jamás he hecho el amor sin preservativo.

—Pero, no sé si…

Christine lo envolvió en un abrazo, interrumpiendo sus palabras con sus labios. Separó su piernas para que él pudiese colocarse sobre ella, ayudándole a decidirse. Sebastian cerró los ojos y dejó que su cuerpo respondiese por sí solo. Olvidó que era su primera vez, olvidó todo el temor a no estar a la altura y se colocó entre sus muslos, besándola sin descanso. Christine elevó mínimamente sus caderas para recibirlo y, en cuanto el principio de su deseo la penetró, Sebastian se separó de ella, abrió su boca para dejar escapar un profundo jadeo y abrió los ojos, solo para volver a cerrarlos despacio, totalmente entregado a sus sentidos.

—Oo-oh… —susurró, incrédulo ante lo que estaba sintiendo. Permaneció quieto unos instantes mientras recuperaba la cordura; entonces, volvió a abrir sus ojos, se recreó con deleite en la expresión de placer de Christine y, sin dudar un segundo, se sumergió en su cuerpo hasta el fondo.

Fue la primera vez que creyó que moriría de placer.

—Dios, esto no puede ser cierto… —susurró, sintiendo como nunca antes cada poro de su trémulo cuerpo, estimulado por la fascinante sensación de sentirse dentro de ella.

—Qué…

—No puede ser real sentir tanta… satisfacción…

—Esto es solo el principio, Ash —susurró, alentándole—. Muévete, déjate llevar, siénteme a tu alrededor.

—E-está bien.

Christine sonrió dulcemente, se aferró a su pelo para atraerlo a su boca de nuevo e inició un lánguido contoneo con sus caderas para instarlo a que se moviese. Sebastian se dejó llevar, prendido de sus labios y, aunque al principio sus movimientos fueron lentos y erráticos, el camino que había iniciado pronto empezó a ascender y descender como una montaña rusa y tuvo que ceder a su instinto más visceral, acelerando la cadencia de sus embestidas entre profundos jadeos de admiración.

—Jod-der… Jod-ee-r —empezó a susurrar Sebastian en trance, incapaz de detenerse—, Di-os, esto es… f-fant-ástico… Chris-tine…

Para Christine aún era pronto, pero se dio cuenta rápidamente de que él no duraría mucho más, así que se concentró en su voz ronca, en sus pequeños gemidos de disfrute y en la dulzura de sus besos para acelerar su clímax. En segundos, empezó a escalar tramos de dos en dos, perdida en la gloriosa intimidad del sexo compartido, y elevó sus caderas un poco más para poder sentirlo allí donde más lo deseaba, acompasándose con su vaivén con facilidad.

Pero aquel movimiento sincrónico… lo remató.

—Dios… Di-os… Christine… No p-puedo parar… —gimió indefenso, sabiendo que ya no había marcha atrás posible.

—Llévame contigo —susurró ella, activando el clic que lo desató por completo.

Sus dedos se deslizaron por la amplia y varonil espada añadiendo sensibilidad a su piel, humedecida por el ejercicio, por la excitación, receptiva como nunca; Sebastian gruñó al sentirla, se zambulló en su boca y emprendió el sendero final con decisión. Bajó su mano derecha hasta las redondeadas caderas que se movían bajo él para pegarlas a su pelvis todo lo que pudo, para profundizar sin barreras, para fundirse con ella en una hoguera apasionada que lo recorrió de pies a cabeza, arrancando a su paso toda serie de exclamaciones de gozo de su garganta, mientras gemía descontrolado enganchado a sus labios.

—Oh, Chris… ¡o-ooh, Chris!

—Ash… sí… sigue… sigue…

—¡Chris!

Sebastian cerró los ojos y se dejó ir, desbordándose dentro de ella, sus labios junto a su oído jadeando su nombre sin cesar mientras empujaba hacia dentro con todo su ser. Christine sintió la calidez de su simiente inundándola, sintió cómo su agonía florecía en cada estertor y, deseosa de liberar la tensión que él había hecho crecer en su vientre, se entregó al placer de saber que él la estaba disfrutando sin contención alguna, que la deseaba más que a nada en el mundo en aquel instante.

Y entonces, estalló.

Sus dedos apretaron el cabello de Sebastian con fuerza, sus caderas se alzaron imparables para sentir cada empellón, su boca se abrió para gritar su nombre y alcanzó la plenitud que tanto anhelaba mientras sentía cómo él se deshacía en su cuerpo, roto de placer.

—Diosss… —susurró Sebastian al terminar su descenso de vuelta a la tierra, incapaz de abrir los ojos o de decir una sola palabra más.

—Ash…

—Es una locura —gimió, sintiendo cómo su cuerpo aún vibraba bajo las caricias de ella.

—Bésame —ordenó Christine. Él levantó su mirada y, obediente, se entregó a sus labios, olvidándose de nuevo de todo lo que no fuese la mujer que yacía satisfecha bajo su cuerpo.

Y, también por vez primera, se sintió pleno, relajado y extrañamente feliz.

CAPÍTULO 23

Intimidad

Sigo sobre ella, no sabría ni cómo empezar a moverme ahora mismo. Mi mente está enmarañada aún en todo ese torbellino de estímulos, sensaciones indescriptibles y calor que me ha poseído mientras me fundía con ella, mientras me desleía en sus besos y en su cuerpo. Ahora me siento ingrávido, floto sin que nada me toque imbuido de una sensación reconfortante que me acuna… Aunque sé que son sus brazos los que lo hacen.

Es muy placentero sentirse abrazado así.

Creí que el sexo era solo… entrar y salir, incluso creo que llegué a pensar que sería doloroso, que el roce constante de piel sobre piel me irritaría, que la mayoría de los gemidos que escuchaba en las pelis porno eran de pura incomodidad; pero no podía estar más equivocado. El sexo es puro disfrute de principio a fin, te obliga a seguir porque no puedes no hacerlo, porque los labios de tu amante te requieren y tú anhelas los suyos, porque el cuerpo de la otra persona es el

templo donde quieres enterrar tu baluarte y reclamarlo como tu posesión.

No. No es posesión lo que buscaba mientras la amaba. Buscaba esta plenitud que siento ahora mismo. Ni siquiera sabía que existía, y sin embargo sabía perfectamente cómo conseguirla. Algo dentro de mí me guiaba, como si una voz desconocida me susurrase las instrucciones al oído, desvelándome la manera de alcanzar este estado de ausencia, de paréntesis de la realidad en el que me he sumido desde el momento en que empecé a retozar en su cuerpo.

Pero también sé, sin lugar a dudas, que esta sensación que me cuesta tanto describir y que me es tan ajena, se debe principalmente a la conexión física y mental que he sentido al estar con ella.

Con ella en particular.

O quizá solo estoy deslumbrado por el mundo que se acaba de abrir ante mí.

Quizá no todo el mundo siente esta sensación tan fuerte de unión con la persona con la que hace el amor que yo he sentido, o quizá solo ocurre cuando lo haces por primera vez, aunque lo dudo muchísimo; solo sé que no esperaba que fuese tan intenso, que no creía posible que pudiese sentirla tan cerca de mí, ni sentirme tan dentro de ella, y que ahora comprendo perfectamente por qué esta deliciosa mezcla de aliento, piel y sudor vuelve locos a todos.

Y por qué los hace tan terriblemente felices.

Ahora solo quiero descubrir cuántas sorpresas más me esperan escondidas en el cuerpo de esta mujer, o mejor dicho, en lo que su cuerpo y mi cuerpo juntos son capaces de crear. Ya no quiero pensar más, no quiero detenerme a analizar lo que he sentido porque ella sigue acariciándome, porque aún estoy dentro de ella, porque su respiración y la mía vuelven a ser normales y puedo volver a mirarla a los ojos para comprobar si para ella, este creo que breve encuentro, ha sido tan pleno como para mí.

Lo dudo, pero no quiero recrearme en mis recelos, no mientras sus labios besan mi cabello, mi frente y mi sien como están haciéndolo ahora mismo.

Ella está besándome a mí, y solo deseo saborear cada segundo.

—Sebastian, ¿has… disfrutado?

Que si he disfrutado, dice…

Levanto mi mirada, avergonzado, y la clavo en sus ojos verdes tratando de fingir resolución, cuando hasta el último pelo de mi cabeza aún tiembla ante el recuerdo de lo que acabo de sentir.

—Yo… no imaginaba que fuera así —atino a pronunciar, sincerándome.

—¿Así cómo? —Ella sonríe feliz, aunque no sé si me está probando o es una sonrisa genuina.

—Caliente. Incitante, pero a la vez complaciente. Suave y duro a la vez.

Pfff. ¿Qué ha sido eso? ¿Dónde está mi elocuencia? ¿Es que se ha quedado alelada? ¿Dormida?

Debe pensar que soy imbécil.

Sin embargo, y para mi absoluta sorpresa, ella sonríe encantada y continúa con su labor de acariciar mi cabello con detenimiento.

Y yo suspiro de puro deleite.

—Creo que yo no lo habría descrito mejor.

—Siento sonar estúpido, pero, ¿hablas en serio? ¿O estás burlándote de mí?

Ella empieza a reír sonoramente, niega con la cabeza y besa mis cabellos con suavidad.

—Tienes que dejar de ser tan suspicaz, Ash. Cuando acabas de hacer el amor con una persona, y creo que eso es lo que ha ocurrido entre nosotros, sobran las puyas. —Al ver mi mirada llena de confusión, ella aparta un mechón de pelo de mi frente y vuelve a sonreírme con dulzura—. Ha estado muy bien, creo que hemos disfrutado los dos, así que deja de pensar que voy a atacarte por una vez.

—Me siento muy vulnerable ahora mismo —confieso, volviendo a colocar mi cabeza sobre su pecho.

—Yo también, y es perfectamente normal. Acabas de entregarte a mí y yo a ti. Eso conlleva un nivel de intimidad muy alto, aunque ahora todo el mundo se empeñe en minimizar las implicaciones del sexo.

—Yo no soy como todo el mundo.

—De eso estoy segura —susurra. Sus dedos me acarician el cuello, erizan el vello de mi nuca; ella sigue dándome pequeños besos allá donde puede, alargando esta sensación tan placentera, haciéndome disfrutar un poco más.

Y, sin pensar, me abro con ella.

—Ha sido… abrumador. He descubierto un mundo de sensaciones, sensaciones que no puedo controlar porque son nuevas, desconocidas, y eso abre puertas en mi cabeza que ni siquiera sabía que estaban ahí.

—¿Y eso es bueno? —inquiere, parece que preocupada.

—Es nuevo —susurro—. Es muy interesante, y excitante. Me gusta.

Noto que ella sonríe, aún sin mirarla, y aprieta sus piernas en torno a mi cuerpo un poco más. Parece que, aunque para mí este arranque de sinceridad sea extraño, a ella le gusta.

—Me encanta que seas tan directo. Aborrezco a los hombres que juegan a hacerse los interesantes —susurra, sin dejar de acariciarme.

—Yo juego a hacerme el interesante —apunto, travieso.

—Sí, lo sé. Me encanta que me provoques con tu lengua afilada; pero hay momentos para eso, y en la cama, juntos, después de hacer el amor, no es uno de ellos.

—Entonces, creo que lo he entendido correctamente —resumo, sonriendo aún con mis ojos cerrados.

—Creo que lo has comprendido a la perfección, Seb.

Christine se mueve un poco para salir de debajo de mí y yo me coloco a su lado, mirándola fijamente. No quiero perderme ni un solo detalle de sus expresiones, no sé si tendré otra oportunidad de disfrutarlas, de conocerla en estos momentos tan personales. Ella sonríe cuando comprueba mi desmesurado interés en su rostro y se gira hacia mí para mirarme a los ojos también.

—Me has llamado Bash, luego Ash y ahora Seb —digo sin pensar—. Nadie que yo recuerde me había llamado de tantas formas distintas antes.

—¿No te ha gustado?

—Me ha sorprendido que cambiases de diminutivo. Aunque me ha gustado que prefirieses… suspirar mi nombre utilizando sus formas más cortas.

—E íntimas —añade.

—Bueno, supongo que así es —acuerdo, sonrojándome.

—No me decido, ¿sabes? Me gusta mucho Sebastian, pero he probado Bash, Seb… Mmmm…, no los veo. Creo que me gusta más Ash, pero solo para momentos en los que no

pueda pronunciar tu nombre completo debido a… la excitación… —susurra juguetona—. Tú mismo me has llamado Chris justo antes de…

Mis mejillas arden repentinamente. ¿La he llamado Chris? ¿En serio?

—No… me he dado cuenta…

—Me ha gustado —se apresura a aclarar—. Es más íntimo.

—Pero solo cuando no pueda pronunciar tu nombre debido a… la excitación —parafraseo su última frase, sonriéndole travieso.

—Aprende usted muy rápido, señor Fairchild —responde juguetona.

Sus dedos vagan por mi torso, pero lejos de ponerme nervioso, me siento más cerca de ella mientras lo hace, tanto que me atrevo a preguntar lo que ha estado rondando mi subconsciente desde que empezó a desnudarme hace un rato.

—Y… ¿tú has disfrutado?

Estoy seguro de que puedo hacerlo mejor, ¡maldita sea!

—Me resulta muy excitante escucharte jadear —responde sonriendo.

—Pero, ¿has tenido… un orgasmo?

¡Joder! ¿Se puede ser más básico?

Pero ella ríe con ganas, se acerca a mi boca y me besa apasionadamente.

—He tenido un orgasmo, Sebastian. Ya aprenderás a detectarlo por ti mismo, así no tendrás que pasar el mal rato de tener que preguntarme —susurra junto a mis labios, arrancándome una sonrisa cómplice.

Entonces, está barajando que haya una segunda vez, incluso una tercera…

Uuummm…

—Estoy aprendiendo —me defiendo.

—Pues, de momento, vas bien.

—Estoy seguro de que puedo hacerlo mejor, o al menos, alargarlo un poco más. Creo que… Bueno, que podría haber desacelerado en lugar de seguir y seguir hasta que…

Me callo, no puedo mencionarlo sin morirme de vergüenza.

—Por eso quería que fueses tú quien llevase las riendas, para que te probases a ti mismo, para que descubrieras cómo te gusta moverte, para que yo lo supiera también.

—¿No a todo el mundo le gusta igual?

Christine ríe de nuevo, visiblemente sorprendida por mis preguntas de novato.

—Hay todo un mundo por descubrir ahí dentro —dice, señalando mi cuerpo—, y deseo que tengas la oportunidad

de adentrarte en él, de abrir tu mente a diferentes tipos de disfrute, de dejar que tus sentidos sean los que lideren tus movimientos, y no tu razón.

—Creo que eso es lo que ha pasado antes —reconozco.

—Yo también, y es la mejor manera. Así disfrutarás a fondo de todo lo que el sexo tiene para ofrecerte. Eso sí, con protección. Esta noche…, bueno, si era tu primera vez, no había riesgo; y por mi parte… Bueno, también ha sido la primera vez que no he utilizado nada, así que…

—Me alegro que haya sido conmigo —respondo, sonriéndole con calidez. De repente, una sensación de estupor me recorre de arriba a abajo. Frunzo el ceño y la miro muy preocupado ante las implicaciones de sus palabras —. ¿Eso quiere decir que tú y yo… ya no…? ¿Que ya hemos terminado?

Si Olivia me escuchase, se quedaría tan pasmada como lo estoy yo ante mis comentarios. Pero Christine me sonríe y, alzando una ceja, desvía su mirada hacia mi entrepierna.

—Yo creo que no…

Miro también hacia abajo y compruebo que, incomprensiblemente, mi deseo vuelve a despertarse, y parece que con las mismas ganas que hace unos minutos.

—Eso no es normal —comento, asombrado.

—Define normal.

—Yo… Eeeh, bueno, he disfrutado muchísimo, no creas que no ha sido así —me apresuro a aclararle, temeroso de que piense que no me ha satisfecho—, es que no controlo lo que…, lo que mi cuerpo…

Ella me interrumpe alzando mi mentón con su dedo índice y me besa suavemente en los labios.

—Muchos hombres alardean de que pueden aguantar dos, tres rondas, aunque por experiencia te diría que ya quisieran muchos poder responder de nuevo así de rápido, y tan firmemente…

Parece que se siente halagada ante este resurgir repentino, porque, sin avisar, desliza su mano hacia mis inguinales, acariciándome al paso, y rodea mi erección con suavidad, pero con una deliciosa decisión que arranca un bronco jadeo de mi pecho.

—Oo-ooh…

Mis labios tiemblan, entrecortando los sonidos que mi garganta deja escapar. Cierro los ojos momentáneamente, porque sentir cómo me toca es tan agradable como sugestivo, aunque inmediatamente vuelvo a abrirlos para dejarme encandilar por sus ojos clavados en los míos; pero lo que me está haciendo es tan excitante que pronto me quedo embobado mirando sus labios, evocando en mi mente todo el placer que me podrían proporcionar si…

—¿S-sería un maleducado si te dijera que me muero por sentir tus labios en mi cuerpo? —me atrevo, casi babeando.

Ella había desviado su mirada unos segundos para observar la reacción de mi deseo, pero ahora busca mis ojos, los suyos imbuidos de orgullo y determinación y, a la vez que me acaricia suavemente arriba y abajo, se humedece los labios de una forma tan sensual que provoca que me lance sobre ellos sin esperar respuesta.

—Uuummmm… —ronronea en mi boca—, la cosa se está poniendo de lo más sugerente… —Christine sube sus dedos hasta mi pecho, y desde ahí empieza a llevarlos un paso tras otro a través de mi cuello, hasta llegar a mis labios…—. Abre la boca, Sebastian.

Diossss… Cómo me gusta que me dé órdenes…

Seducido por sus labios y profundamente excitado, abro mi boca para ella. Sus dedos se mojan en mi saliva y, mientras desaparecen para ocupar su lugar anterior, ella me besa con violencia; cosa que agradezco porque, al sentir sus dedos húmedos rodeando mi erección, no puedo evitar resollar de complacencia.

Dios… Sentirla es delicioso…

—Christine…

—Estás duro otra vez… —Ahora es ella la que jadea entre besos, enardecida.

—Sssí… —tartamudeo—. Me excitas, me excita mucho mirarte, y escucharte…

Sus besos devorándome, sus dedos dándome placer…

—Pues habrá que darle una solución a esto, ¿no crees?

—Ssss… sí…, aunque no sé cómmmo… sería mm-mejor…

Dios, ¡sus dedos no paran!

—Yo creo que podríamos probar otra cosa, solo probar y ver qué tal.

—Como qué…

—¿Confías en mí?

—Claro, no tengo alternativa.

¡Joder! ¿He dicho yo eso?

Su reacción no se hace esperar. Christine me mira curiosa, detiene sus movimientos enseguida y puedo ver en sus ojos cómo está valorando cuáles van a ser sus siguientes palabras. Debería explicarme, decir algo que la hiciese sentir bien, pero no puedo pensar, solo quiero que siga…

¡Joder!

—Sí que la tienes. Podemos, simplemente, dejarlo como está.

Christine me suelta y cruza sus brazos sobre su pecho, retándome con su mirada; pero no puedo presentar batalla alguna, el efecto que el parón provoca en mí es devastador. Mi erección clama por ella, siento cómo las pulsaciones de deseo la atraviesan, latiendo desbocadas. Mis labios arden, se entreabren anhelantes, desesperados por besarla de

nuevo, y mi desazón se traduce en un gemido lastimero que exhalo sin poder evitarlo.

—¡Hnnngg…! ¡No…! No me… sueltes… —ruego, acercándome a ella impaciente.

—Es lo que parece que querías —me instiga, malévola.

—Quiero que sigas… con lo que estabas haciendo, exactamente como lo… estabas haciendo…

No me importaría suplicar si ella me lo reclamase. Soy su esclavo, suyo y de nadie más; y creo que mis ojos son mucho más elocuentes que mis labios, porque ella descruza los brazos de nuevo…

—Entonces, no es que no tengas alternativa, es que…

—Es que te deseo —suelto casi tropezando con mis palabras, suscitando una sonrisa de autocomplacencia en sus labios. Me tiene totalmente rendido, ahora mismo haría cualquier cosa que ella me pidiera y no me avergüenza admitirlo, no aquí, no con ella—. Haz lo que quieras conmigo, lo que más te apetezca, pero no te… alejes…

—Ummmm…, no sabes cuánto me pone que me pidas que te complazca.

Excitado, desesperado, anhelante. Así me tiene. Soy una sombra de mí mismo, soy su muñeco, su mascota… Y me encanta sentirme así.

Christine se apiada de mí y, aunque parece reticente, me complace. Vuelve a meter sus dedos en mi boca para

humedecerlos, para que el roce con mi sexo sea aún más placentero, y me muero de impaciencia. Empieza a besarme despacio, pero sus dedos vuelan para acariciarme allí donde mi deseo vibra potente, haciéndome balbucear su nombre al sentirla, enajenado. Empiezo a suspirar con cada roce, me acerco más a ella para sentir también su piel sobre la mía y agarro uno de sus pechos con ganas mientras me derrito en su boca, loco por entregarme, por recibirla, por volver a hundirme en el placer que me ha hecho sentir hace solo un rato.

—¿Quieres que siga?

—Por favor…

—Me vuelve loca que te rindas así…

Y ya no puedo hablar más. Su boca se apodera de la mía para acallar mis gemidos de necesidad. En cuanto empieza a masturbarme despacio, paseando las yemas de sus dedos sobre mis zonas más delicadas, pierdo la razón. Ella besa mi pecho, mi abdomen, se detiene un segundo de más en mi ombligo y me provoca escalofríos en lo más hondo de mi cuerpo porque mi cerebro acaba de descubrir lo que ella tiene pensado ofrecerme…

—Christine…

—Dime…

—Vas a… ¿Vas a…?

—Voy a descubrirte, Sebastian.

Se pierde entre mis muslos, su lengua juguetea acariciando zonas que me da vergüenza nombrar incluso para mí mismo. No puedo acallar mis sonidos de gozo, no puedo…

—Eres tan excitante… —ronronea, exhalando su aliento sobre mi erección, que casi duele, tal es su rigidez.

—No tanto como tu… ¡boca! —exclamo, cuando siento su lengua merodeando alrededor de la base de mi ansia.

Ella no me tortura, no quiere hacerme esperar. Asciende rápidamente, repartiendo besos húmedos a lo largo de mi piel y, un segundo después, su boca se cierne en torno a… ¡aaah!

—Oooh, Chris-tine…

—Ssshhhh… Disfrútame.

Su calor me rodea, inflamándome hasta un límite difícil de soportar. Mis ojos se cierran al sentirla, pero mi boca se abre por completo para poder exhalar de un golpe todo el oxígeno de mis pulmones. Es indescriptible lo que me hace sentir e, incapaz de controlarme, me deshago en gruñidos y jadeos mientras ella me complace… a conciencia.

—Oo-ooh… Ooo-oooh…, Chris…

Ella acaricia mi sexo muy suavemente, su lengua revolotea en torno a mi glande, tentadora, y sus labios succionan con delicadeza una y otra vez, sin darme tregua alguna…

Y yo… me muero.

—Oo-ooooh…, o-oo-ooooh… Joder, no pares…

Ella imprime un ritmo ligero con su mano, que rodea la base de mi pene, y me acompaña con su boca alrededor de mi punta. No puedo moverme, casi no puedo respirar, solo puedo sentir cómo ella se enrosca alrededor de mi sexo, cómo sus labios me aprietan fuerte mientras su lengua me lame, juguetona. No se apresura, no hace falta, ambos sabemos que esto no va a durar demasiado.

Entonces…

—Háblame, Sebastian, dime cuánto te gusta…

Dios…

—Mmme… ¡oh, Dios! No p-puedo…, sigue… sigue, por favor…

—Dímelo…

—Me matas… Mmme muero… Me vuelves loco, Christine…

Su lengua me vuelve loco, su boca me vuelve loco, la visión de sus pechos sobre mis muslos me vuelve absolutamente loco. Empiezo a moverme hacia ella, no puedo esperar, no quiero…

Dios… ¡Tengo que parar!

—No… Para… Si sigues así, vas a hacer que… me corra…

—Maravilloso…

—¡No! Chris, ¡Chris, para! —exclamo, al borde del abismo.

—No pienso hacer tal cosa.

Entonces, ella se emplea a fondo. Eleva su paladar para albergarme un poco más mientras me chupa con ganas. Su lengua rodea mi glande, lo acaricia sin parar, ansiosa por complacerme; y ella succiona, y succiona…

Ya no puedo más.

—Me corro… Dios, me c-corro… ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!

El placer más soberbio se acumula en la base de mi sexo y, en trance, me disparo fuerte en su boca. Cada eyección es más placentera que la anterior, porque ella me acompaña en cada cresta, en cada oleada de dicha, y me encuentro enredando mis dedos en su pelo, loco por encontrar un punto de anclaje para no perderme por completo en el mar de sensaciones al que acaba de lanzarme…

—Dios, Chris… —susurro al detener mis movimientos por completo.

—Esta es otra manera, una de mis favoritas, por cierto.

—Se… nota…

Ella sube a mis labios y me besa suavemente; pero yo me pierdo en ellos de nuevo y la abrazo fuerte mientras la beso. Mis piernas rodean las suyas, mi pene aún vibra contra su abdomen y, pletórico, no puedo evitar decirle…

—Soy todo tuyo.

Ella se detiene, me mira a los ojos y, tras unos segundos, sonríe.

—Me encantas, Sebastian.

Minutos después, enredados en un abrazo lleno de caricias y besos, cedemos al sueño más placentero, ese que surge de la satisfacción plena, del cálido contacto de la piel de la persona que te la ha brindado. Y justo antes de cerrar los ojos y abandonarme a la dulce inconsciencia del descanso, veo cómo la luz de la luna baña su pelo dorado, sus curvas divinas… y sus labios.

Esos labios que me han llevado esta noche a la locura.

CAPÍTULO 24

La mañana siguiente

Se despertó sin saber dónde se encontraba, aunque pronto volvieron las imágenes de la noche anterior a su mente, arrancándole una sonrisa seductora. Sebastian giró entonces la cabeza para comprobar que su memoria no le estaba jugando una mala pasada, para estar seguro de que todo lo que había vivido entre los brazos de Christine había sido real, no algún producto de su imaginativo deseo, ni el resultado de haber consumido alguna sustancia de esas a las que se había llegado a acostumbrar.

Pero no. Ella estaba allí, a su lado, con sus ojos cerrados y descansando plácidamente. No supo cuándo ni cómo, ella los había cubierto a ambos con un cobertor, supuso que tuvo frío en algún momento durante la noche y pensó que a él no le vendría mal tampoco un extra de calor, o bien fue lo suficientemente cabal como para pensar que podrían ser descubiertos por el servicio, tan desnudos como cuando vinieron al mundo, y se ocupó de que eso no ocurriera. En cualquier caso, se sintió reconfortado ante la idea de que ella se hubiera tomado la molestia de pensar en su bienestar, además de haberle proporcionado todo el placer del universo.

Se quedó mirándola durante unos minutos, disfrutando de su expresión ausente, de su cadente respiración, y se recreó contento en sus facciones. Sebastian descubrió que tenía un lunar en la base del cuello, no había reparado en él, cosa que le extrañó; pero inmediatamente supuso que era debido a la fascinación que aquellos penetrantes ojos felinos, verdes como el jade y que irradiaban inteligencia, suscitaban en él. La profunda y perspicaz mirada de Christine le impedía fijarse en aquellos detalles en los que podía recrearse a su antojo en aquel momento, mientras ella dormía.

Decidido a disfrutar de la libertad de contemplarla que se le ofrecía, siguió recorriendo sus hombros expuestos, su cuello, hasta llegar a sus labios, aquellos labios que, desde la noche anterior, se habían convertido en las puertas del cielo según su criterio. Se detuvo entonces en ellos, asombrado al descubrir que solo la visión de aquella boca, que ahora lucía entreabierta, despertaba su apetito más carnal. Los labios de Christine eran gruesos y bien delineados, suaves y carnosos, de un rosa oscuro que hablaba de pasión, de deseo…

Drogas… ¡Qué estúpido! Lo que ella le había hecho vivir la noche anterior era la droga más potente que había probado en su vida. Ver el deseo en sus ojos, la lujuria bailando en sus labios, sentirse poseído, dominado, pero también al mando de los anhelos más íntimos de aquella mujer tan magnífica…, aquello sí que era pura adicción. Y sentir el placer en su cuerpo, regalárselo a ella con el suyo… Definitivamente, la conexión que habían creado a través del sexo era mucho más apasionante y adictiva que cualquier fentanilo, cocaína o éxtasis que pudiese existir.

¿O es que se había enamorado?

Valoró aquella posibilidad mientras paseaba su mirada por la delicada tez de Christine, iluminada en aquel momento por la luz del amanecer, pero se dijo que era imposible que un sentimiento tan complejo pudiera desarrollarse en tan poco tiempo. ¿Era entonces solamente pura atracción física lo que sentía por ella? No lo sabía, no podía saberlo. Para él, todos aquellos sentimientos eran desconocidos, algo tan ajeno a su esencia como lo eran la asertividad o la empatía; solo sabía que la hermosura de aquella mujer lo conmovía hasta lo más íntimo, que su forma de ser era absolutamente cautivadora y que lo había hecho caer en sus redes casi sin pretenderlo, solo aplicando su atractivo natural a la inteligencia que derrochaba su mirada.

Ella era lista, eso lo supo desde que descubrió cómo lo miraba mientras movía sus caderas sobre aquel improvisado escenario, quizá tan lista como para llevarlo hasta el punto en el que se encontraba en aquel momento, admirándola embobado mientras descansaba a su lado, completamente desnudo, después de haber disfrutado del sexo más sugerente en su cuerpo.

Tan lista como para llegar a derribar con facilidad sus altísimas barreras, esas que ni siquiera Ava había podido llegar a rozar.

Ava…

Cuando Olivia le preguntó si había sentido algo por alguien, no quiso contarle la verdad. Ava era como Christine, preciosa, inteligente hasta decir basta y *sexy* como el infierno; pero su interior estaba podrido, carcomido por el dolor, la envidia y el miedo.

Ava llamó su atención inmediatamente, las grandes mentes se reconocen a distancia; pero Sebastian descubrió a tiempo que aquello que le pareció bondad y eminencia al principio, ocultaba una oscuridad con la que él no estaba dispuesto a lidiar. Sí, era bella, con una personalidad muy atractiva; pero también era pérfida, retorcida como el veneno de la cicuta.

Al descubrirlo, él se alejó de ella, generando una obsesión insana en su compañera de estudios que tuvo que cortar por lo sano de la única manera eficaz que existe: parándole los pies. Pero aunque durante un tiempo las chispas saltaron entre ellos, Ava jamás llegó a tocarle, ni físicamente, ni de la forma tan íntima en la que Christine le había tocado la noche anterior.

No, Christine era muy diferente. Aunque aún tendría que discernir si era realmente inocente.

De repente, ella se movió, y él se sintió un *voyeur*, alguien que no tenía autorización para estar allí, contemplándola tan íntimamente; pero ella abrió los ojos y le sonrió con una calidez que le caló hasta los huesos, y no pudo hacer más que imitarla con su sonrisa.

¿De verdad tendría que llevarla a la cárcel?

—Buenos días, señor Fairchild. —Christine se desperezó voluptuosa y murmuró—: ¿Tienes hambre?

—Mucha —se apresuró a responder Sebastian, flotando aún en las sensaciones por las que se había dejado llevar alegremente mientras la observaba. Su voz sonó tan insinuante con la de ella y, alzando una ceja, se acercó para besar sus labios con delicadeza—. De ti.

—Ummm… —ronroneó Christine, encantada—. Creía que habrías quedado suficientemente satisfecho con el doble asalto nocturno…

—Creo que aún tengo cuerda para rato.

—¡Uuuuuh! Mi amante ha resultado ser todo un depredador…

—Creo que olvidas mi curiosidad innata, y esa aún no está satisfecha, *milady*; es más, creo que está más viva que nunca —respondió sensual, aunque en aquel momento se dio cuenta de que, en realidad, estaba muriendo de inanición.

—Deberíamos desayunar antes…

—El desayuno puede esperar…

Sebastian se lanzó sobre ella, olvidándose de su apetito, y la besó travieso, riendo con ganas.

—¡No! —exclamó ella, juguetona—. ¡No, Sebastian! ¡Tengo que ir al baño! ¡Necesito ir al baño ahora mismo! —Sebastian logró hacerla callar con un beso profundo pero, entre risas, la dejó continuar—. En serio, Ash, no quiero que mi ama de llaves nos descubra aquí desnudos, debo mantener una imagen decorosa frente a ellos, y ella debe estar a punto de llegar —reclamó, sonriente.

—Está bien. Vamos a tu dormitorio, vas al baño… y luego ya veremos —concedió Sebastian, con una promesa en su mirada.

Se cubrieron con los cobertores y cruzaron el jardín a toda velocidad, llevando sus ropas en las manos, riendo como dos adolescentes que acaban de hacer una travesura. Corretearon por el césped, revoltosos, y cuando llegaron a la planta superior de la mansión, Sebastian dejó a Christine en la puerta de su dormitorio,

no sin antes regalarle un beso tan ardiente que la hizo replantearse sus prioridades.

—Te veo en tres minutos —susurró ella entre sus labios.

—Habré terminado en dos —respondió Sebastian, sonriendo.

Sebastian fue a asearse al baño del dormitorio que fue suyo durante unas horas, se miró al espejo y, aunque la duda seguía rondando su mente, se armó de valor e intentó reunir toda la sensualidad que pudo para poder seducirla de nuevo. «Una vez más», se dijo, convencido. «Solo una vez más y volveré a centrarme en el caso. Y que sea lo que tenga que ser».

Rápidamente, volvió a la puerta del dormitorio de su amante y adversaria, tocó con los nudillos en la puerta y, al no obtener respuesta, entró sin dilación. Le pareció escuchar que un coche se aproximaba a la finca y él tampoco tenía interés alguno en que el ama de llaves lo descubriera desnudo frente a la puerta del dormitorio de la dueña de la casa. No sabría cómo explicar su presencia allí, y menos en aquel estado.

Al pasar dentro, Sebastian se detuvo en admirar la elegancia de la habitación, decorada en tonos blancos, grises y beige, y se recreó en la calidad del mobiliario y en las suntuosas cortinas que caían pesadamente sobre las ventanas, impidiendo que la luz y el frío del norte de Londres penetrasen en el lujoso aposento; sin embargo, el minucioso análisis del detective se vio interrumpido de repente por el ruido de la puerta del baño *en suite* al abrirse. Sebastian se colocó junto a ella y, de un salto, se apoderó de Christine tal y como salió del baño, tomándola por sorpresa.

—Ya no tienes excusa —gruñó sonriendo mientras la cogía en brazos.

—¡Déjame! ¡El ama de llaves está a punto de entrar! —exclamó Christine, juguetona.

—No quiero volver a la realidad, aún no —confesó Sebastian, mirándola a los ojos—. Quiero estar contigo una vez más antes de ver a nadie, antes de que todo lo que nos rodea vuelva a tomar protagonismo en mi cabeza. Déjame tenerte, Christine, y prometo que después podremos hacer… todo lo que haya que hacer.

Christine lo miró a los ojos, conmovida por la sinceridad de su expresión, de las palabras que había escogido, y dejó que él volviera a besarla. Al principio, Sebastian la probó despacio, continuando con el tono travieso que habían mantenido desde que despertaron; pero pronto, el juego tornó en pasión, en un calor sofocante que se extendió por el cuerpo de ella al sentir las líneas de hombre apretándose contra sus curvas. Entonces, Christine cerró los ojos y se abandonó a los labios de su amante, dejando que fuese él quien tomase las riendas de la situación.

Sebastian se acercó a la cama con ella en brazos, besándola incansable, se ocupó de retirar el cálido edredón y la tumbó sobre ella con delicadeza. Los mullidos almohadones la acogieron, haciéndola sentir muy cómoda, pero aunque Sebastian intentó cubrirla con el cobertor de plumas para que no se enfriase, el tacto de sus manos sobre su piel y de sus besos en sus labios la habían encendido mucho más de lo que él pensaba.

—No, prefiero tu piel, Ash —susurró, mirándolo ardientemente.

—No sé qué has hecho conmigo —confesó Sebastian, prendido de deseo—, pero en lo único en lo que puedo pensar es en estar cerca de ti. Necesito tenerte, sentirte… Dios, Christine, te deseo tanto…

Rendida ante aquel derroche de sentimientos expresados de forma tan natural, Christine se agarró al rizado cabello del joven detective y se hundió en su cuello para besarlo y morderlo sin reprimirse. Sebastian se colocó entre sus piernas, infundido de deseo, dedicado a la sutil labor de susurrar palabras empapadas de lujuria en su oído, enardeciéndola. Aturdida por la excitación, Christine rodeó a Sebastian con sus piernas para instarle a que la tomase, y él obedeció, listo para entrar de nuevo en su cuerpo.

—Dios… —murmuró tembloroso al volver a sentirla—, eres un pecado…

—Pues recemos, porque ambos vamos a ir al infierno.

Sebastian gruñó lascivo al imaginarse con ella ardiendo en el fuego eterno y no pudo contener su impaciencia. Con un movimiento brusco, enterró su ansia en el cuerpo de ella y empezó a moverse, disfrutando de cada centímetro de su interior, de cada movimiento acompasado de sus caderas, de cada gemido de satisfacción.

Hicieron el amor despacio, acariciando con sus dulces sonidos la mañana, que ya empezaba a despuntar. Se miraban con admiración, maravillados ante la perfección de su unión, ante la increíblemente placentera interpretación de sus anhelos a través de sus cuerpos, que se movían hábilmente saliendo al paso del otro en cada embate.

El cenit llegó a su ritmo, arrollador, arrancando gritos de puro placer de sus gargantas que ellos dejaban escapar sin recato alguno,

totalmente desinhibidos. Christine pronunció su nombre en éxtasis, y Sebastian, sabiendo que ya podía llegar hasta el final, permitió entre jadeos que su placer lo arrasara todo. Su voz, agravada por el éxtasis en el que se sumía a medida que liberaba su ansiedad, acompañó cada oleada de dicha con una palabra entrecortada y, cuando salió de la espiral de sensación que había arrancado la mordaza del pudor de su boca, cayó sin resuello sobre el tembloroso cuerpo femenino.

Durante los siguiente minutos, solo se escucharon sus respiraciones agitadas tratando de volver a recuperar la normalidad. Se miraron a los ojos de nuevo, sorprendidos ante la complicidad que había surgido entre ellos de forma tan natural, como si hubieran estado haciendo el amor toda su vida y, aún vibrantes, se sonrieron cariñosamente.

—Ahora sí que necesito un tentempié —musitó Sebastian.

—Estoy segura de que Gentie ya ha preparado desayuno para dos —respondió Christine, alzando una ceja traviesa—. No la hagamos esperar, no le gusta que me tome las tostadas frías.

—Será suficiente con ponerlas unos segundos sobre tu piel para que tengan la temperatura perfecta.

CAPÍTULO 25

El proyecto

Gentie lo miró sorprendida cuando bajaron a desayunar, no pensaba que después de la irrupción de aquel hombre en la casa casi por la fuerza la noche anterior, terminaría durmiendo con *lady* Pearl; sin embargo, no dijo nada, se limitó a alzar las cejas sorprendida, aunque el gesto no pasó desapercibido para ninguno de los dos y compartieron una sonrisa cómplice al notarlo.

Durante el desayuno se dirigieron miradas de complicidad, sonreían por cualquier tontería, jugando con sus pies por debajo de la mesa para evitar la mirada reprobatoria del ama de llaves. Christine se sentía relajada, había apartado de su mente todo lo relacionado con la razón por la que Sebastian había acudido allí y se había centrado en los acontecimientos que siguieron, feliz de haber conseguido su objetivo principal; sin embargo, al terminar de desayunar, sintió que algo había cambiado. Un brillo repentino en la mirada de Sebastian, su forma de arrugar el entrecejo y la paulatina rigidez en su postura la alertaron de que el oasis del que habían disfrutado durante aquellas horas estaba llegando a su fin.

Y se preparó para afrontar el más que consabido interrogatorio al que tendría que someterse.

—Christine, he pasado una noche maravillosa, pero necesito saber —empezó Sebastian, permitiendo que la realidad se colase por fin a borbotones entre ellos, ávido por tener una base sobre la que posicionarse ante todo lo que estaba sintiendo—. Necesito que me hables sobre la BPCP.

—Lo sé —asintió—. Dime, ¿qué quieres saber?

Sebastian se echó hacia atrás en el asiento y miró a Gentie con recelo. Christine, al notarlo, le pidió al ama de llaves que los dejase a solas y, cuando se hubo marchado, Sebastian fijó su mirada en la de Christine. Si no lograba discernir en aquel momento su grado de implicación, estaba perdido.

—Si es verdad que no estás distribuyéndolo ilegalmente, la única posibilidad es que haya alguien de tu personal que lo esté haciendo a tus espaldas.

Christine frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Sebastian, eso es imposible. La gente que trabaja con el compuesto son de mi entera confianza. Todos llevan en la empresa muchos años, incluido Charles, que ya trabajaba para mi padre cuando yo aún estaba en el instituto —afirmó—. Estoy totalmente segura de que el compuesto no se está distribuyendo, tiene que haber otra explicación. Y no, yo no estoy implicada en esa trama, si es que es cierta.

—Es cierta, tengo pruebas, y te aseguro que son fehacientes.

—Quieres que te dé información clasificada, pero no me dices de dónde procede la tuya —comentó Christine tentativamente.

—Directamente de Scotland Yard… y de mi propia cosecha.

Christine lo miró de soslayo, intrigada por conocer hasta dónde llegaban sus contactos, por saber de qué datos disponía en realidad, pero pospuso sus preguntas para más adelante y se centró en demostrar su inocencia ante él.

—Lo último que querría es que mi empresa se viese envuelta en un escándalo. Mi empresa es mi vida, Ash, es el legado de mis padres, de toda una vida de dedicación a mejorar el estado de salud de las personas. Jamás me involucraría en una trama de ese calibre y magnitud, mucho menos con la BPCP.

Christine cerró la boca de repente, dándose cuenta de que había ido más allá de lo que deseaba. Pero Sebastian lo percibió enseguida.

—¿Por qué mucho menos con la BPCP?

Christine mantuvo su mirada valorando cómo abordar el tema, pero sabiendo que él ya no cejaría en su interés, suspiró y se preparó para contarle lo que requería.

—El compuesto denominado como BPCP forma parte de un proyecto que llevo desarrollando desde hace años —empezó calmada—. Digamos que es una apuesta muy personal en la que estoy implicada al cien por cien, porque los resultados que queremos conseguir me… importan mucho. Los esfuerzos que está dedicando la compañía a su lanzamiento son masivos, queremos que empiece a utilizarse lo antes posible como parte importante de la batería

farmacológica general para tratamientos antidepresivos, pero aún no hemos conseguido paliar sus efectos secundarios; así que, desde hace dos años, Boosting Chemistry ha redoblado esfuerzos para lograr avanzar, y he de decir que los últimos seis meses han sido muy prometedores.

—Algo de eso he oído —dijo Sebastian, sin entrar en los detalles que conocía—. Me gustaría que me explicases cómo funciona a nivel físico, lo que he averiguado hasta ahora no es concluyente.

—No quiero aburrirte con detalles, por muy licenciado en química que seas —respondió Christine, intentando no profundizar más de lo debido.

—Christine, eres mi principal sospechosa. —Sebastian se reclinó sobre la mesa para poder acercarse a ella, penetrándola con su mirada más escrutadora—. Te aseguro que tengo pruebas suficientes para llegar al meollo de todo este asunto, no puedo darte mucha más información, al menos no mientras no confíe en ti; pero si no me ayudas, conseguiré los datos que necesito de igual manera. —La advertencia velada sonaba como una fuerte amenaza en sus labios, debido al interés desmedido del detective en avanzar—. Lamentaría profundamente tener que llegar al quid de la cuestión evitándote, mucho más después de… lo de anoche; así que, por favor, basta de evasivas. Ayúdame —le rogó esta vez, cambiando su mirada acerada por una suplicante—, creo que alguien se está lucrando a tu costa, que te está saboteando, pero lo peor… Lo peor es que está muriendo gente. Tenemos que parar esto, Christine, y preferiría que fuera con tu ayuda.

Christine se sobrecogió al escuchar su afirmación. Abrió su boca y sus ojos incrédula y preguntó:

—¿Cómo que está muriendo gente?

—La policía ha encontrado restos de la BPCP en algunos camellos y maleantes que habían sido asesinados —se limitó a explicar sucintamente. Al ver que ella no reaccionaba, Sebastian le agarró la mano con fuerza para recuperar su atención y la instó a continuar—. Por favor, dime cómo funciona el compuesto, Christine.

Christine lo miraba atónita, aún enmudecida por la sorpresa y, tras unos segundos de reflexión, asintió.

—La sustancia afecta directamente sobre la memoria. Se centra en eliminar los recuerdos traumáticos de una persona, aquellos acontecimientos que le impiden avanzar en su vida, que le impiden sanar. Yo… he visto de todo, Sebastian —susurró, apesadumbrada—. Desde que terminé el máster en finanzas, me centré en la psicología del paciente, y no pasa un solo día sin que me despierte y me diga a mí misma que tengo que conseguir que este medicamento vea la luz del sol lo antes posible, porque estoy convencida de que ayudará a muchísima gente a continuar con sus vidas. Es desolador ver cómo personas válidas y autónomas se quedan estancadas debido a un *shock* emocional, sin posibilidad alguna de salir adelante —terminó, bajando la mirada, visiblemente abrumada.

Sebastian coligió que algún suceso relacionado con esos efectos que buscaba paliar la medicina le había acontecido a ella directamente, o a alguien a quien amaba mucho, y de ahí provenía su extrema implicación con el compuesto.

—¿Y no puede ser que te hayas extralimitado en tu ansia de lograr el progreso de tu "droga milagrosa"? —la zahirió a propósito, buscando una reacción.

Christine frunció el ceño, visiblemente molesta. Se irguió en su asiento y lo encaró con decisión.

—La medicación ha obtenido unos resultados excelentes en las pruebas preliminares, sé que estamos muy cerca, pero jamás daría un paso en falso para avanzar. Sé los riesgos que se corren con esas artimañas, no es mi estilo, Sebastian —se defendió.

—¿Ni siquiera por el éxito empresarial que conllevaría el lanzamiento del fármaco? —continuó aguijoneándola.

—La BPCP es un compuesto muy potente cuyos efectos, siendo mal administrada, pueden llegar a ser irreversibles, ¡fatales, según tú mismo has podido comprobar!

Su voz se quebró de repente. Sebastian vio que sus ojos se enrojecían al pronunciar aquellas palabras y empezó a pensar que sí que era posible que no estuviese al tanto de lo que estaba ocurriendo en realidad.

—Te aseguro que así es —murmuró.

—Sé que, en el momento en que se introduzca en los tratamientos habituales, este producto colmará de éxito a mi empresa, pero te aseguro que jamás tomaría atajos para adelantar ese suceso, mucho menos, ilegalmente. Quiero que mis padres se sientan orgullosos de mí, quiero que sepan que han dejado su trabajo en las mejores manos. Se me caería la cara de vergüenza si fuese de otra manera, no podría volver a mirarlos nunca más.

La expresión compungida de Christine al confesar aquel sentimiento, sumada a las respuestas que le había ofrecido, le hicieron decidirse a su favor. Ella podría mentir con sus palabras, pero no con su expresión, no con sus ojos. Aún así, sabía que tenía que indagar mucho más para estar totalmente seguro.

—Cuando entré en tu ordenador, vi una carpeta que llamó mucho mi atención. —Christine volvió a levantar la mirada y su expresión demudó en pánico, confirmando las peores sospechas de Sebastian. Sabiendo que había tocado por fin donde debía, se centró en apretarle un poco más las clavijas a su interrogada—. Se llamaba "Marcados", e imagino lo que puede ser, mucho más cuando supe ayer que la policía no la encontró en ningún ordenador de la planta química. Y al ver tu expresión ahora mismo, intuyo que es un proyecto muy personal, posiblemente, el que ha provocado esa desazón en tu voz cuando has mencionado que te importan mucho los resultados de la BPCP.

—Así es —admitió con un hilillo de voz, admirada por la perspicacia de su oponente—, pero no es lo que tú piensas.

—Christine, yo no pienso nada, estoy aquí para recabar datos, te lo dije desde el principio. No te juzgo, solo intento encontrar todas las piezas del puzzle para poder montar la escena real de lo que está ocurriendo, y si sigues ocultándome información relevante, me será imposible hacerlo a tiempo.

—Lo que hay en esa carpeta es personal —insistió, tozuda.

—Mi investigación también lo es —respondió Sebastian al punto —. Al igual que tú, me tomo muy en serio la salud de las personas,

sobre todo mientras están vivas.

—No puedo creer que haya muerto gente —murmuró Christine, aún visiblemente impresionada.

—¿Estás absolutamente segura de que no se han hecho pruebas en pacientes? —Sebastian se puso de pie, acercó su silla a la de ella y volvió a sentarse para mirarla muy de cerca—. Christine, necesito saberlo, ¿se han hecho pruebas en personas?

—Solo en pacientes controlados —admitió finalmente en voz baja. Sebastian respiró hondo, decepcionado y sorprendido, y se echó hacia atrás en su silla; sin embargo, Christine levantó la cabeza y fue ella quien se acercó esta vez a él, buscando sus ojos—. Pero te aseguro que solo han sido pequeñas pruebas experimentales, y solo en personas de las que realizo un seguimiento personalizado y extremadamente exhaustivo.

Sebastian la miraba con desdén, asqueado al comprobar que, como todos los demás, Christine mentía por defecto. Negó con la cabeza, suspiró y se preparó para escuchar el resto de la historia.

—Entonces, la carpeta existe.

—Sí —admitió Christine.

—Está bien, es reconfortante saber que no me la había imaginado —añadió con retintín.

—No podía contártelo… —se explicó ella, mirándolo suplicante.

—Ya, supongo que era más interesante llevarme a la cama aquella noche para que dejase de meter las narices donde no debía.

—He sido sincera contigo, todo el tiempo, y mis deseos hacia ti no tienen nada que ver con tu investigación.

—Claro, ya —susurró irónico.

—Puede que haya estado eludiendo el tema, Sebastian, pero tienes que comprender el por qué. Yo no sabía… No tenía ni idea de que se estaba utilizando sin mi supervisión, ni de que había muerto gente… Jamás habría permitido que algo así ocurriese.

—Y aún así, no me dejaste hacer mi trabajo cuando te lo pedí —la reprendió.

—¡Te colaste en mi casa! ¿Recuerdas? —exclamó, dolida—. Pensaba que exageraste cuando me dijiste que me estabas investigando, de hecho, pensé que bromeabas.

—Yo no bromeo con esas cosas —respondió muy serio.

—¡No te conocía! —exclamó Christine, aún más compungida—. De hecho, aún no te conozco, pero no sé por qué, consigues que yo… me abra contigo.

Sebastian frunció el ceño, incapaz de bloquear lo que aquella mujer le hacía sentir con sus palabras, pero decidido a ser lo más imparcial posible, incluso aunque le costase un mundo. Suspiró hondo, bajó la mirada y retomó la conversación más calmado.

—Yo… tampoco me he comportado con suficiente claridad contigo — confesó—. Ambos hemos estado jugando al ratón y al gato desde el principio, hasta que anoche… Bueno, ya sabes… —Sebastian se sonrojó momentáneamente, rememorando todo lo que había sentido en su cuerpo la noche anterior—. Pero la cuestión sigue siendo la

misma, Christine: si tú has podido inocular a ciertos pacientes sin que se sepa, ¿cómo voy a creer que no has urdido una trama a mayor escala para probar los resultados y avanzar en el lanzamiento?

—Porque yo no soy esa clase de mujer —respondió Christine, zanjando la cuestión con decisión—. Sé que es difícil creerme, no lo hagas; investígame y saca tus propias conclusiones.

—Eso ya lo he hecho, y te aseguro que no tengo las ideas nada claras. Y temo que lo que siento cuando estoy contigo esté nublando mi juicio —confesó preocupado.

Entonces fue Christine quien se atrevió a coger su mano entre las suyas, mantuvo su mirada con entereza y tragó saliva.

—Ash, yo no haría eso, no destruiría el trabajo de años solo para ganar unos meses. Ni por dinero, ni por vanidad, ni siquiera por la salud de los pacientes. El compuesto saldrá al mercado cuando esté listo. Y no antes.

Sebastian mantuvo su mirada y supo que, fuera como fuese, estaba siendo sincera con él.

—Entonces, ¿quién lo está haciendo?

—¿Estás totalmente seguro de que estamos hablando del mismo compuesto? —preguntó Christine, intentando encontrar una explicación alternativa para avanzar.

—Sí. De hecho, yo mismo he tenido una dosis entre mis manos.

Christine abrió la boca, anonadada.

—¿Cómo? ¿Estás seguro de eso?

—Absolutamente.

—¿Y cómo la conseguiste?

—No me fue difícil, si te soy sincero. Solo fue cuestión de elegir a quién sobornar.

Christine no daba crédito. Su cerebro iba a toda velocidad, intentando comprender cómo diablos podría haber llegado una dosis a manos de Sebastian.

—¿Aún tienes esa dosis? —preguntó, deseosa de comprobar si hablaban del mismo compuesto.

—Parcialmente.

—¿Perdón?

—La curiosidad me estaba matando…

La afirmación de Sebastian la dejó de nuevo boquiabierta durante unos instantes, pero se recuperó pronto, excitada ante la posibilidad de obtener más datos.

—¿La has tomado? ¿Tú? ¿Y qué pasó? ¿Qué sentiste? ¿Me permitirías hacerte un análisis de…?

Aquella reacción fue la que determinó su inocencia a ojos de Sebastian. Christine no estaba interesada en el dinero, ni en avanzar en la investigación más rápido; Christine era una científica nata, preocupada por cómo funcionaba el compuesto y loca por saber qué reacciones provocaba para poder, como había dicho antes, ayudar a los demás.

—No me vas a hacer nada, no soy tu conejillo de indias… Bueno, al menos no en ese campo. Si quieres experimentar conmigo, ya sabes dónde hacerlo —añadió enarcando una ceja, feliz de haber llegado a una conclusión positiva sobre ella. Christine no pudo evitar imitar su sonrisa y se sonrojó intensamente.

—En serio, me gustaría saber qué sentiste —insistió, intentando no desviarse de lo que le interesaba.

—Solo probé una dosis pequeña, ingerida, no inyectada, pero he de decir que me dejó fuera de juego durante casi ocho horas, aunque a mí me pareció que no habían pasado ni veinte minutos.

—¿En serio? ¿Solo ingerida?

—Así es.

—Sebastian, ¿estás absolutamente seguro de que estamos hablando de la misma sustancia? Porque no tengo registros de esos síntomas.

—Puede que tú no, pero alguien los tiene —sugirió Sebastian, cada vez más preocupado—. Aunque se me ocurre una forma de saberlo.

—Tu dirás.

—Si me permites ir contigo a la planta química y me das acceso a la BPCP, puedo llevar el resto de la muestra que tengo y comparar la formulación.

—Eso puedo hacerlo yo misma —respondió Christine, con sus ojos brillando de excitación.

—No, no voy a dártela tan fácilmente —espetó Sebastian—. Hasta ahora has logrado convencerme de tu inocencia, pero no soy tan estúpido como para perder esa baza a mi favor.

—No confías en mí —se lamentó Christine, con una sonrisa triste.

—Estoy en ello —murmuró, devolviéndole la sonrisa.

—Sin embargo, yo debo confiar en ti sin que me cuentes nada sobre lo que has descubierto, ni siquiera sé si trabajas solo o…

—Deja que vaya contigo, déjame comprobar que me estás diciendo la verdad y te contaré todo lo que sé.

Christine permaneció en silencio unos segundos, un poco molesta al comprobar que él no daba su brazo a torcer, pero finalmente asintió con determinación.

—Si está muriendo gente por culpa de mi fórmula, pienso llegar hasta el fondo del asunto. De acuerdo, iremos a la planta.

—Tendré que ir a casa a recoger mi muestra —añadió Sebastian —. Además, tengo que poner a Olivia al corriente de todo esto.

—Mi chofer está disponible. Puedes hablar con Olivia, quien quiera que sea, de camino a tu casa.

El tono de voz denotaba un ramalazo de celos que suscitó una chispa de contento en el detective, quien no pudo evitar sonreír ante la idea.

—Es mi enlace dentro de Scotland Yard, amiga desde hace años —aclaró, mirándola con sinceridad. Christine suspiró y decidió otorgarle el beneficio de la duda a aquella mujer sin rostro, la

mirada de Sebastian era limpia y cálida, así que apartó sus dudas a un lado y asintió.

—¿Confías en ella?

—Plenamente.

—Pues vámonos. No quiero encontrarme con según qué personas y la mejor hora para poder estar a solas en el área BPCP es el almuerzo.

CAPÍTULO 26

Análisis

Olivia empezaba a preocuparse. La noche anterior había estado empapándose a fondo sobre la BPCP, consultando el informe que había encontrado en una revista científica y que había utilizado como base para conseguir el acceso a la planta de Boosting Chemistry, alegando que fue la compañía la que empezó a desarrollar la fórmula cinco años atrás. Había presentado el artículo a sus superiores, pero no lo había leído en profundidad hasta aquella noche, y lo que había averiguado le estaba carcomiendo el cerebro.

Según la publicación de éxito, y corroborando la sucinta explicación que había dado Sebastian en la morgue, el compuesto se empezó a utilizar para contrarrestar los efectos de estrés postraumático en pacientes con depresión profunda, pero la comunidad científica se dio cuenta, quizá un poco tarde, de que los efectos secundarios eran bastante fuertes y, en la mayoría de los casos, irreversibles; fue entonces cuando se suspendió el proyecto, con el compromiso por parte de la empresa de investigar a fondo los resultados y no volver a utilizar el compuesto hasta que se tuviera un cien por cien de fiabilidad y seguridad sobre los resultados esperados.

Estaba claro que ese compromiso era lo que había ocupado el presupuesto más importante de Boosting Chemistry desde entonces, según pudo averiguar Olivia realizando un estudio exhaustivo de las publicaciones médicas y farmacológicas de los años siguientes, aunque, aparentemente, el momento de dar luz verde al fármaco aún no tenía visos de acercarse.

O eso era lo que se quería dar a entender.

A las dos de la mañana, Olivia llegó a la conclusión de que, por mucho que pareciese lo contrario, *lady* Pearl tenía que estar forzosamente al tanto de esas pruebas no autorizadas que se estaban llevando a cabo; entonces empezó a preocuparse porque Sebastian no había dado señales de vida desde que se marchó, hirviendo de rabia, tras la infructuosa redada en la planta química.

Quizá esa mujer lo había envenenado…

Le mandó un mensaje antes de irse a dormir, sin respuesta; le envió dos más al despertarse para ir a comisaría, con el mismo resultado; así que, a las ocho de la mañana, Olivia decidió llamarlo por teléfono, pero se encontró con que su móvil estaba fuera de cobertura, cosa que alimentó aún más su desazón. Cuando iba a salir hacia su casa para comprobar si simplemente se había quedado dormido y era ella la que se estaba obsesionando demasiado, su teléfono empezó a sonar.

Era Sebastian.

—¿Estás bien? —preguntó tal y como atendió la llamada.

—Sabía que estarías preocupada, por eso llamo —respondió escuetamente.

—¿Y bien?

Olivia esperó pacientemente a que él le diera una respuesta, pero sintió que algo raro ocurría.

—No estoy solo —dijo Sebastian finalmente—. Solo quería que supieras que voy de camino a la planta química. Voy a hacer un reconocimiento en profundidad.

—¿Puedes ser un poquito más explícito, por favor?

—He obtenido nueva información sobre la BPCP y *lady* Pearl ha tenido la amabilidad de permitirme analizar el compuesto para poder compararlo con la muestra que tengo en casa, y así salir de dudas de una vez.

Olivia comprendió al instante que ella estaba con él, pero en lugar de sorprenderse por el avance de su compañero, tuvo la inquietante sensación de que estaba en apuros.

—Sebastian, tienes que tener cuidado. Esa mujer es muy peligrosa.

—Más de lo que crees —respondió al punto, en un tono que ella no supo descifrar.

—¿Entonces? ¿Por qué estás con ella? ¿Es que te tiene secuestrado?

—No, nada de eso. Al menos, no de la forma que tú piensas —respondió Sebastian con voz sugestiva, desconcertando aún más a la subinspectora.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir con eso, Sebastian?

—Que no te preocupes, tendremos mucha más información dentro de unas horas y ya habré tomado una decisión sobre cuáles serán nuestros siguientes pasos.

—Mira, voy a enviar una patrulla a la planta y…

—¡No! No hagas tal cosa, ni vengas tú tampoco. Estoy bien, déjame llevar esto a mi modo.

Algo en su tono de voz le hizo cambiar de opinión sobre el riesgo que podía estar asumiendo en favor de la investigación. Sebastian sonaba tranquilo, relajado, y eso no era habitual en él cuando descubría una pista o se encontraba cerca de la solución a un problema. Entonces, Olivia se aventuró.

—¿Has pasado la noche en casa de *lady* Pearl?

Sebastian no respondió inmediatamente, provocando que Olivia abriera desmesuradamente los ojos, aún más preocupada.

—Luego te lo contaré todo. Pasaré por tu casa en cuanto termine, ¿de acuerdo? Ahora te dejo, tenemos prisa.

Sebastian cortó la llamada dejando a Olivia profundamente intrigada. ¿Habían dormido juntos? ¿Lo había seducido? ¿A Sebastian? ¿El hombre sin intereses carnales? No podía creerlo.

¿Tan hondo había calado aquella mujer en su amigo que no se daba cuenta de que estaba jugando con él?

***

El chófer de Christine los acercó a casa de Sebastian y, aunque ella insistió en subir con él para ver su hogar, Sebastian rehusó. No

quería que ella viese su casa en el estado en el que se encontraba, no quería que ella pensase que era un descuidado, pero sobre todo, no quería verla allí, entre sus cosas, temeroso de que una simple visita lograse vincularla aún más a él. Aún no estaba totalmente seguro de si ella era inocente y le costaría mucho más denunciarla si aumentaba su vinculación con ella.

Con lo que quedaba de la dosis en su bolsillo, Sebastian volvió al coche, dispuesto a obtener la información que necesitaba para salir de dudas de una vez por todas, pero también nervioso al tener a Christine a su lado. El trayecto se le hizo muy largo, Christine no dejaba de mirarlo de soslayo, no sabía si divertida o simplemente interesada en sus reacciones, y eso lo sacaba de quicio. Sin embargo, no dijo nada, y ella se mantuvo también en silencio hasta que llegaron a la puerta de la enorme edificación de hormigón.

Cuando Sebastian se apeó del coche, una extraña sensación de pánico lo envolvió momentáneamente: si ella era culpable, también era posible que acabase con él allí mismo. Podría deshacerse de su cadáver con facilidad, sería suficiente con echarlo dentro de alguna de las gigantescas bombas llenas de ácido. Jamás lo encontrarían, ni siquiera Olivia podría hacer nada al respecto; pero entonces, Christine se le acercó y le habló por fin, sacándolo de sus pesarosos pensamientos.

—Vamos, te enseñaré a qué he dedicado el noventa por ciento de mi tiempo durante los últimos años —anunció con confianza—. Te explicaré todo el proyecto sobre el terreno y te presentaré a mi personal. Así obtendrás toda la información que necesitas, dejarás

de pensar que soy la mala de la película y podremos detener esta debacle en la que me he visto envuelta sin saberlo.

Sebastian la escuchó mirando sus ojos con interés y, una vez más, ella logró convencerlo con sus palabras. Asintió decidido y la siguió adentro de la enorme mole que albergaba los experimentos farmacéuticos más avanzados de la década.

Sebastian se sorprendió gratamente al comprobar que la señorita Banks seguía ocupando el puesto de secretaria, tanto él como Olivia habían dado por sentado que *lady* Pearl la despediría cuando se enterase de que los había dejado pasar sin revisar sus credenciales a fondo; sin embargo, no había sido así, y pensó que aquel gesto honraba a Christine. Pero su felicidad se transformó inmediatamente en pánico al ver la expresión de horror que se plantó en el rostro de la secretaria cuando comprobó que era él quien acompañaba a la dueña de la empresa.

—¡*Lady* Pearl! —exclamó la pobre chica, viendo que su puesto de trabajo podía estar de nuevo en peligro—. ¡Este es el hombre que me engañó! ¡Le aseguro que fue de lo más convincente y…!

—Tranquilízate, Jennifer —respondió Christine con una sonrisa conciliadora—. Conozco perfectamente al señor Fairchild y estoy al tanto de lo persuasivo que puede llegar a ser.

Sebastian intercambió una mirada con Christine y descubrió orgulloso que ella no ocultaba su admiración por él públicamente, a juzgar por el fuego que ardía en sus iris. Ella le lanzó una sugerente sonrisa y él, confundido, se irguió todo lo que pudo.

—Señorita Banks, lamento haberla engañado, le aseguro que mi compañera y yo no pretendíamos dejarla en mal lugar —se excusó profusamente.

—¡Es usted un fresco! —respondió la señorita Banks, indignada. El enfado de la secretaria arrancó una sonrisa comprensiva de los labios de Christine. Entendía perfectamente por qué lo había dejado pasar y por qué ahora se mostraba tan molesta.

—Vamos al área quinientos, Jennifer. Voy a enseñarle al señor Fairchild nuestros últimos avances. No quiero que se nos moleste, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, señorita Pearl. Me encargaré de ello personalmente —aseguró Jennifer con determinación.

Sebastian se despidió con un gesto de su cabeza, recibiendo un ademán de disgusto por parte de la enojada secretaria y siguió a Christine a la zona de investigación, cruzando la misma puerta que él y Olivia habían traspasado solo unos días atrás sin permiso. En esta ocasión, sin embargo, iba acompañado de la autoridad en la empresa y disfrutó enormemente del trato con el que los recibían al pasar, sobre todo a Christine, a quien todos se giraban para saludar o se acercaban para consultar tal o cual detalle sobre algún proyecto. Sebastian notó que la plantilla la observaba con respeto y admiración, incluso los empleados de menor rango, lo que le hizo reafirmarse en su decisión sobre ella.

Pero además, verla en su entorno le hizo sentir orgulloso de ir a su lado y, durante unos instantes se regodeó en la idea de que aquella mujer, poderosa y deslumbrante, que andaba delante de él y

a la que todos admiraban, había estado toda la noche proporcionándole placeres inconfesables a él, y solo a él. Y no pudo evitar enarcar una ceja al pensarlo, al recordar cómo sus ardientes labios se perdían entre sus…

—Aquí es. —La voz de Christine interrumpió sus lúbricos pensamientos, devolviéndolo inmediatamente a la realidad—. Voy a pedir un kit de análisis para que puedas determinar por ti mismo la composición de ambas sustancias.

—Pide otro para ti, hagámoslo juntos —concedió Sebastian. Christine, aún reticente sobre cómo se había desarrollado la mañana, sonrió encantada.

—¿Vas a dejarme trabajar contigo? —preguntó coqueta.

—Es lo menos que puedo hacer —respondió Sebastian, en el mismo tono sugerente. Christine dio un par de pasos hacia él, acercándose tanto que casi podía besarlo. Le lanzó una mirada sugerente y esperanzada a la vez y, en un susurro, preguntó:

—Entonces, ¿confías en mí?

—Creo que no tienes nada que ver con las muertes, ni tampoco con el tráfico ilegal de la BPCP —afirmó Sebastian, después de tragar saliva para intentar controlar el impulso de besarla.

—Menos mal —respondió Christine. Sonriendo, superó los escasos centímetros que los separaban y depositó un suave beso en sus labios que, aunque provocó que se sonrojase intensamente, él aceptó con gusto.

Pasaron toda la mañana enfrascados en el trabajo, contrastando los resultados que iban obteniendo tanto de la muestra de Sebastian como de la de BPCP, la cual Christine obtuvo directamente de la última probeta extraída de la bomba principal. De vez en cuando, ella le acariciaba el cuello disimuladamente al levantarse para ir a buscar un instrumento y, aunque Sebastian no levantaba la cabeza del microscopio, sonreía encantado. Sin embargo, no se veía capaz de hacer lo mismo con ella, no en aquel entorno.

No rodeados de más personas.

Una hora y media más tarde habían terminado con el minucioso análisis de cada componente. A pesar de descubrir que el porcentaje de los elementos difería un poco entre la muestra de Sebastian y la del laboratorio, achacaron esas diferencias a la concentración de las mismas y descartaron las mínimas discrepancias como irrelevantes; pero ambos estuvieron de acuerdo en que ambas muestras eran idénticas, y el estupor se dibujó en el rostro de Christine.

—Es imposible, Ash —balbuceó ante la evidencia. Lo miró a los ojos con culpabilidad y negó con la cabeza—. Te aseguro que no sé cómo ha podido pasar esto —añadió, preocupada ante cuál sería el futuro que Sebastian tendría pensado para ella.

—Aún queda una cosa más —respondió Sebastian—. Necesito una rata de laboratorio para estar seguro.

Christine solicitó un animal y, en cuanto Sebastian le inyectó la sustancia, comprobó su teoría: en segundos, la misma reacción que había visto en el cuello de *sir* Patrick y en los cadáveres de la

morgue apareció en torno al pequeño pinchazo. Sebastian sonrió, y Christine empezó a comprender.

—¿Tienes una lámpara ultravioleta? —le pidió Sebastian. Christine asintió, a sabiendas de qué era lo que él quería confirmar. Cuando Sebastian iluminó la rojez que se había creado en torno al pinchazo, pudo ver lo que esperaba: la marca oscura, perfectamente redonda, apareció frente a sus ojos.

—La perla negra —dijo Christine con voz melancólica, sorprendiéndolo—. Es como me llamaba mi padre cuando era pequeña. Decía que yo era única, perfecta, como lo es la reacción que estás viendo.

—Estabas al tanto, entonces… —dijo Sebastian, solo por confirmar si ella sería sincera al respecto.

—Por supuesto, este fue uno de los problemas con los que nos encontramos en el proyecto inicial. Al inocular el medicamento, quedaba una marca bastante evidente en la piel. Al principio nos fue imposible ocultarla, pero gracias a los últimos avances hemos conseguido que no sea visible a simple vista, aunque aún no hemos conseguido que no haya rastro alguno. Estamos en ello —terminó con una sonrisa triste—. ¿Cómo sabías que encontrarías esa marca? —preguntó curiosa.

—Porque es la misma que tenían los cuerpos de los jóvenes, Christine, lo que confirma por completo mi teoría —respondió Sebastian, contento de que ella no le hubiese ocultado la información, y también radiante al confirmar que llevaba razón en sus suposiciones.

—No lo entiendo. En mi archivo se encuentran los datos de todos los pacientes que han sido inoculados y ninguno de ellos ha muerto, de eso estoy segura —comentó, preocupada.

—No murieron a causa de la sustancia —desveló Sebastian por fin —, sino por un fuerte golpe en la cabeza. —Christine abrió la boca, dándose cuenta de que él no había sido totalmente sincero con ella, pero Sebastian continuó—. Podríamos pensar que se desmayaron, se golpearon y murieron, pero he visto cómo quedaron sus cabezas y te aseguro que aquellas deformaciones no fueron producidas por una caída accidental, a no ser que cayesen con mucha fuerza sobre el ancla de un barco, y veo bastante poco probable que eso les ocurriera a ambos —terminó, añadiendo un toque de sarcasmo a su discurso.

—Me has ocultado ese dato a posta —lo acusó Christine, ceñuda.

—Lo siento, necesitaba estar seguro, Christine.

—¿Y ahora lo estás?

—Creo que sí.

—¿Crees? —respondió molesta—. Bueno, ¡al menos hemos avanzado en algo! ¿Sigo siendo tu principal sospechosa? —inquirió en tono irónico.

Sebastian sonrió con la comisura de sus labios y negó con la cabeza.

—Después de haber compartido las últimas dieciocho horas contigo, me resultaría muy sorprendente que estuvieses involucrada, a juzgar por tu comportamiento —se limitó a responder. No quería

que ella supiera que ya la había descartado totalmente como sospechosa, y sonrió con picardía. Christine comprendió el doble juego al punto y le sonrió con la misma intención, contenta al saber que por fin, él se había convencido de su inocencia.

—Entonces, ¿cuál es su conclusión, detective?

—Como suponía, alguien se ha estado portando mal, y siento decir que mis sospechas apuntan directamente a Charles Bloodworth —anunció.

—¡Eso es imposible! —exclamó Christine, contrariada.

—Tan imposible como que la droga se estaba distribuyendo a tus espaldas, y mira… —zanjó Sebastian, señalando a los resultados que tenían frente a sus ojos. Christine cerró la boca y, apabullada, negó con la cabeza—. Tenemos que hablar, Christine, pero no aquí. Este lugar ya no es seguro.

Christine miró con desconfianza a su alrededor. El resto de trabajadores quedaban muy alejados de ellos en aquel momento, pero por primera vez, no se sintió a salvo en su planta.

—No puede ser Charles, lo conozco hace años y siempre ha sido digno de la confianza de mi familia…

—Pues está claro que se ha estado aprovechando de ella —replicó Sebastian, con suavidad para evitar hacerle daño, pero con la determinación suficiente para zanjar el asunto—. Siento tener que abrirte los ojos, pero estoy seguro de que es él el responsable.

—¿Estás seguro de que no has llegado a esa conclusión solo porque estás… celoso? —se aventuró Christine.

—Estoy seguro —afirmó Sebastian—. Mis celos de anoche no tienen nada que ver con esto y jamás entorpecerían mi juicio.

—Yo creo que te equivocas. Podría ser cualquiera, Tom, o Ritchie…

—No. Y quiero explicarte el por qué. Pero no aquí. —Sebastian miró a su alrededor, sospechando de todos los trabajadores que, aunque enfrascados en su trabajo, le parecieron de repente espías involucrados en un complot contra la empresa. Christine siguió la trayectoria de su mirada y frunció el ceño, desconcertada—. Aquí no, Christine. Vamos a mi casa.

CAPÍTULO 27

Chez Sebastian

Aunque le había dicho a Olivia que iría a buscarla en cuanto terminase en la planta, Sebastian sabía que tenía que llegar hasta el fondo del asunto y que aquel era el mejor momento para continuar. Christine estaba sensible, preocupada por el futuro de su empresa, del proyecto de su vida, y muy impactada ante la posible implicación de Charles en la trama de tráfico de sustancias ilegales. Así que, al salir de la planta, y mientras esperaban a que el chófer de Christine llegase, Sebastian le pasó el brazo por encima de los hombros para reconfortarla. Sorprendida, ella lo miró a los ojos, le regaló una pequeña sonrisa y se refugió en su pecho. Aunque era una mujer alta, Sebastian le subía más de diez centímetros y le resultó muy agradable sentirse arropada por su cuerpo.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja el aspirante a detective.

—Estaré bien. Necesito poner en orden mis ideas —respondió Christine en voz baja.

Sebastian la apretó fuerte durante unos segundos y, cuando creyó que era el momento, se atrevió a preguntar lo que le había estado rondando por la cabeza desde el principio.

—Christine, puede que este no sea el mejor momento para hacerte esta pregunta, pero tengo que saberlo —empezó, decidido —. ¿Has tratado a *sir* Patrick Clifford en algún momento?

Christine se separó de él para mirarlo a los ojos. Se sentía especialmente vulnerable a la luz de los recientes descubrimientos y no pudo evitar mostrar su sentimiento de culpa abiertamente.

—Sabía que antes o después me lo preguntarías —murmuró—. El caso de Patrick es muy personal, Sebastian, pero estás en lo cierto. Yo misma me ocupé de suministrarle el compuesto —confesó compungida—; pero eso ocurrió mucho antes del… incidente en el Parlamento.

Sebastian la miró frunciendo el ceño, sumamente intrigado.

—Necesito que me lo cuentes, no porque dude de ti, sino porque es fundamental para dar sentido a todo esto —aseguró, mirándola con decisión.

—Sé que dudas de mí, es lógico. Cada vez que me haces una pregunta directa te respondo con una sorprendente respuesta que me señala como culpable, que me implica en este desastre en el que se ha visto envuelta mi compañía. Por eso quiero contártelo, Sebastian. No por la investigación, ni para excusarme ante ti, sino para que estés completamente seguro de mí. Quiero que confíes en mí porque quiero que…

Christine calló, abrumada por lo que estaba a punto de confesar, por la cercanía de aquel hombre que, incomprensiblemente, la hacía sentir protegida, admirada, deseada. Sebastian suscitaba en ella una serie de sentimientos que no esperaba, que no pensaba que podrían

surgir con tanta facilidad entre dos personas que acababan de encontrarse en la vida, entre dos personas que no sabían nada la una de la otra; sin embargo, junto a él se sentía a salvo, capaz de mostrarse exactamente como ella era, sin temer a ser juzgada o malinterpretada.

Junto a él, se sentía en paz.

—¿Qué? ¿Qué es lo que quieres? —la instó Sebastian, cautivado por la intensidad de su mirada y sus palabras.

—Me gustas mucho, Ash —confesó con determinación—. Esto que está… empezando entre nosotros, sea lo que sea, también me gusta mucho, y no quiero que se estropee debido a malentendidos entre nosotros. Te aseguro que lo que voy a contarte es algo paralelo a lo que estás investigando, algo muy íntimo y personal que aconteció de manera totalmente aislada, pero creo que es importante que lo sepas por mí. No quiero que lo descubras más adelante y eso sea un motivo de discordia en nuestro… entendimiento.

Sebastian se quedó boquiabierto, no esperaba aquella declaración tan explícita en un momento tan delicado. Christine acababa de derrumbar todas sus defensas con una sola afirmación y, de repente, él también se sintió extremadamente vulnerable, tanto que no pudo evitar responder con la verdad.

—A mí también me gustas, y por descontado me encanta esto que está empezando entre nosotros, sea lo que sea. Tú me tocas en lugares donde jamás había tocado nadie antes, Christine, y no me refiero solo a físicamente. No sé por qué, no lo entiendo, y sé que solo hace unos pocos días que nos conocemos, pero tú me haces

sentir especial, relevante, como si te interesase lo que digo no por cómo lo expreso, sino porque… te importa.

—Es que me importa, Sebastian —confirmó Christine al punto—. Tú me importas. Y tienes razón, solo hace unos días que nos conocemos, pero creo es suficiente cuando…

—… conoces a la persona… adecuada —completó Sebastian en un murmullo.

—Así es.

Ambos se quedaron mirándose a los ojos, sobrecogidos por las declaraciones que habían escuchado, por las que ellos mismos habían hecho, y no fue hasta que el Mercedes de Christine se detuvo junto a ellos que pudieron reaccionar, sus miradas enganchadas como dos imanes de polos opuestos condenados a sentir una atracción irrefrenable al estar tan cerca.

***

Al entrar en su apartamento, Christine sintió rápidamente la fuerza de aquel hombre impregnando cada rincón. La abigarrada decoración llamó su atención, pero le gustó el estilo tan masculino de la misma, así como la disposición del mobiliario; pero lo que más la sorprendió fue la oscuridad que se cernía en cada habitación: aun disfrutando de aquellos maravillosos ventanales, todas las cortinas estaban corridas casi por completo. Christine se preguntó cuál sería la razón de aquel aislamiento del exterior, aunque concluyó que sería otra rareza más de aquel hombre tan extravagante.

Sebastian había elegido tonos neutros para las paredes, el tapizado de los sillones y las sillas, incluso las escasas pinturas que

decoraban las paredes allí eran poco llamativas. Christine pensó que aquel hombre de mente privilegiada necesitaba paz en su entorno, y por eso no había nada llamativo donde detener la vista.

Sin embargo, el salón estaba lleno de estanterías rebosantes de libros, la mayoría de ellos, gruesos tomos de costosa encuadernación y de temáticas de lo más variado: novela, ensayo, estudios científicos y una amplia selección de bibliografías, prolijamente ordenadas por temática. Sonriendo ante el encantador descubrimiento, Christine se acercó a una de aquellas estanterías, atraída de repente por lo que parecía una biografía muy antigua sobre Nietzsche, cuando se vio sorprendida por los brazos de Sebastian que la apresaban desde atrás, la obligaban a girarse hacia él y la pegaban a su cuerpo mientras sus labios se apoderaban de lo suyos. Subyugada por tan ardiente asalto, Christine abrió su boca para dejar que él la explorara, aunque fue ella quien se aferró a su pelo segundos más tarde, anhelando poder colarse en el interior de la suya.

—No veía la hora de poder volver a besarte —susurró Sebastian, entregado a su pasión.

—Me gustan estos arranques tuyos, Ash, me ponen muy a tono —confesó ella, sonriendo.

—A tono me pones tú a mí…

Con un gruñido, Sebastian se hundió en su boca, sus manos empezaron a buscar los botones de su blusa, ávidas de encontrar la suave piel de sus senos; sin embargo, y mientras aún era dueña de

su conciencia, Christine disminuyó la intensidad de sus besos y se separó de su cuerpo despacio para mirarlo a los ojos.

—Quiero que hablemos sobre Patrick antes de seguir con esto —farfulló—. Quiero estar totalmente segura de que sigues deseando estar conmigo cuando conozcas el resto de la historia.

—No creo que haya nada que puedas decirme que haga la más mínima mella en mi deseo, Christine —gruñó, obligándola a besarlo de nuevo.

—Aún así, quiero estar segura. Y quiero que tú también lo estés —insistió, volviendo a poner distancia entre sus cuerpos.

—Está bien, vamos a mi dormitorio —sugirió Sebastian, con una única idea danzando en su mente.

—No. Dejemos el dormitorio para más tarde, y solo si estás totalmente seguro de que eso es lo que quieres.

Intrigado de repente por la magnitud de lo que ella tenía que contarle, Sebastian asintió y se dirigió al sofá más grande de su salón. Ambos se sentaron frente a frente, y aunque Christine se mantuvo rígida, debido a la incomodidad del tema que tenía que tratar, Sebastian se reclinó en el sofá, dispuesto a escucharla mientras la contemplaba a placer.

—Mantuve una relación con Patrick hace unos meses —empezó Christine, arrancando bruscamente a Sebastian de la comodidad de los mullidos cojines sobre los que se había recostado.

—¿C-cómo? —tartamudeó, impresionado.

—Así es —zanjó ella con rapidez—. Lo conozco hace mucho, me imagino que como tú, por influencia de mi familia; sin embargo, Patrick llevaba bastante tiempo interesado en mí, me había hecho partícipe de ese interés en más de una ocasión y…

—¿Te había hecho partícipe? —inquirió Sebastian, aguijoneado por los celos—. ¿Eso qué quiere decir exactamente?

—Bueno, digamos que yo no tenía ninguna duda de que… deseaba mi atención. —Christine eligió las palabras cuidadosamente, no quería que él se centrase en las razones de su relación con Patrick, sino en las consecuencias de la misma—. Al principio me pareció un hombre muy interesante, era atractivo, inteligente, muy elocuente, como sabrás, y estaba muy bien relacionado, así que accedí a salir con él, a conocerlo más íntimamente.

—Ya, puedo imaginar cuánto —murmuró Sebastian, fastidiado.

—No continuaré hablando si vas a mostrarte así de celoso, Ash —lo reprendió, molesta.

—Tienes razón, discúlpame. Es que no puedo evitar… No me reconozco a mí mismo, lo siento —se disculpó de nuevo—. Continúa, por favor, ya me acostumbraré a la idea de que tienes un pasado.

—A medida que lo fui conociendo —continuó Christine, un poco recelosa—, me di cuenta de que lo que para mí era simplemente diversión, para él empezaba a convertirse en algo… enfermizo, en una obsesión insana que lo llevaba a intentar controlarme, a coartar el resto de las facetas de mi vida, y eso era algo que no estaba dispuesta a permitir bajo ningún concepto.

—¿No se comportaba así al principio? —preguntó Sebastian, olvidándose de sus recelos, con todos sus sentidos alerta ante los detalles que ella iba a desvelarle.

—No. Al principio, como en cualquier relación, todo era maravilloso; fue al cabo de dos o tres meses cuando empecé a sentir la presión. Patrick se hacía el encontradizo conmigo cuando quedaba con una amiga para ir de compras, me acechaba mientras jugaba al tenis, incluso llegó a ponerme vigilancia de forma soterrada, solo para controlar mis movimientos. Molesta y preocupada, lo encaré de frente y le pedí que dejase de perseguirme. Le dije que no me gustaba ese tipo de relación controladora y tóxica, e inmediatamente, él reculó. Se disculpó profusamente, me juró y perjuró que cambiaría, así que continuamos tal y como estábamos.

—Pero él no cumplió su promesa —se aventuró Sebastian.

—No. La cosa fue a peor, y aunque yo intentaba averiguar a qué venía tanta incertidumbre sobre nuestra relación, cuando yo no le había dado motivo alguno para dudar de mi fidelidad, él jamás abrió la boca sobre lo que en realidad le carcomía por dentro.

—¿Una ex le puso los cuernos?

—No. Mucho peor. Empecé a indagar por mi cuenta, ya que, durante una cena con sus amigos más íntimos, conocí a una chica que me abrió un poco los ojos sobre su pasado. Ella me contó que Patrick había tenido una pareja durante muchos años y que su relación se truncó de repente, aunque me aseguró que ella no conocía la verdadera razón. No supe si creerla o no, y viendo lo reservado que Patrick se mostraba conmigo con respecto a su

pasado cada vez que le preguntaba, decidí averiguar por mí misma lo que él se empeñaba tanto en ocultar.

—¿Le pusiste tú un detective a él?

—Algo así —respondió Christine, eludiendo la pregunta directa—. La cuestión es que logré averiguar que esa relación de larga duración había terminado porque su ex-novia quedó embarazada y, sin consultar con él, decidió… deshacerse de su bebé.

Sebastian alzó las cejas sorprendido, pero rápidamente empezó a atar cabos.

—Por eso era tan acérrimo detractor del proyecto de ley…

—Exacto. Aunque podría parecer lo contrario, debido a su experiencia, Patrick estaba completamente a favor del aborto porque quería defender el libre albedrío a la hora de tomar una decisión tan importante, ese libre albedrío del que su pareja lo privó sin consultarle. Como comprenderás, la noticia de la pérdida de su futuro hijo lo dejó conmocionado, se sintió traicionado por su amada y eso, unido al sentimiento de culpa por la muerte de un ser humano en ciernes, lo destrozó. Lógicamente, culpó también a su ex-pareja, a la que veía como una asesina, y rompió toda relación con ella de un día para otro sin darle más explicaciones, ni a ella ni a nadie, ni siquiera a sus amigos. Pero aunque creyó que separarse de ella le ayudaría a superar el dolor, su alejamiento provocó el efecto contrario, sumiéndolo en una depresión que le costó mucho tiempo superar.

—Que de hecho, aún no había superado cuando empezó contigo —dedujo Sebastian.

—Eso es —afirmó Christine—. Según supe más tarde, empezó a ver la luz al final del túnel cuando me conoció, esperanzado ante la idea de poder entablar una relación conmigo, y el hecho de que yo aceptase sus atenciones fue el detonante para su despegue, para volver a ser el hombre que era; pero, pasados los primeros meses de felicidad, la sombra que se cernía sobre él volvió a hacer acto de presencia y empezó a comportarse como un loco conmigo.

—Derivó su obsesión hacia ti —murmuró Sebastian.

—A partir de entonces, y ya sabiendo cuánto le había afectado aquel incidente, fui comprobando poco a poco lo que ya me imaginaba. Patrick necesitaba ayuda profesional, así que, tras una larga charla que casi terminó con la relación, le sugerí, con suma delicadeza, que visitara a un psiquiatra, a lo cual se comprometió con tal de no perderme.

—Pero ya te había perdido.

—No me gustan los malentendidos, no me gustan las mentiras, y me di cuenta de que nuestra relación estaba llena de ambas cosas —dijo Christine, mirándolo con severidad—. Por eso quería hablar de esto contigo lo antes posible, Sebastian.

Él asintió, sintiéndose extrañamente reconfortado y muy orgulloso de aquella preciosa mujer.

—Agradezco tu sinceridad —respondió torpemente, deseando que ella continuara con su historia—. Entonces, ¿Patrick acudió a terapia?

—Empezó a acudir a las sesiones, pero, según me informaron mis colegas, no avanzaba lo más mínimo, aún no sé si porque no estaba

realmente comprometido o porque su bloqueo era tal que no conseguía salir adelante con el tratamiento normal. Pero entonces, ocurrió algo que lo cambió todo. A raíz de una fiesta a la que acudí como su pareja, Patrick empezó a portarse mal conmigo, a… maltratarme. —Susurró esas últimas palabras, aún le costaba mucho mencionar aquel tema, y mucho más, recordar aquella noche en particular. Sin embargo, Sebastian saltó de su asiento como un resorte, profundamente afectado.

—¿Cómo? ¿Ese hijo de puta te puso una mano encima? —exclamó, totalmente fuera de sí.

—No me pegó, jamás lo habría permitido —se apresuró a aclarar Christine—, pero aquella noche empezó a ridiculizarme delante de sus amigos. Se burló de mí, del dinero de mi familia, de mi supuesta facilidad para haber llegado donde estoy, dejándome en evidencia frente a todos. No supe defenderme, no me esperaba aquel comportamiento viniendo de él. Pensé que estaría borracho, o que se había metido un chute de cualquier cosa, y que por eso se conducía de aquella manera. Así que lo dejé pasar. Me fui a casa, dejándolo allí tirado, no sin antes manifestarle mi honda decepción; pero al día siguiente vino a buscarme, aparentemente arrepentido, y me pidió que le diera otra oportunidad.

—¿Y le diste otra oportunidad después de aquello? —inquirió Sebastian, incrédulo.

—Mi principal defecto es que me encariño muy rápido, Sebastian; pero te aseguro que no soy estúpida. A pesar de mis advertencias, Patrick continuó comportándose de forma grosera conmigo cuando estábamos solos, también en público, y aunque más tarde volvía a

mí, desolado y profundamente arrepentido, no pasó mucho tiempo hasta que decidí poner fin a nuestra relación.

—¡Lógicamente! —exclamó Sebastian, cada vez más indignado.

—Fui muy tajante, le dejé cristalino que no quería volver a verle ni a tener nada que ver con él. Sin embargo, Patrick no aceptó bien la ruptura. Empezó a perseguirme, a acosarme tanto en público como en privado. Estaba totalmente obsesionado conmigo y la situación llegó a un extremo tal que me hizo caer en la desesperación.

—¿Lo denunciaste?

—No, aunque quizá debería haberlo hecho —admitió pesarosa—. No quería hundir su carrera, sabes que algo así habría terminado con su reputación de la noche a la mañana; pero yo no podía seguir así. Entonces, se me ocurrió la idea de utilizar la BPCP.

—¿Con él? Pero, Christine, ¡eso fue muy arriesgado! ¡Podrías haber acabado en la cárcel! ¡Podrías haberlo dejado seco como un vegetal!

—Sé perfectamente cuáles eran las implicaciones, Sebastian, y aunque te parezca imposible, estaba totalmente segura de que no le ocurriría nada malo. En cuanto a mí…, sinceramente, decidí correr el riesgo porque no veía otra salida —arguyó, cerrando los ojos—. Hablé con su psiquiatra, un viejo conocido de la familia, y ambos estuvimos de acuerdo en que era la mejor solución. Él conocía mi trabajo y sabía que, aunque quería alejarme de Patrick, le profesaba un profundo cariño y no permitiría que nada malo le ocurriese.

—Entonces, no le inyectaste la BPCP tú misma —coligió Sebastian.

—No. Llegado el momento, su psiquiatra le habló de un tratamiento experimental que podría lograr que se olvidase de aquel trauma que lo lastraba y él aceptó sin dudar, también desesperado por encontrar una salida de aquel agujero que lo había absorbido años atrás. Así que comenzó el tratamiento, sin saber en ningún momento que era mi farmacéutica la que suministraba el compuesto…

—… ni que eras tú quien supervisaba sus avances —completó Sebastian.

—Así es —asintió con tristeza—. Él se olvidó de mí, pero también de todo ese dolor que arrastraba como un peso muerto colgando de su cuello. Puede que te parezca poco ético, pero fue la mejor solución que pude encontrar para ambos en aquel momento. —Christine sonaba apagada, arrepentida, y clavó su mirada en el tapizado del sofá tal y como terminó con su exposición.

—Evitaste la destrucción de su carrera y te quitaste un grave problema de encima al mismo tiempo —murmuró Sebastian, profundamente concentrado en los hechos que ella le había relatado —. Es evidente que el método que utilizaste fue… poco ortodoxo, por no decir ilegal, pero creo que yo habría hecho lo mismo que tú.

—Sé que podría ir a la cárcel solo por eso, pero no vi otra salida —añadió en un murmullo, preocupada por lo que Sebastian pudiese hacer con respecto a aquella confesión. Sebastian, alertado por el

cambio en su decisión y en su tono de voz, levantó su mentón con su dedo índice para que ella le mirase a los ojos.

—No temas, jamás utilizaría una confesión que me has hecho en confianza contra ti, mucho menos, ahora que sé por lo que tuviste que pasar.

Christine se quedó mirándolo unos instantes, aún muy preocupada, pero finalmente asintió.

—En cuanto al cambio de opinión en la votación, desconozco si hubo algún dato que le hiciese replantearse su decisión en el último momento, ya hacía mucho tiempo que no teníamos contacto. Cuando escuché el resultado, pensé que el hecho de haber olvidado el incidente con su ex-novia trajo consigo un cambio de opinión sobre el aborto, pero a la luz de lo que me has contado, ya no estoy tan segura.

—Es lógico pensar que la razón por la que era un acérrimo defensor del aborto fue su experiencia personal y que, al olvidarla, su mente solo tuviera en cuenta los pros y los contras del texto legal, valorándolo de forma más objetiva. Al fin y al cabo, obraste bien al eliminar los prejuicios que se adquieren con la experiencia, incluso aunque el resultado haya sido tan negativo —apuntó Sebastian—; sin embargo, las fechas no cuadran. El cambio de opinión ha sido reciente, hasta hace solo unas semanas, *sir* Patrick continuaba condenando la reforma, y según dices, ya había roto contigo hacía tiempo. Necesitaría tener acceso a su historial, mejor dicho, a todos los historiales que tengas registrados, para estar seguro de que el fármaco no le afectó de otras formas que no hayamos contemplado.

—No serviría de nada, ni mi equipo ni yo misma hemos podido llegar a una conclusión definitiva. Lamentablemente, tengo que reconocer que no tenemos suficiente información de cómo funciona el compuesto a todos los niveles, así que no puedo afirmar que no tuviese nada que ver.

—Si influye en la memoria a largo plazo, es posible —conjeturó Sebastian—, aunque me inclino a pensar que, como cualquier otro fármaco, sus efectos no se dilatan demasiado en el tiempo, por lo que sigo creyendo que debe haber algo más, una mano negra que actuó en las sombras y que se aprovechó de su conocimiento del compuesto para influir en la decisión de *sir* Patrick. Por eso, entre otras cosas, creo que Charles está implicado. Es el trabajador mejor relacionado en tu empresa, me he ocupado personalmente de investigarlo, y puede que haya tenido acceso a *sir* Patrick de una manera u otra.

—No me imagino a Charles alternando con la gente con la que suele salir Patrick —comentó Christine, despertando con sus palabras una nueva duda en Sebastian.

—Quizá no ahora, pero, ¿y antes?

—¿A qué te refieres?

—¿Puede ser que el drástico cambio en las rutinas de *sir* Patrick viniese influido de alguna forma por haber sido pareja tuya?

—No lo creo, ¿pero eso que tiene que ver con Charles?

—Puede que *sir* Patrick no tenga relación actualmente con las compañías de las que Charles se rodea, pero es posible que fuese así antes de empezar a salir contigo. He comprobado que no fue

hasta hace un par de meses que *sir* Patrick empezó a frecuentar los clubes a los que ahora es tan asiduo, parece que antes era mucho más discreto y modesto en sus gustos.

—La verdad es que desconozco qué hacía o dejaba de hacer antes de salir conmigo. Lo único que se me ocurre es que se acostumbrase a los placeres más mundanos de los que me gusta disfrutar, ya sabes, tratamientos de belleza, deporte para mantenerse en forma…; pero yo nunca he sido de juergas en clubes de dudosa moralidad, Sebastian.

—No, pero una cosa lleva a la otra. Si empezó a moverse en un círculo distinto mientras era tu pareja, es probable que mantuviese esos gustos tras la inoculación y que los ampliase después, lo que no quita que entablase amistad con Charles antes de estar contigo.

—Imagino que Charles me lo habría comentado —dijo Christine con poca seguridad.

—Sí…, si es que es realmente alguien en quien puedes confiar, y me parece que ese no es el caso.

Ella se encogió de hombros de nuevo, empezando a pensar que Sebastian tenía razón. Hacía mucho tiempo que no sabía nada de la vida privada de Charles, los dos últimos años de su vida habían sido bastante caóticos en lo que al trabajo se refería y había descuidado bastante su relación personal con él.

—Sinceramente, ahora mismo no sé qué pensar —admitió con pesar.

—Entonces, ¿no estás segura de hasta qué punto puede afectar la aplicación de la BPCP? ¿No tenemos certeza de cuántas capas de la

memoria puede permear?

—No. Cuando decidimos utilizarla con Patrick, la dosis elegida era muy pequeña y además la formulé expresamente para él; pero, lamentablemente, no puedo asegurar cómo funciona si se ha aplicado otra concentración, o un número mayor de dosis. Ni siquiera podría asegurar cómo funcionaría en una persona a la que no hubiésemos estudiado a fondo previamente. Los casos que están registrados en la carpeta de mi equipo son muy escasos, y todos ellos eran personas de las que conocíamos su historial médico completo y a las que habíamos sometido previamente a una serie de pruebas físicas y médicas. Por eso jamás participaría en un test masivo de la sustancia, bajo ningún concepto, y por eso te aseguro, una vez más, que no estoy implicada en todo lo que has descubierto a lo largo de tu investigación.

—De eso, estoy totalmente convencido —afirmó Sebastian con seguridad.

Christine lo miró a los ojos y pudo ver el cariño que brillaba en ellos. Inmediatamente se sintió mejor y deseó besarlo con todas sus ganas. Sin embargo, fue él quien acortó distancias entre ellos, agarrándola del brazo repentinamente y atrayéndola hacia sí con un solo movimiento. Un segundo después, ella se encontraba sentada en su regazo sin saber cómo diablos había llegado hasta allí. Sebastian enredó sus dedos en su melena y la besó con delicadeza, arrancando un suspiro de su pecho.

—Entonces, ¿no me odias? —susurró ella entre sus labios.

—Claro que no te odio —murmuró él.

—¿Y me crees?

—Te creo, y comprendo perfectamente tus motivos. Lo que no comprendo es por qué has dudado tanto en contármelo, por qué has eludido el tema si sabías que haciéndolo, solo sembrarías más dudas en mí.

—Porque no quería que te alejaras de mí, Ash —confesó en un murmullo—. Me quedé prendada de ti cuando te vi aparecer en mi fiesta la otra noche, me cautivaste con tus maneras, con tu forma de vestir, de moverte, con ese descaro del que alardeas con tanta facilidad; y más tarde, en mi despacho… ¡Uff! ¡Creí que ardería si no te esclavizaba allí mismo! —exclamó Christine, suscitando una carcajada en su amante—. Pero inmediatamente me di cuenta de que era el caso de Patrick lo que te había traído hasta mí aquella noche. No tenía intención de contarte que había estado saliendo con él sin haber conseguido que antes te fijases en mí, que me desearas. De hecho, ni siquiera estaba dispuesta a contártelo hasta que entraste anoche en mi casa, hasta que vi los celos arder en tus ojos. Entonces supe que la única forma de llegar a ti sería logrando que bajases tus defensas, porque no podrías entregarte a mí sin que yo fuera totalmente sincera al respecto, simplemente, porque tú lo sabrías.

—Y sin embargo, me tuviste a tus pies tal y como me pediste que te creyera —gruñó Sebastian, empezando a dejar que la pasión hiciese eco en su voz.

—No sé quién de los dos se rindió antes, Ash.

Christine enterró sus dedos entre sus bucles para acercar su boca a la suya y se enredó en un beso ardiente y apasionado con él, desarmándolo por completo, alejando cualquier resto de cordura de su cabeza.

—No lo sé, solo sé que te quiero ahora mismo en mi cama —rugió Sebastian, totalmente perdido en el fuego del momento—. Quiero hacerte de todo, Christine, y no pienso esperar.

CAPÍTULO 28

St. Bride Street

Sebastian me arrebata el sentido con sus palabras, si es que aún me quedaba algo de eso desde que empezó a besarme, desde que empezó a gruñir en mi oído que lo tuve a mis pies tal y como le pedí que me creyera. Mis dedos acarician su pelo mientras los suyos vagabundean sobre mi ropa, deseando encontrarse con mi piel, pero aún pudorosos ante esa posibilidad.

Abrirle mi corazón ha sido duro, mucho más duro de lo que me imaginaba, pero la recompensa ha sido inmediata, y dulcísima, porque ahora me entrego a él con todo mi ser, y mi cuerpo, que ya empieza a temblar, ansioso por recibir sus caricias, está dispuesto para él, receptivo como nunca, aún más anhelante que la primera vez.

Jamás creí que podría sentir esta locura, este deseo inhumano que me embarga solo con verlo de cerca, solo con imaginar lo que su ansia provocará en mí al tomarme, solo con respirar su aroma y escuchar esa voz rasgada que me somete, que me deja sin aliento. Sebastian se ha apoderado de mi sensatez sin pretenderlo, siendo él

mismo, y me conmueve hasta lo más íntimo sentirme tan vulnerable entre sus brazos.

Creí que lo perdería, que en el momento en que le confesase todo lo que he hecho saldría huyendo despavorido; y sin embargo, aquí está, exhalando su cálido aliento sobre mi cuello, mordiendo mis labios como si fueran la fruta más deliciosa que hubiese probado nunca, suspirando mi nombre entre besos, volviéndome loca con su calor.

—Quiero probarte, Christine —clama su voz tenue en mi oído—, quiero conocer tu sabor igual que tú conoces el mío.

Sus susurros me queman, su curiosidad por mi cuerpo me hace hervir la sangre, y sus dedos… ¡Oh, señor! Esos dedos largos y fuertes, empeñados en arrancar un gemido tras otro de mis labios solo para probarse a sí mismos…

—Llévame a la cama, pruébame, ámame. Haz lo que te apetezca, pero no dejes de besarme.

Escuchar mi voz preñada de deseo provoca un estallido de lujuria en el fondo de su pecho, lujuria que él deja escapar entre sus labios hecha bramido para llevarse lejos mi serenidad; como una autómata, empiezo a desabotonar mi blusa, porque no puedo esperar ni un segundo más.

—Oh, Christine…, eres maravillosa…

Por fin, él se decide a abandonar el salón, levantándose del sofá conmigo en brazos, entiendo que para, por fin, llevarme a su dormitorio. No puedo ver nada, su boca me tiene presa y yo no quiero indulto alguno, y mis ojos no me obedecen, se niegan a

abrirse para echar un vistazo. Ya lo haré luego, más tarde… O quizá, con suerte, mañana por la mañana.

Se ha detenido, se sienta de nuevo, aunque creo que ahora lo hace sobre su cama. Me sorprende muchísimo comprobar su fuerza, aún siendo un hombre esbelto, sus músculos son poderosos y su complexión parece mucho mayor cuando se quita la ropa. Aunque aún no estoy segura del todo, no he tenido tiempo suficiente para recrearme en sus perfiles, sus ojos y sus labios han acaparado la mayor parte de mi atención cuando hemos estado a solas. Y su pelo, esos rizos que me enamoran y que adoro acariciar con mis dedos…

—Cariño, quiero desnudarte, quiero… Quiero tocarte y lamerte por todas partes…

¡Dios! ¡Quiere lamerme por todas partes!

Loca por que cumpla sus deseos, me quito la blusa, pero cuando voy a desabrocharme el sujetador, sus manos se apoderan de las mías, deteniéndome en el acto.

—No, quiero hacerlo yo —susurra, jadeante.

Asiento con la cabeza porque mis labios están dentro de su boca, chupando su lengua con avidez. Sebastian desabrocha mi sostén con soltura y, teniéndome aún sobre su regazo, se detiene un momento para contemplar mis senos. Un sollozo se desliza desde su garganta, él vuelve a apoderarse de mi boca y su mano derecha de mi seno, acariciándolo con sus dedos de una forma tan suave que me hace suspirar, y siento cómo me humedezco cada vez que él pasea sus yemas sobre mis duros pezones.

—Me encantan tus pechos —farfulla encendido—, son tan suaves, tan seductores… Dios, me encanta acariciarlos…

—Ash, creo que no voy a poder esperar tanto como necesitas —confieso, ocultando como puedo mi urgencia por tenerle jugueteando allí donde lo necesito.

—Está bien.

Con un jadeo sordo, Sebastian me tumba sobre su cama. Creo que ni siquiera ha retirado la colcha, pero tampoco creo que vaya a necesitar taparme en ningún momento esta noche. Tira de mi falda y de mis braguitas y, sin dejar de besarme, se deshace de su camisa, de sus pantalones y de su ropa interior, dejando a la vista su tremenda erección, la cual acaricio casi inmediatamente, loca por provocarlo, por volverlo tan loco como yo lo estoy.

Y la incitante reacción de su voz no se hace esperar.

—Oo-oooh… Oooh, Dios… No, no. Para, Christine…

Bruscamente, sale de mi zona de alcance, frustrando mis deseos; pero la tortura parece que ya ha acabado porque sus labios rodean mi areola, ansiosos por meter mis pechos en su boca. Su lengua retoza sobre mis pezones y empiezo arquearme hacia ella, tremendamente excitada.

—Oo-ooh, me encanta tu boca, Ash…

Y a mí me encantan tus pezones, me encanta sentirlos duros contra mi lengua —jadea ansioso.

Sus dedos, que hasta ahora se habían ocupado de rozar el pezón que no estaba dentro de su boca, empiezan a dibujar mis costillas, a

bajar por mi cintura hasta mi cadera, a crear expectación en mi mente mientras su boca sigue sin darme tregua. Siento cómo la humedad empieza a salir de mi cuerpo y gimo deshecha de necesidad al saber que sus dedos están tan cerca, tanto que podrían calmar este ansia visceral con un solo movimiento…

—Ash…, Ash, por favor…

Sebastian ruge al escucharme rogarle y sus dedos se deslizan hasta bañarse en la humedad de mi sexo, arrancándome un profundo jadeo de alivio. Sus labios continúan rozando mis pezones, besándolos de cuando en cuando, pero sus dedos están aplicando una deliciosa presión en mi centro…

Y ahora sí que me da todo igual.

—Seb-astian… Te necesito mucho, necesito que… ¡Aaaah! ¡Aaa-ah!

Mi hombre me ha entendido a la perfección. Urgido por mis gemidos, Sebastian se coloca perpendicularmente a mi cuerpo, su cabeza a la altura de mi cadera y, alzando mi pierna mientras besa despacio el interior de mi muslo, la coloca sobre su pecho, dejando mi palpitante gema al descubierto, tan cerca de sus labios que creo que ya los estoy sintiendo abrazarme.

—Dime cómo te gusta —susurra en un jadeo.

Oh, señor…

—Suave, duro, como un beso. Sí, exactamente como… Ooo-oooh, Ash…

No pretende escuchar toda la lección, mi curioso detective es un explorador nato, y se está explayando en su deporte favorito en este… ooooh…, mismo… mommm-mento…

—Ash, ¡Ash! Sí, oo-ooh, sí, así…

Su boca empieza suave, abrazando mi sexo con delicadeza; pero enseguida cambia el ritmo introduciendo su lengua entre mis labios, investigando cada pliegue, saboreando cada milímetro de piel. Cuando menos lo espero, la punta de su lengua se pone tan firme como lo está ahora mismo su pene y frota mi clítoris vigorosamente, derritiéndome de placer. Justo antes de que la presión sea demasiada, Sebastian suaviza sus movimientos y empieza a besar mi centro, a chuparlo suavemente, a succionar con brío de cuando en cuando…

Ya no puedo pensar más.

—Cariño, ¿te gusta así? —pregunta en tono ingenuo, aunque no sé si es fingido o real.

—No p-pare-es… No pares, sea lo que sea lo que estás haciendo —ruego, deshecha de placer.

Sebastian gira su cabeza para atrapar mi pequeño capullo en un ángulo diferente y, aunque el cambio es sutil, algo hace clic en el fondo de mi vientre y me lanza con fuerza hacia delante, acelerando dramáticamente el estallido de mi orgasmo.

—Nena, me encanta cómo sabes, me encanta escucharte jadear así…

Supongo que lo hago, no lo sé, hace ya un rato que no me escucho.

—Ash… Ash, por favor…

—Dime, qué quieres que haga…

—Quiero que me hagas ver las estrellas…

—Tus deseos son órdenes, preciosa.

Sebastian vuelve a cambiar el ángulo con el que me aprieta, provocando toda una nueva oleada de sensación en mi cuerpo. Atrapa mi centro, lo succiona suave y rítmicamente durante unos segundos… y lo suelta. Yo grito su nombre, importándome muy poco si hay alguien que pueda escuchar cómo me derrito de puro deleite; tironeo de su pelo enloquecida mientras él vuelve a succionar rítmicamente, con una cadencia deliciosa que me enardece, llevándome poco a poco a lo más alto… y me vuelve a soltar.

—Ash… es… Dios, sigue…

—Quiero darte placer —susurra, exhalando su aliento sobre mi sexo empapado. Atrapa mi clítoris entre sus labios, tironea de él suavemente, lo chupa y… vuelve a soltarlo…

—Ooo-oooh, Dios… ¡Oooh, Sebastian!

Él repite el movimiento de nuevo, deliro mientras balbuceo su nombre, respirando una y otra vez entrecortadamente; y cuando creo que voy a morirme en su boca, sus largos dedos me penetran, solo unos centímetros, justo lo suficiente para llegar a mi punto G y empezar a acariciarlo con una destreza inaudita…

—¡Dios!

Sus labios me chupan.

—¡Ash!

Su lengua golpetea sin cesar sobre mi clítoris.

—¡Oh, Ash!

Sus dedos me penetran, me acarician en lo más profundo.

—¡¡Ooo-ooh, Ash!!

Me corro. ¡Dios, me corro!

—Sí, sssí, ¡sssíííí!

Me agarro fuerte a sus rizos para decirle sin palabras que siga, que no se mueva, que no podría hacerlo mejor ni aunque…

—¡Oooh, Sebastian!

Al empezar a contraerme, mis oídos vuelven a escuchar, y sus gemidos de puro deseo me acompañan en cada pico, en cada ascenso vertiginoso, mientras su lengua incansable continúa otorgándome la dicha del orgasmo más placentero, unida a sus gruesos labios que me rodean con gentileza para succionar justo donde más me gusta…

—¡Oh, joder! —susurro enardecida, cayendo desplomada sobre el colchón—. Sebastian, eres… perfecto…

—Me gusta hacer las cosas bien a la primera —murmura en tono juguetón.

—¿Has estado… investigando sobre esto también?

—Algo así —responde, alzando una ceja—. Me resultaba más fácil la idea de acometer esta parte del sexo en pareja, ya que no implicaba que yo perdiera el control, al menos, no tanto como… de la otra forma —murmura con intención—; aunque me ha sorprendido muchísimo cómo me excita darte placer.

—Te ha gustado complacerme… —ronroneo voluptuosa. Sebastian se sonroja y sonríe avergonzado.

—Eeeeh… La cuestión era que quería dejarte fascinada con mi destreza, por eso he estado… documentándome en internet.

—Pues pásame el enlace, nene, porque esto ha sido la hostia.

Ambos nos echamos a reír a carcajadas ante mi ocurrencia y, cuando menos lo espero, Sebastian está de nuevo sobre mí, dispuesto a entrar en mi cuerpo cuanto antes.

—Entonces, te gusto… —bromeo.

—Me cautivaste en el momento en que te vi —susurra, empezando a besarme—, si me hubieses pedido que te tomase sobre tu escritorio, no lo habría dudado un instante.

Sebastian agarra mi muslo para separar mis piernas y colocarse entre ellas, empezando a restregar su erección entre mis pliegues, arrancando dulces gemidos de las gargantas de ambos.

—Ash…

—Estoy enganchado a ti, a tus ojos, a esos jugosos labios que me hacen sudar con solo pensar en ellos. No tenías que contarme nada para que me entregase a ti puesto que me tienes rendido a tus pies, porque te deseo desde que vi cómo se movían tus caderas, desde

que escuché tu voz provocándome desde la puerta de tu estudio, desde que te tuve entre mis brazos durante aquel tango que bailamos juntos… Oooo-oooh, Christine…

Sus labios detienen su retahíla de confesiones para besar los míos con una ansiedad visceral que me roba el alma a la vez que su cuerpo se introduce en el mío, despacio, despertando cada uno de mis rincones a su paso, deslizándose mientras acaricia mis paredes, haciendo que mi espalda se arquee hacia su pecho.

—Me vuelves loca, Sebastian —murmuro entrecortadamente.

—Quiero volverte loca, quiero que te humedezcas cuando pienses en mí, igual que yo me… p-pongo duro como una roca cuando pienso en ti. Eres un sueño, Chris-tine…

Sebastian toca fondo, profundiza al máximo y, una vez que siente que estoy cómoda, empieza a presionar, a rotar sus caderas para abrirse paso, para tocar cada punto especial, para llevarme al cielo en segundos; pero, como la otra vez, son sus suspiros de dicha, sus jadeos entrecortados y la dulzura de sus besos los que hacen que mi orgasmo, incomprensiblemente, se abra camino de nuevo.

Rodeo su cuerpo con mis piernas, ansiosa por que me cabalgue sin contenerse, y muevo mis caderas como si estuviese bailando para él porque sé que eso hará que su pasión se desboque…

—Oooh, nena, me encanta cómo te m-mueves…

—Seb-astian… Creo que voy a terminar antes que tú…

—¿Est-ás… segura? —balbucea, penetrándome vigorosamente.

Mis ojos se deslizan sobre sus brazos, admirando embobados cómo sus poderosos bíceps se tensan por el esfuerzo, y siguen el camino hacia sus hombros, hacia sus amplios pectorales que se flexionan con cada movimiento; pero cuando veo su abdomen, sus inguinales moviéndose hacia mí, empeñadas en regalarme todo ese placer que me está proporcionando…

—¡Ash! ¡Sigue, sigue! Me corro, mi vida… Me corro, ¡joder!

Ash abre sus ojos y su boca, intentando respirar todo el oxígeno que sus jadeos le han arrebatado, y cuando siente mi orgasmo abrazando su vigor, mi nombre se desliza entre sus labios…

—Christine, ¡Christine! Oh, señor… ¡Dios, Di-oooos!

Su cuerpo se queda quieto momentáneamente, paralizado por el placer más extremo, hasta que su orgasmo explota con el último empellón, y su sexo, duro y vibrante, empieza a descargar todo su deseo en mi cuerpo. Eyección tras eyección, sus delirantes gemidos escoltan el movimiento acompasado de nuestras caderas, colmándonos por completo, desatando ese precioso sentimiento de compenetración, de unión perfecta, de conexión.

—No sabía… que… podíamos… compaginarnos… tan bien… —susurra en mi oído, una vez que empieza a recobrar el sentido y la respiración.

—Yo no sabía que tu cuerpo era un templo de placer tan polifacético, Ash.

—No sé a qué te refieres, pero gracias.

Sebastian sale de mi cuerpo, se tumba a mi lado y, aún con su respiración agitada, coloca su brazo sobre sus ojos, agotado y profundamente relajado. Inmediatamente, me coloco sobre su pecho, ansiosa por ver cada una de sus expresiones, por adivinar cuánto ha disfrutado…

Por saber si él ha sentido lo mismo que yo.

—Christine…

—Dime…

—Creo que me estoy enamorando de ti.

Sonrío. Sonrío porque no puedo evitarlo, y me lanzo sobre su boca para besar sus labios con abandono, conmovida de nuevo hasta lo más hondo.

—Creía que era yo la que imaginaba cosas.

—¿Qué has imaginado?

—Que te quería, que tú me querías, Sebastian —confieso feliz.

Sebastian levanta su brazo y abre sus ojos para mirarme, en los suyos una expresión indescifrable que no le conozco aún. Parece temeroso, preocupado, pero también feliz. Y pleno.

—Me aterroriza decir esto, sentir esto que siento, pero todo es nuevo y fascinante cuando estoy junto a ti. Contigo soy vulnerable, pero me siento invencible, quiero cuidarte y protegerte, pero también sentir cómo me dominas, cómo me ordenas decidida lo que deseas que haga. Lo que siento a tu lado es un cóctel imposible que sin embargo es real, una mezcla que me sacude y me conmueve por

igual, que no sé describir sin temor a equivocarme, y a perderte. Pero sé que cuando te marchas dejas un vacío en mi corazón que no puedo llenar con nada más.

Trago saliva, profundamente emocionada. No quiero llorar, lo que él me está confesando solo me produce una felicidad inmensa que llena mi pecho, pero me estremezco enternecida y mis ojos no me obedecen. Aprieto los labios para contener las lágrimas y me acerco a este hombre maravilloso que acaba de robarme el alma para fundirme con él en un beso tan intenso como el amor que destilan sus palabras.

—Eso es lo más bonito que me han dicho en la vida, Ash —confieso en un murmullo—. Yo creía que solo era cosa mía, que tú no sentías lo mismo que yo, y ahora…

—Lo sentí desde el principio, Christine —me interrumpe, su mirada clavada en mis ojos—. Creía que era demasiado pronto para estar enamorado, que era un sentimiento demasiado complejo como para que surgiera tan rápido y tan fácilmente; pero ahora estoy seguro de que esa necesidad de estar contigo, de mirarte embobado mientras duermes, incluso de retarte con mis palabras, es solo la traducción del amor que siento por ti.

No puedo pronunciar palabra, estoy tan impactada que el nudo de mi estómago me impide hablar. Así que lo beso, lo beso con todo mi ser porque no puede ser de otra manera, y la emoción que había logrado contener en su sitio amenaza con imponerse de nuevo; pero la combato, mi corazón está impaciente por declararse.

—Ash… yo…

—Solo espero que amarte no duela tanto como dicen —murmura, acariciándome.

Intensamente emocionada, me abrazo fuerte a él y entierro mi cabeza en su cuello, al borde de las lágrimas.

—El amor solo duele cuando se sufre a solas y en silencio, o cuando no es correspondido.

—Y… ¿soy correspondido? —pregunta, lleno de incertidumbre.

Me separo de su cuello y lo miro a los ojos. Vuelvo a tragar saliva para poder hablar, una lágrima esquiva se derrama sin avisar y, por fin, soy capaz de abrirle mi corazón.

—Yo… estoy loca por ti, tan loca como para decirte que te amo, que has cautivado mi mente y mi cuerpo y que te has llevado mi corazón enganchado en esos preciosos ojos verdes.

—Dios, Christine…

Sebastian me besa apasionadamente, sus dedos acarician mi espalda mientras me colma de besos y me susurra palabras de amor que se quedarán grabadas en mi mente durante el resto de mi vida.

—Yo también tengo miedo, pero eso jamás me ha detenido —confieso, mientras pienso que todo esto es un sueño, que mañana al despertar toda esta felicidad se habrá desvanecido, que se la habrá robado el viento matutino entre sus dedos.

—Pues entonces, juntos seremos imparables.

La noche nos vio amarnos una y otra vez, nos vio enredarnos en el cuerpo del otro para colmar sus sentidos con el placer más

excelso, con la dedicación más deliciosa, con los susurros más sugerentes y enfervorecidos; y, al despuntar el alba, esta nos acunó entre sus brazos, que eran los del otro en realidad, susurrándonos al oído que aquello estaba bien, que era correcto.

Que el amor de verdad no necesita más tiempo, ni más explicaciones, que no complica las cosas, sino que las desenreda sin dificultad. Que es un sentimiento que se respira, que se palpa, que identificas a la primera aunque te empeñes en vendarte los ojos. Porque existe, es real, está en los brazos de la persona amada, en sus labios, en su aliento exhalado en una palabra.

En una mirada.

CAPÍTULO 29

Una visita inesperada

Cuando Sebastian abrió los ojos ya era bastante tarde. Debido a la oscuridad que reinaba en su dormitorio, proporcionada por las gruesas cortinas que tapaban los enormes ventanales, no fue consciente de que el mediodía hacía tiempo que había quedado atrás hasta que su cuerpo no estuvo lo suficientemente descansado. Miró su reloj, eran más de la una de la tarde y, aunque le parecía increíble, Christine aún estaba dormida junto a él.

Sonrió al contemplarla, feliz al recordar todas las palabras que se habían dicho, reconfortado al saber que ella también lo amaba, incrédulo de que fuera así. Acarició su mejilla sin poder evitarlo, conmovido por su belleza, pero aquel suave gesto hizo que ella también abriera los ojos, y la visión de aquellos preciosos ojos gatunos le hizo sonreír.

—Buenos días, Ash —se adelantó ella.

—Se nos han pegado las sábanas —bromeó Sebastian—. Olivia debe estar histérica.

—Me vendría genial saber quién es esa Olivia, aparte de tu amiga de Scotland Yard —comentó Christine, entrecerrando los ojos.

—No te preocupes, vas a conocerla hoy mismo —respondió Sebastian, acercándose para besarla—. He de ponerla al corriente de todo lo que hemos avanzado y creo que la mejor forma es que vengas conmigo, que ratifiques todo lo que tengo que contar.

—Aún no me has explicado por qué estás tan seguro de que es Charles, y no cualquier otro empleado de la planta, quien está detrás de todo esto.

—Por eso también necesito ver a Olivia. Ella… Bueno, digamos que me ayuda a enfocar mis deducciones. —Sebastian sonrió con la comisura de sus labios, recordando en cuántas ocasiones las tentativas de Olivia por llegar a una conclusión habían logrado que él acotase las suyas—. Y lo siento, pero me encanta la idea de ponerte celosa.

—No estoy celosa —murmuró Christine, acercándolo a sus labios —, bueno, solo un poquito.

—No tienes motivos, en serio —murmuró Sebastian—. Te prometo que no me había fijado en ninguna mujer hasta hace solo unos días.

—Me asombra todavía saber que no te hayas interesado por nadie en ningún momento.

—Como a todos —respondió Sebastian, riendo—. Tenía demasiadas incógnitas que requerían mi absoluta atención; pero ahora, todo es diferente.

Su mirada despreocupada cambió de repente, volviéndose penetrante e inquisitiva. Christine se dio cuenta enseguida del sutil brillo que apareció en sus ojos y sonrió al darse cuenta de que estaba empezando a conocer al hombre que la había conquistado.

—Estás maquinando.

Sebastian desvió su mirada hacia la pared, frunció el ceño y, tras unos segundos, asintió.

—Si mis suposiciones son ciertas, puede que Charles se haya alarmado después de la incursión de la policía en la planta —expuso, concentrado en los últimos acontecimientos—. El reloj corre en nuestra contra, Christine. Tenemos que actuar de inmediato. No quiero darle ni la más mínima oportunidad de que se salga con la suya.

Sebastian se levantó de un salto de la cama, ofreciendo una sugerente visión de sus glúteos bien formados, para deleite de su compañera de almohada. Mientras que ella paseaba su mirada a lo largo de su cuerpo, deteniéndose en la curva de su espalda, en sus fuertes brazos y amplios hombros, Sebastian agarró su teléfono y llamó a Olivia.

—Abberline —respondió la voz de su amiga al otro lado.

—¿Estás disponible para almorzar? —preguntó Sebastian, sin presentarse.

—¿Para almorzar? Sebastian, ¡necesitamos avanzar en el caso! ¡No tengo tiempo para almuerzos!

—Te veo en tu casa en una hora —ordenó—. Tengo hambre, hoy me apetece algo de cocina oriental.

—¿Oriental? ¿De qué estás hablando? —preguntó su amiga, alucinada.

—De que pidas comida china, en grandes cantidades. Necesitaré reponerme después de… tanto ajetreo —comentó, mirando a Christine de soslayo con una sonrisa—. He avanzado mucho en el caso, diría que está casi resuelto, pero necesito contrastar opiniones. Dile a Meredith que venga también, estoy seguro de que podrá arrojar luz sobre los resultados de mis pesquisas. ¿Está libre hoy? ¿O tiene que trabajar?

—Sebastian, estás muy raro —comentó Olivia, cada vez más extrañada—. Meredith no trabaja hoy, le diré que venga, aunque no comprendo por qué no vienes directamente a comisaría para…

—No. A comisaría no. No quiero oídos curiosos alrededor. El tiempo juega en nuestra contra, Olivia.

—Está bien. Te veo en una hora.

Sebastian colgó la llamada, volvió a la cama para besar a Christine suavemente en los labios y se levantó rápidamente, lleno de energía.

—Me voy a la ducha. Si quieres, puedes ducharte conmigo… Bueno, será mejor que no —reculó, al pensar en lo que ocurriría si lo hacían juntos—, no llegaríamos para almorzar.

—No le has dicho a tu amiga que os acompañaré —comentó Christine, contemplando el torso de Sebastian, aventurándose un poco más abajo para disfrutar de la visión de sus genitales.

—Será una sorpresa. Y no me mires así o te juro que no saldremos de aquí en todo el día —gruñó Sebastian volviendo a la cama, atraído por su sugerente forma de mirar.

El beso se tornó más apasionado de lo que esperaba y, antes de volver a separarse de sus labios, su cuerpo respondió con firmeza.

—Creo que sí deberíamos ducharnos juntos —susurró Christine, encendida—, habrá que hacer algo con respecto a… esto.

Christine acarició su incipiente erección suavemente, provocando que Sebastian perdiese su autocontrol y se hundiese en su boca.

—Nnno… deberíamos entretenernos —casi tartamudeó.

—Cariño, voy a explicarte las enormes ventajas de un *quickie…*

***

—¿Cómo es que no tienes coche? —preguntó Christine, una vez que subieron al taxi.

—Viviendo en el centro es totalmente inútil —respondió Sebastian —. Además, me gusta moverme rápido.

—Sí, acabo de comprobarlo en la ducha —respondió Christine, mirándolo con una sonrisa cómplice que le sacó los colores al detective—. En serio, ¿no vas a avisar a tu amiga de que vamos juntos?

Sebastian sonrió travieso, imaginando la cara que se le quedaría a Olivia cuando lo viese llegar acompañado de Christine.

Pero ni por asomo se acercaba a la realidad. Cuando Olivia abrió la puerta de su apartamento y vio a Sebastian, agarrando de la mano nada menos que a *lady* Christine Pearl, la dueña de Boosting Chemistry y principal sospechosa del caso, su sorpresa fue mayúscula.

—¿Podemos pasar?

Sebastian entró sin esperar respuesta, pero Christine permaneció en la puerta, esperando a ser invitada. De repente, Meredith se acercó a la atónita Olivia quien, aún bloqueando la puerta, miraba a Christine como si hubiera visto un fantasma, incapaz de pronunciar palabra alguna ni de moverse un solo milímetro. Divertida ante la situación, Meredith exhaló un suspiro y decidió que alguien tenía que mantener las normas de cortesía más elementales.

—Buenas tardes. Soy Meredith, y ella es, como habrás intuido, la compañera de ese cabezota de ahí —dijo mientras empujaba a Olivia a un lado para dejar pasar a Christine.

—¡Eres Olivia! —añadió Christine con una deslumbrante sonrisa—. Estaba deseando conocerte, Sebastian no para de hablar de ti. Soy Christine…

—Pearl —murmuró Olivia, aún en *shock*—, eres… *lady* Christine Pearl.

—Encantada de conocerte —dijo Meredith—. Pasa, por favor, estás en tu casa.

Meredith acompañó a Christine al salón, donde Sebastian ya estaba sentado mirando fascinado cómo la pequeña Bianca jugaba con una jirafa de peluche. Olivia entró tras ellas y se quedó mirando alternativamente a Sebastian y a Christine, intentando entender qué estaba ocurriendo.

—Esta niña va a ser una niña muy lista —comentó Sebastian de repente, muy interesado en cómo la pequeña Bianca giraba el peluche para acomodarlo a su pequeña boquita.

—Sebastian, ¿podemos hablar… a solas?

Olivia lo miraba con recelo, deseando aclarar la situación. Sebastian levantó la cabeza, miró a Christine y a Meredith y asintió.

—Señoritas, si nos disculpan un momento…

—Creo que voy a tomarme un Martini —dijo Meredith, intentando paliar la incomodidad del momento—. ¿Quieres uno tú también, Christine?

—Creo que me va a hacer falta —respondió Christine con una sonrisa. Siguió a Meredith a la cocina y dejaron a la pareja de detectives a solas por fin.

—Ven conmigo al jardín —exigió Olivia, mirándolo muy seria.

—Pero, ¿la niña puede quedarse sola? —preguntó Sebastian, confundido.

—No va a pasarle nada, está en su sillita y no puede caerse de ahí; en cambio, a mí va a darme un ataque como no salgas ahora mismo.

Sebastian la siguió al pequeño patio trasero del que disfrutaba el piso de alquiler que Olivia había podido encontrar cerca de la comisaría sin quedarse sin fondos, y se dispuso a soportar la reprimenda que seguro estaba deseando soltarle.

—¿Me puedes explicar qué hace Christine aquí? —empezó Olivia en un susurro alterado.

—Quería darte una sorpresa —respondió Sebastian, sonriendo con prepotencia—, y creo que lo he logrado. Te debía una.

—¿Que me debías una?

—Así es. Jugaste conmigo para engancharme al caso, dándome solo unas migajas de información para que picase el anzuelo.

—Yo no hice nada de eso…

—Empezaste a llevarte a tu cama a Meredith sin avisarme, provocando que casi me pegases un tiro aquella mañana.

—¡Es que no es normal que te cueles en mi apartamento sin avisar! —exclamó Olivia, cada vez más alterada.

—Y además, no paraste de poner pegas cuando te pedí que lograses una orden para interrogar a Christine… No, ahora que lo pienso, no te debía solo una —zanjó Sebastian, orgulloso.

—¡Todo eso son chorradas! En primer lugar, no jugué contigo, solo te ofrecí los datos de la manera más interesante posible para que no pudieras negarte a ayudarme, y no te he puesto pegas para interrogar a Chris…

—Sí me las pusiste —rebatió puerilmente Sebastian.

—¡Sabes que eso no es verdad! Y en cuanto a Meredith, ni yo misma sabía que lo nuestro iba a ponerse tan serio hasta que ocurrió y, que yo sepa, no tengo por qué darte explicaciones sobre mi vida personal.

Sebastian la miraba divertido, confirmando palabra por palabra lo que esperaba oír.

—Bien. Estamos en paz —soltó con una sonrisa traviesa—. Ahora centrémonos, tienes que escuchar todo lo que he averiguado.

Sebastian empezó a relatar sus avances ante la atenta mirada de Olivia, pero justo antes de terminar de explicarle por qué creía que Charles era el principal sospechoso, Olivia lo interrumpió.

—¿Me estás queriendo decir que lo tuyo con Christine es serio?

Sebastian enmudeció. Se quedó mirándola unos instantes y, asombrado, saltó.

—¿Y tú me estás diciendo que, en lugar de escuchar todo lo que he averiguado, has estado pensando todo el rato en lo mío con Christine?

—¿Te has acostado con ella? —insistió Olivia, ignorando la pregunta a propósito.

—¿Y eso qué tiene que ver? —respondió Sebastian, indignado.

—¡Oh, señor! ¡Te has acostado con ella! Dios mío, Sebastian, ¡eres tan ignorante! De todo lo que me has contado, lo más relevante es que te has acostado con *lady* Christine Pearl, ¿y pretendes que lo pase por alto, como si fuera un cotilleo más?

—¡Shhh! ¿Quieres hacer el favor de bajar la voz, maldita sea?

—Responde o te juro que gritaré —lo amenazó, divertida.

—Está bien. Sí, me he acostado con ella, perdí mi maldita virginidad hace dos noches, ¿contenta?

—¡Sí! ¡Claro que estoy contenta! ¡Oh, mi querido amigo! —Olivia se lanzó a los brazos de Sebastian para abrazarlo con ganas, feliz ante su descubrimiento—. ¡Bienvenido al mundo real! ¿Y qué tal? ¿Todo bien?

—Como la seda —respondió Sebastian con una mueca incómoda —. ¿Podemos ya centrarnos en lo importante?

—Espera, espera, espera… —volvió a interrumpirle—. Una cosa es que te acuestes con el enemigo y otra muy distinta es que lo traigas a mi casa a almorzar, como si fuera tu novia. —De repente, Olivia enmudeció. Se quedó mirando a Sebastian a los ojos, intentando que él comprendiera su estupor, pero al ver que él no decía nada, continuó—. Sebastian, ¿Christine es… tu pareja?

Consciente de que Olivia no podría centrarse en el caso hasta que no satisficiese su curiosidad, Sebastian respiró hondo y se dispuso a responder.

—Me he enamorado de ella, Olivia —confesó sin dificultad—. No sé si es mi novia, mi pareja o lo que sea; solo sé que me hace sentir diferente y que no quiero que esa sensación termine por nada del mundo.

—Pero, ¿y si es culpable? Sebastian, ¿cómo sabrás si es culpable si tienes sentimientos por ella?

—No es culpable, estoy seguro. Si hubieses escuchado todo lo que te he dicho, ya te habrías dado cuenta igual que yo.

—¿Estás totalmente seguro?

—No hay posibilidad de error. Escucha…

***

Veinte minutos más tarde, Olivia estaba al tanto de todo y ambos volvieron a entrar en la casa mucho más tranquilos. Olivia miraba a Christine con curiosidad mientras ella hablaba con Meredith,

intentando comprender qué era aquello que Sebastian había encontrado en ella que le había hecho cambiar toda una vida de opiniones en contra de la atracción, aparte de su evidente belleza física. Cinco minutos después, concluyó que Christine era una mujer muy especial, inteligente y con las ideas muy claras, y que esas eran las razones esenciales por las que suponía una atracción irresistible para su compañero, quien la miraba embobado mientras hablaba.

—Bueno, voy a servir el almuerzo —empezó Meredith—. Olivia me dijo que tenías hambre, así que, gracias a Dios, he cocinado para más de cuatro personas.

—¡Vaya mejora! —apuntó Sebastian, mirando a Olivia con superioridad—. Parece que vamos a dejar de tener visitas de repartidores de comida rápida a partir de ahora…

Olivia le devolvió la mirada entrecerrando los ojos y se aclaró la garganta, avergonzada. Ella no tenía tiempo para cocinar, tampoco es que le gustase mucho la idea de hacerlo, pero Meredith adoraba los fogones. Tenía que admitir que estar con ella había mejorado su vida en todos los sentidos.

—Deja que te eche una mano —se ofreció Christine.

—No hace falta, pero gracias —se apresuró a responder Meredith.

—Yo pondré la mesa —dijo Sebastian.

—¿Tú vas a poner la mesa? —preguntó Olivia, ojiplática, conocedora como era del desastre de casa en la que vivía su amigo.

—Sí. ¿Algún problema? —respondió Sebastian, mirándola ceñudo.

Christine sonrió, dándose cuenta inmediatamente de la buena relación que existía entre ambos.

—¿Puedo coger a tu bebé mientras tanto? —le preguntó Christine a Meredith.

—Por supuesto —respondió Meredith—. A Bianca le gustas, no ha dejado de mirarte desde que has llegado.

—Me encantan los niños —dijo Christine, acercándose a Bianca para cogerla en brazos—, pero tengo pocas oportunidades de estar cerca de alguno. No tengo hermanos, mis primos tienen niños pequeños, pero todos viven fuera de Londres y he tenido poco tiempo para visitarlos estos últimos meses.

Mientras los demás colocaban los utensilios en la mesa, Christine empezó a hacerle carantoñas al bebé, hablándole en un tono suave y dulce que hizo las delicias de la pequeña; y cuando Sebastian salió de la cocina con los vasos entre las manos, se quedó mirándola perplejo: de repente, la estampa que se mostraba frente a sus ojos le pareció de lo más hogareña, suscitando una sensación de confort que no había sentido jamás frente a una situación similar. Abrumado, no pudo evitar sonreír, poniendo una expresión bobalicona en su rostro.

—Se te va a caer la baba —susurró Olivia en su oído al pasar.

Sebastian ignoró el sarcástico comentario y se centró en colocar los vasos sobre la mesa, sin dejar de mirar de reojo cómo Christine jugaba con el bebé.

«No pienso permitir que le pase nada, no si puedo evitarlo», pensó para sí, preocupado de repente ante la posibilidad de que, por

mucho que quisiese evitarlo, Christine terminase finalmente entre rejas.

CAPÍTULO 30

El plan

Se sentaron todos juntos a charlar, entusiasmados por tener la oportunidad de conocerse mejor entre sí. Meredith deseaba acercarse más a Sebastian, no solo porque le había caído muy bien, sino porque sabía que aquel hombre extravagante y descarado era muy importante para Olivia, por lo que estaba segura de que también sería muy importante para ella. Además, no dejaba de mirar embobado a Bianca, y eso la hacía sonreír.

Christine, por su parte, quería estar segura de que Olivia no suponía ningún peligro para su incipiente relación, mientras que Olivia sentía una curiosidad tremenda por confirmar ese pálpito que su compañero había tenido sobre la inocencia de la empresaria, incluso aunque había creído a pies juntillas todo lo que Sebastian le había desvelado en el patio; por tanto, ambas mujeres estaban centradas la una en la otra, aunque pronto se dieron cuenta de que Sebastian, en ambos casos, había elegido bien.

Sebastian estaba disfrutado enormemente del momento. Con Bianca en sus brazos por primera vez, y aunque temeroso de poder hacerle algún daño si se descuidaba demasiado, miraba a su amiga,

a Meredith y a Christine, encantado con lo distendido de la reunión. Las chicas charlaban entre sí sobre cualquier cosa, haciéndole sentir muy cómodo, y los pequeños sonidos que emitía el bebé le provocaban una reconfortante sensación de calidez, un extraño sentimiento de vinculación. Sin saber cómo, sintió la creciente necesidad de convertirse en protector de aquella personita que tironeaba de su camisa, importándole muy poco quién fuera él.

«Los niños lo hacen todo más fácil», pensó para sí, mientras le devolvía el peluche que ella había dejado caer en su regazo. «Ojalá todo fuese igual de fácil cuando crecemos».

—Bueno, creo que deberíamos planear cuáles van a ser nuestros siguientes pasos —empezó Olivia, entrando en materia—. Si tus sospechas han recaído finalmente sobre el señor Bloodworth…

—Sebastian está seguro de ello, pero yo no lo veo tan claro —la interrumpió Christine al punto—. Ya le he explicado que Charles lleva muchos años en Boosting Chemistry y es muy amigo de la familia. Además, que haya hecho algo tan descabellado no tendría ningún sentido. Su trabajo está muy bien valorado en la empresa, tanto a nivel económico como personal, y no me cuadra para nada que haya puesto en peligro toda nuestra investigación, sea cual sea su supuesta motivación.

—Los traidores suelen ser las personas más cercanas, Christine —dijo Olivia—, las que menos esperamos. La motivación más habitual en este tipo de casos suele ser una afrenta personal, un descontento por parte del sujeto, objetivo o totalmente subjetivo, o problemas económicos; aunque también hay un gran porcentaje de casos en los que juega un papel muy importante el ego personal. No sé si

Charles se ha podido sentir ignorado en algún momento, pero sí que coincido con Sebastian en lo del ego.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó Christine a Sebastian.

—Porque cuando llegué la otra noche a tu casa, te mostraste molesta, sorprendida; sin embargo, Charles ni se inmutó, se le veía muy tranquilo y relajado.

—Eso pudo deberse a que creyó que estaba presenciando un ataque de celos en toda regla —respondió Christine—, cosa que, por otro lado, no andaba lejos de la realidad…

Sebastian frunció el entrecejo levemente para mostrar su descontento, pero continuó.

—Su aparente tranquilidad no tenía nada que ver con mis celos, parecía que no le importaba lo más mínimo que yo os estuviese acusando directamente, ni siquiera se alteró cuando dije que iba a denunciaros a la policía; es más, si él supiese cuál es su sitio, habría buscado tu mirada preguntándose de qué diablos estaba hablando yo; pero no lo hizo. Simplemente, se limitó a enumerar sus logros y a intentar dejarme en ridículo, como si fuese él el responsable de la empresa, y no tú.

Christine iba a responder, pero al pensar en aquel momento, se dio cuenta de que Sebastian tenía razón.

—Además, hay otra cosa que nos resultó extraña desde el principio —continuó Sebastian—. Cuando Olivia y yo estuvimos en la planta, y justo cuando llegamos al área quinientos, Charles salió de la nada para sacarnos de allí. Se supone que es el gerente de la

empresa y, sin embargo, estaba trabajando en el compuesto como uno más.

—Eso no es nada extraño, él hace trabajo de campo a veces, igual que yo —alegó Christine, confundida.

—Sí, pero tú no estabas allí —cortó Sebastian—, e imagino que él tampoco habría aparecido de no ser porque supo de nuestra "pequeña incursión no autorizada". Charles vino para alejarnos de la BPCP en concreto porque sabía que no éramos inspectores de sanidad, pero también porque era su cuello el que estaba en juego.

—Alejar a los intrusos son las instrucciones que tiene cualquier empleado de Boosting Chemistry, Sebastian. Hemos tenido varios intentos de robo de información y hay un protocolo muy estricto dentro de la empresa al respecto —explicó Christine con contundencia.

—Y supongo que el protocolo implica no filtrar ningún tipo de información sobre los experimentos —añadió Sebastian, alzando una ceja.

—Por supuesto.

—Bien. Pues Charles no solo se explayó sobre las maravillas que el fármaco lograría en el futuro, sino que además se vio tentado de compartir información conmigo al saber que yo estaba versado en química, hecho que contradice el estricto protocolo al que debe ceñirse. Christine, él estaba orgulloso de la BPCP, tanto que no pudo evitar alardear sobre ella, y eso es así porque Charles la considera suya, es su proyecto, y me atrevería a decir que se cree por encima

de ti. De ahí, lo de los problemas de ego —terminó Sebastian, apabullante.

Christine permaneció en silencio unos instantes, valorando las deducciones de Sebastian.

—Podría ser cualquiera, hay muchas personas involucradas en el desarrollo de las distintas investigaciones…

—No —la cortó Sebastian con brusquedad—. Ya he tenido en cuenta esa posibilidad, pero la respuesta está en la probabilidad. Charles es el más cercano a la investigación, es el encargado, el supervisor, la persona con más influencia de tu empresa después de ti. Lo siento, de veras, pero estoy seguro. Debe haber alguna razón que tú desconoces que haya llevado a Charles a actuar a tus espaldas, por muy extraño que pueda resultarte.

Christine no continuó con su alegato. En su lugar, empezó a pensar en cómo podría comprobar si Sebastian estaba en lo cierto. Y aunque había intentado defender a su amigo, muy a su pesar, cada vez albergaba más dudas sobre su lealtad.

—Lo siento mucho, Christine, pero la lógica y el sentido común lo señalan como culpable —remató Olivia.

—Ya, eso parece —murmuró apenada—, pero tenéis que entender que me resulte muy difícil de creer.

—Sé que no tiene nada que ver con el caso —intervino Meredith —, pero algo parecido ocurrió en mi trabajo. El contable de la empresa era un primo del dueño, incluso participaba de la sociedad limitada que se constituyó al abrir la gestoría. Tres años más tarde, el contable se fugó a las Maldivas con un montón de dinero que

había estado desviando mes tras mes, dejando sus responsabilidades a cargo de su primo, quien casi tuvo que cerrar debido a la enorme suma a la que ascendía la deuda contraída. Aparentemente, el contable estaba encantado con su trabajo y adoraba a su primo, y sin embargo, casi le destruyó la vida —terminó con la mirada perdida, mientras recordaba los duros momentos por los que atravesó la empresa cuando ella acababa de unirse al equipo.

—¿Y no lo denunció a las autoridades? —preguntó Olivia.

—La policía concluyó que no había caso, ya que no pudieron encontrar al contable, y mi jefe desistió al comprender que los costes de un investigador privado y un posible futuro juicio se sumarían a la enorme deuda que ya acarreaba. Así que se propuso olvidarse del asunto y seguir adelante.

—Muy valiente —dijo Olivia—. La burocracia es un obstáculo demasiado grande la mayoría de las veces. Tenía razón, los costes serían brutales, algo difícil de asumir para una empresa pequeña ahogada en deudas.

Sebastian no había dejado de mirar a Meredith mientras explicaba su experiencia. Algo en su discurso hizo sonar un clic en su cerebro y empezó a barajar la posibilidad de que, como el contable, Charles pretendiese desaparecer de repente.

—Puede que ya tenga planificada una huida —murmuró para sí, mientras caminaba de un lado a otro del salón con las manos en sus caderas. De repente, Sebastian se detuvo, abrió mucho los ojos y se giró para mirar a las tres mujeres, que lo contemplaban con mucha

atención—. Si el plan que ha estado llevando a cabo ha tenido éxito, puede que los acontecimientos más recientes hayan disparado las fechas clave. No podemos esperar, Christine y yo hemos estuvimos ayer en la planta, y seguro que Charles ya está al tanto de ello. Si tiene pensado largarse, verme merodeando alrededor de su fármaco lo habrá puesto nervioso.

—Hemos sido muy cuidadosos, Sebastian —farfulló Christine.

—Estoy seguro de que tiene cómplices dentro de la planta, personas que se ocupan de informarle sobre los pasos de las piezas más importantes de la empresa. Si tú entras en el área quinientos, acompañada del metomentodo de Sebastian Fairchild, con quien, además, estás manteniendo un idilio, Charles lo sabrá.

—¿Estáis manteniendo un idilio? —preguntó Meredith con una sonrisita burlona.

—Digamos que se han descubierto el uno al otro —apuntó Olivia, haciendo enrojecer tanto a Sebastian como a Christine, que se miraron con complicidad.

—La cuestión es que hay que actuar de inmediato —apremió Sebastian. Reanudó su caminar de un lado a otro del salón, intentando llegar a una solución—. ¡Ya lo tengo! ¡Podríamos colarnos esta noche en el despacho de Charles, entrar en su ordenador y…!

—Imposible —lo cortó Christine—. El sistema de seguridad de la empresa está programado para cerrar las puerta a cal y canto a partir de las seis de la tarde, y la alarma saltaría de inmediato si detectase cualquier movimiento dentro de la planta mientras está cerrada.

—¿Nadie puede quedarse trabajando hasta tarde? —preguntó Olivia, sorprendida.

—No. Ese es uno de los protocolos de bienestar de mi empresa. No queremos que nadie eche horas de más, sobre todo porque es necesario descansar un número determinado de horas entre turno y turno. Queremos que todos nuestros técnicos estén frescos mientras manejan sustancias peligrosas. Los beneficios son múltiples, tanto para el trabajador como para la empresa —explicó Christine.

—¡Joder! —exclamó Sebastian—. ¡Ya son más de las seis! ¡Puede que ya lleguemos demasiado tarde! ¡Puede que Charles ya haya desaparecido, o que haya destruido pruebas!

—No creo que haya tomado una decisión tan drástica solo en un día, Sebastian —apuntó Olivia—. Puede que esté sobre aviso, pero si ha ideado una trama tan compleja como para involucrar incluso a un miembro del Senado, dudo que Charles vaya a salir corriendo de un día para otro.

—Si tenéis razón —empezó Christine, quien no había dejado de darle vueltas al asunto, aún atónita ante las evidencias que ambos detectives le habían expuesto sobre la implicación de Charles—, la mejor solución sería que yo misma entrase en su ordenador —se aventuró, mirándolos a todos—. Conozco a Charles, estoy casi segura de que me las arreglaré para acceder a su equipo.

—Yo iré contigo —dijo Sebastian.

—No —lo cortó Christine—. Llamaríamos la atención si fuésemos juntos. Si hay ojos y oídos espiándonos, y no queremos alertar a Charles, debo ir sola.

—Pero, Christine, ¡puede ser muy peligroso! ¡No pienso permitir que te expongas tanto por…!

—Por mi empresa, Sebastian, por el trabajo de toda una vida, ¿recuerdas?

Sebastian enmudeció, todos se quedaron en silencio absoluto, barajando interiormente los posibles escenarios que se podrían presentar. El ambiente se cargó de repente, debido a la preocupación de todos por lo que podría ocurrirle a Christine si Charles la descubría, y así habrían seguido si no hubiera intervenido la pequeña Bianca, quien con un gorgojeo, los devolvió a la realidad. Sin dejar de mirar a Christine a los ojos, Sebastian terminó por asentir.

—Está bien, lo haremos así. Mañana entrarás a tu hora habitual e irás a tu despacho, como si fueses a trabajar como cualquier otro día, pero Olivia y yo te cubriremos. Te acompañaremos y nos quedaremos en la recepción hasta que des la señal…

—No. En la recepción no. Charles se daría cuenta en seguida. Os quedaréis en el coche. —Al ver que Sebastian iba a replicar, Christine continuó, alzando un poco la voz—. Las puertas se abren a las ocho, pero casi nadie entra tan temprano, y mucho menos, Charles. Solo necesitaré una hora, a lo sumo. Si no me he puesto en contacto a las nueve, podéis entrar; pero deja que lo haga a mi modo, Sebastian, te lo ruego.

Christine y Sebastian intercambiaron una mirada. La del detective estaba cargada de preocupación; sin embargo, la empresaria había clavado la suya en los ojos de su amante, totalmente decidida a no

claudicar y, sin intercambiar palabra alguna, acordaron cuál sería su actuación. Sebastian miró entonces a Olivia, confirmándole que todo se haría según Christine lo había expuesto.

—De acuerdo, una hora —convino Olivia, girándose para mirar a Christine—. Pero llevarás una pistola.

—No pienso llevar pistola —objetó—, no podría usarla contra Charles.

—Debes llevar algo con lo que defenderte —insistió Sebastian—. Si Charles te descubre hurgando en sus archivos… No sabemos cuál puede ser su reacción si se siente en peligro —concluyó, mirándola con preocupación.

—¡Por Dios! ¡No haría nada! —insistió Christine, contrariada—. Jamás se atrevería a ponerme una mano encima, sea cual sea el motivo.

Sebastian se acercó a ella, se sentó a su lado y puso su mano entre las suyas.

—Si no vas armada, no permitiré que entres ahí sola —sentenció, mirándola a los ojos fijamente.

Christine frunció los labios en una mueca de disgusto. Bajó la mirada, no quería tener que llevar un arma, pero ante la duda que tanto Sebastian como Olivia habían plantado en su interior, finalmente accedió.

—Está bien. En cuanto tenga la información necesaria, os avisaré —aceptó a regañadientes.

—Perfecto. Olivia, recógenos en mi casa a las siete —ordenó Sebastian, levantándose del sofá de un salto—. Christine pasará la noche conmigo.

—¿En tu casa? ¿Por qué no puedo dormir en la mía? —volvió a protestar Christine, incómoda ante el rumbo que habían tomado las circunstancias repentinamente.

—No quiero arriesgarme —respondió Sebastian—. Puede que tú conozcas muy bien a Charles, pero yo solo lo veo como una amenaza ahora mismo.

—Mi casa es lo suficientemente segura —lo enfrentó, ceñuda, poniéndose de pie.

—No lo dudo; pero seguro que a él no se le ocurrirá venir a buscarte a la mía. Prefiero dormir tranquilo esta noche, no sabemos a qué nos enfrentaremos mañana.

Tensos, desafiantes, retándose con la mirada. Christine y Sebastian mantuvieron sus posturas, decididos a no cejar en sus requerimientos. Olivia y Meredith los miraban alternativamente, intentando adivinar quién de los dos terminaría cediendo; sin embargo, ninguno parecía dispuesto a acatar sugerencias.

—A ver, relajémonos —empezó Meredith—. Aunque tu casa sea una fortaleza casi inexpugnable, tendrías que dar explicaciones al servicio de que no dejasen pasar a Charles, en caso de que se le ocurriera aparecer por allí. Creo que Sebastian tiene razón, es mejor que durmáis en su casa, al menos hasta que estemos seguros de cuál es el papel de Charles en todo esto.

Ambos dejaron de mirarse para mirar a Meredith. Olivia también la miró en silencio, sintiéndose orgullosa de la habilidad que había demostrado resolviendo una situación de desacuerdo, y sonrió para sí.

—Tendré que pasar por casa para recoger mi ropa —protestó Christine, sintiéndose débil de repente.

—Por supuesto —respondió Sebastian.

Aunque aún estaba irritada, Christine asintió, pero dio por zanjada la velada levantándose del mullido sofá.

—Pues, en ese caso, será mejor que nos marchemos cuanto antes. Aún hay mucho que hacer antes de dormir —apuntó, cortante.

Meredith y Olivia comprendieron su incomodidad; sin embargo, Olivia sabía que Sebastian no entendería el por qué de la misma. Así que mientras Meredith se levantaba para coger a Bianca en brazos y acompañarlos hasta la puerta, Olivia retuvo a Sebastian para hablarle sin ser oída.

—Sé amable con ella — susurró.

—No estoy siendo desagradable, solo autoritario —explicó.

—Prepotente, diría yo. Y sabes que tengo razón. —Sebastian, que había intentado continuar caminando tras Christine hacia la puerta, se detuvo momentáneamente para mirar a su amiga al escuchar sus palabras, prestándole más atención—. Habla con ella, hazla sentir bien, que sepa que estás ahí para apoyarla, no para imponer tus

deseos. Debe ser muy duro para ella aceptar la implicación de Charles, necesita sentir tu respaldo, Sebastian.

Sebastian la miró a los ojos y asintió.

—Tranquila. Me comportaré como lo haría todo un caballero —bromeó.

—Más te vale. No nos conviene que mañana se sienta insegura si pretendemos llegar al fondo de todo esto.

Sebastian volvió a asentir, se dirigió hacia la puerta, donde esperaban Meredith y Christine, pero justo antes de llegar a su lado, se giró hacia Olivia de nuevo.

—Olivia…

—Dime.

—Gracias. Por todo. Y gracias a ti también, Meredith, por ser la perfecta anfitriona. He de decir además que Olivia te está contagiando una de sus mejores virtudes.

—¿Ah, sí? —dijo Meredith, halagada—. ¿Y cuál es?

—Que iluminas mis deducciones. Buenas noches, señoritas.

Meredith se quedó en el umbral de la puerta contemplando cómo ambos se marchaban. Olivia se acercó a su lado, la agarró por la cintura y la atrajo hacia sí para besarla suavemente en la mejilla.

—Es un gran tipo —apreció Meredith, para regocijo de Olivia.

—Lo es.

CAPÍTULO 31

Cachibaches

Christine fue directa hacia la puerta del conductor, pero Sebastian se adelantó y, con una sonrisa arrebatadora, la sujetó de la mano en la que llevaba las llaves.

—Permítame ser su chófer, *mademoiselle*.

—No hace falta —respondió, seria.

—Sé que no hace falta, pero me apetece conducir un rato. Además, hace mucho tiempo que no conduzco un deportivo.

Christine dudó unos instantes, pero finalmente aceptó con desgana, suscitando la preocupación de Sebastian, quien no dijo nada por temor a decir algo inoportuno. Resignada, dejó la llave en manos de Sebastian y rodeó el coche para sentarse en el asiento del copiloto.

Se sentía muy cansada de repente, todo lo que había escuchado durante el alegato de Sebastian y Olivia la había disgustado, y aunque le había echado valor aceptando llevar pistola, se sentía extraña al respecto. Además no le gustaba la idea de tener que cotillear entre los documentos de Charles, él era parte de la gran

familia de la empresa a sus ojos y se sentía una traidora al pensar en que tendría que husmear entre sus cosas.

Durante aproximadamente cinco minutos, ambos se mantuvieron en silencio. Sebastian la miraba de vez en cuando para comprobar su estado de ánimo, pero como le había ocurrido en anteriores ocasiones, no era capaz de discernir si estaba triste o preocupada. Christine aturdía su habilidad para reconocer su talante.

—Creo que te has equivocado de camino. Tardaremos más en llegar a mi casa por aquí —dijo ella, cuando el Audi R8 enfiló Camden High Street.

—Prefiero callejear, a estas horas hay poco tráfico —respondió Sebastian, mirándola de reojo para no perder de vista la carretera.

—Yo habría tirado por Islington.

—Te aseguro que por aquí llegaremos antes.

Christine se quedó en silencio un momento, pero de repente, se giró hacia él y lo enfrentó.

—¿Siempre tienes que llevar la razón en todo? ¿Es que solo eres feliz si te sales con la tuya, Sebastian?

Sebastian frunció el ceño, asombrado. No tenía ni idea de a qué venía aquel arranque, pero la voz de Olivia se coló en su mente, recordándole que debía portase bien con ella, así que respondió con suavidad.

—Es… la costumbre —se excusó con su voz más tierna—. Tú solo disfruta del paseo.

—No puedo disfrutar de nada ahora mismo —farfulló Christine, mirando por la ventana.

—Lo comprendo.

El silencio volvió a reinar hasta que llegaron a casa de Christine. Ella le pidió que esperase en el coche, que tardaría menos si entraba sola, así que Sebastian obedeció. Diez minutos después, Christine volvió al coche con una pequeña maleta de piel, donde Sebastian adivinó que estaría su portátil, una pequeña bolsa de viaje y una funda para trajes colgada del brazo. Se había cambiado de ropa y ahora lucía un *look* muy informal, compuesto por unos vaqueros desgastados, un jersey de cuello alto y amplio de lana en color crudo y un chaquetón *sport* con capucha, pero con mucho estilo. Había recogido su melena en una cola de caballo y a Sebastian le pareció que estaba aún más guapa que de costumbre.

Pero, aunque su semblante seguía siendo serio, algo en ella había cambiado. Sebastian la notó más resuelta al caminar, más decidida. Puede que aún estuviera molesta por lo que había ocurrido, pero ya no se sentía incómoda.

—Estás preciosa con esa ropa casual —le dijo, sonriendo con calidez.

—Adulador…

—Lo digo completamente en serio. —Mientras Christine intentaba abrocharse el cinturón, Sebastian aprovechó para tomarla por el mentón y acercarla a sus labios, deseoso de besarla. Ella se tensó al sentirlo cerca, pero cuando vio aquellos preciosos ojos verdes suplicándole que lo besara, se dio cuenta de que él no tenía la culpa

de su mal humor, de que se estaba comportando como una cría. Entonces, sonrió, permitiendo que Sebastian se acercase lo suficiente—. Y cuando me sonríes así, aún más.

Se dieron un beso suave, dulce, un beso que la reconfortó y le hizo suspirar. Cuando Sebastian se separó de sus labios para arrancar el coche y volver a la carretera, Christine se dio cuenta de que se sentía mucho más relajada. Decidió recostarse en su asiento, disfrutar de las vistas del trayecto e intentar olvidarse de lo que tendría que afrontar al día siguiente.

Sebastian sonrió contento. No tenía ni idea de qué había pasado por la cabeza de Christine durante aquellos diez minutos que habían estado separados, ni tampoco si el beso que él se había atrevido a darle tenía algo que ver con su cambio de actitud, pero decidió disfrutar del resultado.

«No imponerme. Dejarle espacio. Sonreírle. Darle un beso», anotó mentalmente mientras conducía.

Cuando llegaron a su apartamento, y mientras él abría la puerta, Christine buscó su mano y entrelazó sus dedos con los de él. Aún más sorprendido por el giro de ciento ochenta grados en su ánimo, giró su cabeza para mirarla y se encontró con una ardiente promesa brillando en sus ojos. Desconcertado como nunca, se limitó a agarrarla fuerte y se obligó a centrarse en la cerradura. El roce de sus dedos lo había descolocado tanto que se equivocó y, en lugar de girar la llave hacia la izquierda, lo hizo hacia la derecha, teniendo que empezar desde el principio de nuevo y provocando una risita ahogada en su compañera.

Al pasar dentro, y mientras se acostumbraban a la constante penumbra en la que estaba sumido el apartamento, Christine se acercó a la escalera que conducía al ático donde Sebastian realizaba todos sus experimentos y que, por descontado, no había pensado enseñarle a nadie.

—¿Qué hay ahí arriba? —preguntó, alzando la cabeza para señalar hacia lo alto de la escalera.

—Cachibaches —se limitó a responder Sebastian—. Vamos mejor al salón…

—El salón ya lo conozco —objetó Christine—. ¿Te da vergüenza enseñarme tu cueva para machotes? ¿O es que tienes un cadáver escondido?

Boquiabierto, Sebastian negó con la cabeza, se acercó a la escalera y, con una ceremoniosa reverencia, la invitó a subir delante.

—Si no te asustas del desorden, puedes subir.

Divertida por el ademán e intrigada por conocer los entresijos más complejos de aquel hombre tan interesante, Christine empezó a subir los peldaños con premura. Una vez arriba, abrió la puerta y, aunque el número infame de objetos que se disponían por todas partes era de lo más llamativo, ella se sintió atraída por el enorme ventanal terminado en ojiva, que ofrecía unas vistas maravillosas sobre el centro de Londres.

—¡Oh! ¡Sebastian, es precioso! —exclamó, acercándose al cristal —. ¡Deberías haberme dicho que eras el hombre con más suerte de la ciudad! ¡Qué vistas! ¡Qué luz!

Cada vez más alucinado, Sebastian no pudo evitar sonreír ante el halago. Se acercó a ella por detrás, deseando abrazarla con fuerza, y al sentir sus brazos rodeándola, Christine se recostó contra su pecho, embelesada con el espectáculo que se mostraba frente a ella.

—No muchas personas han subido aquí, pero te aseguro que eres la única que no se ha quejado o sorprendido de los objetos que nos rodean.

—Yo no soy como todo el mundo —parafraseó sus propias palabras, arrancándole una sonrisa que, aunque no pudo ver, ella supo que se había dibujado en los labios de Sebastian.

—Somos poco comunes —dijo Sebastian.

—Especiales —corroboró Christine—. ¿Tú crees en el destino?

—No mucho. Prefiero pensar que mis actos determinan mi futuro.

—Pues yo creo que hay fuerzas en el universo, energías que mueven cosas, que acercan unas personas a otras, y estoy convencida de que estábamos predestinados a encontrarnos justo en el momento adecuado.

—En realidad, ya me conocías, incluso aunque yo no lo recuerde.

—Sí, pero no era nuestro momento. ¿Conoces la teoría de los seis grados de separación?

—La que dice que todos estamos conectados entre todos por una cadena de no más de seis personas…

—En nuestro caso, solo eran dos, la energía lo tenía más fácil —bromeó Christine—; pero estoy segura de que esos enlaces que

existían entre nosotros estaban callados, esperando a que ambos estuviésemos listos para…

Christine enmudeció de repente, pero Sebastian, contento de tenerla entre sus brazos en su habitación preferida, no tuvo pudor en expresar las palabras que habían muerto en los labios de ella.

—Para amarnos. —Sobrecogida al escuchar sus pensamientos pronunciados por aquella voz tan profunda, Christine se estremeció —. Te amo, Christine, y odio haber sido yo quien te generase esa incertidumbre que ahora tienes con respecto a Charles.

—Mañana saldremos de dudas de una vez —se limitó a decir, sintiéndose reconfortada.

Se mantuvieron así durante un buen rato, ella recostada sobre el cuerpo de Sebastian que la rodeaba con sus brazos mientras contemplaban las luces de la ciudad. Y durante aquellos instantes, ambos fueron conscientes de que, fuera por el motivo que fuera, habían dado con una persona muy especial. Y ninguno de los dos deseaba dejarla escapar.

—Bueno… A ver qué tenemos aquí…

Con una sonrisa traviesa, Christine se soltó de su abrazo, paseó alrededor de la habitación, contemplando detenidamente todos aquellos "cachibaches" que inundaban el espacio. Sonrió al descubrir el enorme reloj de arena, cuyo soporte estaba formado por dos serpientes entrelazadas entre sí; también al contar mentalmente el número de probetas que reposaban en las distintas gradillas, así como las matraces que contenían extraños compuestos. Sonrió al ver el desorden general que reinaba en la habitación, provocando

que Sebastian se sonrojara; pero aunque no se lo hizo saber, comprendió perfectamente por qué él se sentía tan cómodo en aquella habitación. Y cuando hubo saciado su curiosidad, se acercó de nuevo a él y lo rodeó con sus brazos, mirándolo a los ojos con picardía.

Sebastian volvió a sentir un cambio en su ánimo. Ahora ella ya no estaba taciturna, ahora parecía que estaba…

—Quiero proponerte un experimento —expuso Christine, mirándolo traviesa.

—¿Te parecen pocos los que hay aquí dentro? —bromeó.

—Mmmm… El mío no es de ese tipo de experimentos.

—A ver… Cuéntame… —ronroneó, devolviéndole la mirada juguetona.

—No he podido evitar darme cuenta de que basas todas tus expertas deducciones en tus sentidos, principalmente en la vista, por supuesto. Cuando te investigué, lo que más llamó mi atención fueron tus más que relevantes trabajos en criminología, sobre todo en la rama de la investigación de campo. Sometes la información que recibes a través de tus cinco sentidos a esa maravillosa mente analítica y desprovista de prejuicios que tienes; y de ese análisis, profundamente objetivo, extraes tus conclusiones.

—Es mi punto fuerte, pero además, es del que más disfruto —reconoció, halagado por la observación.

—Bien. Me gustaría demostrarte cuánta información valiosa estás dejando escapar al supeditar los estímulos que reciben tus sentidos

exclusivamente a tu magnífico y racional cerebro.

—No sé a qué te refieres.

Christine se acercó despacio a sus labios y depositó un suave beso en ellos, separándose de nuevo con una sonrisa traviesa.

—Solo pretendo que reflexiones sobre el poder que ofrece un conjunto heterogéneo de estímulos. Quiero que descubras lo que ocurre cuando abres tu mente y apartas a un lado el arbitraje de la razón.

El brillo de sus ojos se había ido avivando a medida que ella exponía su deseo, encandilándolo, llevándoselo a su terreno. Atrapado por el hechizo que la cercanía de su cuerpo y la intensidad de aquella mirada felina lanzaban sobre él, Sebastian se olvidó del caso, de Charles y de todos los cachibaches que los rodeaban y dejó que su cuerpo respondiese alegremente al encanto de aquella mujer. Sonriéndole, la apretó fuerte contra su cuerpo y respondió.

—Si es un experimento, ¿quién soy yo para oponerme al avance de la ciencia?

CAPÍTULO 32

Atado

—Vamos abajo —susurró Sebastian, ya perdido entre sus labios.

—Aquí hay una cama.

—La mía es más cómoda…

—No pretendo que estés cómodo —lo sorprendió—; además, me pone mucho pensar que voy a hacerte el amor en el lugar donde trabajas.

—Ummmm… Entonces, ¿yo también podré hacerte el amor en tu oficina? —preguntó, sonriendo travieso.

—Eso ya lo veremos.

Christine empezó a empujarlo hacia la cama que Sebastian ocupaba en más de una ocasión cuando estaba inmerso en una investigación. No era especialmente grande, él necesitaba todo el espacio posible para colocar sus bártulos, pero Christine calculó a ojo que sería suficiente para los dos. No quería que se rompiese el momento, tenía una idea muy clara en mente.

—Quítate la chaqueta y túmbate —le ordenó, autoritaria. Necesitaba sentirse al mando, deseaba desterrar de su mente esa debilidad que había sentido acatando, aunque a regañadientes, todos los requerimientos que él había decidido imponer. Tenía muy claro que deseaba resarcirse, dejarle cristalino a aquel hombre que ella no era ninguna mojigata que se dejaba amilanar por el riesgo.

Sebastian la miró a los ojos unos instantes, sopesando hasta qué punto ella estaba decidida a dominar la situación, pero vio la decisión en sus ojos y obedeció sin rechistar. Se deshizo de su chaqueta manteniendo su mirada, intentando no mostrar su incipiente ansiedad por entrar en materia; pero no sirvió de nada. Ella se dio cuenta de inmediato de que él estaba deseando que el juego empezase lo antes posible.

Una vez que él se colocó sobre la cama, Christine dio un rápido vistazo a su alrededor y localizó un par de cinturones que colgaban descuidadamente de un bastidor que hacía las veces de perchero improvisado. Sonrió al imaginarse a Sebastian desvistiéndose de cualquier manera en aquel cuarto, mientras observaba cómo burbujeaba uno de aquellos tubos de ensayo que los rodeaban. Imaginó su ropa colgada en aquel bastidor mientras él se paseaba por la habitación con su torso desnudo, devanándose los sesos para lograr averiguar los efectos de una de esas fórmulas que estaba probando.

Y la imagen le resultó de lo más apetecible.

Con una media sonrisa traicionera que dejó al descubierto su incipiente excitación, se volvió para contemplar sin prisa el cuerpo que, sin embargo, la esperaba impaciente sobre el lecho; pero la

imagen de aquel hombre probando la BPCP, a solas en medio de la oscuridad, sin saber a qué se exponía, la golpeó fuerte, encendiéndola aún más al pensar que había estado probando su fármaco sin que ella lo supiese, sin poder controlar sus efectos…

—Eres un chico muy travieso, Sebastian —murmuró, más para sí misma que para que él la escuchase. Sin embargo, el comentario suscitó la curiosidad del hombre, que trató de imaginar a qué se refería exactamente con aquella afirmación.

—Tendrás que ser más precisa, creo que hay muchos motivos por los que podrías estar haciendo ese comentario —dijo, tanteando el terreno.

—Más tarde —respondió con firmeza, casi ignorando su comentario. Su atención estaba focalizada en lo que iba a hacer a continuación.

Con paso resuelto, se dirigió hacia el bastidor para agarrar ambos cinturones, decidida a demostrar su teoría lo antes posible. Al verla acercarse a él con paso decidido, Sebastian no pudo evitar esbozar una sonrisa maliciosa, empezando a comprender lo que iba a ocurrir a continuación.

—¿Tan poca convicción tienes en los resultados de tu experimento que tienes que atarme para convencerme? ¿O es que vas a azotarme? —ronroneó, seductor—. Me parece un poco extremo por tu parte. Sé que no me he portado muy bien hoy, pero creo que…

—Necesitas un correctivo, Sebastian, y voy a ser yo quien te lo aplique.

Sebastian sintió cómo la excitación empezó a galopar por sus venas. Jamás habría imaginado que escuchar a una mujer imponerse con aquel tono de voz firme, pero tremendamente sensual, podría ponerlo tan a tono. Tragó saliva inconscientemente, su boca se había secado al imaginar todos los placeres que Christine tenía pensado regalarle.

Ella se acercó a la cama meneando sus caderas, con una media sonrisa seductora en la comisura de sus labios, tratando de ponerlo nervioso. Una vez a su lado, Christine lo sujetó por la mandíbula y mordió sus labios con fuerza, encendiéndolo.

—Necesito que no te muevas —se burló graciosa, al comprobar que los nervios habían hecho mella en su autocontrol—, sin acritud, amor, pero estás temblando…

—Mfff… No te burles…

Christine se subió la falda, solo lo justo para poder ponerse a horcajadas sobre él, pero el simple roce de la tela al deslizarse sobre sus muslos provocó que Sebastian alargase la mano para agarrarla. En respuesta, Christine lo empujó hacia atrás y aprovechó la coyuntura para besarle apasionadamente. Fue un beso largo, intenso, tanto que, cuando ella separó sus labios, Sebastian ya estaba profundamente excitado.

—He dicho… que no te muevas —susurró Christine.

—Está bien.

Se dejó hacer, permitiendo que ella atase sus manos al cabecero de la cama con los cinturones. El deseo emergente provocó una nueva sensación en su cuerpo, una desconocida y adictiva mezcla de

indefensión y poder para la que no estaba preparado. Al principio se puso tenso, preocupado al ser consciente de que así, maniatado, quedaba completamente a su merced; pero el entusiasmo se apoderó de él al sopesar los dulces frutos del camino en el que se acababa de embarcar, y consiguió combatir el pánico inicial para dejarse imbuir de esa nueva percepción de sí mismo que tanto le había sorprendido.

Y justo entonces, fue deliciosamente consciente de cuál iba a ser su papel aquella noche, a manos de su captora.

—¿Estás bien? —preguntó Christine, a sabiendas de que aquello podría llegar a ser demasiado para él.

—Estoy dispuesto a acatar lo que tengas a bien proponerme —fue su respuesta.

Christine sonrió con dulzura y se acercó a su rostro para dejar una ristra de besos sobre él. Empezó por sus prominentes pómulos para ir descendiendo a lo largo de la definida línea de la mandíbula hasta su barbilla, y de ahí a su cuello. Mordió suavemente aquí y allá en su camino de vuelta hacia arriba, deteniéndose junto a su oreja, la cual también mordisqueó con suavidad. Sebastian cerró los ojos al sentirla merodeando por su piel, pero cuando ella exhaló su aliento en su oído, se le erizó el vello de la nuca de pura excitación.

—Solo pretendo enseñarte la cara oculta de esos sentidos en los que tanto confías —murmuró Christine—. Por lo que conozco de ti hasta ahora, mi inteligente aspirante a detective, siempre utilizas esa magnífica percepción que has desarrollado hasta el infinito como

infalible accesorio para tu trabajo…, y nada más. ¡Qué pérdida de información tan escandalosa! —musitó sensual.

—No creo que centrarme en mis mejores armas sea una pérdida de información…

—Sí, si no permites que tus sentidos te lleven más allá. Los limitas, obvias las corazonadas, los presentimientos, cuando estos son respuestas inconscientes del cerebro a información que puede que hayas pasado por alto sin darte cuenta.

—Conozco muy bien cuáles son los mecanismos del inconsciente —fanfarroneó Sebastian, tratando de ocultar con palabras el revuelo que se alzaba en su interior.

—Bien. Pues deja que te muestre lo que ocurre cuando permites que las percepciones te embarguen, quiero que descubras lo que ocurre en tu cuerpo cuando te olvidas de pensar.

—Eso no me ha ocurrido nunca, cariño.

—Hasta esta noche…

Su respiración se agitó al oír el tono de voz tan profundo con el que ella pronunció aquellas palabras. Christine seguía incitándolo con sus besos y, cuando se detuvo para mirarlo a los ojos y comprobar en qué punto de excitación se encontraba, él le rogó sin palabras que no se detuviese.

Christine se puso de pie sobre la cama y decidió tomarse unos segundos para guardar aquella deliciosa escena en su memoria: Sebastian inmovilizado, disponible para ella, con una erección tan consistente que ya tropezaba contra sus pantalones pidiendo abrirse

paso. Su respiración, entrecortada por la ansiedad que le provocaba la situación, agitaba su pecho; su boca, entreabierta, esperaba anhelante a que ella se dignara a besarla; su profunda mirada de ojos verdes, clavada en ella, la devoraba sin pudor alguno…

Curiosidad, ansia, deseo.

¡Uuuuf!

Dejó caer su falda a lo largo de sus muslos, frustrando la fugaz posibilidad que tuvo Sebastian de poder ver su ropa interior, ya que su blusa cayó sobre ella inmediatamente. Él alzó una ceja para sugerir que se quitase también la blusa, para permitirle gozar de la visión de su cuerpo semidesnudo; pero eso no entraba en los planes de la exitosa empresaria.

—Tus ojos ya han visto demasiado —declaró Christine, sorprendiéndolo de nuevo—. La vista es el sentido que más desarrollado tienes, y por tanto es el primero del que te tengo que privar. Parece que vas a tener que volver a llevar los ojos vendados, Sebastian.

—Está claro que esto se está convirtiendo en una enojosa costumbre entre tú y yo —respondió con ironía.

Christine se quitó el pañuelo negro de seda que llevaba al cuello, volvió a colocarse a horcajadas sobre él y, sintiendo satisfecha la presión que pugnaba dentro de sus pantalones apretarse contra su sexo, se deleitó en aquellos ojos verdes oscurecidos por el deseo. Durante un segundo, pensó que era una pena tener que prescindir de la fabulosa visión, Sebastian expresaba cada sentimiento con

claridad meridiana con su mirada, pero decidió seguir adelante con su plan. Él ya estaba listo para empezar.

—Nos centraremos en tu oído —susurró, cubriendo todo su rostro con el pañuelo semitransparente, el cual ató con un nudo detrás de su cabeza. La tela le permitía respirar con normalidad, aunque enturbiaba considerablemente la deliciosa visión de los labios femeninos que ahora tenía tan cerca y que tanto le apetecía besar—. ¿Estás cómodo?

—Estoy bien —mintió para que continuara.

—El timbre de la voz cambia cuando los amantes, por ejemplo, se susurran al oído —dijo Christine, acercándose hasta el de Sebastian —, incluso el ritmo de la respiración se convierte en vehículo para entregar un mensaje cargado de intención, que puede incluso contradecir a las palabras pronunciadas, otorgándole más intensidad al significado oculto de las mismas.

—Ya me hago una idea —murmuró Sebastian, pasándose la lengua entre los labios.

—En nuestro caso en particular —continuó Christine, besando su cuello despacio—, los sonidos del amor carnal, del… sexo, nos guían, nos enardecen, sobre todo cuando gemimos en un arranque de necesidad, o durante el momento de más alta plenitud; pero no solo entonces. Tendemos a apresurarnos cuando deseamos algo con muchas ganas y nos perdemos detalles de incalculable valor, como por ejemplo, lo que se siente al crear ese deseo anticipatorio en la pareja solo con acercarnos, o al recibir ese estímulo que tu pareja ejerce a voluntad. ¿Lo… sientes?

Christine casi había paladeado sus últimas palabras, y terminó exhalando su aliento con delicadeza sobre el lóbulo de su oreja. Sebastian se estremeció, entreabriendo aún más sus labios bajo el pañuelo, y dejó escapar un profundo gruñido como respuesta. El sonido de la voz de aquella mujer lo había dejado deliciosamente expectante, necesitado, y aunque se sentía indefenso ante aquella nueva y desconocida situación, deseaba que la tortura continuase.

—Me… ha quedado clarísimo —susurró.

—Y… ¿te gusta?

—Me gusta… mucho.

Christine se acercó entonces a su boca y besó sus labios a través de la tela del pañuelo, tomándolo por sorpresa. La sensación le resultó más evocadora que sensual, pero aún así, él la disfrutó con ganas.

—¿Y qué me dices del poder que obtenemos al entregarnos al otro? —preguntó Christine, con su voz cargada de deseo—. ¿Crees que soy yo quien está al mando? ¿O eres tú quien me provoca?

—Creo que… ambas cosas —respondió Sebastian con sinceridad.

—Exacto. Y no hay nada de racional en ello. Sin embargo, tú sientes que ejerces un influjo sobre mí aunque ocupes una posición sumisa. Lo sabes, aunque no lo ves.

Christine localizó un abrecartas sobre la mesita que quedaba a menos de medio metro de la cama. Sonrió al verlo, el mango finamente repujado y el brillo de la hoja fueron suficientes para indicarle que se trataba de una pieza de coleccionista. Solo alguien

como Sebastian podría tener un objeto tan antiguo y valioso colocado de cualquier manera en aquella extravagante habitación. Sin embargo, se alegró de ello, le sería de mucha utilidad en aquel momento.

—Y ahora, probemos el poder de la sugestión.

Con destreza, deslizó el abrecartas por debajo de los botones de la ajustada camisa, los cuales salieron disparados al paso, debido a la exagerada reacción del pecho de Sebastian al sentirse amenazado. Christine lo tranquilizó con un siseo, haciéndole saber que no debía tener miedo de ella, que se centrase en disfrutar. Aún así, contradijo sus palabras cincelando su cuello con el arma blanca, deslizándolo a continuación sobre su pecho hasta su ombligo, arañando la piel sin permitir que sangrase.

—¿Ves? El contexto sugiere una situación de peligro, y sin embargo, veo que te resulta de lo más placentera…

—Tócame —rogó Sebastian, incapaz de permanecer callado ante tanta tensión—. Quiero sentir tus dedos, tus labios, y no la fría hoja de un abrecartas.

—Me sorprende que sepas cuál es el arma que estoy utilizando —murmuró, admirada.

—Como creo que ya habrás intuido, sé perfectamente dónde está cada cosa en esta habitación.

—El orden dentro del caos.

En respuesta a su ruego, Sebastian sintió aquellos labios que tanto deseaba cerniéndose en torno a su pezón; el contraste de

sensaciones arrancó un gemido de placer de su pecho y Christine dio rienda suelta a sus besos al escucharle. Besó su pecho, el esbelto y poderoso cuello masculino; lamió su manzana de Adán con fervor en un intento de reprimir su deseo de morderla y empezó a resoplar de impaciencia, presa de su propia trampa. Continuó su camino besando cada centímetro, mordiendo sus hombros cuando su necesidad era extrema, descendiendo por sus clavículas para volver a enredar su lengua en aquel pezón erguido y duro como una roca.

Sebastian jadeaba sin control, derritiéndose con cada nueva conquista del mapa de su piel; pero cuando sus labios se posaron en aquella zona tan sensible, no pudo reprimirse.

—Oh, señor… —suspiró, mordiéndose el labio inferior de pura impaciencia—, Christine, por favor…

—Por favor qué…

—Más…

El pañuelo le aportaba una sensación de privacidad que le permitía expresar su pasión desbocada sin tapujos, no habría sido capaz de pedirle aquello si hubiera podido mirarla a los ojos directamente. En respuesta, Christine deslizó sus dedos a lo largo de su torso, jugueteando alrededor de su ombligo para provocarle más ansiedad; sin embargo, tuvo que detenerse, tan cerca estuvo de dejarse de juegos cuando rozó su vello púbico, oculto aún por las prendas que él llevaba puestas.

Sebastian contuvo la respiración, anticipando lo que ocurriría a continuación, pero Christine desairó una vez más sus anhelos ascendiendo de nuevo a través de su vientre hacia su pecho.

—Sé que estás impaciente, pero te aseguro que si esperamos un poco más, el premio será mucho más gratificante —murmuró Christine.

Sebastian volvió a tragar saliva y, aunque sintió deseos de tirar del cabecero para desasirse, asintió obediente. Aún así, ella supo que debía avanzar. Con cuidado, enrolló la parte inferior del pañuelo sobre sus ojos, para impedirle ver por completo en primer lugar, pero con la deliciosa idea de dejar su nariz y sus dibujados labios al descubierto. Los encontró entreabiertos, húmedos, suplicando un beso de los suyos, y a punto estuvo de caer en la tentación de morderlos, de devorarlos a placer. Sin embargo, una idea peregrina cruzó su mente en aquel momento, arrancándole una sonrisa maliciosa a sus labios.

Christine se deshizo de su blusa despacio, así como de sus braguitas, apartando aquella poderosa tentación en la que se habían convertido los labios de Sebastian de su deseo inmediato. El prisionero sintió inmediatamente el aroma de la piel de su carcelera e intuyó lo que estaba ocurriendo, ayudado por el sonido que produjeron las prendas al ser retiradas. En un intento vano, avanzó con su lengua, ávido del roce de su piel, pensando que así lograría acelerar el proceso; pero ella se alejó rápidamente de su alcance.

—¿Prefieres que vuelva a taparte la boca?

—Nnno —gruñó Sebastian—. Déjame que te saboree, me muero por sentir tus pechos en mi boca.

Christine ahogó un sollozo de deseo y, anhelante, deslizó la tela de su sostén, la única prenda que aún llevaba puesta, y acercó uno

de sus pechos a los ansiosos labios de Sebastian. Él fue completamente consciente de lo que estaba aconteciendo frente a sus labios y empezó a salivar al imaginar la forma de sus senos, expuestos como tentadores manjares solo para su disfrute. La lujuria lo consumía e, incapaz de mantenerse quieto, empezó a bascular sus caderas para encontrar cualquier tipo de fricción sobre su ya dolorosa erección.

Al sentir su dureza rozándose con su sexo empapado, Christine puso uno de sus pezones al alcance de Sebastian, quien se apoderó de él con un ímpetu descomunal, arrancándole un suspiro de placer. Christine enredó sus dedos en su pelo para atraerlo hacia sí, para disfrutar de aquella boca creada por los dioses para su deleite personal. Arrebatada repentinamente por el deseo más visceral, se incorporó, colocó sus rodillas sobre los fuertes hombros masculinos y, rendida a sus ruegos, le ofreció a Sebastian su intimidad.

En pleno delirio, él recibió su sexo con un cálido beso que la recorrió de pies a cabeza; pero no se limitó a acogerla con sus labios. Al sentir su sabor en su lengua, Sebastian empezó a lamer cada pliegue, cada rincón, solo para terminar succionando con fruición justo donde ella más lo necesitaba. Christine gritaba desinhibida, agradeciendo con cada movimiento de su pelvis aquella indescriptible sensación de plenitud que él le estaba otorgando con sus labios, con los gruñidos de su garganta, con los movimientos acompasados del interior de su boca.

No supo identificar cuándo le sobrevino el clímax, todo su cuerpo estalló a la vez ante la maestría de aquella inexperta boca que, sin embargo, la llevó a la locura sin dificultad.

—Sabías perfectamente lo que yo deseaba, lo que necesitaba, solo porque te has dejado guiar por lo que has sentido, por tu intuición —balbuceó, aún imbuida de dicha—. A eso es a lo que me refiero, Ash.

—Christine… Me estoy volviendo loco —murmuró con la voz enronquecida por el deseo—. Hazme tuyo, luego podremos discutir sobre el tema, pero ahora te… Te necesito.

Christine obedeció sin dilación. Le desabrochó el pantalón con rapidez y liberó toda su hombría, que empezaba a gotear de necesidad. Atraída por la increíble imagen de su sexo irguiéndose en todo su esplendor, no pudo evitar rodearlo con sus manos para comprobar su dureza por sí misma. Al sentirla, Sebastian emitió un gemido que escapó a su control y, como respuesta automática, Christine se apoderó de él y lo introdujo suavemente en su boca.

—¡Oo-ooh, s-sí!

Sebastian no esperaba que ella se entretuviese en practicarle sexo oral, aunque desde que lo hizo por vez primera, no había podido quitárselo de la cabeza. Para él, era una experiencia soberbia que borraba de su mente absolutamente todo lo demás. Solo podía sentir su suave lengua rodeándolo, acariciando cada centímetro, cada curva, cada rincón, y aquellos labios que le proporcionaban sensaciones indescriptibles cuando se cerraban en torno a su glande e imprimían aquella deliciosa presión de succión. Jadeante, empezó a acompasarse con ella, loco por sucumbir al placer que había retenido durante demasiado tiempo, ansiando el clímax como nunca antes…

Pero ella no le permitía llegar.

—Cariño… Christine…

—Lo sé, pero… pero quiero más.

Sin lugar a dudas, ella tenía en sus manos el poder absoluto. Sebastian se sentía completamente a su merced, a diferencia de lo que había ocurrido momentos antes, y no dudó en suplicar lo que deseaba. Mientras se retorcía de placer bajo sus expertos labios, que seguían regalándole toda clase de delirantes sensaciones, Sebastian empezó a balbucear.

—Si… si quieres más… suéltame ahora. Si no… lo haces… no podré… ¡Oo-ooh, Chris! Me voy a correr…

Alertada por el potente sabor de la precuela de su orgasmo, Christine se apresuró a quitarle el pañuelo de los ojos y, con dos movimientos certeros, liberó sus muñecas, apoderándose de sus labios en el proceso.

—Ahora puedes tocarme —suspiró, loca por sentirlo dentro de sí.

—Haré lo que tú me digas.

Libre por fin, Sebastian se aferró a su cuello para atraerla a sus labios, para obligarla a que no volviera a abandonar los suyos por nada del mundo. Sus hambrientas manos se apoderaron a continuación de sus pechos y, bañando la habitación con sus gemidos, ella lo condujo hasta lo más profundo de su cuerpo.

Tardó unos segundos en amoldarse a sus dimensiones, pero tal y como su interior albergó toda su erección, su cuerpo se ocupó de facilitar el proceso. Sebastian se enganchó a sus caderas y, en

trance, se dedicó a morder y besar sus pechos, a mordisquear sus pezones, haciéndola gritar. Su pelvis se movía sin descanso para colmarla en cada embate, para satisfacer su propia necesidad sin demorarse un instante de más. Cabalgaron juntos, disfrutaron de cada movimiento como si fuera el último, besaron y mordieron todo lo que tenían a mano, hasta que Sebastian confesó:

—Chris… No puedo más…

—¡Ash! ¡Sigue! ¡Sssigu-ee!

Con un gruñido sordo, y casi babeando, Sebastian se desbordó en su cuerpo sintiendo cómo ella temblaba entre sus manos mientras arañaba su orgasmo entre profundos jadeos. Cuando las oleadas de placer empezaron a remitir, Christine cayó deshecha sobre el torso masculino, y Sebastian hundió su cabeza en el hueco de su cuello, resollando.

—Dios, creía que no me dejarías tocarte, y eso me estaba volviendo loco —confesó jadeante.

—Esa era la intención, pero te necesitaba… La verdad es que ejerces un poder sobre mí que me es difícil ignorar, incluso atado.

—Es una… locura, amarte es demasiado… —Sebastian salió de su cuerpo, pero continuó besándola sin descanso, inmerso aún en el frenesí que acababa de experimentar. Christine se agarró fuerte a su cuello y lo miró a los ojos, intentando que comprendiese cuánto significaba para ella.

—Ash…, te amo tanto…

Sebastian clavó sus ojos en los de ella, mostrándole su alma abierta en canal. Acarició su mejilla suavemente y, sin pensarlo demasiado, desnudó sus miedos sin reprimirse.

—Tengo miedo de perderte, no quiero vivir sin ti —susurró conmocionado.

—No creas que voy a permitir que eso ocurra —respondió Christine, devolviéndole la mirada con la misma intensidad.

—Tienes que prometerme que tendrás cuidado mañana —rogó Sebastian.

—Te lo prometo.

Christine se tumbó junto a él, abrazándolo, apoyó la cabeza en su pecho y empezó a acariciar su torso lánguidamente, abandonada a los efluvios postcoitales. Sebastian la rodeó con su brazo y la atrajo posesivamente hacia sí, sobrevenido por una creciente preocupación.

—Estaré esperando tu llamada, no dudes ni un instante si ves que hay peligro.

—Tenía mucho por lo que luchar, Ash, pero ahora tengo mucho más.

Él la miró a los ojos intentando comprender a qué se refería, pero la duda se disipó en cuanto comprobó cómo ardían los sentimientos en aquellos preciosos ojos verdes.

—Te amo —susurró, entregado.

—Yo también te amo.

—Y tenías razón.

—¿En qué?

—En que tienes muchas cosas que enseñarme.

Ambos sonrieron en la penumbra y unieron sus labios para regalarse unos minutos más de besos, justo antes de caer rendidos al sueño.

Exhaustos.

Satisfechos.

Juntos.

CAPÍTULO 33

Pruebas

Cinco minutos antes de la hora acordada, Olivia estaba aparcada frente a la puerta del edificio de Sebastian, temiendo que la consabida actividad nocturna entre dos jóvenes enamorados lo hubiera dejado tan feliz y agotado como para olvidarse de su cita. Nerviosa al valorar los acontecimientos que casi con seguridad tendrían lugar a lo largo de aquella mañana en la planta del norte de Londres, tamborileaba con sus dedos cada vez más rápido sobre el volante; pero cuando estaba a punto de marcar el contacto de su irritante amigo, este giró la esquina acompañado de la mujer que había dormido con él aquella noche.

De la única mujer que había pasado una noche en casa de Sebastian.

Ambos se apresuraron hacia el coche con semblante serio, claramente preocupados por el riesgo que Christine había asumido correr; sin embargo, Olivia se permitió la licencia de sonreír durante un instante. Jamás habría imaginado que su amigo llegaría a mostrar interés por nadie, pero mucho menos, por alguien del estilo de Christine.

No se habría extrañado tanto si lo hubiese encontrado acompañado por alguien que disfrutase de los mismos pequeños y excéntricos placeres que a él le apasionaban. Podría comprender que se hubiese enamorado de un ratón de biblioteca, de una defensora acérrima de la difusión de la cultura o incluso de una adicta al alcohol o de una asesina en serie, aunque aquel último pensamiento le generase una poderosa sensación de inquietud.

Pero nunca de una mujer resuelta, poderosa y decidida, con una vida fundamentada en la responsabilidad y visibilidad que conlleva el éxito, en las obligaciones sociales que se adquieren al regentar una sociedad influyente. Y desde luego, no de alguien que, a las siete de la mañana, y después de una más que segura noche de pasión, casi había salido de la cama perfectamente maquillada, con un traje de Dior que le sentaba como un guante y complementos a juego, como si se hubiese ocupado de ella su asistente personal. Christine era una rareza, un ejemplar fuera de lo común que no podría pasar desapercibida ni aunque lo intentase con todas sus fuerzas.

Entonces, Olivia entendió que ese era precisamente el irresistible atractivo que su querido compañero de facultad había encontrado en ella. Y sonrió.

—¿Te has levantado de buen humor? ¿O es que te resulta gracioso verme en la calle tan temprano? —la increpó Sebastian, abriendo la puerta del copiloto. Olivia se había quedado tan ensimismada contemplando a Christine que no se había percatado de los movimientos de Sebastian y dio un respingo al escucharlo—. Anda, vámonos ya. Tenemos que llegar antes de que empiece a entrar el personal.

—Ya voy, ya voy —contestó Olivia, arrancando el motor con prisa —. Buenos días, Christine —la saludó cuando ella se sentó en el asiento trasero—, espero que este cabezota te haya dejado descansar.

—Hacía demasiado tiempo que no dormía tan profundamente —le sonrió Christine—. Las vistas desde el estudio de Sebastian son espléndidas, pero incluso el hermoso cuadro del centro de Londres a mis pies no me ha impedido dormir a pierna suelta. La verdad es que echaba de menos el ruido de los coches de fondo, a veces, mi casa es demasiado silenciosa. Y solitaria —terminó, bajando la mirada poco a poco.

Olivia se sintió abrumada al escuchar una confesión tan sincera por su parte, mucho más, siendo tan temprano; pero aquella respuesta solo refrendaba la conclusión a la que ella acababa de llegar, conclusión que pudo confirmar en los ojos de Sebastian, que miraba a su pareja embelesado. Sí, eran tal para cual.

Una vez que llegaron a la planta, Sebastian y Olivia se giraron hacia Christine. Sebastian, que lucía un poco ojeroso debido al trasiego nocturno y a que no había podido dormir tan plácidamente como su compañera, ya que la incertidumbre con respecto a lo que podría ocurrir la mañana siguiente empezó a atenazarle a partir de las tres de la mañana, clavó su mirada en ella mostrando su creciente preocupación.

—Una hora, no esperaré ni un segundo más —repitió.

—Tranquilo, no tardaré tanto. Charles es muy meticuloso, pero llevo mucho tiempo trabajando con él y sé más o menos cómo se

organiza. No debe llevarme mucho tiempo encontrar una prueba de su implicación, si es que existe.

—Existe, estoy totalmente seguro —sentenció Sebastian—. ¿Tú estás segura de que él no llegará hasta pasadas las diez?

—Nunca ha llegado antes —aseguró Christine, mirándolo fijamente.

—Comparte tu ubicación en tiempo real, así sabremos si te ves forzada a cambiar de planes —sugirió Olivia—. Y no dudes en mandar un mensaje o en lanzar una llamada perdida si notas cualquier cosa fuera de lo normal. Sebastian y yo estaremos en el despacho de Charles en un par de minutos. ¿Sabemos dónde está ubicado exactamente?

—Segunda planta. Subiendo por el ascensor principal, el que está junto a recepción, es el segundo pasillo a la derecha. El despacho de Charles es el que está al fondo de ese pasillo.

—Anotado —dijo Olivia.

—Bien, deseadme suerte —pidió Christine, abriendo la puerta del coche.

—Espero que encuentres lo que necesitamos, así podremos zanjar este caso de una vez por todas —apuntó Sebastian.

Christine asintió y se alejó del coche a paso ligero. Habría preferido recibir un beso de ánimo en lugar de aquella frase tan inquietante, pero ya se había dado cuenta de que cuando Sebastian estaba inmerso en sus cavilaciones, no se podía esperar una reacción normal por su parte.

La noche anterior había podido comprobar lo fácil que a él le resultaba abstraerse de la realidad cuando algo rondaba su mente. Lo sintió moverse inquieto, totalmente ajeno a que ella dormía junto a él; y cuando le preguntó al despertar que cómo había dormido, él prácticamente no la escuchó, inmerso en un trance casi absoluto. Tuvo que agarrarlo de la mano para que recordase que ella estaba a su lado. Entonces, él enfocó su mirada en ella y sonrió, como si acabase de darse cuenta de que había pasado allí la noche.

Otra rareza más que añadir a la cada vez más larga lista de extravagancias del señor Fairchild.

Entró por la puerta de atrás, la única que podía abrirse con una llave especial a la que solo tenían acceso los altos cargos de Boosting Chemistry, y que solo funcionaba a partir de las ocho de la mañana. Faltaba un minuto aún, que Christine aprovechó para pensar qué le diría a Charles si aparecía de repente a través de la espesa niebla que se había levantado aquella mañana. En realidad, ni siquiera se había planteado la posibilidad de que eso ocurriera, en el fondo aún seguía pensando que Sebastian se equivocaba; pero mientras aquel minuto que se le hizo eterno transcurría, se sintió desprotegida, un poco asustada, incluso. Sobre la marcha, inventó una mentira que contar en el caso de que Charles hubiese decidido empezar la jornada antes de lo normal, para no levantar sospechas.

Y a las ocho en punto, activó el temporizador de su teléfono móvil y entró en su planta, lista para llegar al meollo de todo el asunto.

Mientras se dirigía al despacho de Charles, acompañada solamente por el sonido que producían las distintas luces al encenderse a su paso, fue recobrando su propia fuerza. Pensó en el

tiempo que había dedicado a su producto, en la ingente cantidad de horas que había pasado trabajando en el laboratorio, en las múltiples reuniones que había mantenido con inversores y con otros químicos para poder sacar a la luz lo que se había convertido en el proyecto de su vida, y empezó a odiar profundamente a aquel que fuera responsable de que todo ese esfuerzo se viese malogrado por una imprudencia provocada por la avaricia, o por pura estupidez.

Aceleró el paso, presa de una necesidad imperiosa de descubrir qué era lo que estaba ocurriendo. Pensó por primera vez que había sido una estúpida dejando pasar la evidencia, que había estado muy ciega durante demasiado tiempo…

Y de repente, una idea se coló en su mente, una revelación que había esperado adormecida a que ella tomase cartas en el asunto, a que ella creyera por fin en lo que Sebastian tenía cristalino hacía días: que aunque Charles no estuviese directamente relacionado con la fuga del producto, tenía que estar forzosamente al tanto de que algo así estaba ocurriendo. Y había elegido no decirle nada al respecto.

Que, en definitiva, Charles le había estado ocultando información a propósito, lo que lo convertía inmediatamente en cómplice, si no en culpable.

Ahogó un gemido de angustia al llegar a aquella conclusión y aceleró aún más el paso, sintiéndose estúpida e infantil. Había confiado ciegamente en la persona equivocada, poniendo en peligro todo aquello por lo que tanto había luchado, había estado demasiado centrada en la financiación y en la distribución final, descuidando lo más importante: el desarrollo del producto en sí. Así

que cuando entró en el despacho de su compañero, se lanzó sobre el portátil con decisión.

Estaba enfadada, mucho más de lo que lo había estado nunca.

No tuvo dificultad alguna en acceder al escritorio, sabía su contraseña de memoria. Bendijo el momento en el que Charles decidió que ir a su casa los jueves para cenar con ella a solas y presentarle los informes semanales era una idea magnífica, porque había tenido la oportunidad de verlo teclearla en su portátil cientos de veces.

Una vez dentro, se planteó por dónde empezar a buscar. Charles no era muy imaginativo, seguramente habría utilizado su misma nomenclatura, así que realizó una búsqueda directamente por el nombre del compuesto; pero los resultados no arrojaron nada extraño.

Valoró entonces una búsqueda algo más personal, utilizando una palabra intrínseca a su trabajo, o a algo que fuese solo suyo. Teniendo en cuenta su escasa versatilidad, probó con "Charles" como primera opción, esperando no encontrar nada…

Y bingo.

Una carpeta con su nombre apareció como único resultado. La adrenalina empezó a correr por las venas de Christine, impulsándola a entrar sin demora, aunque tuvo que pulsar varias veces el botón del ratón, tal era su estado de nervios. Cuando la pantalla mostró el interior de la carpeta, Christine se encontró con un inmenso subdirectorio de lo más heterogéneo, cuyos títulos no ayudaban demasiado a elegir el camino a seguir.

Abrió la carpeta "Investigaciones", pero no encontró nada interesante; probó a entrar en "Resultados", en "Compartidos", en "Boosting"… Nada fuera de lo normal. Sin embargo, cuando llegó a la mitad del listado, una carpeta llamó su atención, un nombre que no pintaba nada en medio de aquel maremágnum de archivos:

"Kirk".

Christine frunció el ceño. Kirk era el nombre del hermano pequeño de Charles, a quien su colega tenía especial cariño. Kirk había sufrido mucho durante su juventud y llevaba años pasando de una institución mental a otra, bajo la atenta supervisión de Charles, que había invertido mucho tiempo y dinero en intentar mejorar su salud a toda costa para proporcionarle la estabilidad que Kirk necesitaba para ser feliz.

Pero todo eso no tenía nada que ver con Boosting Chemistry. Nada en absoluto.

Confundida, hizo doble clic sobre la carpeta, y frente a sus ojos aparecieron un enorme conjunto de subcarpetas, la mayoría de ellas, con una fecha como nombre: marzo de dos mil veintiuno, abril, mayo, julio de dos mil veintidós… La lista continuaba mes a mes hasta el anterior. Christine eligió una al azar y, al pulsar sobre uno de los archivos que albergaba, su corazón dio un vuelco:

El encabezado del documento rezaba "Resultados del análisis comportamental de Kirk Bloodworth. Prueba 21-b".

Christine leyó a toda velocidad los primeros párrafos. El texto, claramente redactado por Charles, relataba los resultados observados en el paciente a lo largo del mes tras haberle

suministrado una batería de fármacos concretos, muchos de ellos, ya descatalogados.

Y entre todos aquellos fármacos potentes y, en algún caso, dañinos para la salud, se encontraba la BPCP.

Christine sintió náuseas, el despacho empezó a tambalearse a su alrededor. No daba crédito a lo que veían sus ojos, ¡Charles había estado tratando a su hermano sin supervisión médica alguna durante años! ¡Lo había utilizado como conejillo de indias! ¡A su propio hermano! No podía ser cierto, tenía que ser un error…

Aturdida por su desagradable descubrimiento, Christine volvió a la carpeta raíz con una idea muy clara en su mente. Empezó a navegar a través de los nombres de las carpetas, estaba segura de que podría hallar las modificaciones que Charles había ido realizando en la BPCP, y cuando estaba a punto de llegar al final de la lista, encontró la carpeta que buscaba:

"Marcados".

Había utilizado su misma nomenclatura, como supuso.

Temblorosa y abrumada, entró en aquella carpeta que, aún sin haber leído los nombres de los archivos, ya sabía que le descubriría el resto del pastel, pero solo encontró un documento que llevaba el mismo nombre de la carpeta, sobre el que no tardó en hacer clic. El programa de gestión de texto se abrió, dejándola boquiabierta ante los nombres que se encontraban allí relacionados. Algunos no le sonaban de nada, pero otros eran nombres de personas que ella conocía bien, antiguos pacientes e incluso trabajadores en activo de su empresa.

Paseó su mirada a lo largo del documento, cada vez más asustada, hasta que sus ojos localizaron un nombre que le heló la sangre en las venas:

Patrick Clifford.

Leer su nombre allí, en medio de todos aquellos pacientes que, con seguridad, habían sido tratados con la BPCP a sus espaldas, fue un duro revés. Las lágrimas empañaron sus ojos y sintió una punzada de dolor en la boca del estómago que casi la hizo vomitar.

Por eso no estaba atenta cuando Charles entró en el despacho.

—Al final, tuviste que entrometerte…

CAPÍTULO 34

Bloodworth

Sintió cómo su cuerpo se estremecía, cómo se erizaba cada vello de su piel. Lanzó una mirada de soslayo hacia su móvil, pero supo que ya era demasiado tarde para dar la voz de alarma. Resignada a tener que enfrentar a Charles sola, levantó la cabeza y lo miró, aún horrorizada.

—¿Cómo has podido? —fue lo único que se atrevió a decir.

—Déjame adivinarlo. Ha sido el tipo ese con el que te relacionas últimamente, ese *snob* estirado que se pavonea a tu alrededor como si fuera el gallo del corral, ¿me equivoco?

Su voz sonaba irritada, aunque Charles mantenía su habitual expresión de estudiada contención. Fue la primera vez que Christine pensó que así era, hasta entonces no había reparado en la evidente falta de naturalidad del rostro de su colega.

—Confiaba en ti ciegamente, Charles —continuó, sin responder a la pregunta—. ¿Cómo has podido traicionarme?

—i¿Yo te he traicionado?! —La aparentemente parsimoniosa expresión de su rostro se quebró en una mueca aterradora al alzar la

voz—. ¿Yo? ¡Todo esto es culpa tuya! Por mucho que pretendas no comprenderlo, todo esto es por ti, por tu estúpido afán de hacerlo todo según las normas. Y no te habrías enterado de nada si no hubiese aparecido el baboso ese para abrirte los ojos. Todos mis planes han estado a punto de irse al garete por vuestra culpa, estúpidos e ignorantes aspirantes a yo no sé qué —escupió, mirándola con desdén—; pero gracias a vuestros descuidos, he podido actuar a tiempo. Dentro de dos días venderé la fórmula y podré resarcirme de todo lo que he tenido que soportar.

—¿Por qué? —Las lágrimas ya corrían abundantemente por su rostro, y ella era incapaz de hacer nada por controlarlas—. ¡No puedes tener queja alguna! ¡Estás bien posicionado en la empresa! ¡Tu círculo te respeta! ¡No tendrás problemas económicos jamás! ¿Por qué destruir todo nuestro proyecto?

Charles se había ido acercando despacio, pero cuando ella pronunció aquella última frase, ardió de indignación. Con rapidez, sacó una pistola con un gran silenciador del bolsillo de la chaqueta y apuntó directamente a la cabeza de Christine, que ahogó un grito de pánico.

—¡No tienes ni idea! —escupió a voz en grito—. Has estado tan centrada en tu trabajo, en lo que pretendías conseguir para la comunidad científica, que no te has detenido a mirar lo que ocurría a tu alrededor, el dolor por el que estaba atravesando tu segundo de a bordo. ¡Qué sabrás tú de problemas económicos! ¡Tú, que has nacido sin ellos y que jamás sabrás lo que son! ¿Crees que me importa lo más mínimo mi reputación dentro de la empresa? ¿Crees que pensaba en las bondades de la fórmula mientras trabajaba día y

noche en su desarrollo? ¡Pamplinas! La BPCP no era nuestro proyecto, ¡era mi proyecto! ¡El único que podría mejorar mi vida de una vez por todas!

—¿Mejorar t-tu vida? —tartamudeó, aterrorizada—. No sé a qué…

—¡Tú no sabes nada! —la interrumpió con un grito, provocándole aún más pavor—. ¡Solo te ocupabas de ponerle pegas! "Hay que hacer más pruebas, Charles" —la imitó—. "No podemos correr riesgos, Charles"… ¡Tonterías! ¡La BPCP está más que lista, Christine! Hace ya un tiempo que la he estado probando en todo tipo de pacientes con resultados que exceden tu imaginación. ¡Es la droga perfecta! ¡Borra los malos momentos del día para que seas feliz para siempre!

—Dios mío, estás loco… —murmuró Christine, dándose cuenta del alcance de la enajenación de Charles.

—No estoy loco, ¡soy un genio! He ido más allá de lo que tú te hubieras atrevido jamás, ¡y sin correr ningún riesgo! El compuesto no deja huellas, nadie puede involucrarme en las pruebas ni con la red de narcotráfico que la ha estado distribuyendo para recabar la información que nos faltaba, básicamente, porque nadie recuerda nada, excepto la sensación de felicidad que obtienen al consumirla —añadió con una sonrisa demente—. He ido inoculando a los distribuidores cada cierto tiempo para que no pudieran recordar quién les había suministrado las dosis, ni de dónde habían salido. Ha costado, pero ese nivel de control ha sido el resultado de mis propios experimentos, no de tu patética búsqueda del bien común.

Christine empezó a comprender que no tenía salida alguna. Charles había perdido la razón y, según intuía, no permitiría que ella saliese de allí con vida; pero el instinto de supervivencia la forzó a preguntarle para ganar tiempo.

—No comprendo… ¿Cómo que no recuerdan de dónde ha salido la dosis?

—Solo había que modificar las cantidades, preciosa —murmuró Charles con una sonrisa ladina—. Según la concentración, el espectro de la memoria que se ve afectado por el químico se amplía o se reduce. Por eso solo tenía que inocular a los sujetos de control de cuando en cuando. Además, me servían de pacientes cero, ¡y gratis! ¡Nada de complicados protocolos! ¡Nada de burocracia, ni de reuniones absurdas y pomposas hasta las tantas! ¡Resultados puros, directos, voluntarios!

—Estoy segura de que no eran voluntarios —murmuró Christine para sí. Charles la oyó, pero decidió obviar el comentario.

—En estas últimas semanas, los avances han sido especialmente espectaculares, ¡no te haces una idea del control al que podemos aspirar! ¡Si hubieses podido verlo con tus propios ojos! ¡Te habría impresionado! ¡Es pura magia! ¡Una obra de arte!

Mientras hablaba, Charles abrió el cajón de su escritorio, del cual sacó una cuerda bastante gruesa con la que comenzó a atar a Christine a la silla. Ella, profundamente conmocionada, no fue capaz de mover ni un solo músculo, y contempló en silencio cómo la soga se cernía en torno a su pecho mientras trazaba la imagen de lo ocurrido en su cabeza.

—Qué has hecho, Charles… —se lamentó.

—Adelantarme, que era lo único que el compuesto necesitaba. La fuerza y la decisión de alguien que estuviera dispuesto a luchar por él, de alguien a quien realmente le importase que saliese a la luz porque su propio bienestar dependía de ello.

—¡Oh! ¡Kirk! —exclamó ella, empezando a atar cabos.

—Kirk, mi querido hermano loco —confirmó Charles con voz cautelosa—. Llevaba tantos años de centro en centro que ya habíamos perdido la cuenta, y el dinero tampoco iba a durar eternamente, no te imaginas cuánto cuesta proporcionar una vida digna a un paciente como Kirk, Christine; así que tenía que encontrar una solución… con un poco más de premura.

—Pero Kirk había mejorado —continuó Christine, intentando comprender—, tú mismo me lo dijiste…

—Había mejorado… Bueno, sí, se podría decir. Ya había dejado de pensar en el suicidio —contestó con ironía—. Sufría de estrés postraumático, ¿recuerdas? La medicación que le ponían lo mejoraba a veces, pero la mejoría no era constante, ni mucho menos, definitiva. —Charles se detuvo frente a ella y empezó a asegurar los nudos sobre su pecho—. ¿Sabes lo desesperante que es ver cómo tu hermano va perdiendo poco a poco la razón, querida? ¡Yo podía evitarlo! ¡Solo tenía que avanzar! ¡Y tú te negabas tan obstinadamente…!

—¡Porque esa no es la manera de avanzar! ¡Podrías haberlo matado! ¡Podría haber empeorado aún más…!

—¿Aún más? —bramó, mirándola con los ojos fuera de sus órbitas —. ¿Qué hay peor que desear la muerte? ¿Dime?

Christine iba a responder, pero calló ante la evidencia de aquella pregunta y bajó la cabeza, desolada.

—Podrías habérmelo dicho, podríamos haber intentado…

—Lo intenté por mi cuenta y riesgo. Empecé a tratarlo con la BPCP hace años y noté rápidamente su mejoría. Pero se estancó en dos mil veintitrés, como nosotros. Entonces, tuve que continuar experimentando. ¿Y sabes qué? ¡Que di en el clavo! ¡Encontré la solución definitiva! Aplicando distintas concentraciones y dosis más altas que las que habíamos probado, el "mal recuerdo" no solo se atenuaba, sino que… ¡desaparecía! ¡Por completo! ¡Kirk olvidó todos los abusos que sufrió en el correccional! ¡Todos y cada uno, Christine! ¡Ooooh, fue… maravilloso!

Christine lo miraba como si estuviese contemplando a un monstruo. En un último momento de desesperación, miró hacia el móvil de nuevo, pero eso solo llamó la atención de Charles sobre el dispositivo, el cual cogió entre sus manos mientras continuaba explicándose.

—El sujeto, o sea, mi hermano Kirk, entraba en una especie de trance, un coma inducido que duraba más o menos, dependiendo de la dosis; durante ese lapsus de tiempo, y después de varias sesiones, no solo se consigue eliminar el origen del trauma, sino que se pueden reconducir sus conexiones neuronales para crear nuevos recuerdos inducidos por el gestor. ¡Así fue como realmente mejoró!

—¿Nuevos recuerdos? ¿Cómo? —inquirió Christine horrorizada.

—A lo largo de años de experimentos con Kirk, me di cuenta de que el tratamiento prolongado con BPCP lograba borrar los recuerdos a largo plazo, no solamente los más recientes, modificando la concentración de los químicos. Eso fue un logro enorme y funcionó a las mil maravillas con Kirk; pero el problema era aún más complejo. Logré eliminar todos esos abusos que sufrió de pequeño de su memoria, pero el sentimiento seguía ahí, en su cabeza. No hay nada más poderoso que el sentimiento que relacionamos con un recuerdo, querida, tú deberías saberlo mejor que nadie, ahora que te has enamorado —terminó con una media sonrisa ladina.

—Pero, ¿cómo puedes modificar un sentimiento? ¡Eso no puede conseguirlo ningún fármaco!

—¡Error! —exclamó Charles, enajenado—. ¡Dios, eres tan necia! No puedes modificar un sentimiento, pero, profundizando aún más en la mente, sí puedes cambiar la situación que lo originó; el resto lo rellena el cerebro, creando una nueva sensación en torno a ese recuerdo implantado. En el caso de Kirk, solo tuve que introducir una idea en su cerebro que sustituyó a la anterior: cambié su vergüenza por venganza. Lo convencí de que se había vengado de todos aquellos abusones, de que les había dado su merecido. Y a partir de entonces… ¡fue increíble la velocidad de su recuperación! Ese sentimiento de vergüenza, al desarrollarse sobre los nuevos acontecimientos que introduje en su mente, se convirtió en un sentimiento de satisfacción. ¡Kirk está curado, Christine! ¡Por completo! Hemos creado el arma más poderosa del mundo entre tú y yo, ¡una sustancia que puede someter a las personas, que puede

hacerlas cambiar de opinión! Deberías estar tan orgullosa como yo, en lugar de intentar averiguar sandeces que no te incumben.

Totalmente devastada al comprobar el resultado de su locura, y viendo que su única salida reposaba entre las manos de su captor, Christine se derrumbó por completo. Solo le quedaba una solución antes de que Charles acabase con su vida: mantener la conversación hasta que pasase la hora estipulada. Y un poco más.

—Entiendo tus razones —mintió para mantenerlo interesado—, pero no comprendo por qué tuviste que usarla con Patrick.

—¡Oh! ¡Eso es lo mejor de la historia! —Charles terminó de atarla y empezó a caminar por la habitación, ávido de alardear de sus logros—. Verás, como puedes imaginar, toda esta investigación me salió bastante cara, así que, una vez que conseguí el resultado que deseaba, decidí vender ese arma perfecta al mejor postor. Tenía que sanear mis cuentas, ya sabes —comentó con una media sonrisa—. Ofrecí la BPCP a varios grupos radicales y todos mostraron un tremendo interés en ella; el problema residía en que el único ejemplo viviente de mi éxito era mi hermano, lo que no lo convertía en un modelo muy fiable, que digamos; así que decidí hacer una demostración pública para corroborar todo lo que había escrito en mi informe. ¿Y qué mejor muestra que un ciudadano ejemplar, miembro del senado, cambiando de opinión sobre su decisión de voto en el último momento? —se jactó—. ¡Demostré con relativa facilidad a todo el que quisiera verlo que el fármaco funcionaba a las mil maravillas!

Christine lo miraba incrédula, las lágrimas volvieron a brotar sin control de sus ojos y sus gemidos bañaron la habitación al imaginar

a Patrick siendo objeto de los experimentos más peligrosos del siglo a manos del demente de su colega.

—Yo misma te facilité el acceso… —se lamentó entre sollozos, dándose cuenta de su propia responsabilidad en el asunto.

—¿A que es precioso? No podría haber obtenido mejores resultados de haberlo hecho de otra forma. Patrick era el candidato perfecto y yo mantenía una estrecha relación con él desde que empezasteis a salir. ¡Oooh! ¡Fue un subidón! El estúpido de Patrick te echaba tanto de menos que no dudó en buscarme para intentar encontrar la forma de volver contigo, sin darse cuenta de que se estaba metiendo en la boca del lobo.

—Fuiste tú quien lo acostumbró a las juergas hasta las tantas… —dijo Christine, atando cabos a toda velocidad.

—Oh, eso fue muy fácil. No pude negarme a sus ruegos y empecé a llevarlo a los clubes que, digámoslo así, me facilitaban el acceso a cualquier cosa que yo necesitaba. Sí, bebía y se lo pasaba muy bien, pero también se estuvo sometiendo involuntariamente a mi tratamiento experimental. ¡Imagínate qué suerte! ¡Iba a matar dos pájaros de un tiro! Por un lado, demostraría a los interesados el poder de la BPCP, y por otro, me vengaría del pomposo arrogante de tu ex-novio.

—¿Vengarte? ¿Por qué? ¡Patrick jamás tuvo una palabra desagradable contigo! ¡Te apreciaba muchísimo, igual que yo!

Charles se puso de pie y se quedó mirándola fijamente a los ojos.

—No creía que fueses tan estúpida —la increpó, visiblemente enfadado—. ¿Cómo que por qué? ¡Porque lo odiaba! ¡Tanto que me

quemaban las entrañas! Ese palurdo te tenía para él sin merecerlo, el hecho de poder dejarlo en ridículo públicamente fue mi plan maestro de venganza. Pero aún así, tú ni me mirabas. —Al ver la cara de asombro de Christine, Charles se descubrió—. Estoy enamorado de ti, ciegamente, desde hace años. Tenía que resarcirme con él de todo el dolor que había traído a mi vida, castigarle por haberte tenido apartada de la planta tantos días, solo para… solazarse a gusto; y cuando por fin logré dejar el camino abierto de nuevo, apareció ese… Fairchild, con sus aires de superioridad, sus trajes entallados y su fama de soltero redomado de mente privilegiada. Y te encandiló, ¡por Dios si lo hizo! Aunque debo decir que a mí me parece más un charlatán que un genio, qué quieres que te diga.

—Sebastian no tiene nada que ver con esto…

—Aquella noche, en tu casa, mientras abandonaba el jardín para desaparecer una vez más, vi cómo lo mirabas, cómo te miraba él a ti, exactamente igual que yo lo habría hecho si alguna vez te hubieses fijado en mí como algo más que un colega del trabajo.

Christine se quedó sin palabras. Lloraba amargamente al comprender que, por mucho que hiciera, Charles jamás permitiría que ella saliese de allí con vida. Estaba loco, mucho más de lo que había imaginado, y su objetivo principal, era ella. Tenía que alejar a Sebastian de allí. ¡Si él entraba, Charles le dispararía! Y si algo le pasaba a Sebastian por su culpa, ella no podría reponerse jamás.

Mientras ideaba una solución, Charles sacó una jeringa grande del cajón donde había guardado la cuerda que ahora la sujetaba casi hasta el sofoco, acompañada de un pequeño bote cuyo contenido

conocía perfectamente. A la luz de la nueva amenaza, Christine entró en pánico y empezó a moverse de un lado a otro, intentando soltarse.

—No te muevas, tú lo has querido así. Si no hubieras escuchado al señor Fairchild, nada de esto estaría pasando; aunque, pensándolo mejor, no veo una forma más brillante de culminar mi obra maestra que conseguir que te olvides de él —expuso, con una repulsiva sonrisa en sus labios—. Por desgracia, no tengo tiempo para tratarte a fondo y conseguir también que te enamores de mí, pero todo se andará, querida.

—¡Yo jamás podría enamorarme de ti! ¡Estás loco!

—¡Sí! ¡Loco por ti, Christine! Y no creas que voy a echarme atrás, no lo hice con mi hermano cuando tuvo que pasar por las crisis post-inoculación, ni tampoco cuando el estúpido de Patrick me rogaba entre gritos que parase. Voy a inyectarte "mi" compuesto modificado, así olvidarás todo lo que te he contado y no tendré que matarte; muy al contrario, desearé tenerte a mi lado para siempre, porque vas a caer rendida a mis pies.

Lo último que vio Christine, mientras escuchaba sus propios gritos de terror, fue cómo el líquido azul salía de la gruesa aguja de punta redondeada que Charles acababa de clavar en su cuello.

Y después, la más profunda oscuridad se cernió sobre ella.

CAPÍTULO 35

Presentimiento

Sebastian tamborileaba los dedos sobre sus rodillas, como era habitual cuando estaba nervioso; sin embargo, su expresión no era de impaciencia, como casi siempre que esperaba a que los demás hiciesen mal su trabajo, sino que esta vez mostraba una profunda preocupación. Olivia lo notó desde que Christine se perdió en la espesa niebla matutina que rodeaba la gran mole de hormigón y le pareció normal y lógico que él se alarmase; pero cuando no habían pasado ni quince minutos, empezó a ponerse nerviosa ella también.

—Confía en ella —le dijo para intentar consolarlo—. Si se ha visto capaz de hacer lo que va a hacer es porque cree que puede conseguirlo.

—Confío en ella —murmuró Sebastian, quien seguía con la mirada clavada en la niebla que empezaba a aclararse poco a poco—, pero no confío en el resto de su personal. Además, está tardando demasiado.

—Seguro que estará familiarizándose con la estructura organizativa de Charles, no a todos nos resulta tan fácil encontrar lo que queremos en un ordenador.

—Tienes razón, tenía que haber ido con ella. Esto ha sido una estupidez…

Sebastian abrió la puerta del coche y se lanzó a la calle sin esperar a Olivia, pero ella agarró el vuelo de su abrigo en el último instante, obligándolo a que le prestase atención. Sebastian se giró hacia ella y clavó su mirada fría como el hielo en sus ojos. No dijo nada, no hacía falta, cualquiera se habría dado cuenta de cuánto le había molestado que lo interrumpiera.

—Si vas ahora, lo estropearás todo.

—Si voy ahora, puede que le salve la vida.

—¡No seas dramático! ¡Así solo conseguirás demostrarle que no confías en su capacidad y, después de cómo se marchó ayer de mi casa, me da la impresión de que eso es lo que menos te conviene ahora mismo!

Sebastian sopesó sus palabras, recordó lo incómoda que se mostró Christine cuando él impuso sus requerimientos y, finalmente, asintió.

—No sabemos de qué es capaz ese Bloodworth. Si la ha sorprendido, puede que ella no tenga oportunidad de ponerse en contacto con nosotros —aventuró Sebastian.

—Por eso le dimos una hora de margen, ¿recuerdas?

Sebastian permaneció callado, pero volvió a sentarse en el coche y cerró la puerta. Inmediatamente, sus dedos empezaron a tamborilear de nuevo, exasperando a Olivia, quien prefirió no decir nada en aquella ocasión para no despertar a la bestia.

Pero no pudo aguantar ni cinco minutos más.

—Christine me explicó anoche el poder de las corazonadas, de los presentimientos; y lo siento, algo me dice que debo entrar ya.

Esta vez bajó tan rápido del coche que Olivia no pudo detenerlo. Tuvo que salir tras él para acompañarle y, sobre todo, para intentar que se calmase.

—¿Qué es eso de una corazonada? ¿Desde cuándo el hombre racional, realista y objetivo, prioriza las emociones hasta el punto de cambiar un plan? —le increpó, sorprendida.

—Desde anoche —respondió Sebastian, caminando a grandes zancadas hacia la puerta de acceso a la planta, la cual ya estaba abierta para que entrasen los trabajadores.

—No entiendo nada, Sebastian —se quejó Olivia—. Así no funcionan las cosas.

—No hace falta que lo entiendas —respondió con firmeza—. Ven conmigo, o no vengas, pero cállate.

Sebastian traspasó la doble puerta de entrada como una exhalación, seguido a duras penas por la atribulada Olivia, que seguía sin entender nada, y se dirigió hacia el ascensor que Christine había mencionado. La señorita Banks lo miró horrorizada al verlo llegar y se puso de pie para intentar impedirle el paso.

—¡Otra vez usted! ¿Es que quiere arruinarme la…?

—Señorita Banks, quítese de en medio —se limitó a decir, clavando su mirada desquiciada en la de la asustada secretaria—, y ni se le ocurra anunciar mi llegada. ¿Entendido?

—Tengo que…

—Ni… se… le ocurra —siseó Sebastian, acercándose peligrosamente a su rostro, del que no se retiró hasta obtener un gesto de consentimiento—. Gracias.

—Vamos —dijo Olivia, mirando también a la señorita Banks muy seriamente a la vez que mostraba su placa, para ratificar a Sebastian. La secretaria comprendió entonces qué era lo que ocurría y también asintió a Olivia.

—No. Solo. Tú espérame aquí —exigió Sebatian, levantando su mano para que Olivia se detuviera.

—¡No pienso hacer tal cosa! —exclamó Olivia, indignada.

—Dame solo cinco minutos, solo cinco. Si no he bajado con Christine entonces, llama a tu equipo y sube enseguida.

—Pero, ¿por qué? —casi tartamudeó Olivia, totalmente descolocada.

—Así tendremos una oportunidad. Si subimos ambos y ha ocurrido lo que me temo, es posible que no salgamos de aquí a tiempo… O con vida.

La expresión que utilizó Sebastian para pronunciar aquella sentencia fue suficiente para que Olivia cejase en su empeño. Una vez que asintió con la cabeza, Sebastian levantó su mirada y se dirigió al ascensor, al que subió apresuradamente. Mientras las puertas se cerraban, Sebastian le indicó a Olivia con un gesto de su cabeza que vigilase que la señorita Banks obedeciese sus órdenes al pie de la letra. Así que, en cuanto el ascensor se cerró, Olivia volvió

al mostrador de recepción para impedir que la empleada diese la voz de alarma.

Una vez en la segunda planta, Sebastian salió sigilosamente al corredor, mirando a ambos lados para comprobar que estaba solo. Aún era temprano, solo habían llegado a la planta los empleados de mantenimiento y los de administración, pero aunque contaba con que la secretaria personal de Charles estuviese en su puesto, la planta estaba en completo silencio y no se veía un alma.

Se dirigió con rapidez al pasillo que Christine había indicado y enseguida divisó la placa de identificación con el nombre de Charles Bloodworth rotulado en ella en la puerta del fondo. Sintió cómo se le aceleraba el pulso, cómo se erizaba el vello de su nuca al acercarse, señal inequívoca de que el peligro acechaba. Pegó su oído a la puerta, pero no se escuchaba ruido alguno, así que agarró el picaporte, lo giró tan despacio como pudo y abrió sigilosamente; pero, por mucho que hubiese intentado imaginar lo que estaba ocurriendo en aquella habitación, no estaba preparado para afrontar la escena que tenía ante sus ojos: Christine estaba sentada en la silla de despacho de Charles, con su cabeza colgando lánguidamente hacia un lado, aparentemente inconsciente.

La desesperación se apoderó de él. Sebastian sintió cómo se quedaba sin oxígeno a la vez que se lanzaba sobre ella para comprobar sus constantes vitales. Fue entonces cuando descubrió que ella estaba atada a la silla con una gruesa cuerda y su alarma creció exponencialmente. Se maldijo por haberla dejado sola, por haber sido tan estúpido de no haber previsto lo que podría suceder, y se juró que, si Charles le había hecho algún daño, lo mataría.

—¡Christine! ¡Christine, por Dios, dime algo! —Colocó las yemas de sus dedos en sus muñecas para tomarle el pulso, comprobando con alivio que, al menos, no estaba muerta—. ¡Christine! ¿Me oyes? —Empezó a zarandearla por los hombros, presa del pánico—. ¡Oh, por favor! ¡Contéstame, Christine!

Poco a poco, Christine recuperó la consciencia, y se quedó mirando a Sebastian con extrañeza. De repente, frunció el ceño y le lanzó una mirada llena de frialdad.

—¿Qué… ha pasado? —murmuró.

—¿Te encuentras bien? —bramó Sebastian, convencido de que estaba aturdida. Christine intentó articular un sonido, pero las palabras se negaban a llegar a sus labios—. No hables ahora, mi vida, solo señálame dónde está ese hombre.

Christine giró la cabeza hacia la derecha, descubriendo a Charles con aquel gesto, pero eso fue lo último que Sebastian vio antes de escuchar la voz del hombre a su espalda.

—Buenos días, señor Fairchild.

Sebastian sintió un golpe seco en su nuca que lo dejó fuera de juego momentáneamente. Mientras caía al suelo, su cerebro determinó que lo habían golpeado con la culata de un revólver y luchó desesperadamente por no caer en el oscuro abismo que se abría ante sus ojos porque sabía que, si lo hacía, tanto él como Christine perderían la vida aquella triste mañana.

***

Solo estuvo inconsciente unos segundos, lo justo para que Charles lo agarrase del abrigo, le levantase la cabeza del suelo y le asestase un fuerte puñetazo en la mandíbula que volvió a lanzarle contra el parqué. Aún atolondrado, Sebastian consiguió enfocar a su agresor y pudo detener el segundo golpe rodando hacia un lado. Charles, que no esperaba que él pudiese reaccionar aún, estrelló su puño contra el suelo y dejó escapar un alarido de dolor.

Sebastian logró ponerse en pie y, aún mareado, vislumbró la jeringuilla que, vacía, reposaba sobre el escritorio. Rápidamente, su mente ató cabos y, al darse cuenta de la situación, una fuerza desconocida invadió su dolorido cuerpo y lo lanzó contra Charles, dispuesto a ahogarlo con sus propias manos.

—¿Qué le has hecho, bastardo? ¿Le has inyectado la…?

—Charles, ¿qué hace aquí este hombre?

La voz de Christine los dejó paralizados a ambos. Sebastian, que tenía a Charles cogido por el cuello, aflojó su agarre al escucharla y se quedó mirándola boquiabierto, y el propio Charles desvió la mirada de su agresor para mirar a Christine, gratamente sorprendido.

—¿No has invitado tú al señor Fairchild a nuestro nidito privado, *mon chéri*? —respondió Charles al punto.

—No, que yo sepa. Aunque no lo recuerdo bien, me duele mucho la cabeza…

La expresión de Sebastian mudó en horror. ¡La había perdido a manos de aquel miserable pusilánime y no había podido evitarlo! ¡Christine no recordaba nada de los últimos días! ¡Nada!

Entonces enloqueció.

Con un gruñido salvaje, lanzó un derechazo con todas sus fuerzas sobre la mandíbula de Charles, que cayó al suelo pesadamente. Fuera de sí, se subió a su pecho para inmovilizarlo y empezó a golpearle una y otra vez, incapaz de detenerse. Christine le rogó a voz en grito que parase, pero él no la escuchaba. Siguió desquitándose en el rostro del químico durante casi un minuto, poseído por la ira; pero aunque Charles sangraba abundantemente por la nariz, tenía un ojo hinchado y el labio partido, no dejaba de reír.

—Puedes matarme si así lo deseas, pero ella jamás volverá a ti —se jactó, desatando aún más la ira de Sebastian, que le propinó un golpe más fuerte que los demás en la nariz, dejándolo fuera de combate. Al comprobar que, por el momento, Charles no se movería, Sebastian recuperó el aliento, se levantó y fue hacia Christine para empezar a desatarla con rapidez.

—¡Es usted un canalla sin escrúpulos! —le escupió ella cuando lo tuvo cerca—. ¡Que no le quepa la menor duda que acabará usted en la cárcel después de esto!

Sebastian detuvo sus atareados dedos y se quedó mirándola con sus ojos llenos de dolor e incredulidad.

—Christine, soy yo, ¿de verdad que no me recuerdas?

—Sí, claro. Usted es Sebastian Fairchild —respondió Christine, mirándolo con frialdad—. Sabía que era usted un insolente, pero no tenía ni idea de que además fuera un patán ruin y violento.

—¿Violento? ¡Solo me he defendido! Es más, ¡te estoy defendiendo a ti!

—¿Disculpe? ¡Lo único que ha hecho es darle una paliza a mi novio sin ningún motivo!

—¿A tu… novio?

—Sí, así es. Usted va a tener que responder ante la justicia por este asalto, señor Fairchild. Aunque creo que lo de "señor" le viene demasiado grande.

Sebastian la miraba horrorizado. ¡Charles no solo había conseguido que se olvidase de él, sino que había logrado hacerle creer a Christine que era con él con quien estaba! ¿Pero cómo?

—Tu novio no es ese hombre —Señaló a Charles con un dedo sin dejar de mirarla a los ojos—, tu novio soy yo.

Christine se quedó un segundo en silencio, pero en seguida rompió a reír a carcajadas.

—¿Usted, mi novio? ¡Pero si ni siquiera le conozco! No sé lo que hace aquí, señor Fairchild, lo que me queda muy claro es que está usted loco.

—¡Maldita sea! —exclamó Sebastian, desconcertado—. ¡Christine, por favor! ¡Eres lista! ¡Tienes que recordar!

El resto de su alegato no pudo salir de su boca puesto que Charles había recuperado la consciencia. Agarró a Sebastian de los hombros para girarlo hacia él y le propinó un fuerte puñetazo que casi lo hizo caer sobre Christine, que aún permanecía atada y que no

había dicho una sola palabra al ver cómo su "novio" volvía en sí, asustada por la brutal reacción de Sebastian.

Ambos hombres se enzarzaron en un mar de puñetazos, forcejeando y girando el uno sobre el otro a lo largo de todo el despacho. En pleno fervor de la contienda, se lanzaron sobre la estantería, la cual derramó todo su contenido sobre ellos, y cayeron sobre el sillón, cuyas patas se partieron con un estruendoso crujido, dejándolos tirados en el suelo.

Pero el interludio fue breve. En cuanto ambos pudieron ponerse de pie, la lucha se volvió aún más feroz. Chocaron contra el escritorio, sobre el que Sebastian voló para ir a estrellarse contra la pared mientras Christine animaba a Charles desde su puesto; este, enardecido por la victoria parcial, saltó sobre el escritorio y, agarrando a Sebastian del cuello, lo forzó a avanzar hacia la ventana. Una vez que lo tuvo en posición, Charles solo tuvo que golpear la cabeza de Sebastian contra el cristal, el cual estalló en mil pedazos, hiriéndolo en la frente y dejando más de la mitad de su cuerpo suspendido en el aire, peligrosamente expuesto a una caída mortal.

Y justo cuando el científico se disponía a propinarle el empujón de gracia, Sebastian, que lo miraba con el rostro desencajado por el pánico, notó un cambio drástico en la expresión de su captor.

—Suéltelo —. La voz de Olivia, acompañada por el sonido de su revólver al ser amartillado, fue como música para sus oídos. Sebastian respiró hondo en silencio, cerró los ojos, aliviado momentáneamente, y sintió como la presión que Charles ejercía

sobre él disminuía poco a poco—. No dudaré en apretar el gatillo, señor Bloodworth, así que ríndase ahora mismo.

—Tiene una excelente puntería y unos nervios de acero, Charles, no cometa el error de presuponer que va de farol, o que es débil por ser mujer. No ha llegado a ser subinspectora de Scotland Yard con solo veinticinco años por andarse con chiquitas —sentenció Sebastian, mirándolo a los ojos con decisión.

En la calle se empezaron a escuchar las sirenas de la policía. Viéndose acorralado, Charles introdujo a Sebastian de nuevo en la habitación y lo soltó con furia contra la pared. Su mirada era fría, pero lejos de parecer apesadumbrado, sus ojos lucían exultantes de orgullo, y le dedicó a Sebastian una críptica sonrisa de victoria.

—Yo voy a ir a la cárcel, señor Fairchild, pero no por mucho tiempo, no tenga duda alguna sobre eso. Y cuando salga, ella me estará esperando, porque el amor que sentía por usted lo ha trasladado… sobre mí. Así de simple, así de bien trabaja el compuesto.

Guiado por una rabia incontenible, Sebastian le asestó un último puñetazo que lo dejó inconsciente sobre el suelo. Lo miró durante unos instantes, hirviendo de rabia, hasta que logró recuperar el aliento. Entonces miró a Olivia con agradecimiento, gesto que ella aceptó con un leve movimiento de su cabeza, y ambos se giraron hacia Christine, quien miraba horrorizada cómo el cuerpo de su hombre de confianza yacía inerte en el suelo. Sebastian se acercó una vez más a ella y terminó por fin de desatarla, mientras ella lo miraba a los ojos, asqueada.

—Voy a hacer todo lo posible por destruir su vida, señor Fairchild —lo amenazó Christine, mirándolo con una rabia contenida que le hizo más daño que si hubiera recibido un balazo.

Sebastian no dijo nada. Su cerebro iba a toda velocidad. Tenía que encontrar una solución inmediatamente, una solución radical e irreversible que no sabía si existía, siquiera; pero no iba a perderla, no después de cuánto le había costado encontrarla.

No justo cuando acababa de enamorarse por primera vez.

CAPÍTULO 36

Vuelve, Christine

Una unidad de Scotland Yard irrumpió en el despacho, gritando "manos arriba" a todo el que estaba allí. Olivia pudo dejar de apuntar entonces a Charles, que aunque seguía tendido en el suelo, ya había recuperado la consciencia. Más relajada, se acercó a Christine para examinarla de cerca, pero, al igual que su compañero, no se atrevió a tocarla. Estaba claro que ella no la reconocía y supuso lo que había ocurrido entre ella y Charles.

—Le ha inyectado la BPCP —murmuró, solo para que Sebastian la escuchase.

—Así es —convino Sebastian—. Me temo que no recuerda nada de lo que ha ocurrido estos últimos días.

—¿Qué ha ocurrido estos últimos días? —preguntó Christine, quien, aunque insolente, aún sonaba aturdida por la medicación.

Sebastian no dejaba de mirarla a los ojos mientras intentaba encontrar una solución, cuando de repente, escuchó la voz de su tío Richard a su espalda. No le sorprendió demasiado, supuso que, como era habitual, su tío había hecho un estricto seguimiento de sus avances y, como le había ocurrido a él, había llegado a la conclusión

de que el origen de la filtración de la sustancia estaba en la propia planta.

—Buenos días, Bastian. Parece que ha sido una mañana movidita…

Sebastian apartó su mirada de Christine, se irguió en toda su estatura y estrechó con fuerza la mano de su tío, alegrándose de que estuviese allí.

—Tío, esta es Olivia Abberline, la subinspectora…

—Sé perfectamente quién es la avispada señorita Abberline —lo cortó su tío, dirigiendo su entera atención hacia Olivia—. Nuestro departamento espera grandes cosas de usted, señorita.

Olivia iba a replicar, pero solo pudo exhalar un sonido de profunda sorpresa al escucharlo.

—Olivia, aquí tienes la respuesta a tu pregunta. Ya sabemos de dónde venía la asignación del caso de *sir* Patrick —comentó Sebastian.

—Sabíamos que era usted notable, señorita, y necesitábamos a alguien sobre el terreno que no llamase demasiado la atención, alguien a quien un asesino no tomase demasiado en serio —se disculpó Richard con una sonrisita.

—Alguien que, además, tuviese como amigo a una mente brillante y desocupada que estuviese extremadamente interesada en resolver casos complicados —apuntó Olivia, mirando a Sebastian.

—*Touché* —respondió Richard—. Su madre no me dejaba en paz, y creo que todos coincidimos en que, dentro de las infinitas

posibilidades que Sebastian tiene para poder emplear su mente privilegiada, esta es la más interesante. Tanto para él como para nosotros, ¿no es así, Bastian?

Sebastian lo miraba con el ceño fruncido. Había adivinado desde el principio que su tío estaba detrás del inesperado encargo que se le había asignado a Olivia, pero no tenía ni idea de que su madre y su tío habían confabulado a sus espaldas para dirigirlo sobre el terreno. Aún así, tuvo que aceptar la realidad. Se encogió de hombros y fingió desinterés como escudo de su creciente incomodidad.

—Señor, nos llevamos al señor Bloodworth a comisaría —anunció uno de los agentes mientras empujaba a Charles hacia la puerta, esposado y con las manos a la espalda.

—¡Deténganse inmediatamente! —exclamó Christine—. ¡No es a ese hombre a quien buscan! Ese hombre —Christine señaló a Sebastian con un dedo acusador—, entró en el despacho y comenzó a golpear a Charles sin motivo alguno, ¡es él quien debería estar esposado, no Charles! ¡Oh, Charles! ¡No te preocupes, yo solucionaré todo esto y te sacaré de la cárcel!

Charles le dedicó una preciosa sonrisa a Christine, quien se la devolvió apenada, y volvió su mirada hacia Sebastian, mutando su dulce sonrisa por una de triunfo total.

—¿Quién te ha avisado? —preguntó Sebastian a su tío, mientras contemplaba lleno de ira cómo Charles era escoltado por los agentes.

—Solo estaba esperando una señal para intervenir, justo la que ha lanzado la subinspectora hace unos quince minutos. Después de la inspección que solicitó de la planta química, supuse que no tardarías mucho en meterte en problemas, así que he estado alerta veinticuatro horas —aclaró Richard—. La verdad es que me has sorprendido, el objetivo principal de la policía era la familia Pearl. Jamás habríamos tenido en cuenta las tribulaciones de Charles Bloodworth como móvil para todo este circo. La pena es que no tengamos pruebas sobre lo que ha ocurrido —comentó Richard, mirando hacia la puerta—. Será muy difícil lograr que este desalmado se quede mucho tiempo entre rejas.

—Eso no es del todo preciso. —Sebastian se dirigió al perchero donde Christine había colgado su abrigo al llegar, metió la mano en uno de los bolsillos y sacó una grabadora del mismo, sorprendiendo incluso a la propia Olivia—. Cuando salimos esta mañana, decidí que sería mejor no correr ningún riesgo, así que dejé esta grabadora encendida en el bolsillo de *lady* Pearl, con idea de tener una prueba irrefutable de la culpabilidad de Charles en caso de que se le ocurriese aparecer por sorpresa; lamentablemente, no tomé las suficientes precauciones, a la vista de los acontecimientos —se lamentó en un murmullo.

Sebastian detuvo la grabación, rebobinó calculando a ojo y pulsó la tecla de reproducción. Inmediatamente, la voz de Charles resonó fuerte en toda la habitación: "Y no creas que voy a echarme atrás, no lo hice con mi hermano cuando tuvo que pasar por las crisis post-inoculación, ni tampoco cuando el estúpido de Patrick me rogaba entre gritos que parase. Voy a inyectarte "mi" compuesto modificado, así olvidarás todo lo que te he contado y no tendré que

matarte; muy al contrario, desearé tenerte a mi lado para siempre, porque vas a caer rendida a mis pies".

Christine no daba crédito a lo que acababa de escuchar. Le dolía muchísimo la cabeza, todo le resultaba muy confuso. ¿Qué había sido aquello? No podía recordar esas palabras, pero era la voz de Charles la que había pronunciado aquella horrible sentencia.

—Christine —empezó Sebastian, conciliador—, Charles te ha inyectado una dosis de BPCP, el compuesto que creo que sí que recordarás porque es el proyecto al que has dedicado los últimos años de tu vida.

—No hace falta que me diga lo que ya sé, señor Fairchild —escupió Christine, indignada.

—Pues estoy seguro de que también recordarás que elimina la memoria más reciente. Charles lo ha utilizado para borrar los últimos días de tu mente, por eso no recuerdas… Por eso no te resulto familiar.

—Usted delira, señor Fairchild —respondió Christine en voz alta. Aunque no pudo evitar extrañarse de que aquel hombre conociese algún dato sobre su investigación, mucho menos, sobre cuánto significaba para ella.

—De algún modo —continuó Sebastian, apesadumbrado al darse cuenta de que ella seguía sin creerle—, Charles ha debido modificar el compuesto y no solo ha borrado tus recuerdos más recientes, sino que parece que ha logrado que tus sentimientos… por mí —añadió con cuidado—, recaigan sobre él.

Christine enmudeció, empezando a dudar de sí misma. Lo que aquel hombre decía no cuadraba del todo con lo que ella conocía, pero incomprensiblemente, algo en su cabeza resonó cuando Sebastian expuso sus sospechas. Entonces, miró a su alrededor para intentar abstraerse de los acontecimientos más recientes, para intentar ser lo más objetiva posible, e intentó reconstruir la situación en la que se encontraba: la policía en el despacho de Charles inspeccionándolo todo minuciosamente, los muebles tirados por el suelo, la pelea entre ambos hombres… por ella… Entonces, se centró en la forma en la que aquel misterioso hombre de impresionantes ojos verdes se había dirigido a ella al intentar que volviese en sí. La había mirado con la misma preocupación que se tiene por alguien muy cercano, alguien a quien se le tiene cariño. ¿Podría ser verdad todo lo que aquel hombre decía?

—Necesito pensar —farfulló, cada vez más desconcertada.

—Christine, tómate tu tiempo —dijo Olivia, acercándose también a ella.

—Espero que tengamos suficiente con lo que hay aquí para empapelar a ese Bloodworth —comentó Richard, cogiendo la grabadora que Sebastian le tendía—. No sabes hasta qué punto se ha complicado la trama, el alcance de la BPCP se le había ido de las manos a Bloodworth hacía tiempo, aunque no sé si era consciente de cuánto. La sustancia ha salido de Londres y está empezando a causar estragos a lo largo de todo el Reino Unido. Tenemos muchísimo trabajo por delante, tenemos que localizar cada dosis para eliminarla definitivamente.

—¿La BPCP ha salido de Londres? —inquirió Christine, cada vez más confusa.

Sebastian la miró a los ojos muy preocupado, consciente de lo mal que debía sentirse en aquel momento, pero decidió terminar con su tío y dejar las explicaciones para más tarde.

—Con lo que haya en la grabadora y dentro de este ordenador, debes tener suficiente para encerrarlo durante el resto de su vida —afirmó Sebastian—. Supongo que habrá dejado un registro bastante detallado en su directorio, solo es cuestión de dedicarle unos minutos y tendremos resultados. De hecho, eso era lo que estaba haciendo Christine antes de ser sorprendida por el miserable de Bloodworth.

—Pero, ¿ella no estaba al corriente? —preguntó Richard, atónito.

Sebastian y Olivia se miraron a los ojos y, entre ambos, expusieron brevemente lo ocurrido a Richard, ante la atenta mirada de Christine, quien seguía el relato con sumo interés. Cuando Sebastian llegó a la parte en que ellos habían tenido relaciones, ella se sonrojó intensamente; pero, a raíz de ese comentario, comenzó a mirar a Sebastian de otra manera, a valorar sus declaraciones intentando encontrar una pista que uniese aquella historia que estaba contando con su realidad. Tenía que reconocer que aquel hombre le resultaba muy atractivo, pero, lamentablemente, no recordaba haber estado con él en ningún momento.

Aunque tampoco recordaba haber estado con Charles, aparte de en el trabajo y en las reuniones semanales en su mansión.

Entonces, Sebastian se giró hacia ella, clavó sus preciosos ojos verdes en los suyos y algo latió dentro de sí. Christine se esforzó en recordar, pero nada de lo que hacía le facilitaba el trabajo; por el contrario, buscar respuestas solo la aturdía aún más. Mareada, frunció el ceño y evitó una arcada repentina. Intentó calmarse, tomar las riendas de su cuerpo y, despacio, empezó a hablar.

—Si lo que decís es verdad —empezó con voz débil—, los efectos de la droga necesitan un tiempo de asentamiento. En los estudios preliminares, algunos sujetos la rechazaron al encontrarse con ciertos estímulos relacionados con las experiencias que pretendíamos eliminar con la BPCP, aunque no sé hasta qué punto haya podido Charles modificar… Oh, señor, esto no puede estar pasando…

Sebastian se agachó junto a ella para poder mirarla a los ojos de cerca y, por primera vez, se atrevió a coger su mano entre las suyas; y aunque esperaba que Christine lo rechazase, ella no hizo nada por retirarla.

—Ayúdame, Christine. Tú has inventado la fórmula original, por mucho que Charles haya podido experimentar y modificar, el origen está en tu cabeza. Necesitamos saber si existe alguna forma de deshacer lo que ha hecho. Piensa, concéntrate, te lo ruego.

—No… No recuerdo los detalles exactos…

—Dime al menos de cuánto tiempo disponemos antes de que el efecto sea irreversible —la apremió Sebastian, apretando su mano.

—No llegamos a concretar una duración exacta, estábamos experimentando para corregir ese efecto modificando las cantidades

suministradas, pero… —Christine colocó sus dedos sobre su sien, cerrando los ojos y con expresión de agotamiento—. No recuerdo bien, todo me resulta muy confuso…

—¿Recuerdas el nombre de alguno de esos sujetos con los que estuvisteis haciendo pruebas?

—Sí, por supuesto. *Sir* Patrick Clifford fue uno de… nuestros pacientes —admitió avergonzada. Inmediatamente, miró a Richard, consciente de que lo que acababa de confesar la implicaba directamente en un caso de mala praxis, como mínimo, pero se resignó a acatar las consecuencias de sus actos.

—¡Genial! —exclamó Sebastian entusiasmado. Sin perder un segundo, voló entre los archivos del portátil de Charles hasta que encontró la carpeta de *sir* Patrick. Navegó entre los distintos documentos y, unos minutos más tarde, se irguió triunfante.

—Aquí se explica que, durante las primeras horas, que es cuando se están desarrollando las reacciones químicas a nivel neuronal, el cerebro necesita reposo y debe estar confinado, ya que si el sujeto recibe un estímulo poderoso, podría rechazar el fármaco —resumió —. Imagino que ese fue el motivo del asesinato de los camellos — añadió, buscando con su mirada la de Olivia—. Probablemente, algo interrumpió ese proceso de conexiones neuronales y despertaron por completo del trance, por llamarlo de algún modo, tomando conciencia de quién era la persona que tenían delante. Así que, si fue Charles el encargado de ocuparse de ellos, creo que tendréis una prueba incriminatoria irrefutable si balística compara el calibre de la pistola de Charles, esa que está sobre el escritorio, con el informe de las balas que encontramos en los cuerpos de esos dos jóvenes que

vimos en la morgue —terminó Sebastian, mirando alternativamente a Olivia y a Richard.

—Me ocuparé de ello de inmediato —dijo Olivia—, pero, Sebastian, ¿qué estímulo podríamos utilizar para intentar revertir los efectos? —preguntó, visiblemente preocupada.

—No lo sé. Aún —dijo Sebastian, pensativo. Frunció el ceño, miró a Christine, después a la jeringuilla que aún estaba en el escritorio y, finalmente, clavó sus iris en los de Christine—. ¿Vendrías conmigo a un lugar? Solo para que te convenzas de que lo que digo es cierto.

Christine asintió tras sopesar sus opciones durante unos instantes. Algo en la forma de mirar de aquel hombre le decía que podía confiar en él. Sebastian asintió a su vez y miró a Olivia con intención.

—¿Qué es lo que tienes en mente? —preguntó ella, a sabiendas de que Sebastian acababa de forjar un plan.

—Vámonos. A *Footsteps*. Ahora.

CAPÍTULO 37

Irreversible

Myriam abrió los ojos asombrada cuando vio entrar a Sebastian en el *Footsteps*, acompañado de varias personas a las que no conocía de nada y con el rostro desencajado por la preocupación. Pero en lugar de preguntar en voz alta a qué se debía su evidente estado de alarma, miró a los ojos al atribulado joven y, sin decir una palabra, leyó su mente al instante.

—Miles acaba de llegar, está detrás, como siempre.

—¿Solo? —preguntó Sebastian entrecerrando los ojos.

—Sabes que el garito nunca está desocupado.

Sebastian cerró los ojos, pero asintió y se dirigió hacia la puerta del fondo del *pub*, esa puerta que no deseaba abrir bajo ningún concepto porque sabía que, al otro lado, se encontraban los Johnnesy.

No había vuelto a cruzarse con ellos desde que acabó con sus huesos en la cárcel meses atrás. Por mucho que él fuese el principal responsable de la pelea que se inició aquella noche en el *Footsteps*, —y que terminó en mitad de la calle, involucrando a más de veinte

personas—, todos sabían que habían sido los hermanos Johnnesy, Jack y Peter, los culpables de que todo se desmadrara. En cuanto vieron la oportunidad de armar camorra, los gemelos azuzaron a sus secuaces para ampliar la contienda por todo el local, dando puñetazos a diestro y siniestro sin tener en cuenta a quién, con la única idea de desfogar y crear confusión.

Los hermanos eran conocidos en todo Londres por los turbios asuntos en los que se veían involucrados, por lo que cuando conocieron a Miles, demasiado apegado a conseguir pasta fácilmente como para alejarse del peligro que suponía frecuentar la compañía de la banda que dirigían, le dieron la bienvenida al grupo. El problema radicaba en que Miles, que había pasado de ser su chico de los recados a ser su camello más relevante en cuestión de meses, era también un químico brillante, cosa que los hermanos no tardaron en reconocer, tal y como le había pasado a Sebastian.

Miles era un activo muy valioso del que ambos bandos querían disponer.

Sebastian lo conoció en el último curso de química y rápidamente llamó su atención. No era habitual que un chico que faltaba tanto a las prácticas de laboratorio tuviese la destreza que Miles presentaba en las pruebas parciales, sobre todo, en lo relativo a disoluciones. Lleno de curiosidad, Sebastian entabló conversación con él y descubrió rápidamente cuánto le gustaba al muchacho un buen soborno. Utilizando ese método, empezó a frecuentar los tugurios de los que Miles era habitual, comprendiendo finalmente por qué estaba más interesado en la práctica que le ofrecía la calle que en la que tenía la oportunidad de realizar en la universidad.

Su relación se mantuvo cuando Sebastian terminó su tesis. No es que fuesen amigos, por supuesto, pero ambos sentían respeto y admiración por el otro, llegando a convertirse en confidentes. Por lo que, por mucho que le pesase, a Sebastian le resultaba imposible desvincularse del todo de los gemelos.

Había logrado evitarlos hábilmente desde el último altercado, incluso compartiendo el mismo local habitual, él para emborracharse, ellos para tratar sus asuntos poco lícitos; pero dadas las circunstancias, tendría que enfrentarse a ellos una vez más.

Y la idea no le apetecía en lo más mínimo, mucho menos, estando Christine y Olivia allí.

Sebastian empujó la pesada puerta del fondo con fuerza y se encontró con el panorama habitual: Jack y Peter jugaban a las cartas con dos incautos que creían que así conseguirían saldar sus deudas con la banda, mientras Miles se ocupaba de tenerlos a todos entretenidos con una serie de cócteles a base de estupefacientes de lo más variado.

Al ver entrar a Sebastian, Jack dio un salto y se puso en pie en actitud amenazante, pero Peter lo detuvo con un ademán.

—Tranquilo, hermano. El señor Fairchild ya sufrió bastante la última vez que le golpeaste. No creo que haya entrado aquí buscando gresca, ¿verdad, Sebastian?

—Necesito hablar con Miles —se limitó a responder, apretando su mandíbula para morderse la lengua mientras taladraba a Peter con su mirada.

—¡Pues no puedes hablar con él ahora! —escupió Jack a voz en grito.

—Jack, te he dicho que te tranquilices —lo reprendió Peter, sin levantar la vista de Sebastian—. No es necesario comportarse como un animal, sobre todo cuando tenemos visita, y no solo de los señores McKendrick y Rohan…

Jack siguió la mirada de su hermano, que lo dirigía por detrás de Sebastian, y sonrió como una hiena al comprobar que el joven venía acompañado de dos chicas muy atractivas.

—¡Oh! ¡Nos traes carne fresca! —exclamó Jack.

—No hay nada para vosotros aquí —respondió al punto Sebastian —. No he venido a buscar pelea, he decidido olvidar que pasé una semana en la cárcel por vuestra culpa.

—¡Fuiste tú quien se empeñó en beber demasiado! —lo increpó Jack— ¡Como siempre! Los jóvenes no sabéis comportaros…

—Yo no apuñalé a nadie, jamás llevo armas encima; sin embargo, eso fue lo que creyó que había ocurrido el magistrado Cunning, al parecer, siguiendo "información fidedigna" —apuntó Sebastian con sarcasmo, pero mirando a Jack amenazante.

—Calmémonos todos —añadió Peter, viendo que la situación empezaba a irse de las manos de ambos hombres—. Eso ya es agua pasada. El chico que resultó apuñalado no presentó cargos contra nadie y está más que recuperado, así que podemos olvidarnos del tema. ¿Qué es lo que quieres hablar con Miles?

El susodicho miraba a los tres hombres alternativamente, listo para salir corriendo por la puerta en el caso de que Sebastian y Jack se enzarzasen en una trifulca; pero cuando Peter mencionó su nombre, miró a Sebastian con un ruego en sus ojos.

—¿Tan importante es? Estoy muy ocupado ahora mismo —intentó disuadirlo.

—Imperativo —respondió Sebastian, fulminándolo con la mirada.

Miles hundió la cabeza entre sus hombros y desvió la mirada hacia Peter para pedir su aprobación. Peter miró a Sebastian durante unos segundos, valorando sus opciones, pero finalmente asintió.

—Creo que podremos apañarnos solos durante un rato. —Miles respiró hondo y se dispuso a salir de aquel agujero con rapidez.

Los dos invitados a la mesa de póquer miraban a los hermanos con espanto. Conocedores de su fama de pendencieros, esperaban que, de un momento a otro, Peter se levantase y le pegase un tiro a cada uno; pero Peter mantuvo la calma con increíble entereza.

—Gracias —dijo Sebastian, mirando a Peter fijamente.

—Eso sí —añadió este, cuando Sebastian iba a girarse para salir —, tenemos una conversación pendiente los tres. No me gusta que el apellido Johnnesy quede en entredicho y no me apetecería enterarme una mañana de que alguien va diciendo por ahí que mi hermano o yo mismo somos unos mentirosos.

La amenaza velada no arredró a Sebastian en absoluto; muy al contrario, se irguió en toda su estatura y le lanzó una mirada acerada al mayor de los Johnnesy.

—Por mí, estamos en paz. No me gustan las habladurías, no me educaron para actuar a espaldas de nadie.

—Hmmm… Eso ya lo veremos.

Sebastian indicó a Miles la salida con un ademán y se despidió de los Johnnesy con un gesto de su cabeza. Al abandonar aquella enmohecida habitación, cerró la puerta tras de sí y no pudo evitar soltar el aire que, inconscientemente, había estado conteniendo durante su breve visita.

—¿Estás loco? —exclamó Miles cuando se supo a salvo de oídos indiscretos—. ¡Esos dos te la tienen jurada! ¡Tuvieron que cargarle el muerto a uno de los suyos cuando te libraste de quedarte entre rejas! ¡Deberías tener más cuidado con…!

—No tengo tiempo, Miles. Necesito que vayamos a mi casa y que lleves todo tu arsenal. Tenemos que intentar deshacer el efecto de la BPCP en la memoria de Christine —dijo, señalándola.

Christine había accedido a acompañarlos porque quería averiguar si estaban en lo cierto, además de para intentar demostrar de esa manera que ella no tenía ni idea de lo que Charles supuestamente había estado haciendo a sus espaldas, dado que la policía ya estaba al tanto de las prácticas que se habían realizado en secreto con la BPCP. Desconcertada aún por todos los sucesos recientes, apremió a Miles con su mirada, pero este negó con la cabeza.

—Los efectos son irreversibles —afirmó Miles con seguridad.

—Sabemos que no lo son —apuntó Sebastian—. Ella tiene registros de personas que no aceptaron bien el fármaco y no sufrieron esa pérdida de la memoria reciente.

Miles la miró de nuevo, sorprendido y extrañado a partes iguales.

—¿Y cómo es que ella lo sabe?

—Porque ha sido su planta química la que ha creado el compuesto —aclaró Sebastian, provocando que Miles abriese mucho los ojos y se quedase embobado mirándola.

—¡Es *lady* Pearl! ¡*Lady* Christine Pearl! —exclamó asombrado.

—Encantada de conocerte, Miles. Ahora, si no es mucho pedir, te ruego un poco de discreción —pidió Christine, frunciendo los labios en un gesto de preocupación.

—Pero, pero… ¡Sebastian! ¡Yo no sé cómo puedo revertir los efectos de la droga! Además, ¿por qué no habéis ido directamente al laboratorio de Boosting…?

—No podemos confiar en nadie de la empresa ahora mismo, tenemos motivos para sospechar que hay varios trabajadores involucrados en la filtración del fármaco —se aventuró Sebastian—, no podemos permitirnos poner en riesgo a *lady* Pearl. Te aseguro que, si no fueras su única esperanza, yo no habría entrado en ese cuartucho de mala muerte por nada del mundo, ni habría traído aquí a estas dos mujeres.

—Olivia Abberline, subinspectora de Scotland Yard —se presentó Olivia, quien había permanecido callada, pero alerta a un inesperado e indeseable desenlace. Al ver la expresión de horror que Miles esbozó, se apresuró a aclarar su intervención en el caso—. No se preocupe, Miles, no tengo ninguna intención de involucrarle a usted en nada de esto, pero Sebastian dice que es usted el único de los que conoce la sustancia de primera mano en quien puede confiar.

Espero que mi compañero no se equivoque al confiar en usted, de lo contrario sí que tendríamos unas palabritas en comisaría.

Miles, consciente de que no tenía otra opción, asintió y se dirigió hacia la salida del local seguido de cerca por las chicas y Sebastian. Cuando el último pasó junto a la barra, Myriam le guiñó un ojo para que se acercase.

—¿Quién de las dos es la que te ha robado el corazón? —preguntó con una sonrisita.

—Ahora no es el momento, Myriam.

Sebastian empezó a caminar hacia la puerta, pero Myriam alzó la voz para detenerlo.

—Me da la impresión de que es la chica alta y estilosa, la que ha salido a la calle en primer lugar, ¿verdad? —Sebastian asintió levemente con la cabeza—. Te doy la enhorabuena. Si ha venido hasta aquí contigo, ha conocido a los Johnnesy y a Miles y aún no ha salido huyendo, está claro que la tienes en el bote.

—Lo único que la ha traído hasta aquí es la curiosidad, ahora mismo no se acuerda de nada de lo que ha ocurrido estas últimas semanas —la desilusionó—. Y en cuanto al resto, dale tiempo. Creo que cuando sepa a qué se dedica Miles, dejará de hablarme para siempre. Eso si es que consigue recordarme, aunque dadas mis posibilidades, casi que sería mejor que no lo hiciese.

—No seas agorero, no te pega, Sebastian —lo conminó.

Sebastian volvió los ojos al cielo y esbozó una expresión de hastío que la hizo reír. Se despidió con un ademán de la amable camarera y

salió a la calle por fin.

***

En el taxi que los llevaba a St. Bride Street, Sebastian explicó la situación al químico y maleante, quien rápidamente llegó a la conclusión de que administrarle otra dosis, como había sugerido Olivia en un primer momento, no serviría para revertir los efectos del fármaco.

—Eso no garantizaría que se reiniciase el proceso —añadió—, podría matarla si me equivocase, así que no pienso jugármela. Lo mejor sería tener una dosis de la receta reformulada… ¿No tenéis ni siquiera una pequeña muestra que podamos analizar?

—Me temo que vamos a ciegas y a contrarreloj —respondió Sebastian.

—Por mucho que Charles haya modificado la concentración, no debería afectar más que ampliando el periodo de tiempo en el que los recuerdos se ven afectados —sugirió Christine, esperanzada.

—Sigo sin entender cómo puedo ayudar yo —dijo Miles—. Ella está aquí, ¿quién mejor que la creadora para hacer rectificaciones?

—Ella no está muy lúcida, que digamos —añadió Olivia—. Aunque la veas muy tranquila, casi normal, te aseguro que esta mujer no se parece mucho a la que yo conocí ayer por la mañana.

—Exacto —añadió Sebastian—. De momento, solo sabemos que ha perdido la memoria reciente, que ha derivado un sentimiento amoroso sobre Charles, al haberse eliminado el recuerdo del hombre que lo generó, y que creemos que los resultados finales aún no han

arraigado, por lo que tenemos una pequeña oportunidad de revertir ese efecto; lo que no sabemos, pero estamos comprobando en primera persona, es hasta qué punto sus habilidades se mantienen… intactas.

Sebastian dijo aquella última palabra dándose cuenta de que Christine no era consciente de lo que él sospechaba, pero confirmó el desasosiego que la invadió inmediatamente en la expresión que afloró a su rostro.

—¿Quieres decir que… que puede que ya no vuelva a ser yo misma? ¿Que pierda mis conocimientos? ¿Mis… capacidades?

Sebastian apretó los labios al darse cuenta de su error, pero asintió.

—Te hemos hecho varias preguntas que no has sabido responder, Christine; por eso hemos acudido a Miles.

De repente, Christine se colocó muy derecha en el asiento del taxi, agarró a Miles por las solapas de su chaqueta y acercó su rostro al suyo todo lo que pudo.

—¡Tienes que solucionarlo! ¡Te lo ruego! ¡No quiero convertirme en otra persona! ¡No quiero convertirme en un vegetal…!

Tal y como dijo aquello, Christine se derrumbó por completo y empezó a sollozar amargamente. Sebastian, conmovido, se atrevió a rodearla con su brazo y la atrajo hacia sí al sentir que ella no luchaba contra el consuelo que él le brindaba. Entonces, volvió a mirar a Miles, pero esta vez, la urgencia traspasó su expresión.

—Piensa. Intenta recordar todo lo que viste aquella noche, la noche que conseguiste la dosis para mí. Piensa en lo que averiguaste, en cómo se comportaban los que la habían probado…

—Necesito más información, no puedo averiguar si hay un remedio si no tengo acceso a la fórmula original.

Sebastian, desesperado, empezó a darle vueltas a esa idea y, de repente, alzó las cejas y abrió mucho los ojos.

—Creo que eso podemos solucionarlo.

—¿Cómo? —preguntó Olivia, adivinando a qué se refería Sebastian—. El ordenador de Charles ha sido confiscado por la policía. Ni siquiera tu tío tendría acceso a él con la rapidez suficiente…

—Lo sé. Pero tenemos el de Christine.

CAPÍTULO 38

Marcados

Entraron apresuradamente en el apartamento de Sebastian, quien los instó a subir al despacho/laboratorio/dormitorio para que Miles estuviese lo suficientemente cómodo para poder trabajar. Al entrar en la habitación donde la noche anterior Christine y él habían dado rienda suelta a la pasión, Sebastian no pudo evitar buscar su mirada con los ojos, deseoso de descubrir el sonrojo o la complicidad ante el recuerdo de su rendición absoluta; pero ella le devolvió una mirada transparente, exenta de intención, y aquello lo descorazonó aún más. Había creído que ella no olvidaría un momento como aquel, que algo la removería por dentro al contemplar la habitación en la que se habían entregado tan abiertamente al otro; pero nada, ni rastro del recuerdo que aún vibraba entre las sábanas.

Entonces supo que la hazaña que se les presentaba era mucho más difícil de lo que pensaba.

Olivia, a pesar de no haber estado presente la noche anterior, dedujo inmediatamente lo que allí había ocurrido: los cinturones aún colgando del cabecero, las sábanas colocadas de cualquier manera sobre la cama, incluso descubrió un pendiente de Christine tirado en

el suelo, seguramente resultado de una noche de lo más ajetreada. Se agachó para recoger el pendiente perdido y se lo ofreció a su dueña, que aún miraba a su alrededor horrorizada ante tamaño desorden, y le sorprendió ver que ella sí que reconocía aquella prenda.

—¡Ese pendiente es mío! —exclamó—. ¿Cómo es posible que…?

Miró a Sebastian para confirmar lo que acababa de intuir, y este, que aún la observaba detenidamente buscando un atisbo de reconocimiento en sus ojos, asintió levemente. Christine cerró los ojos y a punto estuvo de caer en la tentación de volver a echarse a llorar, pero respiró hondo y se recompuso como pudo. No recordaba nada, pero estaba claro que ella había estado allí con aquel hombre, al parecer, no hacía mucho tiempo.

—¿Recuerdas cuándo compraste estos pendientes? —inquirió Olivia.

—Sí, hace unas tres semanas —respondió sin dudar—. Lo recuerdo porque los elegí para la fiesta que iba a dar en mi casa… — Christine se quedó boquiabierta, dándose cuenta en aquel momento de que no recordaba si había llegado a dar la fiesta o no. Sebastian y Olivia intercambiaron una mirada llena de comprensión.

—Ha borrado todo… hasta que apareciste tú —confirmó Olivia—. Charles sabía que volvisteis a veros en la fiesta de Camden, te quería fuera de escena porque…

—Porque quería a Christine para sí —gruñó Sebastian. Entonces, se giró hacia Miles, amenazándolo con su mirada—. Miles, voy a mostrarte información confidencial, resultados de pruebas que se

hicieron no hace mucho en pacientes a los que se les suministró el compuesto. Ni que decir tiene que nada de lo que veas puede salir de esta habitación, ¿de acuerdo? —Miles asintió mientras Sebastian encendía el portátil de Christine—. Y por si acaso mi advertencia no es suficiente y te sientes tentado de divulgar algún dato, he de decirte que mi tío Richard está al tanto de todo y sabrá perfectamente por dónde se ha filtrado la información. Recuerdas a mi tío Richard, ¿verdad?

Miles volvió a asentir, esta vez más despacio. Su tío Richard había sido uno de los encargados de acabar con los tejemanejes de más de un narcotraficante de la *city* y era bastante conocido en el submundo de la drogadicción.

—Haré todo lo que pueda —afirmó con serenidad mientras empezaba a devorar los informes de la formulación que se había utilizado en los pacientes.

—Entonces, ¿Christine sí que sabía lo de Patrick? —preguntó Olivia en un susurro, sobrecogida al descubrir que en el ordenador de la empresaria también había datos sobre pacientes tratados.

Sebastian la miró a los ojos con gravedad. No dijo nada, no estaba en posición de contarle a Olivia lo que había ocurrido entre Christine y *sir* Patrick, por lo que se limitó a asentir muy despacio, gesto con el que su amiga comprendió que el asunto era mucho más complejo de lo que creía.

—Ella no tuvo nada que ver con el asunto del Parlamento, te lo aseguro —murmuró Sebastian.

—Espero que tengas razón —concedió Olivia, respirando hondo.

Durante casi media hora, Miles buceó entre los archivos, haciéndole algunas preguntas a Christine de vez en cuando, las cuales ella se esmeraba en responder; aunque el aturdimiento inicial parecía estar remitiendo, tuvo que reconocer para sí misma que algunos datos se le escapaban, incluso estando dentro de sus propios archivos, lo que la consternó aún más.

Finalmente, Miles se retiró de la pantalla y miró a Sebastian con decisión.

—Quizá Olivia no anduviera tan descaminada —aseveró—. No vamos a suministrarle la BPCP, sino solo una dosis alta de propanolol. Según entiendo, a raíz de los resultados, el propanolol es lo que provoca el "trance" durante el que se establecen las conexiones neuronales, así que favorecerá que las que se hayan podido ir formando ralenticen su avance; eso sí, necesitaremos un estímulo potente para sacarla de ese trance mientras dure, y así destruir "el hechizo", por ponerle un toque romántico al proceso. Aunque no tengo ni idea de qué tipo de estímulo podría funcionar, no la conozco lo suficiente.

—¿Cómo podemos guiarla durante el trance? —preguntó Olivia con interés.

—Con la voz —dijo Sebastian en un murmullo, sorprendiendo a todos—. Desde que empecé a investigar, llegué a la conclusión de que los "gestores" utilizaban su voz para inducir el cambio, una voz conocida para el paciente a la que pudiera aferrarse en su camino. Solo espero que la mía sea suficiente, que los recuerdos que Christine tiene asociados a mi voz le sirvan de guía en la oscuridad.

Sebastian volvió a mirar hacia la cama, pensando a toda velocidad, y decidió que lo único que podía intentar era que Christine recordase momentos de los últimos días mientras volvía a entrar en ese trance del que Miles hablaba. Pero debían ser momentos importantes, y no estaba seguro de si los que él estaba considerando serían igual de importantes para ella que para él.

—Está bien, inyéctaselo —afirmó con seguridad.

—¿Tienes propanolol en casa? —preguntó Olivia, mirando a Sebastian asombrada.

—En casa tengo casi de todo —respondió Sebastian. Olivia lo fulminó con la mirada, consternada ante tal descubrimiento, pero Sebastian no se inmutó y, finalmente, ella tuvo que reconocer que, al menos en aquella ocasión, las cuestionables costumbres de su amigo iban a venirles de perlas.

—¿Está de acuerdo con que le inyecte una dosis, *lady* Pearl? —preguntó Miles en voz baja, asustado por las posibles consecuencias de ser el artífice de que algo no saliese como esperaba.

—A la luz de todo lo que he descubierto, creo que es mi única alternativa.

Miles asintió y él y Sebastian prepararon el inyectable. Christine se sentó en la silla de despacho, ajena aún a todo lo que había vivido en él hacía solamente unas horas, e intentó relajarse todo lo que pudo. Sebastian la cogió de la mano y, mientras Miles le suministraba la dosis, ella le habló, mirándolo a los ojos con el pánico flotando en los suyos.

—Por favor, no me dejes ahí sola.

Aquella frase de auxilio contenido le llegó al corazón. Sebastian le apretó fuerte la mano e intentó aportarle seguridad con su mirada, conmovido por la entrega ciega que ella le brindaba.

—No te dejaré, te lo prometo. Confía en mí, Christine.

Mientras caía despacio en un estado de desorientación que la llevaba irremisiblemente hacia la oscuridad, Christine se aferró con fuerza a aquella mano que el hombre que tanto se preocupaba por ella le tendía.

De repente, el mundo se desvaneció y se vio rodeada de una angustiante nada. Ya no sentía la mano de Sebastian, tampoco estaba segura de si la imagen de aquel hombre formaba parte de un sueño o si era un sueño lo que estaba viviendo en aquel instante, tal era su confusión, y el pánico se apoderó de ella.

Aterrorizada, intentó controlar el impulso de gritar, y fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba de pie, al fondo de lo que parecía un pozo estrecho y muy profundo. Empezó a dar pasos a un lado y a otro, intentando encontrar una salida, un peldaño por el cual volver a subir hacia la luz que vislumbraba en la lejanía si miraba hacia arriba. Entonces, una voz se coló en aquel pozo tenebroso que la rodeaba, y empezó a susurrar:

"Christine, soy yo, Ash. Me conoces, me conoces mejor que nadie porque he compartido contigo cosas que nadie más sabe sobre mí…"

Christine miraba hacia los lados, paralizada por el miedo, desesperada por saber cómo salir de allí. De repente, sintió cómo el suelo que había bajo sus pies desaparecía, haciéndola caer aún más hondo; pero no se golpeó contra el suelo, quedó flotando

lánguidamente en el centro de toda aquella oscuridad, y aunque abría la boca para pedir auxilio, ningún sonido salía de su garganta.

"Estás conmigo, en mi estudio, no tienes por qué tener miedo, no te soltaré pase lo que pase; pero tienes que encontrarme. Encuéntrame, amor mío…".

—¡No puedo! —gritó, sobresaltando a Sebastian, que se aferraba a su mano mientras le susurraba aquellas palabras que creyó que podrían guiarla hacia la salida.

—Tendrás que ser un poco más contundente o se quedará en el limbo —lo urgió Miles.

—Tiene que haber algo, Sebastian, algo que hayáis compartido, algo que solo tú y ella sepáis… —añadió Olivia, viviendo aquel instante como si le estuviese ocurriendo a ella misma.

—¡Ya lo sé! ¡Lo estoy intentando!

Christine creyó escuchar más voces de repente, pero no eran claras, más bien parecían murmullos envolventes que enturbiaban el penetrante sonido de aquella otra voz masculina que le hablaba en un profundo tono lleno de calma. Quiso pedirle que siguiese hablando, le reconfortaba mucho escucharlo, pero sus palabras se negaban a salir de su boca.

"Chris, escúchame…".

De repente, la luz que veía a lo lejos se hizo un poco más brillante. ¿Había dicho Chris? Nadie le llamaba Chris, solo su padre… Bueno, no, un hombre le había llamado Chris no hacía mucho…

¿O lo había soñado?

“Te llamaré Chris solo cuando no pueda decir tu nombre completo, debido a la excitación, ¿recuerdas?”.

—Sí —respondió Christine, alentando a Sebastian. Aquella frase había despertado algo en su interior y, aunque intentó agarrarse a esa sensación, se esfumó antes de que pudiera hacer nada por evitarlo. Sin embargo, Sebastian continuó por ese camino, una corazonada le decía que era por ahí por donde debía insistir.

“Me colé en tu fiesta, me descubriste hurgando en tu portátil y me retaste”, continuó Sebastian, intentando no mostrar su impaciencia en su tono de voz. “Bailamos un tango, uno que jamás podré olvidar; y luego fui a tu casa, y me besaste…”.

Christine luchaba por mantenerse conectada a aquella voz, a las cosas que esta le contaba. Algo se removía en el fondo de su mente, pero todo estaba mezclado, enredado como un ovillo de lana. La voz hablaba de un tango, de un beso…

“Te hice enfadar, al parecer es lo que mejor se me da, y me echaste de allí; pero me dejaste profundamente impactado, fascinado, tanto que no pude dejar de pensar en cómo volver a verte, en cómo poder volver a tenerte entre mis brazos, y organicé aquella estúpida redada en tu trabajo porque necesitaba otra oportunidad para demostrarte cuánto me habías impresionado” —continuó—; “entonces, volví a tu casa, desesperado por tenerte, e hicimos el amor en el invernadero. Fue mi primera vez, Christine, la primera vez que me entregué a alguien por completo”.

Miles miró a Sebastian boquiabierto, jamás se le habría pasado por la cabeza que aquel hombre tan resuelto y atractivo se hubiese

mantenido virgen hasta casi los treinta; pero la reprimenda que le lanzó Olivia con la mirada logró que se olvidase de ese detalle y se centrase en lo que estaba ocurriendo.

Christine, aún envuelta por la oscuridad y sin encontrar un lugar al que aferrarse, se quedó en *shock* al escuchar aquella confesión. La voz le decía que había hecho el amor con ella, ¡que había sido su primera vez! ¿Ella había sido la primera vez de alguien? Intentó recordar, repasando su vida amorosa… Sí, su primera vez también había sido la primera vez de aquel chico, pero después… No, al menos no que ella supiera. Entonces, pensó en Patrick, su relación más reciente, recordó lo mal que habían terminado debido a su obsesión…

Y de repente, la imagen de aquel hombre, que había irrumpido hacía unas horas en el despacho de Charles, apareció en su cabeza. El señor Fairchild, ¡claro! Había entrado en su despacho, había estado husmeando entre sus cosas y eso le había hecho enfadar; pero también le había resultado de lo más intrigante.

Recordó entonces su penetrante mirada, su porte elegante y distinguido, su forma de moverse entre el gentío que copaba los jardines de la mansión…

Y aquellos impresionantes ojos verdes.

Su cabeza daba vueltas. Miles de imágenes inconexas empezaron a sucederse frente a sus ojos, algunas nítidas, otras bastante borrosas; pero, sin saber cómo, su corazón sabía cuáles eran reales y cuáles no y, guiada por aquella magnética voz, Christine fue

montando el puzzle pieza a pieza, hasta llegar a aquella noche en el invernadero…

Sí, Sebastian había hecho el amor con ella y, al recordarlo, sonrió.

Animado por aquella leve sonrisa, Sebastian continuó narrando detalles íntimos con su voz arrulladora, y aunque le avergonzaba profundamente que Olivia y Miles estuvieran escuchando, sabía que seguir adelante era la única manera de que Christine saliese airosa de aquella situación. Así que lo hizo, poco a poco, hasta que llegó a la noche anterior.

"Te enfadaste conmigo ayer porque te impuse mis deseos, porque no tuve en cuenta tu opinión; y después me castigaste…".

—Necesitabas un… correctivo —respondió Christine en voz alta y clara. Olivia y Miles alzaron las cejas, sorprendidos por el contexto de la conversación, pero continuaron en silencio, atentos a cualquier cambio en el estado de la mujer.

"Eso es. Me porté mal, pero me explicaste lo importante que es la intuición, por qué no se debe eliminar un pálpito de la ecuación, y no sabes cuánta razón tenías. Gracias a la lección que me diste anoche, supe que me necesitabas esta mañana… No debí haberte dejado entrar sola, fui un estúpido; pero eso no va a volver a ocurrir".

—Viniste… a… salvarme… —farfulló Christine alzando las cejas y conteniendo de repente la respiración.

—Claro que sí, tardé en darme cuenta, pero en cuanto permití que mi instinto me guiase, no lo dudé. ¡Y todo eso es gracias a ti! ¿Recuerdas?

—Estaba buscando algo… Tenía algo en el bolsillo que me iba a ayudar…

—¡Sí! ¡Sí, eso es! ¡La pistola! ¡Estás recordando! —exclamó Sebastian, a punto del colapso—. ¡Christine, sigue! ¡Sigue adelante! Te amo, no puedes olvidar eso, y tú también me amas, ¿recuerdas?

Las imágenes de Charles sonriéndole empezaron a mezclarse con unos preciosos ojos verdes que la miraban con ansia; los finos labios de su hombre de confianza se tornaron gruesos y voluptuosos, y su pelo, rubio y lacio, empezó a enroscarse en torno a sus orejas y a oscurecer su color.

Charles no era su pareja, ni siquiera la había besado. Entonces, ¿por qué ambos hombres se mezclaban?

—Ash… —murmuró Christine—. ¿Quién eres?

Lleno de decisión, consciente de que estaba a punto de lograr su objetivo, Sebastian se arrodilló frente a ella, la sujetó por los pómulos y se acercó a su rostro todo lo que pudo.

—Soy el hombre que se ha enamorado de ti, el hombre de quien te has enamorado, y no permitiré que te alejes de mí, pase lo que pase. Vuelve, Christine, vuelve conmigo…

Ante la estupefacta mirada de Olivia y Miles, Sebastian superó los escasos cinco centímetros que lo separaban de Christine y se fundió en un beso con ella. Al principio, Christine protestó e intentó alejarse; pero segundos después, se escuchó un gruñido de aceptación. Sebastian supo entonces que había encontrado la manera de llegar hasta ella y, en lugar de retirarse, profundizó aún más en su boca, hundiéndose en ella.

Christine, que aún flotaba sin rumbo en aquella negrura que la envolvía, tropezó de repente con una roca, una especie de saliente que había aparecido de la nada. Insegura, puso un pie sobre él, pero descubrió sorprendida que, al subir, el pequeño saliente se convertía en un amplio escalón, al cual seguían otros muchos que ascendían hacia aquella luz tan brillante…

E inició la subida con paso lento, pero seguro, guiada por un dulce sabor en sus labios que la alentaba peldaño tras peldaño.

Cuando abrió los ojos, lo primero que vio fue el rostro de Sebastian pegado al suyo, besándola con los ojos cerrados, totalmente entregado. Pestañeó una y otra vez, extrañada, pero el sabor de sus labios era tan agradable que desistió de su intención inicial y le devolvió el beso con la misma entrega que él le profesaba.

Al sentirla moverse bajo su boca, Sebastian no pudo reprimir una sonrisa de júbilo y, muy despacio, se separó de ella para mirarla a los ojos, expectante.

—Ash… ¿qué…? ¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?

—¡Joder! ¡Qué pasada, tío! —exclamó Miles, totalmente impactado. Olivia, al borde de las lágrimas, se abrazó a Christine y le dio la bienvenida calurosamente, mientras Sebastian y ella se miraban como si hiciese siglos que no se veían.

—A medida que pasen las horas, irá recordando todo lo que olvidó, incluso lo que ocurrió después de que el tal Charles la inoculase —dijo Miles—. Eso sí, viendo su reacción, creo que es

menester que le des más de esa… medicina —bromeó—. Está claro que ha sido la gota que colma el vaso, Sebastian.

Sebastian sonrió, contento no solo de tenerla de vuelta, sino de haber podido comprobar que, al igual que él, ella lo amaba profundamente.

—Creí que te perdía —susurró, abrazándola fuerte.

—Estaba perdida, pero tú me encontraste. Te amo, Sebastian Fairchild.

Sebastian cerró los ojos y suspiró. La abrazó aún más fuerte para sentirla junto a sí, y no fue hasta que Olivia empezó a aclararse la garganta sonoramente que él volvió a separarse de ella.

—Deberíamos llamar a un médico, no sabemos si podría haber complicaciones posteriores —apuntó Olivia, tan emocionada como preocupada por el estado mental de la joven.

—Nos vamos ahora mismo al hospital —convino Sebastian.

El extraño grupo abandonó el apartamento en silencio, aún conmocionados por lo que habían presenciado. Olivia llamó a Meredith para ponerla al corriente de todo, necesitaba de manera imperiosa hablar con ella después de lo que acababa de sentir mientras escuchaba cómo Sebastian ayudaba a Christine a salir de donde quiera que estaba. Ambas subieron al taxi, pero Miles se despidió de Sebastian, alegando que tenía que volver al *Footsteps* a toda prisa.

—Muchas gracias por tu ayuda, te debo una —agradeció Sebastian.

—Creo que, por ahora, estamos en paz —sonrió.

—Recuerda lo que te he dicho arriba, nadie puede saber nada de esto —dijo Sebastian.

—Descuida. De todas formas, aunque quisiese contarlo, nadie me creería… —Ambos sonrieron con complicidad, conscientes de que era muy posible que así fuese. Sebastian abrió la puerta del taxi y, cuando iba a subir, Miles continuó—. Eeeh…, Sebastian…

—Dime.

—Ten cuidado con los Johnnesy. No son de fiar.

—Lo sé —agradeció, con un movimiento de cabeza—. Estaremos en contacto.

—Eso no lo pongo en duda.

Miles vio cómo el taxi arrancaba y se quedó mirándolo hasta que desapareció tras la esquina más próxima. Su compañero de estudios era un hombre excepcional y, por un momento, sintió una punzada de celos. Sin embargo, la sensación se esfumó de repente. Miles se encogió de hombros y empezó a caminar en dirección a *Footsteps*. Tenía que llegar antes de que los hermanos decidieran que lo echaban demasiado en falta.

CAPÍTULO 39

Vulnerable

Sebastian está al teléfono, camina de un lado a otro del salón de su apartamento y no puedo quitarle los ojos de encima. Aún estoy aturdida, pero es evidente que él sigue muy nervioso. Olivia y Meredith están sentadas a mi lado, murmuran entre sí, pero no soy capaz de concentrarme en lo que están hablando. Mi único interés ahora mismo está puesto en que él termine de hablar, se siente a mi lado y me rodee con sus brazos. Eso es lo único que quiero, lo único que sé que logrará apartar de mí este extraño estado de desconcierto en el que aún me encuentro.

Cada vez que lo pienso, se me pone la piel de gallina. Jamás habría imaginado que Charles podría estar confabulando a mis espaldas, poniendo en peligro nuestro proyecto, importándole muy poco el prestigio de la firma que lo acogió en su seno cuando era un don nadie. Boosting lo contrató en cuanto salió de la facultad, catapultándolo a la fama internacional en menos de tres años. Creíamos que estaba tan comprometido con la empresa como la empresa lo estaba con él, que pondría siempre por delante los intereses de la compañía que confió en él y que le ofreció tantos privilegios que me es imposible enumerarlos todos; pero estábamos

equivocados, yo la que más, porque fui yo quien lo ascendió en el momento en que tomé posesión de mi cargo actual.

Y por supuesto, jamás se me habría ocurrido que estuviera enamorado de mí.

Me dan ganas de vomitar solo de pensarlo. ¡Ese hombre me ha visto crecer, por Dios bendito! Lo tomé como un mentor, como un segundo padre en el momento en el que el mío decidió disfrutar de su más que merecido descanso. ¡Y él solo quería…!

Dios, es repugnante.

—¿Te sientes mejor, Christine?

La conozco apenas unas horas, aún no he terminado de asentar todos mis recuerdos más recientes, pero Meredith es la muchacha más agradable y encantadora que he tenido el gusto de conocer en mucho tiempo. Aunque no me siento bien del todo, no puedo más que sonreír al notar su preocupación.

—Estoy mejor, gracias. Solo quiero que Sebastian termine de hablar ya —añado con sinceridad—. Ni siquiera sé con quién está hablando, todo sigue enmarañado en mi cabeza.

—Con su tío, Richard Fortress, un alto cargo de las fuerzas de seguridad nacional —se apresura a aclarar Olivia mientras noto cómo la mirada de Sebastian se clava en la mía, atento en todo momento a mis reacciones—. Lo conociste antes, en el despacho de Charles, era aquel hombre alto y de pelo canoso a quien Sebastian entregó la grabadora que tan hábilmente escondió en tu bolsillo.

—Sí, lo recuerdo.

—Sebastian está explicándole los pormenores que habían quedado en el tintero, ninguno de nosotros queremos que las acciones de Charles enturbien tu empresa ni tu proyecto —continúa —. Todos pensamos que tu labor es encomiable, Sebastian solo intenta que puedas continuar con tu investigación y, para eso, la policía debe exonerarte de cualquier responsabilidad.

Miro a Olivia mientras me explica y me siento aún más torpe, pero comprendo lo que quiere decirme. Entonces vuelvo a mirar a Sebastian, que ya no camina, solo me mira a los ojos con una preocupación desmedida mientras habla con su tío.

Y entonces, empiezo a escucharle.

—Exacto. Claro, es comprensible… No creo que haya ningún problema con eso; en cualquier caso, trataré de explicárselo ahora. Sí está aquí conmigo… Descuida, lo haré. ¡Ah! Y muchas gracias por todo. —Sebastian esboza una leve sonrisa con la comisura de sus labios—. Sí, dile a mi madre que todo está bien… Sí, iré a verla en cuanto pueda. Adiós.

Olivia, Meredith y yo miramos a Sebastian con expectación, deseando que cuente lo que ha hablado con su tío; pero él se acerca a mí, se abre hueco entre Olivia y yo y se sienta a mi lado. Yo lo miro embelesada, sorprendida de que haya leído mi mente con tanta facilidad. Aún me cuesta creer que sea posible sentirse tan cerca de una persona, habiéndola conocido durante tan poco tiempo.

Pero él es muy especial.

—Richard dice que no debes temer ni por tu reputación ni por la de tu empresa. Han extraído suficientes datos del ordenador de

Charles como para empapelarlo para el resto de su vida y, aunque podría ser que la grabación no se aceptase en un juicio, debido a que se tomó de forma ilícita, al parecer Charles se ha derrumbado al escucharla y ha empezado a cantar de lo lindo.

—Me di cuenta de que la llevaba al entrar en el despacho, pero no sabía que estaba grabando —respondo.

—Pero le sonsacaste, tuviste la mente fría y le tiraste de la lengua —añade admirado.

—Solo pretendía hacer tiempo para que llegaseis, no soy tan lista como crees.

—Sea cual sea el motivo, obraste de forma magistral.

Sebastian sonríe y yo termino por aceptar y sonreír también. Él me coge la mano de repente y me la aprieta fuerte, brindándome ánimos.

—¿Ha dicho Richard algo más sobre el caso? —pregunta Olivia, muy interesada.

—Nuestras conclusiones eran acertadas. Los orificios de bala de los cadáveres coinciden con la pistola de Charles. Parece que los encargados de distribuir la BPCP no tenían ni idea de quién era la fuente. Se les suministraba una dosis, sobornándolos con la idea de probar la droga de primera mano y sin adulterar, con lo que se convertían en camellos sin que les importase lo más mínimo de dónde salía la droga que los estaba haciendo de oro; pero algo salió mal, algo los sorprendió durante "el trance", interrumpiendo el borrado de recuerdos. Los chicos despertaron y, al saberse descubierta, la fuente no dudó en acabar con sus vidas.

La náusea sube por mi esófago al imaginarme a Charles apuntando a dos chicos inocentes con una pistola, disparándoles sin remordimiento alguno. No digo nada, no quiero alarmar más aún a Sebastian, pero él se da cuenta inmediatamente de lo que me ocurre.

—No sabemos seguro si fue Charles quien les mató —susurra conciliador—, aunque no creo que tardemos mucho en descubrirlo. Pero no lo pienses, es lo mejor.

—Es normal que lo piense —añade Olivia—. Ese hijo de puta podría haberla matado…

—Me encañonó con su pistola. —De repente, necesito hablar, explicarles lo que he vivido a medida que los recuerdos se van esclareciendo en mi cabeza. Los tres me miran ceñudos, dispuestos a escuchar mi versión—. Encontré el archivo de Kirk, pero me quedé tan conmocionada al comprobar la implicación de Charles en el caso, y lo que le había hecho a su propio hermano, que bajé la guardia y no me di cuenta de que él había entrado en el despacho hasta que me amenazó directamente. Ni siquiera tuve tiempo de avisaros, ni tampoco de coger la pistola que llevaba…

—No tenía que haber insistido en ello —dice Sebastian, apesadumbrado.

—Debe haber sido horrible —añade Meredith, boquiabierta y horrorizada.

—Está loco, ha perdido totalmente el juicio. Comprendo que debe haber sido muy duro tener que lidiar con la enfermedad de su hermano, pero llegar a esto…

Brevemente, les explico todo lo que ocurrió mientras me esperaban en el coche. Sebastian aprieta sus labios al escuchar lo que Charles pretendía lograr, pero cuando relato la parte en la que empezó a atarme a la silla mientras me confesaba sus atroces actos, Sebastian, incapaz de soportarlo, cierra sus puños y se levanta de un salto del sofá, maldiciendo a Charles en voz alta.

—¡Tenía que haber seguido mi primer impulso, joder! —exclama —. Olivia me hizo recapacitar y perdimos unos minutos demasiado valiosos…

—Quizá, si hubieras entrado antes, no estarías aquí para contarlo, Sebastian —dice Olivia, intentando excusarse—, y puede que Christine tampoco.

—Ahí tiene razón Olivia —añade Meredith—. Además, de nada sirve lamentarse ahora. La cuestión es que estáis los dos aquí y que Christine está recuperando sus recuerdos con una rapidez impresionante.

Sebastian iba a protestar, pero al mirarme a los ojos de nuevo, desiste y vuelve a mi lado.

—Está bien, dejemos el tema. Ahora solo necesitas descansar, recomponerte. Puedes estar tranquila con respecto a las consecuencias de todo esto. Eso sí, tendrás que desaparecer durante un tiempo, al menos, hasta que se hayan confiscado todas las muestras que han salido de Londres.

—¿Desaparecer? —pregunto asustada—. ¿A qué te refieres?

—A que la planta pasará por un profundo proceso de investigación y no te conviene que tu nombre suene demasiado;

además, mi tío cree que los medios se harán eco de la noticia y que las aguas estarán revueltas durante algún tiempo. Dejemos que sea sobre la cabeza de Charles donde recaiga la responsabilidad. Tendrás que esperar a que la gente se olvide de esto para poder continuar con tu labor, aunque no creo que eso tarde demasiado.

—Tendré que empezar de cero —me lamento, compungida.

—No, solo aplazar lo inevitable. Ese compuesto es muy poderoso, Christine, y estoy seguro de que lograrás mejorar la vida de muchas personas cuando lo tengas listo; mientras tanto, puedes dedicarte a extraer conclusiones de los archivos de Charles, estoy seguro de que tú serás capaz de averiguar mucho más que él.

—Eso será si es que consigo recuperarme del todo —asiento preocupada.

—Solo necesitas un poco de tiempo —susurra Sebastian, abrazándome por fin—. Yo te ayudaré, si me lo permites.

—Yo creo que Christine necesita muchas dosis de ese cariño tan sincero que le has demostrado hace un rato —añade Olivia—. Nos ha quedado claro que la mejor medicina para ti son los cuidados de Sebastian.

La miro a los ojos buscando la doble intención, y me encuentro con un toque de picardía en los ojos de Meredith y Olivia, que me guiñan un ojo cómplice. Yo sonrío avergonzada, pero no puedo más que asentir. Estoy deseando que Sebastian se ocupe de mí, que me mime todo lo que le apetezca.

—Bueno, ahora lo mejor es que os quedéis a solas —comenta Meredith, levantándose del sofá—. Estoy convencida de que

Christine se repondrá enseguida y yo tengo que ir a buscar a Bianca a la guardería o pensarán que me he fugado sin ella —bromea.

Olivia no se levanta, tiene su mirada clavada en Sebastian, y al darse cuenta de lo incómodo de la situación, Meredith la llama por su nombre para que se marche con ella. Olivia gira la cabeza fugazmente para asentir, se levanta y se dirige a Sebastian con voz muy seria.

—Tendré que redactar un informe de todo esto, al comisario le va a explotar la cabeza cuando sepa hasta donde llegaba el hilo de la historia. Necesitaré tu ayuda, Sebastian, estoy segura de que algo se me escapa aún.

—Mañana estaré allí a primera hora —responde Sebastian, asintiendo. De repente, una sonrisa traviesa se dibuja en sus labios —. Te dije que te convertiría en la sensación de la oficina, no dudo que afianzarás tu posición y, en un par de semanas, quizá obtengas ese ascenso que mereces…

—Ya hablaremos de eso, sobre todo de la implicación de tu tío en mi elección —refunfuña Olivia—. Aunque me de rabia reconocerlo, admito que tu intervención en el caso ha sido crucial. Quizá consiga ese ascenso, quizá el comisario empiece a considerar mi valía real, pero me gustaría poder seguir contando con tu inestimable audacia y ojo crítico —termina, alzando una ceja.

—No pienso hacerme policía, sabes que me cuesta acatar la autoridad —responde Sebastian con descaro.

—Nadie ha dicho nada de ser policía…

Sebastian y Olivia se mantienen la mirada, está claro que se comprenden sin necesidad de palabras. La expresión de Sebastian se torna pensativa y, cuando obtiene lo que desea, Olivia asiente y se marcha.

—Nos vemos mañana —dice desde la puerta—. Christine, descansa, estoy segura de que Sebastian te cuidará como necesitas. Además, si todo sale como espero, puede que también me venga de perlas tener a una química cerca…

Olivia me lanza una sonrisa cómplice y cierra la puerta tras de sí. No sé exactamente a qué se refería con esa última frase, pero sí que tengo muy claro que pretende que Sebastian colabore estrechamente con la policía a partir de ahora.

—Podrías convertirte en detective privado —comento en un murmullo—. Creo que es a eso a lo que Olivia se refería.

—Olivia quiere muchas cosas, demasiadas me parece a mí —responde con un gruñido—. Va lista si cree que voy a dejar de hacer mi vida solo porque a ella se le antoje.

Sebastian niega con la cabeza, ceñudo; pero cuando vuelve a mirarme, su expresión se dulcifica y, sin previo aviso, me aprisiona entre sus brazos.

—Cuando me di cuenta de que no me recordabas, creí que me moría —confiesa, enterrado en mi pelo.

—Te has mantenido firme, amor mío, no sé cómo me habría comportado yo en tu caso. Probablemente, habría matado a Charles en lugar de luchar por mantenerte con vida —respondo apesadumbrada.

—Si te hubiera pasado algo, mi vida se habría convertido en un infierno…

Sebastian me aprieta aún más fuerte contra sí, tanto que me lastima al agarrarme por donde la soga se cernía a mi cuerpo; al darse cuenta de que me estremezco, recula con rapidez, mirándome preocupado. Pero me apresuro a sonreírle.

—Creo que necesito un baño, y quizá un ungüento para las magulladuras.

—Perdóname, no sé en qué estaba pensando —se disculpa—. Ven, te daré algo de ropa para que te pongas cómoda, y una toalla…

—Y tú deberías mirarte ese corte —alego con una sonrisa.

—¡Bah! No es nada.

Sebastian me conduce hasta el baño de la planta baja. En menos que canta un gallo, me trae todo lo que necesito para sentirme cómoda y, con una sonrisa, me deja a solas para que pueda asearme. Una vez que cierra la puerta tras de sí, paseo mi mirada por la estancia. Entré solo un momento el otro día, pero no me pareció tan sobria entonces. O quizá es que ahora lo veo todo con otros ojos.

Al igual que el resto de su apartamento, el baño es singular. La solería y las paredes están recubiertas de azulejos de color negro brillante, dotando de una suntuosidad un poco tenebrosa a la habitación. Sebastian ha elegido todos los complementos en color blanco en contraste, por lo que el baño parece más un templo que una zona de *spa* donde relajarse; aún así, me resulta atractivo,

puedo ver su carácter impregnando cada detalle y eso me reconforta.

Sonrío al imaginarlo eligiendo los toalleros, las jaboneras y la grifería cromada que salpica la oscuridad de la habitación. Aún me queda mucho que saber sobre este hombre, pero hasta ahora, todo son sorpresas muy gratas.

Al pasear mi mirada por el amplio lavabo de doble seno, descubro un pequeño panel lleno de botones, que resulta ser la llave para activar luces indirectas que iluminan la estancia, dotándola de una luz más halagüeña que la que proporcionaban los focos cenitales. Encantada con mi descubrimiento, me miro por fin al espejo y me encuentro con mi rostro, un poco demacrado y muy ojeroso, debido con seguridad al cóctel de sustancias que me han inyectado en las últimas horas.

A quién quiero engañar, estoy verdaderamente horrible.

Preocupada de repente por si la soga ha dejado señales en mi cuerpo, me deshago de mi blusa y descubro con disgusto que tengo bastantes marcas por todas partes. Por eso el abrazo de Sebastian me hacía daño. Charles ha sido muy concienzudo a la hora de asegurar los nudos, e imagino que mis intentos desesperados por liberarme no han ayudado en absoluto. Mis costillas están enrojecidas, mi cintura también, incluso hay alguna herida allá donde la cuerda ha mordido mi piel a través de la fina tela de mi blusa. Mis muñecas también lucen magulladas, aunque gracias a Dios, no me duelen demasiado; sin embargo, una profunda pena por mi propio estado me invade, y cuando estoy a punto de dejarme

llevar por ella, Sebastian abre la puerta con cuidado… Y se queda mirándome en el espejo.

—Te traía el ungüento, no quería molestar…

—Pasa, no me molestas — me apresuro a responder, reconfortada por su presencia.

Sebastian pasa al cuarto y cierra la puerta sin levantar su mirada del espejo. Atraído por la visión, a juzgar por cómo se han encendido sus ojos de repente, él se acerca a mí y rodea mi cuerpo delicadamente con sus brazos.

—Dios, voy a matar a ese hijo de puta —masculla al descubrir mis heridas—. Y yo apretándote fuerte…

—No pasa nada, casi no me duele, sobre todo si me abrazas tú.

—En realidad he entrado porque he cambiado de opinión — susurra con su barbilla suavemente apoyada en mi hombro.

—¿Sobre qué?

—Pretendía dejarte a solas, pero no quiero quedarme fuera esperando cuando puedo estar aquí contigo, mirándote mientras te bañas. —Sebastian comienza a depositar pequeños besos a lo largo de mi cuello hasta llegar a mi oreja, donde se detiene para derretirme con su voz—. Dios, he pasado tanto miedo al ver que no me reconocías…

—Lo sé, cariño.

—No quiero separarme de ti ni un instante esta noche, Christine, necesito saber que estás bien, necesito sentir que estás a salvo —

confiesa, con sus ojos cerrados. Mi corazón palpita fuerte al comprobar que sus palabras son sinceras, y agarro sus antebrazos con mis manos para pegarlo más a mí, para sentir su pecho apretándose fuerte contra mi espalda. Él es mi protector esta noche, mi príncipe, mi caballero andante al rescate de su dama.

—Estaré bien si te quedas conmigo —confieso, totalmente sobrepasada. Él vuelve a abrir sus ojos y los clava en los míos a través del espejo. Sus brazos me acunan, sus manos me acarician y su cuerpo me sirve de refugio, así que suspiro, deseando que este momento no termine jamás.

—Christine, amor mío, me gusta tanto mirarte…

Su mirada ha empezado a cambiar, el color verde de sus ojos se oscurece y sus brazos me aprietan posesivamente. Sin levantar su mirada de la mía, Sebastian mordisquea mi lóbulo con suavidad, intentando obtener mi aprobación para continuar. Y lo único que puedo hacer es cerrar los ojos y recostarme contra su pecho mientras dejo que sus manos se deslicen desde mis costillas hasta mi cintura, donde se detienen para acariciarla con devoción.

—Me siento muy bien entre tus brazos —confieso, encantada.

—Entonces será mejor que te ayude a ducharte y luego te aplique el ungüento y te cure las heridas. Ven, vamos a dejar que el agua se lleve todo lo que ha pasado.

Sebastian me agarra de la mano y abre la mampara de cristal de la ducha, descubriéndome su interior. Ahora que tengo oportunidad de detenerme a observar el cubículo, me doy cuenta de que ha pensado en todo. El amplísimo espacio alberga una ducha en la que

podemos entrar los dos sin dificultad; pero desde dentro, aprovechando una especie de pasillo que queda por detrás del lavabo y el espejo, Sebastian ha construido también una bañera que corre paralelamente a estos, una suerte de *hammam* donde poder retozar después de haberse aseado, si es que así lo desea.

—¡Oh! ¡Es sensacional! —no puedo evitar exclamar—. Si quieres solo ducharte, puedes hacerlo, pero si te apetece un baño… Desde luego, nadie imaginaría que esa bañera está ahí dentro.

—También sirve como escondite, es uno de los muchos que hice crear cuando reformé el apartamento —responde, misterioso.

—¿Ese miedo tuyo a que entren en tu casa viene de alguna experiencia anterior? —pregunto, sintiéndome juguetona de repente.

—Te lo contaré después. Ahora, déjame mimarte. Creo que necesitas otra dosis de Sebastian para volver a estar lúcida del todo.

Lo dice en serio, muy en serio. Sus ojos chispean de excitación al abrir la ducha y, mientras el vapor empieza a invadir el baño, él vuelve a acercarse a mí, me toma por los pómulos y me besa con suavidad en los labios.

—Creo que sí que necesito un poco más de esa medicina llamada Sebastian —susurro, empezando a encenderme.

—Estoy deseando darte una buena dosis.

CAPÍTULO 40

Arquitectura

Sebastian se desnuda despacio, no quita su mirada de mis ojos mientras desabotona su camisa, sintiéndose *sexy*. Es la primera vez que lo siento al mando de la situación, sabe que lo necesito, que lo deseo, y está tomando cartas en el asunto. Lo que creo que no sabe es que verlo así me resulta aún más atractivo y no puedo quitar mis ojos de esos botones que van mostrándome su piel poco a poco. Pero me controlo, no quiero parecer desesperada.

Al menos, aún no.

Una vez que se quita la camisa, se acerca a mí y se enreda en un beso profundo con mis labios, y si mi cabeza estaba poco lúcida, empiezo a perder la razón por completo al sentir cómo su sabor penetra en mis papilas, cómo su aliento invade mis fosas nasales, embriagándome de él. Sus manos me quitan la ropa sin que me dé cuenta, también se han llevado la suya al parecer, porque cuando su cuerpo se pega al mío, siento toda su piel brindándome el consuelo y el calor que tanto anhelo.

Jadeo, no puedo evitarlo. Tenerlo cerca me hace vibrar, sus manos me transportan a un lugar paradisíaco, tocándome por todas

partes, encendiéndome a su paso. Cedo a sus deseos y ambos entramos en la ducha, pegados como lapas, hasta que el agua empieza a caer sobre nuestras cabezas, a empapar aún más nuestros labios; pero da igual, la lluvia cálida que nos abraza no consigue que nos separemos ni un solo centímetro.

Mi cabeza da vueltas otra vez, pero ahora no estoy desubicada, sé muy bien dónde estoy. Me dejo llevar por esa dulce sensación de aquiescencia que me ha invadido desde que he visto la decisión en sus ojos, desde que me ha mostrado la necesidad que siente de recordarme que es él quien está conmigo, que, ahora mismo, soy totalmente suya y él es totalmente mío. Sebastian desea dejármelo lo más claro posible, sus manos y sus besos no dejan lugar a dudas, y sus palabras…

—Quiero escuchar mi nombre en tu boca —susurra con su voz ardiendo—, quiero estar seguro en todo momento de que sabes que estás conmigo, que soy yo quien te está besando, quien te está haciendo el amor.

—Oh, Ash…

Sebastian me agarra por las caderas, me sube a horcajadas en las suyas y me aprisiona contra la pared de la ducha, arrancándome un suspiro de sorpresa. El agua sigue cayendo sobre nuestra piel, aunque es su espalda la que se lleva la mayor parte del caudal, así que no dudo un segundo en deslizar mis dedos por ella, encantada con el contraste de temperaturas.

—No sabía que tenías tanta fuerza… —comento traviesa entre sus labios.

—"No sabía que tenías tanta fuerza…" ¿Qué más?

—No sabía que tenías tanta fuerza, Ash.

—Eso es.

Sebastian se retira un poco de mi cuerpo y me alza aún más para poder meterse uno de mis pechos en su boca. Dejo escapar un grito al recibirle, mi sexo empieza a vibrar en respuesta a su boca succionando mi pezón y entierro mis dedos en su pelo porque necesito un lugar al que agarrarme para no perder la razón. En el momento en que él percibe mi rendición absoluta, su garganta se convierte en un sindiós de gemidos desaforados y, fuera de sí, alterna entre ambos pechos, erizando mis pezones hasta un punto casi imposible de soportar…

—Ash… más… ¡Más, por favor!

—Eso es lo que quiero —jadea, volviendo a mi boca enloquecido —, quiero saber que me deseas, que estás loca por tenerme dentro de ti, que me has echado tanto de menos en tu cuerpo como yo a ti en el mío.

—Te quiero, Ash, te quiero ahora mismo dentro de mí…

No llego a terminar la frase. Sebastian se coloca en mi entrada sin guía alguna y entierra su erección en mi cuerpo de una sola estocada, arrancándome un jadeo brusco, seguido inmediatamente del más placentero de los suspiros.

—Oo-ooh… Sssí…

Mi voz es un susurro, su presencia en mi cuerpo casi no me deja respirar mientras me amoldo a su tamaño; pero él no quiere esperar

demasiado. Con una destreza increíble, dadas las circunstancias, Sebastian empieza a moverse, dibujando ángulos en todos los sentidos para poder facilitar su acceso con mayor libertad; lo que no imaginaba es cuánto placer iba a provocarnos esa novedosa expedición, porque con cada movimiento, con cada nuevo camino recorrido, él despierta una sensación diferente, más profunda, y mucho más gozosa.

Y no podemos callar.

—¡Jod-der! E-res deliciosa… No p-puedo… Oh, joder…

—Así, sí, así, nene… No pares, no pares, Ash…

Desmadejada entre sus brazos, me dejo arrastrar por su capricho que acelera nuestros cuerpos, que provoca que se busquen con un ansia imparable y visceral; pasados los primeros segundos de dichosa sorpresa, Sebastian logra controlarse y ralentiza sus embestidas, intentando así recuperar el aliento para seguir conquistando mi mente con esa voz rasgada por la pasión que consume mi razón, dejándome obnubilada.

—Esta noche estás conmigo, no existe nadie más. Eres mía, Christine, solo mía.

—Solo tuya, amor mío —repito, enajenada por el deseo.

—Dime que estas dispuesta a dejar que te lleve donde me apetezca…

—Llévame donde desees…

—Quiero que recuerdes esta noche para siempre, que lo que sientes ahora borre todo lo que ha ocurrido esta mañana —susurra

en mi oído, recuperando el ritmo con el que me penetra, arrancando de nuevo profundos gemidos de satisfacción de mi garganta, dejando que broten sin contención de la suya—; quiero grabar a fuego en tu mente la noche que volviste a casa conmigo, y tatuar tu piel con mi piel.

Y con esas palabras que me encienden hasta lo más íntimo, Sebastian da rienda suelta a sus exigencias. Me besa sin parar, no soy capaz de mover ni un músculo si no es a su demanda y me dejo arrastrar por su locura hasta que me tiene justo como el desea, enganchada a su cuello, a sus labios, completamente abierta en canal.

—Soy tuya… —empiezo a entonar mientras su cuerpo me lleva al orgasmo—, Sebastian, mi vida…, no puedo más…

—Vuélveme loco…

Con mis ojos cerrados y mi boca entreabierta, recupero momentáneamente el control de mi cuerpo para moverme como me gusta, como sé que a él le gusta; cabalgo sin apoyo alguno sobre su rigidez y empiezo a gritar su nombre…

Oh, Ash…

—Oh, Dios, ¡sí! Ash, sí… ¡sí! ¡Ash! ¡Me corro! ¡Joder!

—Dios… Christine…

Lo siento todo, cada centímetro de su sexo invadiéndome, sus dedos arrasando mi piel, sus jugosos labios enganchados a mis pechos…

No puedo más…

—¡Ash!

Con su nombre impregnando mis labios, me deshago en estertores de muerte sobre su firmeza, que ya llora de anticipación. Pero al sentir cómo me fundo, cómo me aprieto en torno a su rigidez, Sebastian exhala un gruñido de genuina lujuria y se hunde a fondo en mi interior. Sus caderas toman las riendas, brindándole todo el placer que busca con anhelo y, entre sollozos de dicha, inicia su letanía más íntima, esa que guardaba celosamente solo para mis oídos…

—Joder, eres… ¡maravillosa! ¡¡Ooo-oh! ¡Oo-oh, Chris! ¡Me c-corro, me corro, cariño…!

Como bonificación extra, su calor me llena, satura mi interior y alarga este orgasmo casi infinito, duplicando su sabor en un eco que me eleva un poco más, que no me deja terminar, que me sacia como no podría haber imaginado nunca…

—Sebastian… Eres magnífico…

Sebastian apoya su frente en mi cabeza, que cuelga sin control bajo la suya mientras intento volver a la realidad, aunque no deseo abandonar este estado hedónico en el que me ha sumergido su cuerpo; pero su respiración agitada, mezclada con el vapor que nos envuelve, resulta un cóctel tan cautivador que no me permite recomponerme del todo…

—Estar dentro de ti es… No tengo palabras… —susurra con voz grave.

—Me siento tan cerca de ti ahora mismo… No quiero que se termine, quiero quedarme aquí contigo.

Sebastian levanta su cabeza y busca mi mirada con una emoción tan honda en la suya que duplica la conexión que sentimos, y se queda unos segundos en silencio, prendido de mis ojos.

—Esto no puede terminar, no ha hecho más que empezar. Te adoro, amor mío.

Nos fundimos en un beso tan intenso y profundo que nos hace olvidar dónde estamos, o la hora que pueda ser. Esta noche solo existimos él y yo, y el único lenguaje que entenderemos es el del amor más impetuoso y trascendente, expresado a través de todo lo que somos, de todo lo que nos ha unido desde que nos conocimos.

Y juntos, creamos algo nuevo, algo que aún no tiene nombre, ni límites, pero que es tan palpable como las paredes de esta habitación, como el agua que nos envuelve…

Como el aire que respiramos.

***

Ella dormita sobre mi pecho, pero yo no sería capaz de dormir ni aunque me hubiese tomado tres valium de diez.

No puedo creer que estemos así.

No puedo creer que yo esté así.

Los acontecimientos del día me han zarandeado de un lado a otro a conciencia, tanto que no he sido capaz de detenerme un instante para valorar todo lo que ha ocurrido, todo lo que podría haber perdido si esta irreflexiva aventura no hubiese acabado como ha acabado. Pero ahora sí que pienso, ahora que siento su piel sobre la mía, desnuda y aún

húmeda por el delicioso baño que hemos tomado después de hacer el amor, no puedo dejar de pensar en lo que hemos vivido desde la noche de su fiesta, y lo único que tengo cristalino es que, como ella me ha confesado en la ducha, no quiero que esto termine, pase lo que pase.

Una idea se hizo presente en mi cabeza en el momento en que escuché sus palabras, una idea que, aunque pueda parecer una locura, es la solución perfecta a mis ojos; pero claro, exponérsela es tan difícil como mantenerme sereno cuando la siento a mi alrededor.

Pero es lo que deseo, y no quiero empezar esto ocultándole lo que siente mi corazón.

—Mmmmm…, ¿duermes? —susurra de repente.

Tengo que decírselo, no encontraré otro momento tan íntimo como este.

—No puedo, no dejo de darle vueltas a un asunto que me parece de vital importancia.

Ella se incorpora levemente para buscar mis ojos, que están clavados en el techo de mi habitación; pero no la miro, no soy capaz de mirarla porque no quiero ver ni el más leve rechazo en los suyos.

—¿Qué pasa, cariño?

—Christine…, yo… tampoco quiero que esto se acabe, no quiero que nos separemos. No puedo olvidar la angustia tan

terrible que he sentido cuando creí que te perdía y… ahora mismo no me veo capaz de…

—¿De qué? —me conmina.

—Sé que tienes una vida, una muy bien construida, por cierto, sé que yo no tengo oficio del que pueda sentirme orgulloso y que eso es un obstáculo gigantesco para tomarme en serio…

—Sebastian, no sé de qué estás hablando…

Ahora sí que la miro, es ahora o nunca.

—Sé que es pronto, que apenas nos conocemos, que puede que te abrume lo que te voy a decir porque es una locura, pero… quiero que compartas tu tiempo conmigo.

No creía que podría resultar tan difícil expresar un deseo. Ella se ha quedado muda, sus ojos me miran pero no sé qué me quieren decir porque estoy tan nervioso que casi he vuelto a la adolescencia en lo que a intuir reacciones se refiere.

Y sin embargo…

—Ash, yo también quiero estar contigo todo el tiempo —susurra con una dulzura que me llega al alma—. No sé cómo lo haremos, ya hallaremos una forma, estoy segura de que podremos encontrar la solución que mejor nos venga, a ti para seguir con tus estudios y a mí para continuar mi investigación. Y en cuanto al resto, no me importa que no

tengas oficio, ni que tu vida sea tan diferente de la mía, ni siquiera me importa que seas más joven que yo…

—¿Soy más joven que tú? —inquiero sorprendido—. ¿Cuántos años tienes? ¿Y cómo sabes cuántos tengo yo?

Christine enarca las cejas y explota en carcajadas, aflojando la tensión del momento y dejándome un poco desconcertado.

—Tengo treinta y uno, y sé que tú tienes veintiocho porque, como te dije en mi casa, te he investigado. Aunque, para ser del todo sincera, recordaba ese detalle de nuestro primer encuentro familiar. Tu madre dijo que tenías diecisiete años y recuerdo que pensé que parecías mucho mayor, a juzgar por tu altura y tu expresión.

—En serio, no me acuerdo de nada —confieso abrumado—, no puedo creer que no me fijase en ti entonces.

—Tendrías la cabeza en uno de esos misterios tuyos que necesitas resolver para poder respirar —bromea, tocándome la punta de la nariz cariñosamente.

—¡Yo no necesito resolver ningún misterio! —protesto risueño—. Son los misterios los que se cruzan en mi camino y me despistan de mis… investigaciones.

Frunzo el ceño, valorando por primera vez esa loca idea que no hace más que pulular a mi alrededor desde hace unos días. Ya me lo dijo Olivia, ahora también Christine, y he de reconocer que disfrutaría mucho si pudiera acceder a toda esa información confidencial que la policía guarda tan

celosamente; además, ni que decir tiene que seguro que mi experiencia de campo ayudaría muchísimo a que los casos se resolviesen más rápidamente…

—¿Qué? ¿Qué es lo que se te está pasando por la cabeza? —pregunta curiosa.

—Quizá sí que haya llegado el momento de replantearme ciertos aspectos de mi vida.

—¿Como lo de… pasar todo el tiempo juntos?

Su voz es coqueta, juguetona. Christine me mira traviesa a través de sus largas pestañas y busca mis labios con los suyos para depositar un beso suave y breve; pero no, la brevedad no es algo que me emocione, así que la agarro por el cuello para volver a besarla, esta vez, con toda la desmesura que caracteriza cada una de mis virtudes, y de mis defectos.

—Lo de pasar todo el tiempo juntos ya es un hecho, amor. Quizá debería aprovechar la tesitura para hacer… otros cambios en mis rutinas.

—¿No te va a ser suficiente con tener que soportarme invadiendo tu espacio personal?

—Cariño, aquí el único que va a invadir tu espacio soy yo, el más íntimo de todos.

La sonrisa cómplice se apodera de nosotros y volvemos a fundirnos en un beso que nos lleva irremediablemente a hacer el amor de nuevo. Christine se desata, yo obedezco

cada una de sus órdenes y, al terminar, al volver a tenerla recostada sobre mi pecho en la postura más dulce e íntima que pueden compartir dos amantes, sonrío.

Porque sé que el juego acaba de empezar, un juego que nos va a cambiar la vida, quizá, para siempre.

CAPÍTULO 41

El pasado

Desde aquella noche, Sebastian y Christine compartieron la mayor parte de su tiempo juntos. A veces, él dormía en su casa, pero la mayoría del tiempo lo pasaban en su ático del centro, ya que debido al escándalo en que se había sumido la empresa cuando el papel de Charles en la trama conspiratoria salió a la luz, las ya de por sí habituales amenazas contra la vida de Christine se habían multiplicado.

Aquel momento fue muy duro para la familia Pearl. Los datos de los experimentos no se filtraron, gracias a la intervención del tío Richard, pero las acciones de Boosting Chemistry cayeron en bolsa en cuanto se supo que el origen de las muertes de algunos jóvenes a lo largo y ancho de Reino Unido era la planta que regentaba Christine Pearl. Rápidamente, todos las miradas acusadoras recayeron en Charles, pero aunque la imagen de Christine había quedado limpia de cualquier sospecha, ella estuvo de acuerdo con que retirarse durante unos meses de la vida pública era lo mejor para todos.

A lo largo del mes que siguió a la fatídica mañana en la planta, Scotland Yard se ocupó de eliminar todas y cada una de las dosis que se habían distribuido, así como de restablecer la credibilidad de *sir* Patrick Clifford frente a la nación.

En el momento en que se supo que había sido sometido a una serie de experimentos a manos de Charles, los cuales aparecían concienzudamente detallados en los informes encontrados en su ordenador, el parlamentario se sometió a un plan exhaustivo y contrastado de tratamiento de la memoria reciente para poder solventar sus lagunas y recuperar la normalidad en su vida. En cuanto su recuperación avanzó lo suficiente, se le instó a realizar un comunicado oficial en el que hacía pública su devastadora experiencia con respecto al aborto y, tras su dimisión, la decisión final del Senado fue la de no ratificar el nuevo proyecto de ley antiabortista, ganándose además varios adeptos entre la población al escuchar desolados la experiencia personal de *sir* Patrick.

Y aquel resultado fue el que más satisfizo al incipiente equipo de detectives.

Mientras que esperaban la resolución sobre la ley, Christine y Sebastian continuaban estrechando sus lazos afectivos. Christine dedicaba la mayor parte del día a indagar en los archivos de Charles, cuyo ordenador le fue devuelto una vez que se extrajo la información necesaria, descartando avances y profundizando en los detalles que realmente servirían para lograr que la BPCP se desarrollase correctamente. Pero eso solo le ocupaba la mitad del día, las tardes y las noches, eran para Sebastian.

En cuanto a él, no tuvo más remedio que ceder a los ruegos de Olivia, así que, empezando la mañana siguiente del atentado contra la cordura de Christine, Sebastian se convirtió en un apoyo fundamental de la comisaría del distrito de Holborn. Tras su merecida promoción a inspectora, Olivia empezó a tener cada día más trabajo y sus responsabilidades crecieron exponencialmente, denotando la confianza que el cuerpo había depositado en ella a la luz de la brillante resolución del caso de *sir* Patrick.

Y con el aumento de responsabilidad, también aumentó su salario, lo que le permitió alquilar un apartamento mayor para que tanto Meredith como Bianca se mudasen a vivir con ella, acercándose considerablemente a la zona donde vivía Sebastian, en primer lugar, porque era su zona de acción, pero teniendo también muy presente lo conveniente que aquello sería para la estrecha colaboración que se establecería a partir de entonces entre ambos.

A raíz de la mudanza de Olivia y Meredith, Christine empezó a plantearse la posibilidad de quedarse en casa de Sebastian indefinidamente, así que cuando no había pasado más de un mes, y justo después de una tarde llena de descubrimientos de lo más placentero en brazos de su amante, ella decidió que no quería continuar viviendo en penumbra.

Mientras Sebastian dormitaba sobre su pecho, agotado de tanto amarla, Christine diseñó un plan de renovación total de aquel apartamento. Si iba a pasar allí tanto tiempo, no veía la razón de tener que estar encendiendo las luces durante el día, cuando en el exterior lucía el sol. La primavera explotaba en mayo, y ella estaba deseando darle la bienvenida cada mañana…

***

—¡Vaya cambio! —exclamó Olivia al entrar en el recientemente renovado apartamento de Sebastian—. ¡Ahora no se parece ni de lejos a la mansión de Drácula! —bromeó.

—Ja, ja, qué graciosa —respondió Sebastian, quien, aunque encantado con las mejoras que Christine había realizado en su casa, aún no tenía muy claro aquello de sentirse tan expuesto al exterior. Él era consciente de que Christine no veía peligro alguno, pero su pasado de correrías nocturnas, malos hábitos y peores compañías le hacían estar aún un poco reticente al cambio.

—Ash no puede quejarse, he respetado el desorden del laboratorio para que siga sintiéndose en casa, pero no me parecía lógico tener que vivir como si fuésemos seres de ultratumba, por mucho que Sebastian insista en que así estamos facilitando información sobre nuestra vida privada a los malhechores que, según él, merodean cada día en torno a este apartamento —explicó Christine, mirando a Sebastian con reprobación.

—Pues como no sean los chorizos de poca monta que puedan acabar aquí tras dar un golpe en la casa de una familia adinerada, no veo yo muy factible que te ocurra nada malo en este vecindario. No se puede tener mejor situación para vivir en Londres, Sebastian —apuntó Meredith, encogiéndose de hombros, tan encantada con el apartamento de Sebastian como lo estaba la propia Christine.

—Meh, yo sé lo que me digo. Pero bueno, he de admitir que me gusta el resultado. Christine ha añadido su toque personal a la casa, combinando su estilo con el tono masculino que la caracterizaba;

pero me gusta mucho tenerla aquí tan a menudo, así que quiero que se sienta tan cómoda como yo —zanjó Sebastian, abrazando a Christine al terminar su discurso.

—Sobre todo, porque sigues teniendo tu laboratorio para ti solito —dijo Olivia, alzando una ceja.

—Eso también.

Todos rieron ante la evidencia, incluso la pequeña Bianca, que estaba empezando a dar sus primeros pasos, rió con ganas al comprobar el contento general.

—Bueno, vamos a servir la cena. No sé vosotros, pero yo me muero de hambre —apreció Christine, apurando su copa de vino blanco.

La cena transcurrió distendidamente, entre bromas, risas y comentarios con doble sentido que aún les hacían reír más. Pero durante el postre, Olivia se encargó de actualizar al grupo sobre las últimas noticias de la investigación que el cuerpo estaba llevando a cabo sobre la intervención de Charles en Boosting Chemistry.

—Había convencido a varios compañeros de la planta para que le sirvieran de ayuda, prometiéndoles una suculenta parte del botín que obtendría el día de la entrega, el cuál había programado para dos días después del día que lo arrestamos. Llegamos por los pelos. Si Charles hubiese cerrado el trato, ahora estaríamos frente a una amenaza internacional de un alcance inimaginable —explicó Olivia muy seria.

—Suerte que Sebastian se empeñó en demostrar que Charles era quien estaba detrás de todo —murmuró Christine.

—Suerte que el tío Richard eligió a Olivia para llevar a cabo su investigación —añadió Sebastian.

—Dejad de daros palmaditas en la espaldas unos a otros —intervino Meredith en tono jocoso—. La cuestión es que habéis evitado un desastre de niveles bíblicos y que formáis un gran equipo los tres juntos.

—Los cuatro —intervino Sebastian con una sonrisa—. No te quites mérito, Meredith.

Meredith se sonrojó ante el halago, y tanto Christine como Olivia coincidieron rápidamente.

—¡Brindemos por nuestro éxito, aunque sea totalmente anónimo! —exclamó Christine muy animada mientras alzaba su copa.

—No tan anónimo —añadió Olivia—. Ya he escuchado rumores en comisaría sobre cómo Sebastian Fairchild se inmiscuyó en el complot contra Boosting Chemistry y cómo ayudó a desmantelar la red de narcotráfico desde dentro.

—Yo no hice tal cosa —dijo Sebastian, sorprendido.

—Los rumores son imparables, guapo. La gente necesita héroes a quien admirar. Supéralo —dijo Olivia guiñándole un ojo.

—Mmmm… ¡vale! Entonces, seré un héroe.

Sebastian empezó a bromear enseñando sus bíceps y haciendo aspavientos, provocando la carcajada general.

—Bueno, y ahora que todo ha terminado, ¿qué es lo que pensáis hacer? —preguntó Meredith tras el brindis.

Sebastian y Christine se miraron a los ojos y sonrieron.

—Christine, aparte de dedicarse a redecorar mi apartamento, sigue investigando sobre la BPCP. El ordenador de Charles es una mina de información que, bien utilizada, le será de gran ayuda para lanzar el fármaco en el futuro. Yo…, eeeh…, parece que el papel de héroe me sienta como un guante, así que tendré que seguir echándole una mano a la policía y…

El timbre del interfono interrumpió las palabras de Sebastian, quien se quedó mirando hacia la puerta de entrada con un extraño rictus en su rostro.

—¿Quién será? —preguntó Christine.

—Nadie a quien esperemos —respondió Sebastian con voz grave.

Se levantó del sofá, dejó la copa sobre la nueva mesa de centro que Christine había comprado y se dirigió hacia la puerta. Al levantar el auricular que conectaba con la calle y preguntar quién llamaba, no obtuvo respuesta alguna; sin embargo, uno de esos pálpitos que acababa de aprender a reconocer, le decía que la visita no deseada entrañaba un peligro inminente. Esperó junto a la puerta, a sabiendas de que la persona que había llamado estaba subiendo en el ascensor, y se quedó muy quieto mientras miraba a través de la mirilla.

—¿Quién es? —preguntó Christine en voz baja, acercándose a Sebastian.

—Alguien que acaba de enterarse de que vivo aquí —conjeturó, tenso como la cuerda de un violín.

—¿Alguien? ¿A qué te refieres? Me estás asustando, Ash…

Sebastian no dijo nada más, esperó pacientemente a que la figura que venía a buscarlo se presentase delante de la puerta, cosa que no tardó demasiado en ocurrir. Al principio, le costó reconocerla, no fue hasta que la mujer se acercó a la puerta que fue consciente de quién era. Entonces, contuvo el aliento y miró a Christine con el pánico escrito en sus ojos.

—¿Qué te pasa, amor mío? —susurró Christine, angustiada.

—Sebastian, abre.

La voz de la misteriosa mujer se escuchó amortiguada debido al grosor de la puerta de seguridad de Sebastian; aún así, denotaba una firmeza y una seguridad que asustaron a Christine, quien negó con la cabeza para que Sebastian no le abriese a aquella voz amenazadora.

—No te asustes, es solo una antigua compañera de la universidad —intentó tranquilizarla Sebastian, aunque él mismo no estaba seguro de que no corriesen algún peligro.

Entonces, abrió la puerta, y la mujer pasó al recibidor sin ser invitada. Christine la miró atónita, impresionada por su belleza y sensualidad innatas; sin embargo, la mujer ni siquiera reparó en ella, solo tenía ojos para Sebastian.

Y él no le quitaba la mirada de encima.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo la mujer con voz grave.

—No el suficiente para que olvidases que existo, al parecer —respondió Sebastian con desdén—. Christine, esta es Ava Lutman,

una antigua compañera de la universidad de Medicina. Ava, esta es…

—*Lady* Christine Pearl —lo interrumpió Ava, alzando una ceja y girándose para mirar por primera vez a Christine—. No te sorprendas, las noticias corren como la pólvora, querida.

—Genial, me alegro de que sigas estando tan bien informada —respondió Sebastian en lugar de Christine, quien se había quedado en silencio mientras contemplaba la soltura con la que se manejaba aquella chica, desagradablemente sorprendida además por la familiaridad con la que trataba a Sebastian, incluso aunque este estaba siendo de lo más descortés con ella—. ¿Tienes algo más que decir o simplemente pasabas por aquí y decidiste subir a saludar? —continuó Sebastian, mordaz.

Meredith y Olivia llegaron al recibidor, alertadas por el tono de voz de Sebastian, y se quedaron mirando a la recién llegada con recelo. Pero Ava no era de esas mujeres que se amilanan al tener público, muy al contrario, se crecía al sentirse observada; así que, armándose con su sonrisa más seductora, se volvió de nuevo hacia Sebastian y le increpó.

—He venido porque necesito tu ayuda. Y sabes que no puedes negarte.

Sebastian frunció el ceño y miró a Christine con una advertencia brillando en sus ojos; pero aquella mirada no consiguió calmarla, solo logró que ella se preocupase aún más. ¿Quién era aquella mujer que se comía a Sebastian con los ojos? ¿Y por qué Sebastian tenía que ayudarla?

Pero, sobre todo, ¿por qué él no podía dejar de mirarla?

Gracias por leer mi novela. Si te ha gustado, me ayudarías mucho a darle difusión si dejases una reseña en Amazon. Puedes hacerlo siguiendo el QR a continuación.

Como agradecimiento, te dejo el primer capítulo de la segunda entrega de la serie Sebastian:

CELOS

¡Espero que lo disfrutes!

CAPÍTULO 1

Ava

La tensión se palpaba en el ambiente. Christine miraba a Ava con preocupación y disgusto al mismo tiempo, lanzando de vez en cuando una mirada a Sebastian para intentar comprender de qué iba todo aquello. Sebastian no podía dejar de mirar a Ava, sorprendido por su descaro al pasarse por allí, sobre todo porque estaba seguro de que aquel repentino acercamiento se debía a que la noticia de su recién estrenada relación con la notable y preciosa Christine Pearl era un secreto a voces, muy a su pesar.

Por su parte, Ava miraba alternativamente a todos los presentes con una sonrisa ladina dibujada en sus labios. Estaba disfrutando del momento, sabía que causaría impresión con su aparición estelar y repentina y, aunque no contaba con la presencia de Olivia y de aquella otra mujer de quien no sabía absolutamente nada, no se sintió acobardada por su presencia. Ava no era una de esas mujeres que se achantan ante un desafío.

Olivia y Meredith contemplaban admiradas al bellísimo espécimen que había aparecido sin avisar en la puerta de Sebastian, tan asombradas como el resto, aunque en el caso de Olivia, contrariada

además por el hecho de no saber quién era aquella mujer que había dejado a Sebastian tan consternado. Olivia lo conocía hacía ya siete años, Sebastian le había presentado a toda su familia, incluidos sus abuelos y tíos menos allegados y, que ella supiera, no tenía ni había tenido relación con ninguna mujer hasta el punto de que conociese su dirección, mucho menos, de que tuviese la potestad de pedirle ayuda, alegando que no podía negarse.

¿Qué era lo que le debía Sebastian a aquella preciosa mujer? ¿Y por qué había aparecido justo ahora para cobrárselo?

—Está bien, pasa y siéntate. Imagino que tendrás una muy buena historia que contar —aceptó Sebastian, mostrándole a la recién llegada el camino hacia el salón ante la atenta mirada de Christine.

Esta miró a Sebastian de soslayo tal y como Ava empezó a caminar hacia la estancia contigua, su mirada plagada de preguntas que él no podría responder hasta que no estuviesen a solas. Sebastian apretó la mandíbula en respuesta, negó con la cabeza suavemente y agarró a Christine por la cintura, como gesto para que ella se sintiese reconfortada frente a aquella amenaza que acababa de presentarse entre ellos.

Una vez en el salón, Ava se sentó en el sofá sin esperar a que los demás eligiesen asiento, cruzó sus piernas con elegancia y se dispuso a explicar lo más concisamente posible el motivo de su inesperada visita. Molesta ante su descaro, Christine tomó asiento en el sofá que quedaba justo frente al de Ava, presentando batalla con su postura, y Sebastian, consciente de la rivalidad que acababa de aparecer entre ambas mujeres, aún sin conocerse, se quedó de pie junto a Christine, mirando a Ava con incipiente preocupación.

—Te escucho —dijo en voz calmada, ocultando magistralmente lo nervioso que se sentía por la tensión que flotaba entre todo el grupo, de la cual sin embargo Ava estaba disfrutando, a juzgar por la sonrisa autocomplaciente que dibujaban sus labios.

—He venido para pedirte ayuda, pero también para ponerte sobre aviso —empezó Ava—. Verás, como sabes, tengo la pésima costumbre de portarme bastante mal, y al parecer me he extralimitado en una de mis últimas decisiones. No quiero aburrirte con los detalles, pero…

—No, por favor, "abúrreme" —la interrumpió Sebastian—. Si pretendes mantener mi atención, espero que lo que tengas que decirme sea más interesante que tus burdos intentos de deslumbrar a las mujeres de esta sala.

—No es a ellas a quienes pretendo deslumbrar —respondió Ava al punto.

—Pues, si era yo tu objetivo, me decepcionas. Creía que te había dejado bastante claro mi desinterés con respecto a ese tipo de asuntos —la cortó.

—Sí, así era…, hasta hace poco. —Ava fijó su mirada en Christine y sonrió—. Si mis fuentes no me fallan, el incorruptible Sebastian Fairchild acaba de tirar por la borda su fama de hombre de piedra al "enredarse" amorosamente con una mujer, no una cualquiera, por supuesto, una mujer que, además de tener una inteligencia fuera de lo común, y de pertenecer a una de las familias más influyentes de Londres, es una rara belleza, una inspiración viviente para un

hombre con tus cualidades —terminó, sin dejar de mirar a Christine de una manera tan sugerente como inquietante.

—Si no le importa, señorita Lutman, preferiría que no hablase de mí como si yo no estuviese presente. Soy consciente de cuáles son mis virtudes, no es necesario que las enumere para intentar explicar por qué Sebastian y yo hemos empezado una relación.

—¡Oh! ¡Pero sí que lo es! —respondió Ava al punto—. Al menos, lo es para mí. Verá, señorita Pearl, además de ser una médico eminente en mi campo, soy una mujer muy pragmática, visceralmente racional, por lo que un cambio de actitud tan radical en un hombre al que conozco bien, solo puede explicarse a mis ojos mediante la suma de una serie de virtudes y circunstancias. Es más, estoy segura de que Sebastian ha realizado esta misma disección de los hechos en más de una ocasión, simplemente para poder explicarse a sí mismo la razón de esa… desazón que empezó a crecer en su interior cuando la conoció —terminó, desviando su mirada sobre Sebastian y paseándola a lo largo de su cuerpo, por si no había sido suficiente clara con la alusión.

—No pongas palabras en mi boca, Ava, sabes que no soy de ese tipo de hombres.

—No eras —corrigió.

—Señorita, le ruego que cese en sus apreciaciones sobre Sebastian o sobre mí —dijo Christine, alzando la voz—. No pienso tolerar que una desconocida venga a mi casa a poner en entredicho…

—¡Oh! ¿Su casa, señorita Pearl? —volvió a interrumpirla—. Creía que este apartamento era solo de Sebastian… ¿O es que se ha convertido usted en *lady* Fairchild? Porque lo dudo, de ser así, yo me habría enterado.

—¡Basta ya! —exclamó Olivia, indignada por el trato que sus dos amigos estaban recibiendo—. Señorita Lutman, desconozco la razón por la cual Sebastian le ha permitido entrar en su casa, pero si lo único que tiene pensado soltar por esa boca son inconveniencias, creo que tengo la autoridad suficiente para mandarla a paseo ahora mismo.

—Olivia Abberline —empezó Ava, dirigiendo su atención sobre la inspectora—, la mujer más joven del cuerpo, al menos, en el centro de Londres. ¡Qué oportuno tener a alguien como Sebastian cerca! ¿No es así? —lanzó con veneno en su voz.

Olivia abrió mucho los ojos y a punto estuvo de responder con improperios a aquella insinuación, pero Meredith la sujetó del brazo y Sebastian saltó inmediatamente en su defensa.

—Olivia tiene capacidad suficiente por sí misma para ocupar el cargo que ostenta, no todos necesitamos estar relacionados con sujetos de dudosa reputación para medrar, Ava. Y ella tiene razón, ya basta. Di lo que tengas que decir y márchate, aquí no eres bienvenida.

Ava se levantó del sofá para enfrentar a Sebastian, mirándolo a los ojos con avaricia en los suyos. Estuvo tentada de tocarle, llevaba años deseando volver a sentir su piel cerca, pero se contuvo; en su

lugar, le regaló una sonrisa pérfida y, con las manos en la cintura, para alejar la tentación, comenzó a hablar.

—He participado en en la… reestructuración ósea de alguien muy importante, alguien que no puede permitirse bajo ningún concepto que dicha operación salga a la luz.

—¿Reestructuración osea? —inquirió Olivia en voz alta, recibiendo una mirada condescendiente de Ava y una de advertencia de Sebastian.

—Así es —se limitó a responder Ava, volviendo a dirigir su mirada sobre Sebastian una vez que dejó claro que no pensaba explicar a qué se refería con aquellas palabras.

—¿Has participado o has dirigido? —inquirió Sebastian, suspicaz. La mirada que recibió de Ava no dejó lugar a dudas.

—Digamos que un competidor directo del equipo de esa persona ha recibido el chivatazo de dicha intervención, alguien que sacaría una sustanciosa tajada si la noticia llegase a ver la luz, por lo que se ha dedicado a amenazarme para conseguir la prueba documental que certifica, no solo el detalle exacto de la intervención, sino el extenso tratamiento farmacológico y físico al que se ha tenido que someter dicha persona.

—Y tú no estás dispuesta a facilitársela —comentó Sebastian, señalando la obviedad.

—Evidentemente, no. Me debo al juramento hipocrático —añadió, alzando la comisura de los labios.

—Es decir, que te han pagado bien.

—Muy bien —confirmó Ava, sonriendo maliciosamente—. La razón por la que he venido a buscar tu ayuda, como supondrás, es que necesito protección. Mi vida corre peligro, Sebastian.

—Es lo que suele ocurrir cuando te mezclas con las personas inadecuadas —la zahirió—, y, sinceramente, no veo cómo puedo yo servirte de ayuda.

—Hablando con tu tío.

Sebastian frunció el ceño, sorprendido, pero inmediatamente, negó con la cabeza.

—¿Y por qué, si puede saberse, iba mi tío a protegerte a ti?

—Bueno, puede que yo tenga… cierta información que él no desee que salga a la luz —respondió Ava, coqueta.

Sebastian frunció aún más el ceño. Le extrañaba mucho que su tío andase metido en algún tipo de escándalo, pero con los años había aprendido que no debía presuponer nada sin basarse en hechos. Las personas, llevadas al límite, podían llegar a sorprender incluso a sus más allegados.

—No sé, puede que sea demasiado estúpido, pero sigo sin comprender qué pinto yo en todo esto. Si tienes algo con lo que amenazar a Richard, no veo por qué no acudes directamente a él. Te sería mucho más sencillo pedirle en persona lo que necesitas, y estoy seguro de que, si lo que dices es cierto, él encontraría rápidamente una solución ecuánime y satisfactoria para todos.

—¡Oh, vamos, Sebastian! ¡Contigo es mucho más divertido! ¿O es que ya has olvidado lo bien que lo pasábamos en la facultad?

—Yo no lo recuerdo de esa manera —respondió Sebastian, muy serio—. Más bien tengo la extraña sensación de que lo pasé muy mal a tu lado, en general. Sobre todo cuando estuvieron a punto de expulsarme porque decidiste señalarme como culpable del robo de aquel cuerpo de la morgue.

—Awww… ¡qué mono eres! —exclamó Ava, sonriendo—. Como comprenderás, no iba a contar que había sido yo quien lo había robado, ¡qué habrían dicho sobre mi familia en el comité de admisión!

Sebastian respiró hondo, alzó las cejas exasperado y empezó a dirigirse de vuelta hacia la puerta.

—Creo que hemos terminado, Ava. Como te he dicho, no puedo ayudarte.

—Bien. Entonces, tendré que utilizar mis propios recursos —respondió, contoneándose hacia Sebastian—, pero luego no te quejes de que no te lo advertí.

Al llegar a su lado, Ava no pudo evitar la tentación de acariciar la mandíbula de Sebastian con delicadeza, mientras lo miraba con una amenaza en sus ojos.

—No me toques —gruñó Sebastian en voz baja, al tiempo que agarraba su mano con rapidez y la retiraba bruscamente de su rostro. Sin embargo, Ava no se movió, continuó con su mirada clavada en los profundos ojos verdes del hombre que intentaba deshacerse de ella, encantada con el roce de sus dedos sobre el dorso de su mano.

—Ummm…, se ve que esa gatita de ondas doradas tiene las uñas afiladas, ¿eh? —se mofó—. Antes no eras tan remilgado conmigo, Bash.

Sebastian, profundamente impresionado aún por lo que estaba ocurriendo, se limitó a mirarla fijamente, sin mostrar ninguna expresión concreta en su rostro.

—No sé a qué ha venido esto, Ava. Sabes que no quiero tener nada que ver contigo.

—Sabes perfectamente por qué estoy aquí —respondió con un toque agresivo en su tono de voz—. Puedes hacerte el inocente delante de tu novia, pero a mí no me engañas. Si quieres que tu tío Richard no se vea envuelto en un escándalo que quizá termine con su carrera y con su reputación, hablarás con él. Y cuando hayas llegado a un acuerdo, te pondrás en contacto conmigo, ¿entendido?

Sebastian apretó los labios, pero no respondió. Volvió a mirar a Christine, quien no era capaz de levantar sus ojos de aquella criatura malévola y retorcida, y notó la aprensión en la tensión de su cuerpo. Lo último que deseaba es que ella se sintiese así, después de todo lo que había ocurrido con Charles, y se odió por ser el origen de su preocupación. Entonces, volvió a mirar a Ava, y supo que ella no se detendría, ni por él, ni por Christine, y mucho menos por Richard. Así que, a su pesar, asintió.

—Hablaré con Richard —prometió en un murmullo—, pero eso será lo único que haré por ti.

—Eso ya lo veremos —respondió Ava con voz melosa—. Buenas noches, señoritas, imagino que nos veremos pronto de nuevo. —Ava

se dirigió hacia la puerta del salón y, cuando casi llegó junto a ella, se volvió de nuevo para mirar a Sebastian—. No intentes localizarme, me pondré en contacto contigo dentro de un par de días, a lo sumo.

—No quiero que vuelvas a aparecer por aquí —la amenazó Sebastian, fundiéndola con su mirada.

—Tranquilo, no pienso hacerlo. Aunque no lo creas, sé perfectamente cuando no soy bienvenida. Tengo otras formas de localizarte. Te llamaré, estate atento al teléfono.

Y sin esperar a que nadie la acompañase hasta el recibidor y le abriese la puerta, Ava desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Sebastian intentó recuperar su respiración normal, agitada por haber tenido que contener su ira contra ella, y se giró hacia las chicas que, en completo mutismo, lo taladraban con su mirada. Pero, antes de dejar espacio para las preguntas que seguro lloverían sobre él, se acercó a Christine y la miró a los ojos.

—No te he mentido, así que no pienses lo que estás pensando.

—No pienso nada —respondió Christine, mostrando su indignación.

—Será mejor que os dejemos a solas.

Meredith hizo el ademán de levantarse del sofá, pero la mano de Olivia la detuvo.

—No. No pienso irme sin saber quién es esa mujer, Sebastian, y mucho menos sin comprender por qué la has dejado pasar si tanto te incomodaba.

—Te hablé de ella no hace mucho, creía que me escuchabas —respondió Sebastian insolente. Al ver la confusión en el rostro de su amiga, continuó—. En cualquier caso, no es momento para hablar de ello, creo que le debo una explicación a Christine, y tiene que ser en privado.

Ofuscada, Olivia se levantó del sofá de un salto, aceptando que no iba a conseguir nada más de su amigo aquella noche. Miró a Christine y le dedicó una sonrisa llena de comprensión.

—Por si sirve de algo, Sebastian no es un mentiroso. Entiendo que estés molesta, todos lo estamos, pero escúchalo antes de tomar una decisión sobre tu postura al respecto.

Christine respiró hondo, pero asintió con determinación.

—Mañana me pasaré por la comisaría a primera hora —prometió Sebastian.

—Más te vale.

Cuando ambas mujeres se hubieron marchado, Sebastian cerró con llave la puerta de su apartamento y, reuniendo todos los arrestos que tenía, se giró para enfrentar a Christine.

—No es una ex, ni nada parecido. Cuando te dije que eras mi primera vez, decía la verdad.

—Lo sé —respondió Christine, sorprendiéndolo—. No dudo de tus palabras, pero no entiendo lo que ha pasado esta noche, por qué, como ha dicho Olivia muy acertadamente, has permitido que alguien así entrase a esta casa.

—Es una larga historia. Ven conmigo, voy a servirte una copa.

¿Te come la curiosidad por descubrir qué va a pasar?

¿Quieres saber si la aparición de Ava afectará a la relación de Sebastian y Christine?

¿Qué nuevo desafío se le presentará a Sebastian en esta ocasión?

El siguiente caso de Sebastian, ***Celos***, está disponible en Amazon siguiendo este QR.

¡Que lo disfrutes!

ABOUT THE AUTHOR

Cris Blackpearl



Cris Blackpearl (Sevilla, 1979) debuta en el mundo de la publicación en 2021 con la intención de ahondar en las relaciones de pareja vistas desde el punto de vista femenino y de subrayar la importancia de la atracción, el juego y, sobre todo, la absoluta confianza entre los amantes para su buen funcionamiento. Sus novelas son de género romántico, pero siempre adereza la narración con una narrativa sensual que nos invita a explorar con nuestra pareja.

BOOKS IN THIS SERIES

Sebastian

Descubre la historia de Sebastian a lo largo de una serie de novelas donde se mezclan aventura, intriga, pasión y un amor que tendrá que luchar contra todo tipo de obstáculos para triunfar.

Sebastian: Celos

Un atentado fallido que esconde raíces muy profundas.
Una antigua compañera de facultad dispuesta a crear problemas.
Pero no hay caso demasiado difícil para la mente brillante de Sebastian, excepto el odio que despertarán en él: los celos.

El detective más atractivo y canalla viene dispuesto a conquistarnos de nuevo en esta segunda entrega.
Intrigas, malentendidos y riesgo se mezclan con un amargo sentimiento que azotará a nuestro protagonista: los celos.
La irracionalidad más visceral se apoderará de nuestro hombre, llevándolo a través de un camino de difícil solución para el que no está preparado y que pondrá en jaque todas sus creencias sobre el poder, la mentira... y el amor.

Sumérgete en los secretos mejor guardados de Londres y descubre junto a Sebastian cuánto se sufre cuando tu corazón se deja guiar por los celos.

BOOKS IN THIS SERIES

Intacto

Intacto

Una universidad situada en un grandioso castillo del norte de Inglaterra.
Un carismático profesor considerado una referencia en literatura clásica.
Una prometedora escritora con ideas transgresoras sobre la literatura romántica actual.
Un duelo feroz entre la razón y la pasión.

La llegada de Helena Falcon a la solemne universidad de Alnwick hará tambalear los cimientos de la estancada visión sobre la narrativa de Zackary Knightley. Ambos se verán envueltos en un peligroso juego de seducción en el que Zack redescubrirá la pasión a través de las palabras de Helena, que se irán filtrando por las rendijas de su alma hasta conseguir que su corazón deje de estar "intacto".

Contacto

Las vueltas que da la vida.

¿Quién iba a pensar que ahora sería el carismático profesor Zackary

Knightley el que necesitase a su ex compañera Helena Falcon? Sobre todo, después de cómo había terminado su relación al final del último curso.

Si quiere mantener su puesto, Zack tendrá que viajar a Londres, ciudad culmen de la modernidad que tanto detesta, y lidiar con un sinfin de caóticas situaciones a las que no está acostumbrado. Momentos que le harán descubrirse a sí mismo y acercarse más a la mujer que hizo latir su corazón intacto.

Sólo hay un problema: ahora es ella la que no quiere volver con él.

Los lectores dicen:
«La bilogía "Intacto" es una fascinante historia de amor no convencional, apasionante y compleja, atrevida, audaz y sublime de principio a fin.»

«Ya ha llegado un momento en que me es difícil decidir qué novela de Cris Blackpearl me gusta más, pero reconozco que "Intacto" me ha dejado sin palabras.»

BOOKS IN THIS SERIES

Empresarias de éxito: romance lejos del hogar

Besos De Canela

Brooke ha nacido para hacer felices a los demás a través de sus atrevidas creaciones, innovaciones que despiertan el paladar de los más exigentes. Con la idea de florecer en el delicado mundo de la repostería, abandona el seno familiar para instalarse en Londres, donde está segura que podrá conseguir sus metas.

Tyler es un ambicioso agente inmobiliario en la capital británica. Es un hombre muy ocupado con las ideas muy claras, un hombre dispuesto a triunfar en el mundo empresarial sin detenerse demasiado en sopesar las implicaciones de sus decisiones.

Cuando sus vidas se cruzan, ambos quedarán prendados inmediatamente del otro. Para Tyler, Brooke es sorpresa, dulzura, inocencia, mientras que para Brooke, Tyler es misterio, picardía, fascinación.

A medida que se vayan conociendo, se adentrarán en una vorágine sensorial plagada de sabores sorprendentes, de sensaciones dulces y picantes, pero también ácidas y amargas. Esa mezcla de estímulos

se convertirá en un cóctel letal que los llevará a enfrentarse a sus propios límites para aspirar a conseguir el premio inalcanzable, la guinda del pastel, el amor en mayúsculas.

La dicha de disfrutar de los besos de canela.

Mía

Un viaje que lo cambia todo. Un entorno incomparable. Un encuentro fortuito. Un accidente. Una casa con una historia que contar y el amor, atravesando páramos llenos de vegetación.

El destino cruzará los caminos de Mía, una mujer moderna y cosmopolita, y Cameron, un hombre poderoso con un alma atormentada, en una gran hacienda perdida en la Isla Sur de Nueva Zelanda. Un lugar mágico que encierra misterios imposibles de explicar y que forzará a Mía a elegir hacia dónde quiere dirigir su vida, tentándola con un hombre dispuesto a todo para que ella permanezca a su lado.

Para que se rinda al hechizo de Spellcastle.

Mi Café Inglés

Ella dirige carreras.
Él roba miradas.
Y ninguno estaba preparado para perder el control.

Liz vive entre aeropuertos, rodajes y agendas imposibles. Es la manager perfecta: profesional, exigente y con el corazón blindado. Mientras aprende a adaptarse a una ciudad que no es la suya y a un corazón que empieza a latir distinto, su nuevo proyecto la lleva al centro del mundo del cine… y directo a chocar con un actor tan carismático como insoportable.

Él es talento puro y ego afilado.
Ella, disciplina, estrategia y fuego contenido.
Desde el primer encuentro, las chispas saltan.

Entre viajes internacionales, alfombras rojas y noches demasiado largas, la rivalidad se transforma en deseo, y las discusiones en miradas que prometen demasiado. Pero cruzar esa línea podría costarles mucho más que la reputación.
Porque enamorarse del cliente es un error.
Y ceder a la tentación, un riesgo que ninguno debería asumir.

Mi café inglés es un romance contemporáneo sexy y adictivo sobre egos enfrentados, atracción prohibida y un amor que nace entre cámaras, ciudades y besos que saben a café.

Perfecta para lectoras que aman el enemies to lovers, el glamour del cine y las historias donde la pasión viaja tan rápido como los aviones.

BOOKS IN THIS SERIES

Despertar al amor:
bilogía A mi medida

Un Hombre A Mi Medida

Lyv no cree en el amor. Cree en el control.

Brillante, exigente y cansada de hombres que no están a su altura, Lyv decide tomar un atajo poco convencional hacia el placer: encontrar a un virgen al que moldear a su medida. Sin compromisos. Sin sentimientos. Solo sexo, estímulo intelectual… y poder.
Josh parece perfecto para su experimento.
Inexperto, inteligente y sorprendentemente receptivo, pronto se convierte en su creación más personal: el amante ideal, diseñado para satisfacer cada una de sus necesidades.
Pero lo que comienza como un juego de dominio y aprendizaje pronto se transforma en algo mucho más peligroso.
Porque Josh no solo aprende rápido.
También siente.
Y Lyv, acostumbrada a dirigir cada paso, empieza a descubrir grietas en su armadura cuando el alumno deja de obedecer… y comienza a mirarla de otra manera.
En una relación donde ella marca las reglas y él las rompe sin darse cuenta, la maestra podría acabar convertida en alumna.

Una historia intensa y adictiva sobre deseo, poder y transformación emocional. Un romance adulto donde la seducción empieza en la mente... y termina en el corazón.

Perfecta para lectoras que disfrutan de protagonistas femeninas fuertes, dinámicas invertidas y romances spicy con profundidad.

Hecha A Mi Medida

Lyv está a punto de casarse.

Todo parece perfecto… hasta que el pasado regresa con una sonrisa que lo cambia todo.
Josh. Su primer amor imperfecto.
Will. Su presente seguro y estable.
Cuatro años sin verse, cuatro años de silencio, y ahora Josh ha vuelto a Londres, recordándole lo que sintieron… y lo que todavía podrían sentir.

Lyv creía tener la vida controlada, creyó que su corazón solo tenía espacio para uno… pero ahora debe enfrentarse a la verdad: no puede ser hecha a medida para los dos.
Entre pasión, secretos y decisiones imposibles, Lyv tendrá que descubrir quién es su futuro perfecto… y si está dispuesta a arriesgarlo todo por el amor que nunca olvidó.

Una historia intensa y adictiva de segunda oportunidad, elección imposible y romance adulto.

Perfecta para lectoras que aman triángulos amorosos, protagonistas femeninas fuertes y un romance que mezcla deseo, drama y emociones profundas.

BOOKS IN THIS SERIES

Romance con tu ídolo: cómo conquistar a un famoso

Coconut Privé

En Coconut el lujo es un requisito, la confidencialidad una regla… y el deseo una sentencia.

Los eventos exclusivos Coconut no son solo fiestas, son encuentros donde las fantasías se vuelven realidad, donde nada se juzga, donde los límites son tu propia imaginación. Habitaciones temáticas reservadas, experiencias a la carta, roles secretos de placer… Un lugar donde el desenfreno se viste con máscaras.

Julia Márquez lleva poco tiempo en la empresa, pero la participación de Gregory Hackett-Baker en el evento de Halloween provocará que su trabajo en Coconut deje de ser un simple empleo.

La teoría se llevará a la práctica.

Lo que empezó siendo una experiencia arriesgada, se convertirá en un peligroso juego de seducción.

Lo que debería ser solo un encuentro, podría costarle su empleo, su vida y también su corazón.

Coconut privé, una historia donde la pasión quebranta todas las reglas.

Fanática

¿Qué harías si tu crush estuviera al alcance de tu mano?

Cris nunca imaginó que un simple vídeo en YouTube cambiaría su vida. Casada, con todo aparentemente en orden, se encuentra enamorándose locamente de una estrella de Hollywood… un hombre que nunca pensó podría interesarse en ella.
Y entonces sucede lo imposible: se presenta la oportunidad de conocerlo. De estar cerca de él. De sentir la chispa que ha quemado sus pensamientos durante meses.
Pero hay reglas que romper… y secretos que no pueden salir a la luz. Cada encuentro despierta deseo, cada mirada provoca duda, y cada instante juntos amenaza con cambiar su vida para siempre.
En un juego de tentación secreta, pasión y emociones prohibidas, Cris tendrá que decidir si se entrega al deseo que la consume… o protege lo que creía seguro.

Un romance adulto spicy sobre infidelidad, deseo secreto y celebrity crush, perfecto para lectoras que aman historias intensas, protagonistas atrevidas y emociones que arden.

BOOKS IN THIS SERIES

Romance en andaluz

Amar Es Urgente

"—¿Sabes algo de Gabi?

—¿De Gabi? Que no tiene tiempo. ¡Nunca tiene tiempo!

—Esta mujer se va a consumir con tantas obligaciones. Necesita...

—¡Necesita un hombre urgentemente, o se le acabarán oxidando los engranajes! ¡Esto se acabó! Si ella no se pone manos a la obra, tendremos que hacerlo nosotros.

—Esa mirada tuya me da miedo… ¿qué estás maquinando, Nella?

—Ella es muy cabezota, pero yo soy siciliana. A obstinada no me gana nadie. Fede, ¿tú sabes lo que es POF…?

—¡No serás capaz!"

***

Gabi se ocupa de su trabajo, de su hija, de su madre, de cualquiera que necesite ayuda. Se ocupa de todo... menos de sí misma. Desde

que su vida giró, el tiempo pasa a tal velocidad que el estrés se ha convertido en su seña de identidad.

Engañada por sus amigos, Gabi se tropieza con Max, un canadiense encantador con quien descubrirá que las obligaciones de las que lleva dependiendo los últimos años no son más que excusas para no buscar la felicidad que cree no merecer.

Y aunque le cueste un mundo escapar de la tela de araña que ha tejido a su alrededor para protegerse, tendrá que aprender que lo que realmente necesita es despertar al amor.

Tendrá que darse cuenta de que, en su historia, amar es urgente.

Escríbeme Una Canción

Mar busca voces con alma.
Sergio compone con el corazón.
Una canción puede cambiarlo todo.

Después de un breve, pero sonado éxito en el mundo de la música, Mar se propone ayudar a nuevos talentos a alcanzar la fama. Tras una búsqueda intensa y poco afortunada, una banda de rock irrumpe en su vida de forma inesperada.

Y ya nada volverá a sonar igual.

Entre escenarios, grabaciones y vibrantes noches llenas de rock, nace una atracción imposible de ignorar. La música empieza a hablar de deseo, de miradas que arden, y el amor se cuela entre bastidores.
Pero cuando el éxito sube el volumen, su lado oscuro también se alza implacable. Celos, excesos y decisiones que dejarán una huella imborrable serán los protagonistas de esta historia de amor entre acordes musicales.

Escríbeme una canción es una novela que habla de música, de ambición y de emociones que rompen el silencio.

De historias que erizan la piel, igual que lo hace una buena canción.
